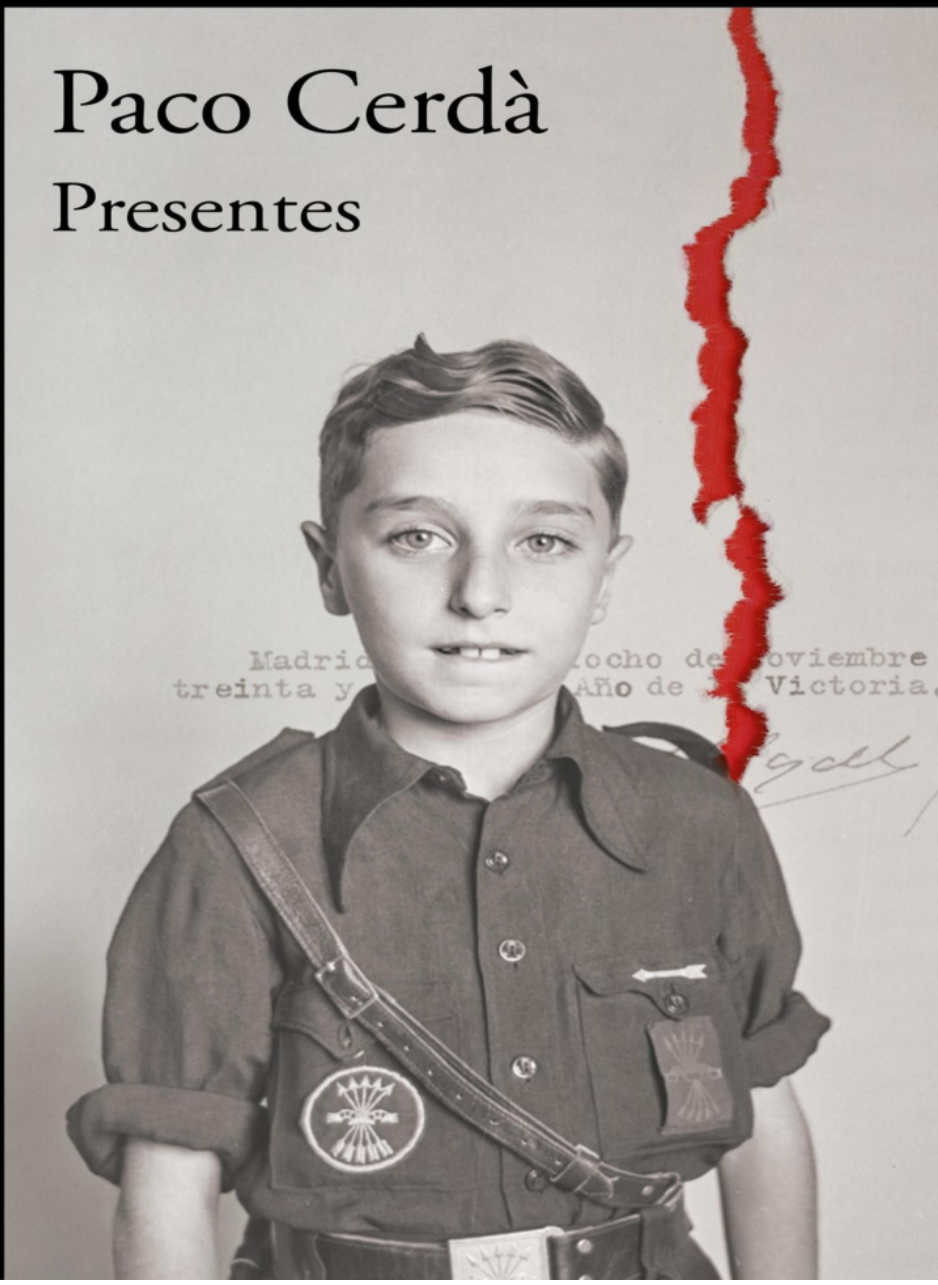
ALFAGUARA

Paco Cerdà

Presentes



Narrativa Basada en Hechos Reales

Paco Cerdà

Presentes

ALFAGUARA

Presentes

Las luces se han apagado. Y ahí está él. Presente.

El Fundador, el Profeta, el Ausente.

El Maestro, Glorioso Mártir, César Eterno.

El Héroe Nacional, Figura de la Raza, Primero de los Caídos.

La Muerte que Vive, Novio de España, Artífice del Imperio.

El Elegido, Genio Creador, el Nunca Muerto.

Está ahí, yacente frente al altar, orlado de nombres pomposos, rehén de unos laureles que alejan y mortifican. Y sin embargo, perforando la neblina de este amanecer marino que arrulla a Alicante entre volteos tristes de campana, en las calles agitadas por la muchedumbre y dentro de esta iglesia solo resuena un nombre humilde, común, pequeño: José Antonio.

Por él, y no por Dios, se han apagado las luces.

Cuando el obispo ha levantado la sagrada forma, una corneta ha sonado. Las luces del templo han dejado de brillar. Afuera sestea la madrugada. En el interior de San Nicolás no hay oscuridad, solo penumbra. Veinticuatro hachones de fuego arden con llamas temblorosas, ascendentes, puro Greco expresionista. Esos fuegos primitivos encuadran el túmulo funerario. Imponente. Oscuro. Permanece elevado a tres metros de altura. Para verlo, los mentones se alzan en reverencia y admiración. En lo alto, sobre un catafalco forrado de terciopelo negro, brilla la caja de ébano. Dentro reposa él. Presente. Dispuesto a emprender el viaje más largo, de lo terrenal a lo redentor.

Dentro está José Antonio. Lo comprobaron ayer al exhumar su cuerpo en el cementerio municipal. A las tres y media de la tarde, un golpe seco de piqueta abrió el nicho 515, el sepulcro donde unas manos anónimas dejaban, cada amanecer, cinco rosas frescas con el rocío del alba. Las cinco rosas de su himno. Las cinco flechas de su haz.

El camposanto parecía un campo de batalla. Cientos de falangistas y militares se alineaban en formación. Brazo en alto, facción angulosa, fascista el ademán, y ese lema que nadie quiere mirar: La muerte espera a los que han de morir.

Cinco camisas azules extrajeron el cadáver. Era Caravaggio pintando el Santo Entierro. Había portadores y plañideras, drama contenido, duelo esperanzado, unos discípulos en silencio y Él, elegido para la resurrección.

El féretro fue conducido a hombros por los caminos blancos del cementerio, dejando atrás tantos nichos cubiertos de olvido. Recaredo,

Ubaldo, Josefa, Evelia, Ponciano. Antoñita, cinco años. Gasparín, tres años. Acacia, la Niña, doce años, recuerdo de su padre y hermanos.

Los personajes barrocos llegaron a paso lento al panteón de los caídos, donde descansan los muertos recientes de una guerra que ha dejado España como un rasgado lienzo tenebrista. Era el momento de identificar los restos. Y allí, dentro de la caja, estaba José Antonio. Lo que era una vida y luego una idea se iba haciendo mito: transubstanciación franquista. El cadáver fue trasladado de ataúd. Tomaron los extremos de la bandera española que lo envolvía y encima colocaron una bandera de Falange. Sudario final.

Cómo no evocar aquella alborada fría. Hoy hace tres años. Su cruz.

Amanecía otro 20 de noviembre como hoy, pero de 1936, y el conserje de este cementerio vio llegar a unos milicianos al mando de una ambulancia, un camión y tres coches. Ahí tienes a José Antonio Primo de Rivera y a otros fascistas, le dijo el teniente al mando. Acababan de ser fusilados en el patio de la cárcel de Alicante. Tomás el conserje y un sepulturero los enterraron. Luis y Vicente, tradicionalistas. Ezequiel y Luis, falangistas. Y enterrado con ellos, José Antonio, cadáver 22.450, arrojado a la fosa número 5, fila 9, cuartel 12, a dos metros y medio de profundidad mirando al este, cara al sol, con treinta centímetros de tierra encima de su carne, y arriba, más arriba, una losa de cemento armado para sellar a aquellos fusilados.

Tenía treinta y tres años.

Dos años más tarde, cuando las tropas vencedoras entraron en Alicante y la guerra había terminado, el cadáver de José Antonio fue sacado de la fosa común y enterrado en el nicho 515. Entonces comenzaron las cinco rosas de cada aurora. La guardia de honor permanente ante la sepultura. La adoración perpetua de su memoria. El boato germinaba. Algo grande se estaba gestando. Pero lo que ahora comienza jamás lo ha visto nadie. Ni siquiera nadie se ha atrevido a imaginarlo.

Tras reconocer el cadáver, la comitiva abandonó ayer el cementerio. El ataúd lo cargaban doce camaradas con escolta. Los cuatro kilómetros de camino a la ciudad los cubrían, codo con codo, falangistas de la vieja guardia. Los militares le rendían honores de capitán general. Aviones del Ejército sobrevolaban el féretro. Enormes hogueras ardían en lo alto de los castillos de Santa Bárbara y San Fernando. La marcha del cortejo era lenta, desmesuradamente lenta. El gentío llenaba las calles. Los flechas juveniles, estirados en agujas humanas, presentaban armas. Las banderas de España atestaban los balcones, también con paños negros y crespones. Había emoción, silencio, un gran rosario con veinte mil gargantas en rumor de plegaria. Miles de brazos apuntaban al cielo. Hachones de fuego

encendían la avenida de José Antonio. Dos cruces alzadas abrían el cortejo cuando el cadáver a hombros penetró en la iglesia, ya oscura y fría. La colegiata quedaba alumbrada solo por cirios; nada de electricidad, tan solo fuego, más dramático y ceremonial. Así comenzó el velatorio. Con salmos, responso, rosario y recogimiento. Con ministros, consejeros de Falange, jerarcas del Movimiento, gobernadores provinciales, generales del Ejército, alcaldes y el pueblo llano, una hilera de hormigas azules que, en la quietud de la noche, despedían al Fundador y guardaban vela ante su cuerpo envuelto de laurel, verde laurel, laurel triunfal para el Joven César, Conductor del Imperio.

Eso fue anoche. Ahora la misa ha terminado, podéis ir en paz. El féretro es descendido del catafalco para emprender el largo viaje. Comienza la ceremonia más inverosímil de la Historia contemporánea de España. El mayor culto a un político fallecido en la Europa occidental en lo que va de siglo. Van a ser 467 kilómetros recorridos al paso marcial de la Falange. Un paso, otro, silencio, temblor de cirios y luceros, rumor de hojas secas pisoteadas. Serán once días y diez noches caminando a la intemperie, con el cuerpo del Profeta siempre a hombros, bajo los rigores de este otoño con muerte y hambre enmascaradas de Victoria. Diez noches y once días a pie bajo el frío, la escarcha, el rocío, la lluvia y el viento gélido de la madrugada. Un camino místico, espiritual. Desde la arena fina del Mediterráneo hasta la piedra dura de El Escorial, morada de reyes, sepulcro imperial.

Durante el traslado encenderán hogueras nocturnas y entonarán letanías diurnas. Pasarán por trincheras aún abiertas. Los labriegos se asomarán a la vera del camino. Los pueblos se emocionarán al paso del joven mártir y sus santas reliquias. Yo lo vi pasar, yo lo cargué sobre mis hombros, yo dije joseantoniopresente delante de él muerto y redivivo.

Yo y Él: lo único que precisa toda fe.

Nosotros: lo único que tolera este país herido de odio.

Comienza la mayor operación de propaganda, armada con las mejores plumas que han quedado en el país, para asentar el relato de una nueva España. Para que nadie olvide a José Antonio, el hombre que soñaba imperios, prometía la revolución y denostaba el ideal conservador. Para que el pueblo idealice a José Antonio, el candidato al que casi nadie votó medio año antes de ser fusilado. Para que nadie —nadie más que el poder instituido, nadie más que Él, demiurgo del drama, titiritero de marionetas azules— se adueñe, tergiverse y manipule la figura de José Antonio, el pionero del fascismo español, el jefe nacional de la Falange, el enemigo del Frente Popular, el azote de la República, el gran desconocido al que todos van a desconocer.

Aquel joven serio, tímido, apasionado, impulsivo, elegante, exigente, recio, orgullosísimo, culto, inteligente, perfeccionista, sarcástico hasta lo hiriente, carismático, seductor, admirado, reverenciado, idolatrado. Mesiánico. Un joven ambicioso con un concepto trágico de la vida: el destino, el sacrificio, la misión.

Media España va a convertirse en un teatro.

Las luces se han apagado.

La función va a comenzar.

20 de noviembre

Alicante, km 0

José Antonio, Presente.
José Antonio, Presente.
José Antonio, Presente.
José Antonio, Presente.
José Antonio, Presente.
José Antonio, Presente.

Seis veces han gritado José Antonio desde la cubierta del minador Júpiter, un buque de guerra amarrado al puerto de Alicante.

Seis veces Presente han respondido las cien mil gargantas presentes.

Una marea fascista y popular, uniformada y de particular, recorre el paseo marítimo. Es día de luto nacional. Han cerrado escuelas, institutos, universidades, oficinas públicas, comercios. Rezan el rosario en cada pueblo, los cuarteles disparan salvas, en las iglesias celebran misas de recuerdo con los estandartes de Falange en el presbiterio. En las cruces de caídos depositan flores, doblan a muerto las campanas de toda España, las enfermeras afiliadas llevan brazalete negro. También se canta el caralsol y leen la Oración de los Caídos que ha escrito Sánchez Mazas: Señor, acoge con piedad en tu seno a los que mueren por España y consérvanos siempre el santo orgullo de que solamente en nuestras filas se muera por España y de que solamente a nosotros honre el enemigo con sus mayores armas. Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor, y el último secreto de sus corazones era la alegría con que fueron a dar sus vidas por la Patria. Ni ellos ni nosotros hemos conseguido jamás entristecernos de rencor ni odiar al enemigo, y tú sabes, Señor, que todos estos caídos mueren para libertar con su sacrificio generoso a los mismos que los asesinaron, para cimentar con su sangre joven las primeras piedras en la reedificación de una Patria libre, fuerte y entera.

En Alicante, epicentro del drama, empiezan a reedificar esa patria.

Amarrados al muelle del puerto hay barcos de guerra, de pesca, más de un centenar de embarcaciones llegadas de todo el litoral mediterráneo. Los cañones de la escuadra truenan al paso del féretro. También disparan las baterías del castillo. Eso es lo único que rompe el silencio hondo de un lunes endomingado con el aroma de los días únicos. Las velas de los barcos lucen flechas y haces. En los mástiles ondean gallardetes rojinegros. Hay retratos de José Antonio en las quillas, sobre las pértigas, encima de los remos. Como siempre en

todos sus retratos: un rostro sereno, embellecido, valeroso. Extasiado. Una escuadrilla de cazas vuela a baja altura bombardeando laurel y flores sobre el ataúd. Hay uniformados de los tres ejércitos. Masas de falangistas rodean, a la entrada del puerto, un frontispicio de veinte metros de anchura por casi diez de alto con el yugo y las flechas y seis inscripciones en letra romana: José Antonio Presente. El decorado es gigante, como los mástiles levantados en las avenidas centrales de Alicante, como los dos monolitos de doce metros erguidos a la entrada de la ciudad, como el arco a través del cual se divisa una cruz monumental de catorce metros y de fondo el mar, porque todo va al mar, y larga sombra cae de los montes de plata, pisa los breves huertos, ciega los pozos, llega con su frío hasta el mar, donde los buques de guerra y las barcas despiden al Fundador con la bandera española a media asta y el brazo en alto de la tripulación. La Explanada de Alicante es Roma 1937, con el desfile de camisas negras a los pies del Altar de la Patria y su llama eterna flameando en honor al soldado desconocido junto a Mussolini; es Berlín 1938 y su Puerta de Brandeburgo teatralizada con obeliscos, águilas, cruces gamadas y banderas rojas enmarcando a Hitler. Es la masa, el drama, la emoción. Es el orgullo, la unión. Es la estética guerrera que apabulla, que mueve a sentir más que a pensar, que busca el sometimiento a través de la respuesta más primaria: el miedo. Es la fuerza de un país dispuesto a escenificar su resurrección. Mejor: a representar el nacimiento de una nueva España.

Esa tarea exige la palabra.

Es la hora de la palabra.

Escribe José Santos Reiriz en *El Compostelano*: Desde Alicante, lugar de holocausto, José Antonio marcha en triunfo a El Escorial, estrado de sublimación. Si el Cid nos enseñó a ser españoles, Él nos enseñó a ser nacionalsindicalistas.

Escribe Luis Moure Mariño en *Boinas Rojas*: Para que este surco pudiera romperse fue necesario que el Caudillo abriera antes el camino con su espada. Para rescatar el cuerpo del fundador de la Falange, el Caudillo limpió primero todas las tierras españolas. José Antonio puede ir a El Escorial y reposar allí para siempre porque ya es nuestra la tierra española; hoy son nuestros los valles, las montañas nuestras y nuestros los caminos que tenemos delante de los ojos.

Escribe José Sánchez Garrido en el *Azul* de Córdoba: De pueblos y aldeas salen las madres de los muertos en la guerra y los que en la guerra lucharon para saludar al hombre-profeta. Aún están frescas las pisadas de los héroes; aún rezuma la sangre de los mártires en los áridos surcos. Y a través de caminos y encrucijadas, empinadas lomas y sinuosos recovecos, al borde de cortantes precipicios desde donde se otea el paisaje maravilloso de la Patria que amanece con luces de

arrebol, y desde el fondo de los desfiladeros entoldados de cobalto, la comitiva lenta y solemne marcha tras una Cruz alzada y unos restos yacentes, símbolos épicos de las tradicionales virtudes de la raza.

Todas las portadas sin excepción. Cientos de páginas escritas. Conexiones en directo de Radio Nacional con los enviados especiales. Un equipo del Departamento Nacional de Cinematografía rueda un documental sobre el traslado. Hay que recordar, glorificar, santificar y sacralizar al mártir caído. Hay que mitificarlo.

Que joseantonio sea una idea, no ya un hombre.

Que esa idea, ese símbolo ahistórico, pueda deformarse o silenciarse. Desactivarse.

La peregrinación avanza. No es procesión ni entierro; es el último desfile de quien regresa a casa victorioso para su descanso eterno. Así es como han concebido esta epopeya sus ideólogos: transportar a hombros el cadáver de José Antonio por la España roja que se ha mantenido leal a la República hasta el último suspiro. El traslado pretende ser una demostración de fuerza del bando vencedor. Una impresionante puesta en escena. La más ambiciosa desde la Victoria. Un acto de afirmación ante los propios, un mensaje de advertencia para los disidentes: aquí hay nuevos dueños, un nuevo timonel. Admiradlos, temedlo.

Esa empresa demanda épica.

Es la hora de la épica.

El vía crucis falangista llega a la cárcel de Alicante, el último lugar en vida de José Antonio, Santo Lugar para la nueva religión que se levanta con el cincel de la retórica inflamada y el martillo de la estética fascista. Aquí fue donde lo mataron. Llevaba encerrado nueve meses, tres en la Modelo de Madrid y casi medio año en esta cárcel de Alicante. Era el preso número uno en manos republicanas. El jefe de la Falange. El azote más virulento del Frente Popular.

Lo detuvieron por tenencia de armas antes de estallar la guerra. Le fueron imputando otros delitos para mantenerlo en prisión. En esta cárcel de gruesos muros, que hoy luce telas negras en sus ventanas, el féretro hace un alto. El momento rezuma patetismo. En la primera anda de la derecha lo porta a hombros su hermano Miguel. Con él estuvo preso aquí —celdas 72 y 73— desde el 6 de junio de 1936. Los acusaban de estar implicados en el golpe de Estado cuando ellos ya estaban encarcelados pero despachaban libremente con las visitas. Los hermanos confiaban en salvarse. Pero llegó el 20 de noviembre. Las peticiones de indulto habían sido rechazadas. Tampoco habría intercambios con otros presos valiosos del bando republicano. La decisión era ya irrevocable. Iban a fusilar a José Antonio, cadena perpetua para Miguel. La antevíspera, después de confesarse con un cura preso, tomó su estilográfica verde oscuro Astoria, del punto 6, y

escribió las cartas de despedida. También su testamento. Me asombra, escribió, que, aún, después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, añadió, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos. Ojalá, escribió al borde de la muerte y cómo se escribe así, fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la patria, el pan y la justicia. El reloj iba royendo sus últimas horas: la angustia del final en soledad. En cuanto a mi próxima muerte, concluyó mirando al folio y muy adentro, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico.

Pasadas las nueve de la última noche lo visitaron su hermana Carmen, su hermana Margot y su tía Ma. Él estaba entero, desconocía aún su final. Carmen le dio un crucifijo. Él lo agradeció. Luego, ellas se fueron. A Miguel lo bajaron de su celda para que se despidiera de su hermano. Entró en aquella celda número 1 de muros grises, camastro ferruginoso y alta ventana. Les dieron quince minutos y se fundieron en un abrazo, el último, antes de gritar arribaespaña. Ahora, tres años después, Miguel está allí de nuevo, sosteniendo con guantes de cuero negro el anda que soporta el cadáver de su hermano, frente a la cárcel. Va serio falangista bajo el bigotito. Cuántas veces ha recordado la sonrisa última de su hermano en la madrugada del fusilamiento, cuando se despidieron y él dice que le dijo: José Antonio, ruega por nosotros. El resto ya no lo vio. Eran las siete menos veinte de la mañana del viernes 20 de noviembre. Sacaron a José Antonio al patio número 5 de esta cárcel. Mirando de frente al pelotón mixto de la CNT y la FAI, bajo ese trozo último de cielo que se esforzaba por amanecer, él se situó a la izquierda. A su lado se mantenían de pie los otros dos falangistas y los dos requetés. Qué palabras dijo. Un heroico arriba, un lacónico venga. Quién sabe. Los disparos de bilis consumaron la tragedia.

Tenía treinta y tres años.

Hoy, en esta cárcel, ya renombrada Casa de José Antonio, la memoria de la matanza adquiere forma de cruz. Han erigido una cruz de madera en el patio donde fusilaron al Camarada Mártir, justo en el punto donde cayó abatido su cuerpo. Ante ella ora Miguel, también reza Pilar Primo de Rivera, su hermana, la mujer que dirige la Sección Femenina de Falange, caudilla de España, pura ambición. Es la mujer más poderosa del país. Así se siente ella, fuerte. Ahora, frente a la cruz del patio, camisa azul boina roja, Pilar se santigua y sus yemas, al acariciarse el pecho, rozan la enseña falangista bordada en rojo. Ayer.

Hoy, José Antonio vive. Pervive. Eso también lo quieren recalcar: Que el Fundador está en el cielo, pero su credo de redención permanece, inquebrantable, en la tierra.

El cortejo cruza el arco de pilones que marca el final de Alicante. Se abre el paisaje abierto, el ancho y libre campo de laderas sembradas que ha de conducir hasta El Escorial. Montañas áridas, secas, un gran cielo. El aire circula libre por entre los campos y las palmeras. Al frente, casi un kilómetro por delante, abren paso los motoristas del cuerpo de vigilantes de carreteras y un coche de servicio. Tras ellos, la carretera nacional despejada por completo, con la gente arracimada en las cunetas y los bordes. La escuadra de fusileros, a paso lento y con el arma a la funerala, antecede a la cruz de Falange y a la cruz de las Navas, sostenidas por sacerdotes en continua plegaria. Los sigue el jefe de ruta al mando. Él dirige. A continuación, centro de todas las miradas, va el féretro, llevado a hombros por doce falangistas. Junto a ellos marchan otros doce camaradas que han de relevarlos. Se harán relevos cada diez kilómetros aproximadamente. Todas las provincias de Falange, las cincuenta de España, tendrán el honor de llevar en andas, sobre sus hombros, el cuerpo de su Fundador. Junto a los doce relevistas preparados, a cada lado, marcha la escolta de doce camaradas armados, con la boca del fusil mirando al suelo y la culata mirando al cielo en señal de duelo. El cortejo es largo, imponente, impregnado de estética falangista, pasión religiosa y nervio militar. Tras el féretro desfila la presidencia, las altas jerarquías de Falange, el Ejército, las banderas, otra escuadra armada, las escuadras de portadores, los cientos de personas que acompañan los restos de José Antonio y, ya al final, alejados de la comitiva, los vehículos de servicio para la logística: ambulancias, camión y muchos coches y camionetas a distancia suficiente para no ensuciar con ruido de motores un traslado que se quiere silencioso. Sin gritos, sin proclamas. La orden es clara: Grave seriedad y sobrio silencio. El que alborota no siente; hace política, y es, por tanto, un farsante más en la desacreditada fauna de murmuradores y revoltosos de la España decadente que es preciso borrar. Eso han mandado. Por eso solo se oye el rumor de las plegarias y el ras ras, ras ras, de las suelas contra el

asfalto. Un paso rápido y firme, vibrante y seco, procesional, militar. Un paso, literalmente, detrás de otro, sin avanzar más que esos treinta centímetros de un zapato. Un andar lento, grave, solemne. Majestuoso. Como de legionario romano. Un andar que empequeñece, que deja estático el afuera y aleja toda idea de progreso. Un millón y medio de pasos por delante. Y todo empieza con este primer relevo fuera de Alicante, en el kilómetro diez de la marcha.

Han dado el alto. El cortejo para en seco. Silencio y miradas bajo el sol de mediodía. Las camisas azules sostienen el féretro, con trescientos kilos de peso. Relevad, grita el jefe de ruta. Los doce portadores, tras ceder su puesto bajo las andas a los relevistas, dan cara al ataúd y permanecen tiesos, con el brazo en alto. Firmes, grita la autoridad. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, vuelve a gritar. Los nuevos portadores marcan el paso al unísono, todavía quietos. Marchen, grita finalmente la voz. José Antonio, Presente. El cortejo, en medio del campo, entre las palmeras y el olivar mediterráneo, en mitad de la nada, reanuda el camino. En ese punto quedará un monolito, un hito conmemorativo de mármol negro, veteado de blanco, que una fábrica de Monóvar ha tallado con cierta urgencia. Mide dos metros y medio. Pesa mil quinientos kilos. Es imponente, de aroma imperial, con el yugo y las flechas y esa inscripción notarial, escueta, lacónica, tan del estilo joseantoniano: Hasta aquí trajo el cuerpo de José Antonio la Falange de Alicante y lo entregó a las 12 del día 20 de noviembre de MCMXXXIX, Año de la Victoria, a la Falange de Murcia. Se levantará uno de estos monolitos en cada punto del trayecto donde se produzca un relevo. Siempre en el borde derecho de la nacional. Cambiarán las provincias, el día y las horas. El resto permanecerá inmutable. Para que quede constancia en piedra de este acto megalómano, imperial, de exaltación totalitaria, propio de otro mundo y de otro tiempo que ahora también es este, noviembre del 39, la guerra ha terminado en España, pero la guerra ha estallado en Europa, Alemania ha invadido Polonia por el oeste, la Unión Soviética ha invadido Polonia por el este, el nazismo y el fascismo pugnan por apoderarse de la tierra y de las mentes. España se viste de azul oscuro falange, hoy casi negro fascista. Mármol negro a la vera del camino. Mármol eterno del Año de la Victoria. Para que nadie, nunca, ose olvidarlo. Para que jamás olviden este peregrinar de muerte.

El primer atardecer ha caído y es el fuego lo que domina la escena cuando el cortejo remonta un leve repecho y se aproxima al primer pueblo del camino, Monforte del Cid, con la silueta del campanario entrevista. Hay que penetrar en el inconsciente, esquivar la razón, doblegar resistencias, excitar la emoción para favorecer la comunión. Hay que diluir las partes en un todo uniforme; recrear la liturgia de

una religión.

Para ello, el fuego. El fuego ilumina, calienta, purifica y destruye. Hipnotiza.

La escena sobrecoge. En un recodo de la carretera, a la entrada del pueblo, chisporrotea una hoguera colosal. Las calles se llenan de antorchas con su flamear primitivo. El cortejo aparece y sus figuras se destacan, oscuras, sobre el color anaranjado de la llama. La noche es cruda. Es otoño, parece invierno. La silueta del féretro destaca, también, flanqueada por antorchas y seis faroles de mano. El cuadro tiene más de ultraterreno que de procesionario. Parece irreal. La grandeza y el boato del día han dejado paso a la intensidad trágica de la noche. El fondo de llamas altera las siluetas de los camaradas que se acercan. Han rezado un rosario en mitad del campo, lleno de gentes que miran, que se santiguan, que murmuran padrenuestroqueestásenloscielos y levantan el brazo balbuceando joseantonio o arribaespaña. Los cánticos sacerdotales ahondan el extrañamiento que avivan fuego, oscuridad, masa y muerte. Miles de personas se arremolinan en Monforte. Los camiones, los coches, los carros y vehículos de toda clase se apiñan en la plaza y en cualquier claro entre los cultivos. El pueblo por el que ya desfila José Antonio está de luto. En balcones y ventanas colgaduras blancas con un crespón negro, telas negras, banderas rojigualdas sin melancolía morada. Si bien es el siglo XX —el del coche, el televisor, el avión y la electricidad—, en nada lo parece esta estampa. Todo recuerda a la Inquisición. Silencio y fuego. Y atrás, ya pasando las últimas casas del pueblo, se oye el rumor de las muchachas falangistas de la Sección Femenina entonando el salmo De profundis: Espera mi alma en su palabra, espera mi alma en el Señor. Desde el alba hasta la noche espere Israel en el Señor. Porque con el Señor está la misericordia, y con Él la abundante redención.

La noche sigue en busca de la aurora. Sin descanso, el rito lento avanza. A la una y media de la madrugada llega a Elda, con la carretera cubierta de mirto, flores, crisantemos. A partir de ahí, la senda se convierte en una continua hoguera. Kilómetros de hogueras, bengalas y hachones. Fuego de madrugada entre el ras ras por la carretera en sube y baja. Itinerario de antorchas, como titula el jesuita Ramón Cué en la *Hoja del Lunes* de hoy. Entre El Escorial y Alicante, escribe, hay un camino en el cielo bordeado de estrellas. Son las almas de todos los caídos, y entre ellas la más bella, la de José Antonio. Entre El Escorial y Alicante hay un camino en la tierra sembrado de antorchas. Son el reflejo mortecino de las almas-estrellas que van paralelas por el cielo. Entre las antorchas van los despojos mortales de José Antonio. Entre las estrellas del cielo va su alma triunfante con destellos de reina. El cortejo de la tierra va hacia El Escorial. El cortejo

del cielo va hacia Dios. Los dos a descansar. El cuerpo, al corazón de España. El alma, al corazón de Dios.

El camino de fuego cruza campos sembrados de negrura. Se ejecutan los relevos previstos. Alto, relevad, izquierda, derecha, marchen; todo ello en mitad de la noche, envuelto por un silencio castrense, por una oscuridad transfigurada por el fuego. Treinta centímetros a cada paso, trescientos kilos de peso, padrenuestroqueestásenloscielos. Una hora tras otra, cada vez más frío, el rocío persistente, cansancio en los pies, sueño en las pestañas, la emoción de la Historia. Y cuando aún no ha clareado, a las seis menos cuarto de la mañana, ya se ve el castillo y se vislumbran las casas arremolinadas de Sax, como incrustadas en la roca. Alguien grita José Antonio. Todos responden Presente.

El primer día ha pasado.

La primera noche ha terminado.

Eulalio

El candil se ha encendido. Y ahí está él, presente.

Se llama Eulalio, todos lo llaman Lalio, y casi siempre está ahí: sentado a la mesita, con la pluma en la mano, el tintero cerca y escribiendo en su diario. Hoy sopla fuerte el viento del noreste. Es frío y molesto. La nieve se atisba en las crestas de los Pirineos. Las aguas del mar se agitan turbias mientras la arena, como el tiempo derramado de una eternidad sin goce que ha roto el reloj, bate amenazante contra las sombras humanas que desafían el temporal. Mejor quedarse dentro de la barraca, entintar la pluma y escribir. Primero la fecha, 20 de noviembre. El lugar no hace falta: para qué recordar cada vez las alambradas de este campo de concentración de Saint-Cyprien.

Es un día que ha empezado triste, escribe Lalio. Tino se golpea a sí mismo, entrujando con la mano una carta de Santander en la que le informan de que su hermano lo pasa mal en la cárcel. El que llora inconsolablemente es Balsa, este hombre pequeñito que ríe con estruendo cuando gana al ajedrez. Está escribiendo con tinta de lágrimas una carta que le duele hasta el último rincón de su sensibilidad: accede a la petición de su esposa de regresar a España con sus tres hijos. Le ha costado días de sueño, ataques nerviosos. Pero no le queda más remedio: no tiene derecho a prolongar los sufrimientos de una mujer a la que sus acomodados padres reclaman desde Barcelona.

Hoy son Tino y Balsa. Hace unos días escribía de Marianito, completamente abatido al ver una fotografía de su hijo, de dos años. Vio al niño desmejorado. En la carta, su esposa le pedía ayuda. Pero cómo. Al verlo desesperado, presa de una crisis nerviosa, sus compañeros reunieron quince francos y se los entregaron. Él se quedó largas horas tumbado en la litera. Mudo. Quieto. Con los ojos cerrados. La fotografía al lado. Lalio lo anota. Casi todo lo apunta. Tiene diecinueve años y escribir se ha convertido en un refugio entre tanta penuria. Los piojos, las pulgas a pasto, la plaga de ratas. Los platos con catorce garbanzos. La taza de agua color café con pedazos de pan. El frío del amanecer con dos mantas y periódicos encima. Las derrotas encadenadas desde que cruzaron, andando, Portbou, como medio millón de españoles. Los sollozos nocturnos de nostalgia, cállate ya y deja dormir. El espectáculo impresionante del hambre, con

aullidos matutinos. Los gritos de hombres que han soportado una guerra y que, súbitamente, lejos de casa, enloquecen. El dolor impotente de los mutilados. La agonía en la enfermería que precede a la estaca blanca con letrero en un cementerio sin nombre; así ha acabado el pobre Iniesta, con su cara pecosa y alargada, bajo esta tierra desértica, tierra de paso, tierra final para él. El sol arriba, hileras de cruces, un cura y cinco amigos; Pedro Iniesta, repose en paix. El paludismo, la colitis, la anemia. Y la náusea. Esa maldita náusea que provoca el olor. Olemos la mierda y somos olor de mierda. Estamos en el Paraíso de la Mierda. Nos falta saliva para escupir el asco, escribe Lalio. Así empezaron estos nueve meses de confinamiento. En la playa de Argelès-sur-Mer se amontonaban los cadáveres de españoles muertos por tifus. Se infectaban por el agua extraída de un mar alimentado con sus propias heces. Bebían lo que cagaban y morían por ello: eso es 1939.

La mierda fue el principio. Ahí sigue. Pero ellos intentan que no se note. Carmona susurra sus canciones flamencas. Miguel toca tangos en el acordeón. Alguien pinta en la calva de Aurelio, con carboncillo negro, el sueño caduco del nopasarán. Otro despliega cada domingo la bandera republicana de su batallón y grita, solemne, Primero muerto que arriarla. El 14 de abril chillaron un vivalarepública que sonaba a vivalavida, a resistencia y a esperanza. El Primero de Mayo, rodeados de alambradas, los anarquistas cantaron Hijo del pueblo, te oprimen cadenas; los comunistas replicaban Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan. El 14 de julio cantaron todos juntos La marsellesa. Y el 19 de julio, día oscuro de recuerdos, después de un toque largo y lento de corneta, el campo guardó un minuto de silencio. Porque las noticias siguen llegando de España. Cuenta Jordi —escribe Lalio en su diario— que las cárceles de España están llenas de gente y que la represión es más brutal que nunca. El paseo y el fusilamiento imperan en todo lo que se llama zona liberada. ¿Es posible que el odio siga arruinando a España? No entendemos, no lo entenderemos nunca, cómo después de una victoria que ha costado tres años de destrucción y muerte los triunfadores se empeñan en acumular venganzas.

Lalio elige la esperanza. Muchos días, la esperanza se llama Silvia, una chica de diecisiete años con la que se cartea. No la ha visto nunca. No la conoce en persona. Es una compañera de confinamiento de sus hermanas, que malviven en otro campo francés. Todo empezó con una primera carta, luego una foto. La de ella muestra a una asturianuca resalada, una chica guapa, con figura juncal, que sonríe a la cámara, ojalá a Lalio. Quién sabe cómo es la foto que le envía él. Si esa que tiene como capitán más joven de la República, un santanderino apuesto con la gorra de plato ladeada y la ilusión incrustada en los

ojos claros, o la que podrían hacerle ahora que su cuerpo no llega a los sesenta kilos y le ha caído el pelo de repente, dice el doctor Ceballos que por culpa del choque nervioso y de los efectos devastadores del agua de la bomba en Argelès. Esa calvicie repentina le está sumiendo en la preocupación y la tristeza. Don Luis, el barbero, le ha aconsejado que se frote el cuero cabelludo con la primera orina de la mañana. Cada uno le sugiere un remedio. Pero nada, la calvicie prematura sigue ahí. Al final, el mejor consejo es el del vasco Toyos: resignación. Qué importa la pérdida de pelo si has conservado la vida, le recuerda el viejo socialista, camarada de ideal. Solo así lo va asumiendo. Y pensando en ella, en Silvia, en las frases románticas que se escriben, en ese momento de recibir la carta, de leerla y releerla en la barraca, de guardarla y volar en libertad, ya sin alambradas ni jaula azul mediterráneo.

Ahora, escribe Lalio, es ya una correspondencia amorosa, como si ambos necesitáramos de ella. Idealizamos esta relación con esa capacidad de ilusión sentimental que atiza la distancia y vive dentro de nosotros como una potencia secreta. El amor por carta es más intenso, porque estimula la imaginación en un vuelo que no tiene límites. Adivinar su voz, su andar, su mirar: son incógnitas que multiplican la sensibilidad amorosa. La amo y quisiera romper todas las barreras que nos separan para estar juntos, navegando hacia la aurora del ideal amoroso. En él vivo; desde él sueño. Igual que el pobre Iniesta fantaseaba con fugarse del campo, Silvia y Lalio fantasean con verse en los Campos Elíseos y pasear de la mano los adoquines de París. Sin embargo, están en los campos del cautiverio, los campos de concentración.

Lalio ya ha pasado por tres. Primero Argelès. Luego Bacarès. Ahora este de Saint-Cyprien. Lleva siete meses encerrado. Las horas de espera consumen, escribe en su diario. La miseria aplasta. Nadie pensó que la permanencia en los campos de concentración se alargaría tanto. Vivo un destino que me ha sido impuesto y con respecto al cual sólo puedo manejar un arma, la de la esperanza, anota. A veces, esa esperanza reviste la forma de una figura alargada, un espectro. Lo ha descubierto gracias a aquel miliciano extremeño con el que se cruzó en Port-Vendres. A cambio de una cajetilla de tabaco le ofreció ese libro que le está transformando por dentro. No para de leerlo y releerlo. Hoy, en este lunes casi invernal de viento frío y mar picado, dentro de la barraca de Saint-Cyprien, bajo la luz del candil, Eulalio Ferrer, para todos Lalio, escribe: Don Quijote. Sueño con él y me hace soñar. Es un personaje familiar al que creo saludar frecuentemente, de uno a otro campo, de una a otra alambrada. Baja del mito para ser un personaje que vive a nuestro lado, que nos acompaña en el drama de la subsistencia frente al ideal. Como don Quijote, no se puede ser

hombre de ideales sin un ánimo invencible.

Fuera de la barraca, el viento sigue soplando. Frío, molesto, pertinaz. Dentro de poco el candil se apagará. Buenas noches, Lalio. Sigue soñando con ese pan largo, mitad de queso y mitad de chocolate. Nunca pares de soñar. Soñar el sueño imposible, luchar contra el enemigo imposible, correr donde los valientes no se atrevieron, alcanzar la estrella inalcanzable. Ese es tu destino.

Capitán Dickson

El silencio es absoluto, pero nadie lo oye. Ni siquiera los veinte tripulantes del Stanbrook. Así llevan desde ayer.

El Stanbrook es un carguero pequeño: setenta metros de largo, diez de ancho, casi mil cuatrocientas toneladas de peso y once nudos de velocidad. Hoy permanece en completo silencio. También su tripulación y su capitán, Archibald Dickson, galés de Cardiff, cuarenta y siete años, un héroe sin saberlo de la guerra de España.

Dice Camus que un hombre rebelde es aquel que dice no. Pero negar no es renunciar: es también un hombre que dice sí desde su primer movimiento. Eso hizo Archibald. Como capitán de la marina mercante inglesa ha comandado barcos que comerciaban con la España republicana. El último viaje, a finales de marzo, fue especial. Recibió instrucciones de sus armadores para dejar Marsella y llegar a Alicante: tenía que embarcar un cargamento. Un barco destructor del bando nacional le ordenó en alta mar que no entrara en Alicante. Archibald dijo no. Y continuó. Así llegó al puerto, y al cabo de unos días sin obtener la carga recibió un telegrama de sus armadores: tenía que zarpar inmediatamente y no subir refugiados a bordo. Archibald miró el muelle. Allí estaba la desbandada final. Miles de fugitivos de todos los rincones de España, con la esperanza de salvar la vida ante la capitulación definitiva. Ya era de noche. Y ahí estaban sus siluetas: hombres, mujeres, niños, recién nacidos en brazos, un anciano de setenta y ocho años llamado Primitivo, un centenar de mutilados y heridos de guerra evacuados a toda prisa de los hospitales, soldados llegados directamente del frente, andrajos humanos vestidos de dignidad, gente con fardos, bolsas, líos, grandes pañuelos, maletas, y muchos gritos, llantos, sofocos, la declinación entera de la desesperación, las caras del hambre, el miedo tamizado por el agotamiento, la derrota arrastrada en las suelas, el hundimiento moral, la pobreza andante, déjennos subir, por favor: la estampa final de una guerra.

Archibald tenía una orden. Archibald dijo no. Y Archibald dijo sí.

Empezaron a subir los espectros. Primero de una forma ordenada, mostrando los pasaportes, pasen, muchas gracias. Luego, en forma de una masa que subía en estampida, que iba abarrotando la cubierta del buque, que veía su vida salvada en ese barco. Subieron médicos, periodistas, escritores, industriales, arquitectos, ingenieros,

comerciantes, agricultores, soldados, obreros, empleados de todo tipo, clases populares, diputados, jueces, gobernadores, alcaldes, comisarios políticos, dirigentes republicanos, socialistas, comunistas, cenetistas, faístas, nacionalistas vascos y hombres a montones como Amado, Amado de Burriana, rostro picassiano y orejas de soplillo, viejo legionario, enlace antifascista, voluntario del Ejército Popular, comandante de la 49 Brigada Mixta: Amado, algún día Amado Granell.

El puerto estaba oscuro por completo. Madrid había caído esa mañana. A la Valencia republicana le quedaban pocas horas. Alicante era el último palmo de tierra con tricolor izada. Y sobre las diez y media de la noche de aquel 28 de marzo, el mercante inglés a las órdenes del capitán Dickson soltó amarras y se hizo a la mar.

En el muelle quedó el cargamento de naranjas y azafrán.

En el buque Stanbrook, 2.638 pasajeros rumbo a Orán.

Y a los pocos minutos, la última tormenta de acero italiano se abatió sobre el puerto y la ciudad.

Quan dic no, a què dic sí.

En toda mi experiencia en la mar, que abarca treinta y tres años, nunca he visto nada así y espero no volver a verlo nunca más, escribió Dickson nada más llegar a Orán. En aquella noche clara y fría, con el sentido de los sueños en sus vientres esa noche, cuando atrás quedaban España, la República, la Revolución y todo perdía el fulgor y las mayúsculas, a bordo del Stanbrook otra épica fermentó. Algo que nunca había visto el capitán Dickson. La cubierta, sin huecos, a reventar. Refugiados en las bodegas. El salón lleno de evacuados: en el suelo, sobre la mesa, de pie la noche entera. Los enfermos acostados en los camarotes de los oficiales. La quilla desequilibrándose sin cesar por las casi tres mil personas que inclinaban el carguero a babor o a estribor. El hacinamiento causaba desmayos. Un médico, un médico. Todos buscaban el calor de la chimenea. Algunos penetraron en la sala de máquinas. Y así, cada uno como pudo, resistieron juntos hasta llegar la noche siguiente a Orán.

Y todo, por un hombre rebelde.

Han pasado siete meses. La guerra ha terminado. Otra guerra ha empezado. Y ese hombre está callado. El Stanbrook está en silencio. Él y toda la tripulación. Desde ayer.

Calla Dickson, el capitán.

Calla Albert, el oficial de radio de dieciocho años.

Callan los marineros Oldakoff, Oskar y John.

Callan Abdullah, Ali, Mohamed, Nagi y Manoel, responsables de controlar el fuego y de manejar el carbón de este barco carbonero.

Callan los ingenieros Atkinson y Lillystone.

Calla el cadete Begas, irlandés, de un suburbio de Dublín.

Calla Ramón Charlín, español, viejo zorro marino de Villanueva de Arosa, Pontevedra, hijo de Benito y Luisa, esposo de María.

Calla, con sesenta y cuatro años ya, el oficial jefe David Hughes.

Calla el cocinero William.

Calla el joven Clifford, Clifford esto, Clifford lo otro, siempre atento Clifford al cuidado de las mesas y los camarotes.

Calla el oficial Briggs.

Calla Ahmed, al cargo de la sala de máquinas, y calla su compañero Andi, encargado de engrasar la maquinaria.

Callan todos ellos. Llevan un día callados. Y es porque Claus Korth ha hablado.

Claus Korth es capitán de la marina de guerra nazi. Un oficial talentoso, prometedor. Su especialidad es navegar bajo las aguas. En silencio. Sin despertar la atención. Ha intervenido en la guerra española con los submarinos de la Kriegsmarine alemana, apoyando a las fuerzas sublevadas en la secreta Operación Úrsula. Por eso va condecorado con la Cruz de España en bronce. Ahora Claus vuelve a estar en guerra, la guerra mundial. Manda un pequeño y veloz submarino nazi: el U-57, construido hace un año por la familia Krupp, siempre al servicio del único Reich que importa y pervive: el dinero. Ayer, el U-57 navegaba el mar del Norte. Agazapado. Hundido. Con un diablo rojo dibujado en su torreta y las dos hélices en callado movimiento. Al mando iba Claus Korth, muy delgado, sonrientemente nazi, las orejas de soplillo, el instinto cazador exacerbado en las pupilas. Alemania está en guerra. Hitler ha desatado la guerra. La Kriegsmarine ha dado una orden: atacar a los barcos con bandera enemiga que naveguen por las costas británicas y del continente europeo. Hay una orden. Claus va a cumplirla.

Quan dic sí, a què dic no.

Ayer, a las dos y trece minutos de la madrugada, el submarino nazi comandado por Claus Korth disparó un torpedo a babor en la popa de un mercante con bandera inglesa. El barco volvía de Amberes rumbo a Inglaterra, a veinte kilómetros de las costas de Dunkerque. El torpedo, siete metros de acero con casi trescientos kilos de explosivo, partió en dos el barco inglés. Toda la tripulación se hundió rápidamente con el buque de carbón. Iban veinte marineros a bordo. Entre ellos un capitán galés que un día dijo no y también dijo sí. Todos están en silencio desde la madrugada de ayer. Eternamente callados, en el fondo del mar, sin oír el minuto de silencio más triste en los campos de Orán.

21 de noviembre

Villena, km 59

Doña Ubalda Velasco, dueña de la finca del Regajo, no lo ha dudado ni un instante: ha mandado cortar todas las plantas y flores de temporada de su enorme jardín para alfombrarle el paso a José Antonio.

La noche, como el mar, ya ha quedado muy atrás, más allá de estas montañas que cercan y apartan a Villena. El paisaje mediterráneo va dejando paso a la orografía manchega: fría, enjuta, desnuda, más parecida al aire que rezuma el cortejo fúnebre que avanza hacia poniente. En este enclave estratégico que conecta Castilla con el mar todavía late el dolor de retaguardia de la guerra. El hambre, los bombardeos, las vidas arrebatadas. Los hermanos Ricardo y Segundo, hijos de guardia civil. El cura Ildefonso. José, periodista del diario local. Águeda, monja carmelita ejecutada en la playa. Rafael, jefe local de Falange. Virtudes y Concha, hijas del líder carlista. Y Pedro Menor, Perico Corneta, antiguo alcalde de la población, comerciante de vinos, hombre de derechas. Con él se ensañaron.

Había escapado de Villena nada más estallar la guerra. Olía el miedo y se escondió. Primero en Beniarbeig, en casa de un amigo. Luego más lejos, en Valencia. Pero el secreto de su refugio se quebró. Los milicianos detuvieron al viejo alcalde y lo trajeron a Villena. Al enterarse, un antiguo diputado republicano, íntimo amigo suyo, intentó salvarlo. También olía el peligro. Sin embargo, la guardia de asalto que había enviado a la cárcel de Villena, con la orden oficial firmada para rescatarlo y conducirlo a otra prisión más segura, llegó tarde. Cinco minutos antes se habían llevado a Pedro, y una hora después ya lo habían fusilado al borde de una carretera. Ya muerto le cortaron una oreja, como a un morlaco de lidia, y se la enseñaron a su padre. Es fácil imaginar las risas: bocas abiertas, dentaduras de miseria, muecas grotescas que Goya titularía Nadie nos ha visto, o Unos a otros, o Todos caerán, o Buen Viage, entre la caterva infernal de aullidos en el aire. Un capricho de violencia sin arte.

Aquel tiro de mosquetón lo celebraron con una comida en una venta o en un restaurante. En la pretina de sus calzoncillos, presintiendo su final poco antes de que lo cargaran en el camión en aquel día de San Miguel, Perico Corneta, cuarenta y siete años, se había escrito a lápiz: Pedro Menor. Villena.

Una oreja cortada. Un nombre en un calzoncillo. Fin.

Las flores de doña Ubalda, esparcidas por la nacional, es lo primero que pisan los falangistas de Granada. Ellos cargan el féretro, cubierto por la bandera roja y negra que han bordado a mano las muchachas falangistas de la Sección Femenina y, sobre ella, los cordones blancos de su jefe. Tres curas abren el paso rezando. Ocho acólitos los asisten. El sol de las diez y cuarto hace brillar la plata de la cruz de las Navas, ante la que juró el cargo José Antonio. El castillo de Villena domina un paisaje de matojos y hierbajos en estas montañas peladas llenas de pliegues, último acordeón olvidado del Mediterráneo. En la torre del homenaje arde una hoguera. El sol está en lo alto, pero a Alfonso, cadete falangista, un crío de quince años, le han ordenado que suba la leña de pino hasta la atalaya y que prenda la hoguera. Arriba, el fuego arde. Las campanas voltean lentas y tristes. Las banderas se abaten al paso de la comitiva, que ya recorre las calles de la población, repletas de muchachos de la Organización Juvenil haciendo calle a su Fundador. De pronto, tras ascender por la calle antigua de las Ánimas, penetran en la iglesia de Santiago. La fachada continúa ennegrecida por las llamas que provocaron los enemigos de Falange. El silencio del responso se adensa con el olor a incienso. Las velas flamean en el interior. El sol rejonea las ventanas góticas y se posa sobre el ataúd del Profeta. La imagen es perfecta, soñada por el fotógrafo que dispara la cámara, el capitán de las Flechas Negras italianas Giuseppe Croce, antiguo legionario en la guerra de España.

Mientras, Jerónimo aguarda la llegada del cortejo en las ruinas de la ermita de San Sebastián, el templo destruido cuatro meses antes de la guerra. Jerónimo tiene treinta y tres años. No olvida este punto. Justo aquí, enfrente de los Salesianos, cuando la guerra, un miliciano armado con escopeta le hizo dar la vuelta al carro y volver a casa. Iba al Pinoso a vender, pero se lo impidieron. La escopeta amenazaba. Aquello pasó. Ahora, unos chiquillos van corriendo y gritan ya vienen, ya vienen. Ya lo ven a lo lejos. Hoy, para el periódico *Arriba*, el periodista Manuel García Viñolas narra su visión del drama representado. Cuenta que mujeres enlutadas salen a los caminos y al paso del cortejo rezan una oración; pero el cortejo solo tiene lugar para los hombres, hechura varonil que sabe no quedarse en la ternura. Y se pregunta: ¿Qué son estas colinas señaladas de cruces? Son el lugar de unos fusilamientos. ¿Y aquella tierra abierta entre los chopos? Eso fueron trincheras. Y allá, del otro lado del río, aún se adivinan bajo la labranza las señales de nuestro campamento.

Nuestro, vuestro. Todas las conjugaciones del odio, trincheras verbales, se formulan al paso de un cadáver glorificado que es también símbolo de victoria, de resurrección de la patria, de inmortalidad. Porque José Antonio va muerto, pero está Presente. Y no siempre fue así. Hubo un tiempo en que fue el Ausente: un misterio inaccesible a

la razón, un vacío metafísico donde fermentó el mito.

Sucedió después de su fusilamiento.

Su muerte fue ocultada durante dos años en la zona nacional para no desmoralizar, para no dividir, para no desalentar a los voluntarios que se alistaban al Movimiento. Entonces, José Antonio se convirtió en un espectro. Los rumores se desataron. Se hablaba de un falso fusilamiento. Alguien decía que lo había visto. Aparecían cartas presuntamente firmadas por José Antonio. Circulaba entre las élites que José Antonio había sido enviado a Moscú y castrado. Otros mantenían intacta la fe de que siguiera vivo. Cuando vuelva José Antonio, decían. Cuando vuelva José Antonio, insistían. Dónde fuiste, José Antonio, que te busco y no te encuentro. Todas las noches rezando con los rosarios del sueño, les pregunto a las estrellas si estás vivo o si estás muerto, declamaban en verso. Había esperanza en su regreso. Esperanza en la esperanza, tal vez la peor desesperanza. Entonces, el escritor Agustín de Foxá, siempre ocurrente, siempre joseantoniano, inventó el término: el Ausente. Así lo llamarían los falangistas. Pasó el final del 36 y la guerra se enquistaba. El Ausente. Pasó todo el 37 y la guerra se estancaba. El Ausente. Pasó la mitad del 38 y la guerra no devolvía al Ausente. Su imagen idealizada comenzó a extenderse. La de ese rostro quieto, extático, en cierto modo ausente de la Historia. Una esfinge fuera de todo tiempo y lugar, hipnótica, indescifrable. Presente en los escaparates de las tiendas, en las librerías, en los periódicos, en los carteles de propaganda, en los primeros opúsculos hagiográficos. Ese rostro juvenil, grave, noble y humano permanecía en el limbo. Cuando vuelva José Antonio, suspiraban los camisas viejas mientras la guerra se estancaba y los caídos caían y los que no caían mataban.

Y José Antonio volvió.

Lo hizo a los dos años, bajo la forma aséptica de un decreto. En Burgos, a dieciséis de noviembre de mil novecientos treinta y ocho, III Año Triunfal. Decreto del Caudillo: El 19 de noviembre de 1936 fue asesinado, en Alicante, José Antonio Primo de Rivera. El Estado Español, que surge de la guerra y de la Revolución Nacional por él anunciada, toma sobre sí, como doloroso honor, la tarea de conmemorar su muerte. El ejemplo de su vida, decisivamente consagrada a que fuese posible la grandeza de España por la honda y firme comunidad de todos los españoles, y el ejemplo de su muerte, serenamente ofrecida a Dios por la Patria, le convierten en héroe nacional y símbolo del sacrificio de la juventud de nuestros tiempos. Su llamamiento a esta juventud española, cuya alma partida supo ver con dolorosa pasión, será motivo de perenne recuerdo para la que heroicamente combate en los campos de batalla.

La Ausencia había terminado. Empezaba la mitificación, la glosa

desmedida. La construcción de un santo secular que iba a servir, muerto, a la dictadura. Los intelectuales y los poetas desenfundaron la pluma, los periodistas y escritores aclararon las gargantas. Se celebró la Semana de José Antonio en la Radio Nacional controlada desde Burgos. La guerra seguía y los vates del falangismo se asomaban al micrófono cada día para loar al Glorioso Mártir, al Elegido, a aquel que ya nunca iba a volver.

Decía Dionisio Ridruejo: Camaradas de España: no hagamos un duelo estéril y flojo. No hagamos una pantomima de dolor por José Antonio. Que suenen los yunques. Trabajemos, camaradas, para que José Antonio no sea el lucero lejano propicio a la contemplación en las noches tristes. Luchemos, camaradas, para que José Antonio, con su cuerpo y su alma, dé forma y continuidad al cuerpo y alma de España, martirizada.

Decía Eugenio Montes: Fue José Antonio Primo de Rivera el índice que puso en marcha la rueda de la nueva Historia de España.

Decía Agustín de Foxá: José Antonio fue el primer político español que afirmó que a los países los hacían los poetas. Él saturó de poesía su doctrina, y sus luceros, sus rosas, entrañas, sangre y vida hicieron que la política se convirtiera en Historia.

Decía el conde de Mayalde: Nuestro camarada salió para una empresa de la que no se vuelve. Sabía lo que valía la sangre de cada uno de los suyos, y su postrera oración desde la tierra fue para pedir a Dios que su sangre fuera la última que se vertiera en la contienda.

Decía Julián Pemartín: Con su palabra nos ensenó que la vida es milicia y hay que vivirla en perpetuo servicio; que nadie es más libre que quien renunció a una parte de su libertad; que sólo alcanza la completa libertad el que se aviene a formas disciplinadas en el cumplimiento de una gran empresa.

Decía José Antonio Giménez-Arnau: El más grande espíritu que hace tres siglos conociera España continúa vivo y operante. Y así ha de continuar por siglos, llenando páginas gloriosas de nuestra Historia y ganando las mejores batallas, como Rodrigo Díaz después de la muerte de su cuerpo.

Y por encima de todos ellos, siempre excesivo, hiperbólicamente mayestático, oportunista, un ojo en el papel y otro en la puerta que debe entreabrir, se puede, mi general, mi Caudillo, generalísimo, decía Ernesto Giménez Caballero, alias Gecé, que José Antonio ascendió, por la voluntad y las oraciones de todo un pueblo, a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Ascendió beatificado por la gratitud de todo un pueblo conmovido hasta las entrañas por su martirio de héroe nacional. Ascendió a presidir ese día la Falange española de todos los Caídos. Que es hoy la suprema Falange de España: la inmortal.

El purgatorio había terminado. El estado de Ausencia devino en un

culto oficial creciente. En esa misma semana radiofónica de adoración almibarada se celebraría el funeral en la catedral de Burgos sin su cuerpo, con un falso ataúd de José Antonio colocado sobre el sepulcro del Cid Campeador. Con el Caudillo bajo palio, todo el Gobierno, el nuncio, los uniformes manchados de guerra, la guerra en todas las bocas, en todas las mentes, llenando la guerra el aire del templo. Gritos de José Antonio en la escalinata. Voces aguerridas de Presente. Inscripción en el muro. Ofrendas florales de muchachas enamoradas de aquel rostro eterno, obreros fascinados por esa retórica revolucionaria de camisa arremangada, estudiantes seducidos por el ardor de su palabra y ese acto romántico: morir por las ideas. Por ideas creadas para que mueran otros, la poética del sacrificio, el relato para cortar una oreja o para que te la corten en la lidia humana del ardor guerrero y de amor patrio henchido el corazón. Todo ello en Burgos, cabeza de Castilla, capital de España, corazón de la Cruzada, a 20 de noviembre del 38.

Había que ganar la guerra.

Ya pensaban en ganar la paz.

Pepe

Se están meando. Pero callan. No abren la boca. No piden permiso para ir al baño. Se aguantan la noche entera o mean en los cuencos del desayuno si ya no pueden más. Mejor así. Por si acaso. Todos saben lo que sucedió anteayer. Lo que le pasó al chaval. Por eso es mejor aguantarse y no pedir permiso para mear. Ya mañana se hará de día. Siempre se hace de día. Ese es el problema: que siempre se hace de día y hay que volver a empezar. La rueca. Otro día más. Y no es el eterno retorno estoico ni es el samsara oriental. Es algo más tangible, mucho más real. El pico. La pala. La montaña. La inacabable montaña en este mar de montañas que es el valle del Roncal. Y hay que abrir la carretera. Esa es su condena: comerse la montaña con las manos. Con el pico, la pala, el carretillo, los cestos. Y a picar piedra. A ladear piedra. A juntar piedras. A levantar murallas de piedra. A sacar piedra. Es su condena: el pico, la pala, la montaña; la carretera. Hacer una carretera que parta de Igal, en el valle navarro de Salazar, y que enlace con la carretera general de Roncal. Casi veinte kilómetros de carretera comida a la montaña. Esa es su condena. Una condena sin condena. Porque nadie los ha juzgado. Los llaman prisioneros de guerra. Los han encuadrado en el 127 Batallón de Trabajadores. Así lo indica la letra negra pintada en su gorro: una T mayúscula. T de Trabajador. También podría ser de Traidor. Eso los ha traído aquí, a este apartado valle del Roncal: ser individuos modelo B —adversarios y combatientes del Movimiento Nacional, aunque sin agravantes especiales— o ser individuos modelo A-dudosos —individuos que, por información contradictoria o insuficiente, no son de contrastada lealtad—. Categorías, subgrupos, clasificaciones: la burocracia del horror. Y sin embargo, esa maraña de formalismos palidece ante la realidad que ha atinado a describir un oficial.

Sois las mulas de la nueva España, les ha dicho.

Ya hay noventa mil mulas en la nueva España.

Las mulas construyen puentes, carreteras, aeródromos, vías férreas, canalizaciones de agua. Lo que haga falta. Lo que ordene a las mulas la nueva España.

Estas mulas, quinientas o seiscientas, fueron estabuladas hace cuatro meses en el pueblo de Vidángoz, tierra de pastoreo, de trashumancia y queso, una tierra tan apartada que hasta la lengua aquí es diferente, el erronkariko uskara: puro, arcaizante, menguante, como el recuerdo de

las brujas y sus aquelarres por estos paisajes indómitos.

Las mulas llegaron el día de Santiago por la garganta verde del Roncal. Caminando entre los pinos, los abetos, las hayas, los robles, los castaños. Y recostado en la ladera del monte, como en un sueño foliáceo que ni una guerra es capaz de despertar, el pueblo. Su prisión.

Dice Josef K. que lo correcto es adaptarse a las circunstancias.

Dice Josef K. que cada uno tiene que llevar su cruz.

Las mulas de Vidángoz lo hacen cada mañana.

Enrique de Mataporquera. Romualdo de Tremp. Ginés de Lorca. Germán de Alcácer. Saturnino de Linares. Isaías de Rocamundo. Ellos —todos ellos— lo hacen. Cada amanecer, cuando el corneta toca diana, se levantan. Lo llaman café, pero es un cazo de cebada. Luego forman en filas y pasan lista. Después marchan los prisioneros hacia la montaña. Cargados con sus picos cual una cruz; andrajosos, sucios, rotos. Faltos en sus ojos de aquella luz que fue viva en los días de juventud. Es tan agradecido hacer poesía de la desgracia. Rimar leproso con andar penoso. Contrastar la añeja ilusión de apasionado con el presente quejido desesperado. Es tan épico recordar el juramento que hicieron todos ellos al partir de sus hogares —Antes morir que ser vencidos— y llorar por aquello que no han podido: morir con los valientes, que era su deseo cuando partieron. Hoy, sin embargo, sufren con dignidad, calladamente, su cautiverio. Y eso dice el poema de los prisioneros del Roncal, esas sombras que en esta noche infinita se están meando y que sueñan con el día venturoso en que vuelvan a sus poblados, ya no victoriosos, sino vencidos y humillados, porque no podían ni mear.

Pero el chaval ya no volverá. Porque a veces no se puede más. Y el chaval, Pepe, ya no podía más. En la vejiga o en el alma: eso no se sabe. O quería mear o quería fugarse: eso no se sabe. Lo que se sabe es lo siguiente. Se llamaba José Martín Ramón. Había nacido en Beniopa y vivía en Barcelona. Tenía diecisiete años. Era el pequeño de cuatro hermanos. Se asustaba en el refugio durante los bombardeos. Iba a por agua con su hermana Rosa porque en casa no tenían. Partió voluntario a tres meses de acabar la guerra. Lo capturaron y mandó una carta a casa. Su madre ha logrado unos avales; no llegarán a tiempo. Su cara: eso no se sabe. Su detención: eso no se sabe. Tantas cosas no se saben. Pero sí se sabe que se levantó en plena noche. Fue hace dos jornadas. Pidió permiso al centinela para ir a mear. Y al cruzar la puerta de la casa en la que estaba encerrado, junto con otros prisioneros, el cabo de guardia, un chico de solo diecinueve años, le disparó. Un tiro o dos tiros: eso no se sabe. Que lo mataron sí se sabe. Que el cuerpo quedó tumbado en el suelo sí se sabe. Y que la sangre bajaba por la calle, y que de la calle aquel chorrillo oscuro iba a parar al río, y que a los niños de Vidángoz les gritaban detrás de las ventanas no miréis no

salgáis, y que el cuerpo iba helándose por dentro y por fuera en la fría noche próxima a los Pirineos, todo eso sí se sabe. Y también que el teniente Canseco, alférez del Batallón 127, un hombre serio que no se emborracha y que respeta a los trabajadores, es quien comunicó la muerte del chaval en su acta de defunción, eso también se sabe. Causa de muerte: disparo de arma de fuego. Y aquel cadáver de quien no pudo aguantar más —porque sabía que el retrete estaba afuera, porque imaginaba la frontera francesa tan cerca— ya está enterrado en una fosa, hundido para siempre en el cementerio de Vidángoz.

Por eso, en esta noche fría, nadie pide ir a mear. No lo hace Adenso Dapena, prisionero del batallón, que al llegar a esta tierra, bastión requeté, oyó a un niño que le preguntó a su madre si aquellos hombres que pasaban eran los rojos. Sí, le dijo. Pues no tienen cuernos ni cola, se extrañó.

Tampoco Juan Oller pide ir a mear. Tiene miedo. Y apesta más el miedo que la orina en cuencos. Él ya ha olido los efluvios del miedo. Salió de su pueblo, Albox, cuando Durruti tenía una plaza, la Pasionaria una avenida y la calle Arrabal se llamaba ronda de la Libertad. Juan ha luchado en el frente. Hasta que cayó prisionero de guerra y lo metieron en un batallón. Entonces olió el miedo. Fue una mañana, cuando el sargento los sacó de la cama antes de pintar el día. No sabían qué ocurría, pero formaron y los llevaron al cementerio. No sabían qué pasaba, pero se olía el miedo. De repente apareció una escuadra de soldados. En medio llevaban a uno de los reos del batallón: un hombre vasco, ya viejo, de lo menos sesenta años. Un capitán empezó a hablar delante de Juan. Justo enfrente. Un capitán se puso a hablar, y a hablar, y a decir palabras graves que olían a miedo. Desafecto. Régimen. Cosas así. Entonces el piquete fusiló al viejo vasco. Para que todos entendieran la ecuación. Para que todos olieran el miedo —Yo sé mucho del miedo. Soy un maestro del miedo — y que ese miedo moldeara su mente, como el tiempo ha modelado la peña Pitxorronga a la entrada de Vidángoz. Para que el miedo secuestrara su voluntad. Hasta mearse encima, si hace falta. Para eso están aquí. Lo dice el librito de sesenta páginas, impreso en Burgos, que este mes ha editado la nueva España. Es el *Reglamento provisional para el régimen interior de los Batallones de Trabajadores*. Sus páginas manifiestan qué han de hacer las mulas de la nueva España. Primero, ser útiles al país. Segundo, compensar la carga que acarrea su sustento. Tercero, contribuir a la reparación de los danos y destrozos perpetrados por las hordas marxistas. Y cuarto, disponerse a una rehabilitación moral, patriótica y social. Y hay una mano anónima que fantasea con la conversión total de estos rojos con la T en la cabeza. Por eso insta en el reglamento a que canten los himnos oficiales, den los vítores reglamentarios y rindan honores a la bandera nacional con

una solemnidad que nunca decaiga. Y se les hablará de cuando España era respetada como Cartago y Roma. Y del valladar que opuso a la opresión mahometana. Y de cómo España salvó la civilización occidental y triunfó en Lepanto. Y de cómo abatió el orgullo de Napoleón y derrumbó su imperio. Y se les hará observar cómo en estas luchas fabulosas, casi imposibles de sostener por otro pueblo que no sea el español, se venció gracias a que nuestros combatientes han sido siempre inflamados y sostenidos por dos ideales totalmente fundidos: Cruz y Patria. Y se les dirá que con ellos, Cruz y Patria, cruz y patria, cruzypatria, se llevó a cabo la gesta sobrehumana del descubrimiento y conquista casi total de América, honra de la Humanidad, bajo la égida de los Reyes Católicos, geniales realizadores de la Unidad y Grandeza Imperial de España.

Y todo eso se hará, dice el reglamento, para combatir y desarraigar en los prisioneros sus errores y sentimientos de desafección a España, en su Grandeza y Unidad, a causa de sus ideas de internacionalismo marxista o anarquista y las disgregantes de los odiosos separatismos internos.

Todo eso se hará para corregir esa aberración suya de sentir pena y vergüenza de llamarse españoles.

Todo eso se hará para extirpar su insensata colaboración con poderes tenebrosos extranjeros con ansia de dominación despótica universal. El Judaísmo, la Masonería; los sincruznipatria.

Todo ello, sueña el reglamento, ha de atraer al prisionero rojo y separatista a la Causa Nacional. Ha de convencerlo de que sus ideas son totalmente erróneas, perjudiciales. Criminales. Ha de mostrarle el miserable engano en que ha vivido. Y finalmente, cruzypatriacruzypatria, le instile el orgullo de ser español. Y le avive el sentimiento de gratitud que debe al Caudillo, el cual, preocupado de la regeneración de los que equivocadamente atentaron contra la Patria, se muestra generoso en grado sumo con los que empuñaron las armas contra España, no tomando con ellos las justas y merecidas represalias por el apoyo y colaboración dada a asesinos, ladrones o incendiarios, sino que les conservó la vida, con la esperanza de que puedan rectificar su conducta y compartan el honor de ser, en el porvenir, cooperadores de la gran Obra Nacional.

Ese, parece, es el objetivo de la carretera.

Pero esta noche se están meando.

Las mulas —hay una menos— se están meando.

Y el amo las enseña a no mear.

Miguelillo

Miguelillo es un niño precioso que cuando asoma por las tardes al corral del vecindario, donde varias familias comparten su penuria al final de una callejuela escalonada de la vieja Málaga, no lleva en las manos ni una onza de chocolate ni un canto de pan moreno, porque en el barrio de Capuchinos la miseria da para lo justo y nada más, y la madre tiene que alternar tres trabajos para poder alimentar a su prole, y el padre sufre de epilepsias incapacitantes, y Miguelillo, al que unas veces llaman nena, otras veces niñita y en ocasiones llaman mujercita por su rostro angelical y unas delicadas maneras, más que sentirse sobrecogido por el espectáculo del mundo, como le ocurría al niño Juan Belmonte en una calle ancha de Sevilla, asume que de aquel triste mundo, resuelto en hambre y escasez, él debe hacer un espectáculo, y es por eso que el hijo de Josefa y Miguel ya no se llama Miguelillo Frías Montañés y que dejó hace tiempo de vender golosinas en la feria, lavar copas en un colmado, repartir telegramas por la ciudad, hacer de chicoparatodo en un burdel de Algeciras, organizar juergas turistas en Granada y Sevilla y agitar la noche flamenca en Madrid, y es por todo eso que ahora Miguelillo tiene treinta y un años, se llama Miguel de Molina y esta noche actúa en el Pavón de Madrid. Porque sí, después de lo que pasó la otra noche bien podría quedarse asustado, sin decidirse a saltar el arroyo que separa el telón de ese mar de palmas que envanecen y adineran. Y también podría, después de haber lamido la tierra áspera y sentir en su boca el resabio ferruginoso de su propia sangre, también podría lanzarse esta noche al escenario tímidamente, pegándose a las paredes, con la cabeza gacha, la mirada al sesgo, callado, paradito, atónito y bello, como bello era aquel niño pobre de una calleja de Málaga, una calle como las hay millones por el mundo entero. Pero, entonces, ese hombre que mueve los dedos con embrujo y cimbrea su refinado talle y rasga el bordón de su garganta y agita los lunares de su blusa de fantasía mientras sus empavonados bucles le brillan entre los ojos, ese hombre, si se escondiera, no sería el gran Miguel de Molina, y por eso esta noche, aun doliéndole todo, aun sintiendo el miedo cerca y saberse perseguido por los heraldos de la muerte, quiere gustar y triunfar y volver a sentir, sobre las tablas del Pavón, esa droga que le embriaga más que el coñac: el aplauso.

Solo hace tres días que reapareció. Los rumores se habían desatado.

Qué le ha pasado a Miguel de Molina. Nadie lo sabe. Solo él. El público sabe que es una estrella del espectáculo. Que en la República demostró que un hombre puede cantar cuplés flamencos sin imitar a nadie ni vestirse de mujer. Que el vuelo de las mangas de dos metros de su primera blusa, seda georgette verde nilo con lunares de terciopelo rodeados de pedrería, había cautivado. Que en la guerra había cantado por el frente republicano para animar a las tropas y a la retaguardia y también a los pobres heridos y enfermos en los hospitales, sentado él en una silla desvencijada junto a sus camas y contándoles pasajes divertidos de su vida y anécdotas alegres de la gitanería que tan bien conoció en su infancia y juventud. Es Miguel de Molina. El de na te pido na te debo, me voy de tu vera olvídame ya. El de ojos verdes, verdes como la albahaca, verdes como el trigo verde y el verde verde limón. El cantante libre y del pueblo. O como la otra noche le dijeron, asco en la boca y odio en las garras cuando iban a darle la paliza: un marica y rojo. Por eso ha desaparecido una semana entera del Pavón.

Desde que terminó la guerra ha venido cantando bajo la protección de un falangista, un camisa vieja con influencia política y bien conectado con el mundo del espectáculo. Firma aquí, gana diez veces menos de lo que ganabas y nada malo te pasará. Y al lado de Amalia de Isaura y de sus ingeniosas variedades ha venido recorriendo Valencia, Alcoi, Alicante, bien pagá, si tú eres la bien pagá porque tus besos compré, y Villena, Valladolid, Bilbao, Zaragoza, Barcelona, y a mí te supiste dar por un puñao de parné, y Santander, Gijón, Oviedo, el Ferrol, bien pagá fuiste, mujer, y Santiago de Compostela, Vigo, Pontevedra, La Coruña, no te engaño, quiero a otra, no creas por eso que te traicioné, y San Sebastián, Burgos, Zamora, no cayó en mis brazos, me dio sólo un beso, el único beso que yo no pagué, y Salamanca, Valladolid de nuevo y Madrid, entre esas paredes dejo sepultás penas y alegrías que te he dao y me diste, y otra vez Madrid, el Pavón, el teatro art déco, colorido y racionalista, con espejos y estucos, rematado con su torre y su reloj, y por dentro el mundo hecho espectáculo, como quería Miguelillo, como tanto lo disfruta Miguel. Y el día del estreno en Madrid, el 10 de noviembre, con la crítica delante y la gente ovacionando a Miguel de Molina desde los palcos y la platea del Pavón, sucedió el drama. Dos días antes, harto de ver tanto teatro lleno y su salario diezmado, Miguel Frías Montañés le había comunicado a ese falangista que lo apadrinaba que hasta aquí habían llegado. Que el Pavón de Madrid sería la despedida y que, ya después, él volaría libre con Amalia. Será mejor que no se precipite, le replicó el camisa vieja. Eso fue dos días antes del estreno en Madrid. Ese mismo día 10 volvieron a hablar en el camerino del Pavón. Pensaste en lo que hablamos, le preguntó el falangista. Sí, y estoy

completamente decidido, le contestó el artista: Vamos a cumplir con estas actuaciones en el Pavón y luego Amalia y yo seremos nuestra propia empresa. El falangista calló, lo miró, se dio la vuelta y salió del camerino. El pase de la tarde fue un éxito. Miguel de Molina triunfando en Madrid. Y después de la función, mientras descansaba en el camerino con una bata azul y el maquillaje transfigurando su delicado rostro, sucedió.

La puerta. Quién es. Miguel de Molina. Sí. Tres individuos. Necesitamos que nos acompañe. Adónde. A la Dirección General de Seguridad. Qué he hecho. Un trámite simple. Puedo ir mañana. No, debe ser ahora. Vístase. Déjenme quitarme el maquillaje. Dese prisa. Las solapas levantadas. El susto en el cuerpo. Vamos. El teatro vacío. Los dedos fuertes en el brazo. El coche. El acelerador. Demasiado acelerador. Lavapiés, Recoletos, Cibeles, pero no Alcalá. Y entonces la alarma. Ese no es el camino de la Dirección General de Seguridad. Y entonces la pistola. El culatazo en la cabeza. Espera, todavía no. Y esa amenaza: todavía no. El qué. Eso no lo sabe. Los Altos de la Castellana. La llave de contacto. Silencio. Oscuro. Luces de chalets lejanos. Solo eso: el paisaje del terror. Y el primer empujón. Al suelo. Por qué. Por marica y por rojo. El revólver en el pómulo. Dame la máquina. Qué máquina. Los brazos sujetados. Como si fuera un santo cristo. Y la máquina desbrozando el pelo. Arrancando la brillantina a tirones. Con brusquedad. El cuero cabelludo ensangrentado. Los gritos. Cobardes. Otro golpe con pistola. El frasco de vidrio en la boca. Toma, bebe. Puaj. No lo escupas, maricón. Aceite de ricino y vaselina líquida. Bebe hasta la última gota. Que no. Y la hostia en la cara. Dos dientes rotos. Sangre. El labio roto. Sangre. Por la nariz también sangre. La pistola en el estómago. Tómalo todo o disparo. El fantasma de Federico, aquel Federico al que una noche conoció y dio la mano delicada, delicada como la suya, y que de un paseo sonámbulo como este ya no regresó, verde viento verdes ramas, verde carne pelo verde, y los ojos de fría plata. Golpe. Empujón. La cara en el suelo. La tierra áspera. La sangre negra con sabor a hierro. Un raro gusto de hiel. Los pasos que se alejan. La llave de contacto. El rugido del motor. Silencio. Oscuro. Dolor y miedo y dolor en espiral. La humillación.

Por marica y por rojo.

Y hoy, otra vez, Miguel de Molina canta y baila en el Pavón. Atrás va quedando el miedo, pero queda. Es viscoso, el miedo. Pringa. Deja cerco. A veces es como el estribillo de un cuplé: se te incrusta en la cabeza, te tiene él a ti, no te suelta. Eso mismo hace Miguel: coge y no suelta al público del Pavón en esta función nocturna de las diez y media. Un aplauso. Y otro. Y luego otro. Los dientes partidos se los ha arreglado Goñi, su dentista. Y nadie podría imaginar que Fifí Castellanos, el peluquero de María Guerrero, podría haberle

confeccionado una peluca de cabello natural que reproduce exactamente su peinado, pelo a pelo cosido a mano. Y ahí está Miguel de Molina, sonriendo con dientes y moviendo su nopelo en esta noche de martes en el teatro Pavón. Con el cerco del miedo. Viendo malos presagios por todas partes. Aquella noche de la semana pasada corrió enloquecidamente hasta que paró, sangre y barro y cabeza trinchada, a un taxi. Hoy no. Ya no huye ni calla. Está de pie. Baila. Canta. Sonríe. Seduce. Fascina. Alegra la vida. Es fuerte el miedo, y el más temible de todos es el miedo al miedo. Por eso Miguelillo canta. Canta Ojos verdes y canta la Bien pagá. Por eso abre y cierra las pestañas con la majestuosidad de un pavo real. Haciendo de este mundo, como aprendió en su calleja y bajo la luna gitana, aquello que no es el mundo: un refugio de belleza.

22 de noviembre

Almansa, km 93

Es la noche más cruda del cortejo. El cielo está despejado y el altiplano manchego deja libre el vuelo al viento gélido de la madrugada. La escarcha se intuye en las capas de la Guardia Civil y en sus tricornios charolados. Los falangistas mantienen las mangas subidas. Algunos se han desmayado, han sido atendidos en las ambulancias, han continuado. Hay voluntad de épica en este peregrinar oscuro entre llanuras. Van ateridas las manos que sostienen las antorchas, agotados los hombros que se aprietan a la madera. La escarcha se oye crujir bajo los pies. El féretro está emblanquecido por diminutos hielos. El silencio se ahonda, las siluetas ya no son más que espectros. Nunca fue el paso de un hombre tan impresionante, escribe Samuel Ros, como tu paso, José Antonio, a hombros de tus camaradas en esa hora, todavía en tinieblas, en que la oscuridad se agarra al filo del amanecer y el viento helado se ciñe a todo el cuerpo.

El séquito se aproxima a Almansa por las llanuras del viejo campo militar, tierra de batalla gloriosa para la España Una que ahora se pasea en andas. Seca es esta tierra hasta la agonía y su soledad incomparable, escribe Álvaro Cunqueiro. Leguas de tierra, más presentidas que sentidas, rodean, en la noche, la comitiva. Y se percibe su cerco agobiante, añade. Los espectros van aislados. Una sensación de irrealidad lo impregna todo por estas rectas infinitas cuando a las cinco de la mañana se van acercando a Almansa. Hay hogueras por el camino y en los picos más altos que limitan la llanura. Durante toda la noche ha ardido un fuego monumental en la más alta torre del castillo de Almansa. La luz de la luna, que avanza hacia la plenitud, enfría los campos. No es momento de rosarios ni de rezos ni de cánticos. Hace mucho frío. Hay que avanzar. Y es entonces cuando una voz de zagalón de pueblo dice ya llega José Antonio. A lo lejos se avista el terciopelo negro que cubre el féretro, suspendido en el aire, a la altura de las cabezas. Lo alumbran cuatro faroles litúrgicos y el resplandor del fuego se proyecta a través de sus vidrios, color granate, azul, amarillo. El humo de los hachones asciende en la madrugada. Aunque todavía quede un trecho para llegar a la población, arrebujada bajo esa fortaleza, ya esperan a la vera del camino labradores rústicos, falangistas formados en vigilia tensa, con su manta de campaña en bandolera en esta noche sin sueño. La visión, envuelta por un halo fantasmagórico, hipnotiza en lontananza. Ya lo llaman el entierro del

siglo. La expectativa ha sido superada. La radio no para de informar a la audiencia con conexiones en directo. Su corresponsal en este cortejo, Luis Moure, reviste de romanticismo y pompa la aventura humana que está recorriendo los caminos de España. Querían, al habla Luis Moure, que José Antonio no resucitase nunca. Querían suprimir su nombre, borrar su doctrina, conculcar su memoria. ¿Cómo iban a sospechar ellos este rescate del propio cuerpo de José Antonio? ¿Quién habría podido soñar la escena presente de este féretro pisando todas las tierras de España y seguido procesionalmente por todas las almas? En verdad puede decirse que nunca en la Historia ha sucedido nada semejante. Jamás, dice, insiste, y lo recalca para que se inscriba en el cerebro de los adictos y de los enemigos, la tierra ha contemplado un espectáculo parecido.

Una vez sí. Fue en 1506. Y por eso la llamaron Loca.

La reina de Castilla, veintisiete años, amor constante más allá de la muerte y del maltrato, por qué me encierras en el cuarto, por qué te acuestas con otras, por qué destierras a mi padre, y es el porqué lo que enloquece, organizó con el cadáver de su marido un cortejo fúnebre por los páramos de Castilla. No habían pasado tres meses de la muerte repentina de Felipe el Hermoso. Al rey lo habían embalsamado, su corazón había sido enviado a Flandes para que reposara en el sepulcro de su madre, y el cuerpo del monarca había sido enterrado en la cartuja de Miraflores, Burgos. Allí se presentó Juana de Castilla, la joven viuda, y ordenó su exhumación. Majestad, no conviene. Señora, es pecado. Pero Juana lo ordenó. Levantó el cadáver de su esposo y se dispuso a cumplir su voluntad, desatendida, de ser inhumado en Granada. El cadáver embalsamado fue colocado dentro de una caja de plomo, protegida por otra de madera y recubierta con regio ornato de seda y oro. El carruaje lo tiraban cuatro caballos traídos de Frisia; animales grandes, negros, fuertes, majestuosos en el trote, de largas y espesas crines, una raza milenaria para un cortejo histórico. Así comenzó aquel peregrinar lúgubre en el crudo invierno castellano, donde una reina, o mejor una pobre viuda veinteañera, abatida por la desventura, con el ceño fruncido, meditabunda día y noche, sin apenas hablar y con tantos porqués en la cabeza, legó una estampa para la Historia. El cortejo solo se movía de noche por orden de la reina. Los hachones de los guardas iluminaban con fuego aquel gélido y siniestro cabalgar por los campos de Castilla, tierra triste y noble, la de los altos llanos y yermos y roquedas, de campos sin arados, regatos ni arboledas; decrépitas ciudades, caminos sin mesones. Los campos se oscurecían y el trotar de los frisones iba dejando atrás la cartuja de Miraflores aquel 20 de diciembre de 1506. Los clérigos entonaban el Oficio de Difuntos, la escolta protegía al cadáver, de cuyo lado la reina no se despegaba. Juana estaba embarazada de ese rey al que

velaba. A medianoche llegaron a Cavia, y después siguieron, siempre de noche, hacia Torquemada. Llegaron en Nochebuena, y dijo Isaías en la Natividad del Señor: El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló. Todo el invierno y casi toda la primavera la pasaron en Torquemada. El féretro del rey permanecía en la iglesia de Santa Eulalia, alta y gótica, donde las mujeres tenían vedada la entrada por orden de la reina, celos constantes más allá de la muerte. En Torquemada dio a luz Juana. Nacía Catalina, su última infanta, bautizada por el cardenal Cisneros en la iglesia, tan cerca del féretro de ese padre insepulto y embalsamado sin corazón que el 1 de mayo retomó el camino encima del carruaje. Se dirigieron hacia el sur, hacia Hornillos de Cerrato, por pueblos pequeños y apartados, como pedía Juana. No quería ver a nadie, no quería que la vieran; no quería. Los clérigos iban rezando, los hachones iluminando, nobles y damas acompañando, un cuerpo inerte dominando todas las voluntades. Fue entonces cuando sucedió. La soberana quiso detenerse en un convento del camino, Santa María de Escobar, para que celebraran funerales por su marido. Al descubrir que era un monasterio femenino, presa de un arrebato ordenó sacar el ataúd y que afuera, en mitad del campo, bajo la luna y las estrellas, abrieran el féretro para contemplar el cuerpo del rey. Necesitaba comprobar que estaba allí. Que era él. Que nadie lo había tocado. Así llegaron a Hornillos de Cerrato, al alba, con las piquetas de los gallos horadando la madrugada. En Hornillos pasaron el verano. En julio, las antorchas que alumbraban el féretro en la iglesia de San Miguel provocaron un incendio en el templo. El 24 de agosto, de noche como siempre, los caballos frisones pusieron rumbo al sur, a Tórtoles de Esgueva. Allí acudió a visitarla su padre, Fernando el Católico. Aquel abrazo entre el padre y la hija era un símbolo político. Para Juana, lo importante ya no era la corona ni el gobierno; era el cuerpo vivomuerto del Hermoso. El carro fúnebre continuó. El 5 de septiembre llegaron a Santa María del Campo: nada de fiestas, guardia perenne, ha muerto el rey. Ya en octubre entraron en Arcos de la Llana, qué lejos por mares, campos y montañas, cada vez más lejos de Granada. Pasaron los meses y el cortejo se estancó. El Hermoso en San Miguel, la Loca en el palacio arzobispal. Cada vez más abandonada, más aislada, más libremente ella. Su poca limpieza en cara, y diz que en lo demás, es grande, le escribió un obispo a su padre. Saltaron las alarmas. El cortejo retomó la marcha. Quedaba el último tramo. Pero el padre de Juana había decidido su final. El cortejo fúnebre la llevó hasta Tordesillas; una acompañante ya acompañada. Era marzo del año 1509, ochocientos días después de la partida, y Juana de Castilla sería encerrada en un palacio, con carceleros disfrazados de cortesanos.

Ellos la encierran. Ellos la etiquetan.

Ellos lo abandonan. Ellos se lo apropian.

Cuatrocientos años después, Dionisio Ridruejo ha tenido la idea. Es menudo, delgado, rápido de movimientos, la cara huesuda, el pelo oscuro repeinado hacia atrás. Es, sobre todo, astuto y muy inteligente. Viste la camisa azul desde los primeros tiempos de Falange, año 33, y es el jefe de Propaganda de la nueva España. Hace dos años estuvo en Berlín con Hitler. El año pasado hizo un viaje a Roma y acordó cooperar con la Italia de Mussolini. Quiere algo parecido para España. Un carácter revolucionario, de rebeldía insatisfecha. Un espíritu juvenil donde se unan la poesía, la intelectualidad y la grandeza imperial. Por eso quedó cautivo de José Antonio. De su ímpetu y de su espiritualidad; de ese romanticismo, casi un idealismo quijotesco, que José Antonio sentía y al mismo tiempo aborrecía. Y eso a Dionisio lo fascinó. Sigue soñando con esa España moderna, totalitaria, revolucionaria. El viejo sueño falangista. Por eso, en la reunión de la Junta Política de Falange del 9 de noviembre, el viejo camisa azul defendió la propuesta: trasladar los restos de José Antonio, a hombros de sus camaradas de Falange, desde el cementerio de Alicante hasta la basílica de El Escorial. Hubo algunas reticencias entre los reunidos. El Escorial es el sepulcro de los reyes de España, Austrias y Borbones, desde los tiempos del imperio. Tal vez resultaba excesivo, inapropiado. Pero la idea de Dionisio se impuso. Solo tenían diez días para organizarlo todo. El pleno de la Junta Política de Falange nombró a tres responsables: Miguel Primo de Rivera, Dionisio Ridruejo y José Finat, conde de Mayalde. Ellos han tenido que coordinar la logística de este despliegue y darle toda la grandeza, belleza fascista y solemnidad de la que han sido capaces. Había que fijar el itinerario, cortar carreteras, apisonar caminos, levantar cruces, arcos y frontispicios. Había que llevar a la realidad de cada balcón los paños negros y las banderas. Había que asegurar que los aviones sobrevolaran el féretro, que el fuego iluminara por las noches todo el trayecto, que las campanas y las descargas de fusilería informaran a los pueblos de que el Fundador marchaba en camino. Había que coordinar los relevos de los portadores, fabricar los cincuenta monolitos de mármol negro y sus inscripciones, asegurar las flores que alfombran el camino, preparar, diseñar y tallar la losa que cerrará la tumba de José Antonio, bordar el paño fúnebre con la cruz bizantina y unas inscripciones latinas para cubrir el féretro. Las comidas, el hospedaje, la atención médica, los horarios, el traslado de las milicias, las concentraciones de flechas juveniles y muchachas de la Sección Femenina, la leña para hacer arder cientos de hogueras. Las crónicas sobre el terreno para la prensa y para la radio; la grabación del largo documental para el que se tomarán imágenes en cada pueblo. Había

que preparar los actos, las ceremonias, los símbolos; el ritual. Todo ha de estar medido, pautado. Todo tiene que impresionar y beber de una plástica fascista nunca antes explorada en España.

Así se ha hecho. En diez días.

Ahora, cuando llevan caminados casi cien kilómetros, cuando en la tarde han dejado atrás Caudete, La Encina y Casas de Campillo y por la noche se han adentrado en la tierra enjuta de Albacete a través de un arco conmemorativo con el emblema de la Falange, el escudo de España y los escudos provinciales de Alicante y Albacete, la comitiva llega a Almansa. Son las seis menos cuarto de la mañana. Una masa enorme recibe al cortejo. Brazos en alto, muy tiesos y abrigados, despuntan en la plaza de Santa María, con los primeros jirones de luz en el cielo y la hoguera del castillo quemando en lo alto. La masa fascista dibuja una amnesia colectiva. Ya nadie recuerda aquella Almansa industrial, con una docena de fábricas de calzado y un sindicalismo fuerte, donde tres de cada cuatro electores votaba al Frente Popular en el 36. Queda borrada la Almansa de la guerra, que acogía a cientos de refugiados evacuados de Madrid, Castilla La Vieja y Andalucía. Dónde está la Almansa que creó la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, o la que vibraba en guerra con las actuaciones de Miguel de Molina o Pepe Isbert en el teatro, son 2,75 pesetas la entrada, caballero. Quién se atreve a rememorar esa Almansa que acuarteló, durante dos años, a más de setecientos voluntarios de las Brigadas Internacionales. Esa Almansa está siendo depurada.

Lo ha dicho La Voz en su mensaje radiofónico del 3 de abril, dos días después de la Victoria. Lo ha resumido con tres alertas.

Españoles, alerta: La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia; la sangre de los que cayeron no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición.

Españoles, alerta: Todas las viejas banderías de partido o de secta han terminado para siempre; el amor y la espada mantendrán, con la unidad de mando victoriosa, la eterna unidad española.

Españoles, alerta: España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior. Perpetuamente fiel a sus caídos, con el favor de Dios, sigue en marcha —Una, Grande y Libre— hacia su irrenunciable destino.

Memoria, espada y guerra. Lo ha dicho La Voz. Es lo que está viviendo Almansa.

Hace un mes, en la madrugada del 23 de octubre, dos camiones cargaron a treinta y siete presos de la cárcel de las Agustinas de Almansa. Los fusilaron a todos. Y hace solamente dos semanas, el 9 de noviembre, un motín en la prisión fue reprimido con brutalidad. Cuatro hombres tiroteados allí mismo; otros siete trasladados a la tapia del cementerio. Carguen, apunten, fuego. Sin reposo. Con la

espada. En pie de guerra.

Los crisantemos, flor de la muerte, se deshacen al paso de las botas cerradas de los portadores. Suenan las campanas. Rezan un rosario. Entran en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. No hay santos en las capillas. Aquella noche de julio del 36 acabaron con ellos. Asaltaron el templo con piedras y palos. Quemaron las puertas. Saquearon la iglesia. Con cuerdas y sogas derribaron las imágenes. Un millar de personas aguardaba fuera. Era de madrugada. Encendieron hogueras —siempre el fuego, todos los fuegos que iluminan, destruyen y purifican— y lo quemaron todo. El coro, el órgano, las imágenes, los muebles, los retablos. Pero a la Virgen de Belén la salvaron. Los milicianos la sacaron a hombros a la plaza de Mariana Pineda, le ataron una bandera republicana y la procesionaron hasta el ayuntamiento vitoreando a la patrona, vito a la Virgen de Belén y al Niñico también, vito, agua virgen de Belén, agua, y la turba gritaba extasiada vivalavirgenrepublicana, viva. No acabó así. Nueve días después, unos milicianos forasteros la rompieron a pedazos y la quemaron junto a todas las imágenes de su santuario. Eso sí que se recuerda hoy en Almansa. El horror de la destrucción. Los veintidós asesinatos de la horda roja. Los seis curas caídos que el Señor los tenga en su Reino. La primera memoria histórica de la guerra; la única permitida.

Mientras, el cuerpo de José Antonio descansa sobre un túmulo dentro de la iglesia. Trescientas muchachas de la Sección Femenina entonan el De profundis. Sus finas voces se elevan en el interior del templo. A su lado, los falangistas aguantan el frío con la camisa arremangada. La camisa azul: ese fue su primer acto de autoridad. Era otoño de 1934. Por los barrios lejanos de Madrid se oían los tiros de la revolución de octubre. Tiros en Madrid. Estat Català en Barcelona. República Socialista Asturiana en Gijón. Comunismo libertario en La Felguera. Huelga General Revolucionaria en Bilbao. Artillería y aviación en Castilla. Incendio de graneros en Navarra. Y Falange Española se fundía con las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista: totalitarios, nacionalistas, revolucionarios, católicos, pioneros en el símbolo de las flechas y el yugo, enamorados de una cierta violencia saludable, como dijo uno de sus jefes. A José Antonio lo acababan de nombrar jefe nacional. No presidente. No secretario general. No líder. Jefe. Jefe Nacional. La dirección de Falange Española de las JONS estaba reunida en un salón del palacete del Marqués de Riscal 16. Ya tenían Jefe. Ahora debían ratificar la insignia, confirmar la bandera y elegir el uniforme del partido. Y en ese último punto comenzó la discusión. Alguien sugirió replicar la camisa negra fascista; se desechó por evitar mimetismos. Julio Ruiz de Alda y Luys Santamarina defendieron el color mahón. Giménez Caballero reivindicó un color

pardo que remitiese a la tierra castellana. Luis Aguilar propuso el azul horizonte o gris desvaído para que, en caso de guerra, su visibilidad fuera escasa. Otros sugirieron el color verde. El debate superaba ya la hora cuando José Antonio mandó callar. Dijo que Falange Española de las JONS había de ser una organización rotunda, varonil, firme, y que para ello precisaba de un color neto, entero, serio y proletario. Por eso, la camisa falangista sería azul mahón, como la de los mecánicos, como la de tantos obreros fabriles, y que no había más que hablar. Él era el Jefe, él decidía. Punto.

Al día siguiente, con una tela comprada deprisa en casa de Papá Navas, José Antonio ya vistió la camisa falangista. Él y un grupo más de sus apóstoles se movieron por la Castellana y la Cibeles y se ofrecieron al Ministerio de la Gobernación para combatir, por la fuerza, la proclamación del Estado catalán el día anterior. Ya iban de azul mahón: la camisa nueva, coraza de los cruzados, mucho más que una prenda de honor. El periodista Eugenio Xammar, que ha vivido el ascenso de Hitler, que lo ha entrevistado antes de ascender a la Cancillería alemana y que ha tenido que justificar ante él el tamaño de su nariz y jurarle que no era judío, ya lo ha advertido: En los uniformes de los partidos, una camisa equivale a un programa político, y el color es el aspecto decisivo. Los italianos eligieron el negro. Los nazis eligieron el pardo. Y no porque fuera el color preferido del Führer ni por sus vínculos simbólicos con la tierra, esencia del pueblo, noray mental del nacionalsocialismo ario. Los nazis escogieron el color pardo porque el líder de las SA Gerhard Rossbach, con sus ojos saltones y su boca alargada de hucha, con su nacionalismo desbocado y su aversión a todo lo intelectual, apasionado por irradiar militarismo entre la juventud alemana, con fama de sádico y autoritario, compró un lote barato de camisas pardas. Eran remanentes para las antiguas tropas coloniales del imperio alemán desplegadas en África oriental hasta 1918, cuando Alemania perdió su África y las camisas pardas del desierto perdieron su sentido. En 1921, Rossbach compró esas camisas ya inservibles. Nacían las huestes pardas del Führer: el color paramilitar, el color del terror callejero, el color que sintetizaba una idea siniestra: solo se puede acabar con el terror mediante el terror. Esa idea domina su acción. Rige hasta sus últimas consecuencias, pues Rossbach ignoraba que una década después de comprar aquellas camisas baratas él mismo sería purgado y encarcelado y humillado en la Noche de los Cuchillos Largos, gatos negros contra gatos pardos, todos ratones para un tigre desquiciado.

José Antonio ya era Jefe Nacional. Comenzaba el tiempo del suprematismo ideológico: cuadrado azul mahón sobre fondo azul mahón. Malevich, Lissitzky y José Antonio. Tratando

desesperadamente de liberar la política del lastre del mundo representativo, buscó refugio en la forma del yugo y la flecha. Nada más. Eso los fascinó a todos. Lo radical. Lo puro. Lo nuevo. Y él, arriba. Arriba de todos, más vertical cada día. Un camarada le escribía: Te sobra llaneza, bondad y simpatía. Debes establecer distancia entre tú y todos los demás. Nada de familiaridades: la teatralidad es necesaria. Que a tu despacho no entre sino quien tú llames, y que se te vea siempre por encima de la masa y de los demás escalones de mando. Muéstrate autoritario, terminantemente autoritario. Quien no pueda resistir esto no es fascista ni merece serlo, le escribía. Él lo resistía. Le gustaban las formas del fascismo. Y todos le rendían pleitesía. Lo adoraban. Lo adulaban. La palabra bien modulada. El verbo preciso. Una voz de corno suavísimo. Una inteligencia casi celestial. Su ansia de horizontes en la mirada. Será como César. No, será más bien como Augusto. Qué bien te sienta ese traje. Y la corbata. Gran discurso. Excelente artículo. Buena idea. Y cada vez era mayor el servilismo, la genuflexión intelectual de su corte. Esa corte de prosa barroca, de estilo arcaizante, estaba magnetizada por su presencia, por su liderazgo innato, por su carácter fuerte, tajante, seco castellano. Por su ascetismo poético. Por sus modos castrenses. Fascinación, enamoramiento, electromagnética neuronal; tal vez un casto homoerotismo. Crecía la lisonja por ganarse el puesto más cercano al Jefe. Por ser uno de los que elegía el Jefe para subirse al coche e ir a comer. Por ser uno de los que escogía el Jefe para dar un paseo por la Castellana de regreso a casa. Algunos —muy pocos— se hartaron. Denunciaron la farsa del señorito, tercer marqués de Estella, que quería pasar por proletario. Cargaron contra el liberal que se veía perdido y quiso vestirse de pronto y capciosamente a lo fascista, con una camisa que no le tapaba los faldones del frac parlamentario. Sin embargo, el Jefe resistió. Su corte lo arropaba. Hoy lo lleva a hombros. La fascinación se ha extendido; la adulación, magnificado. Profeta de Dios, Apóstol de la verdad, Príncipe de la juventud, Vencedor de la muerte, Héroe del Imperio soñado, Apóstol nacional, Profeta de la redención española, Inmortal Caído. Todo discurre como soñaba Ridruejo: con estética guerrera, desnudez poética, mística triunfal.

Pero detrás hay una sombra.

Encarna

La niña más poderosa de España quiere todos los libros de Celia. *Celia, lo que dice*, *Celia en el colegio*, *Celia novelista*, *Celia en el mundo*, *Celia y sus amigos*, *Celia madrecita*, y también quiere las aventuras de Cuchifritín y Matonkikí, el hermano y la prima de Celia. La librera busca y rebusca en su librería de Recoletos. Le faltan tres. Se apura. La niña de doce años, delgaducha y morena, nena, nenuca, Carmencita, los quiere todos. Ama a esa niña rebelde y libre de los cuentos, imaginativa y traviesa, inconformista y contestataria, una niña rubia de ojos claros y boca grande criada con institutriz inglesa en el barrio de Salamanca, una niña reacia a someterse ante cualquier forma de autoridad. Ama a esa niña tan contraria a como su padre quiere que sean las niñas de España. Faltan tres libros. Ya no queda rincón donde buscar. La librera sabe que a la hija del Generalísimo no se le dice que no, por eso le promete que buscará los tres que faltan y pronto se los mandará a su casa.

La niña sale feliz de la librería.

Su papá también está feliz.

El desfile de la Victoria llena Madrid. Es el mayor fasto desde el cautivo y desarmado. Decían la guerra ha terminado. Nada ha terminado. Todo está empezando.

La niña va con sus libros nuevos. En las portadas azules que acarician sus yemas figura ese nombre misterioso: Elena Fortún.

Ella, Elena, no está feliz.

El papá de esa niña le ha desgraciado la vida. Y ese mismo día, cuando el papá y la niña sonríen radiantes con sus celias y sus desfiles de cuento, Elena se hunde un poco más en su pesar. Está confinada en un cuartito de Sète, Francia, mirando al puerto, a la inmensidad del mar. No se le va de la cabeza su traumática salida de España. La guerra terminaba. Parecía imprudente quedarse en el país después de haber publicado tanto en la prensa republicana, de estar casada con un militar republicano y de tener un hijo abogado que ha actuado como defensor de oficio en los tribunales de guerra. Por eso, por ese por si acaso que unas veces salva y otras veces condena, tomó una decisión. Cogió el pasaporte y los retratos más queridos, cerró su casa con todos los libros dentro, besó de rodillas la tierra de su jardín y se subió a un barco en Valencia pocos días antes de que acabara la guerra. Iba a ser una jornada de viaje para llegar a Francia. Fueron

quince. Una tempestad tremenda azotó el barco y naufragaron. El temporal los empujó hacia Italia. Cuatro días con el ruido espantoso de las olas contra las paredes del barco y los alaridos del mistral. Ocho días sin comer nada. El hambre, la sed, los pasajeros tirados en el suelo, una pobre mujer que se volvió loca en el barco, ríe que ríe; dos hombres con las piernas hinchadas y sus quejidos mortificantes; niños enfermos, heridos, y ese maletín suyo hecho pedazos: adiós a los cepillos, la jabonera, el espejo, las tijeras, el peine, la delicada polvera, todo lo bonito que alegra la vida. Entonces un barco inglés los encontró y los remolcó hasta Génova. La ropa mojada y pegada al cuerpo con barro y sangre. El pelo convertido en una pasta con la grasa del barco. Los ojos grandes cada vez más hundidos bajo las finas cejas. Solo treinta y nueve kilos de peso, pero qué delgada estás, Encarna, porque ese es su nombre real: Encarnación Gertrudis Jacoba Aragoneses y de Urquijo. En los periódicos y los libros firma con el seudónimo que la ha hecho triunfar: Elena Fortún, madre literaria de Celia. Sin embargo, le escribe a su hijo, han pasado tantas cosas que es como si fuera otra vida. Ni rastro de aquel fulgor con tapas duras de Aguilar. Quince días después del naufragio, flaca y con el pelo sucio, Encarna quedó confinada en Sète. Con el vientre lleno de gases. Con esas voces dentro de su cabeza que no paran de hablar y de hablar, un barullo de gritos que le ha quedado en la mente como residuo de la tempestad. Han sido muchos días de soledad. De incertidumbre. De cartas diarias a su marido y a su hijo, exiliados en Suiza. Han sido muchísimos días de impotencia. De contar el dinero escaso. De gestiones fracasadas en los consulados: cada día un disgusto nuevo en el capítulo de negativas y gastos. Veía a otros españoles vender los dientes de oro, comer de caridad, escribir cartas desesperadas. Ha visto con sus ojos partir al Sinaia, la primera expedición de exiliados españoles rumbo a México. Un barco grande, grandísimo, de dos chimeneas, nuevo, como recién pintado y erizado de cabezas que asomaban por todas partes. En el muelle, llorando con las maletas por no haber podido subir, los más desdichados: exiliados escuálidos, con expresión de espanto en los ojos, miserablemente vestidos. Un orador gritaba en cubierta que iban de nuevo a la conquista de América, pero que ahora partían a la conquista de los corazones de la gente de allá, hermanos todos de la hispanidad. La gente aplaudía. Sonaba el himno de Inglaterra, God save our gracious King, luego La marsellesa, Allons enfants de la Patrie, finalmente el Himno de Riego, lará laralaralará, viva Inglaterra, viva Francia, viva España, viva España, viva España, tres vivas para el país que ya solo existe en el recuerdo y el deseo, y el barco zarpaba en busca de más recuerdos y nuevos deseos, los contornos de la nostalgia.

Todo eso vieron los ojos cansados de Encarna mientras una niña

reía y se divertía con las aventuras de Celia en el palacio de El Pardo, su casa. Ya han pasado algunos meses. Las noticias que llegan de España afligen a Encarna. Se lo cuenta por carta a su hijo: Que se está fusilando a destajo, que las cárceles están llenas, que no hay qué comer, que se teme un levantamiento del pueblo de un momento a otro y que por eso está comenzando una época de terror que tiende a recrudecerse. Todo es fanfarria, desfiles y misas.

Por eso se ha subido al vapor Massilia, el barco de los intelectuales republicanos. Salieron hace un mes del puerto industrial de La Pallice, en La Rochelle, a orillas del Atlántico. A bordo iban el poeta y coplista Salvador Valverde, autor de Ojos verdes y María de la O, el editor Arturo Cuadrado, el escenógrafo Gori Muñoz, el filósofo Wenceslao Roces, el cineasta Luis de la Fuente, los dramaturgos Manuel Desco y Pascual Guillén, los actores Severino Mejuto y Ángel Giménez, la actriz Maricarmen García Antón, el escultor Alberto Barral, el filólogo Ramón Martínez López, los pintores Manuel Ángeles Ortiz, Ramón Hidalgo Pontones y Esteban Francés, los dibujantes Dameson y Arteche, los periodistas Antonio Salgado, Clemente Cimorra y Mariano Perla. Y ella, la escritora de libros infantiles que firma como Elena Fortún, y su marido Eusebio de Gorbea, dramaturgo además de militar. El Massilia no solo llevaba decenas de intelectuales. También transportaba cuarenta mil kilos de armamento para el Ejército argentino, quince toneladas de coñac, dos mil kilos de seda, once automóviles, casi quinientas sacas de correspondencia y el cuerpo embalsamado de un coronel argentino que ha fallecido en París. Una aventura digna de Celia.

Pero esto no es un cuento.

El Massilia, pintado de gris para camuflarse en el océano, ha tenido a siete millas a un submarino alemán empeñado en darle caza. La navegación zigzagueante del comandante Paul Ferbos ha conseguido eludirlo sin tener que utilizar los dos cañones de popa y las seis metralletas antiaéreas de proa. Así han pasado frente a las costas españolas, un momento de gran emoción. En esa despedida de la tierra perdida, con todos callados en cubierta, han resurgido los recuerdos que amargan la boca y oprimen el corazón de los legionarios de la esperanza.

Legionarios de la esperanza.

Es bella la expresión de Constantino del Esla. Tiene treinta y un años y viaja en el Massilia, un muestrario de la carne dolorida de Europa: racimos de españoles que pasarán por la Argentina en tránsito para Chile, austriacos, checoslovacos, polacos y hasta algunos judíos alemanes, los ex, los sin patria, los de las pequeñas y rojas nacionalidades formadas después de la guerra anterior: el pacto de Versalles en el agua. La escritura de Constantino es serena, precisa,

culta, ribeteada de épica. Profundamente humana. Es periodista. Tenía veintidós cuando firmaba en el *Heraldo de Madrid*. La República le ilusionó. Aquel 14 de abril jamás lo olvida. Pero después vino la guerra. Trabajó como corresponsal del diario argentino *La Nación* en las trincheras republicanas de Madrid. Solo quería ver, oír y contar; nada de etiquetas políticas, nada de alquilar su pensamiento. Ignoraba que también estaría condenado a recordar. Yo tengo que pasarme muchas veces las manos por los ojos y por la frente en movimientos fuertes, bruscos, para romper alucinaciones, espejismos, bárbaras estampas que me persiguen desde la guerra de España. Veo niños descuartizados, mujeres muertas en el rincón de una calleja llena de escombros, soldados prendidos en las alambradas, inánimes, con las manos tendidas en el suelo, como si intentaran llegar a la tierra, arañarla, meterse en ella, sepultarse, confiesa Constantino. Él ha escrito crónicas de guerra bajo el zumbido de los aeroplanos y atravesado las líneas enemigas dentro de un tanque donde rebotaban las balas. Sabe que su oficio es buscar emociones, pulsar la vida, sentirla. Pero conste que no lo hago con alegría, dice. Me duele que el periodista tenga que caminar por campos enlodados, por sendas de sangre, destrozándose el corazón. Por eso no presume de valiente. No hay nadie que no tenga miedo. Eso dice. En un cuaderno, a bordo del Massilia, escribe: He pasado en la guerra momentos de terrible pánico, hasta creer que las sienes iban a estallar. Pero el miedo tiene disfraces: unas veces es la serenidad, otras la conciencia de que el peligro no es inminente, otras el humor, una carcajada nacida de una lágrima. Y yo escribo así el reportaje, buscando a veces el perfil cómico de lo trágico. Y algo de cómica tuvo su fuga de España. Al caer Madrid, Constantino se disfrazó de requeté. Con un pasaporte falso pasó a La Coruña, y de ahí a Portugal, refugio seguro, donde lo esperaba el subdirector de *La Nación*. Tras descansar unos días en París se ha embarcado en el Massilia. En tierra le mordían los presentimientos. En el mar le fustiga la melancolía. Va comprendiendo que siempre, en suelo firme o entre olas, será un perseguido por el pasado o por la amargura del futuro incierto: sin reposo, sin calma, sin dejar de ver sangre, sin dejar de ver dolor. Es su palabra serena.

Tras una larga navegación, el Massilia atracó en Buenos Aires hace dos semanas. Ya han llegado. Constantino se prepara para una vida de periodista en la redacción central de *La Nación*. Encarna se sienta a escribir una carta. Teclea en la máquina la fecha: Buenos Aires, 22 de noviembre de 1939. Queridísimos hijos, dos puntos. Ya estamos un poco inquietos sin noticias vuestras. Esta es la tercera carta que os escribimos sin que hasta ahora hayamos tenido contestación. Como nos tenéis acostumbrados a que cuando estáis enfermos no nos decís nada hasta que ha pasado, ahora pensamos que pueda pasar esto y nos

preocupamos. Encarna siempre se preocupa. Tiene motivos. Se le murió con solo diez años su otro hijo, el pequeño Bolín. Ahora ha sufrido unos meses duros. Las palabras de sus cartas lo atestiguan: Todos hemos pasado lo bastante para perder las ganas de vivir. Nos lo hemos jugado todo y todo lo hemos perdido. Ha llegado el momento malo y hay que pasarlo. Y así un día tras otro desde que estalló la guerra. Pero ahora está en Buenos Aires, en una pensión modesta de la avenida de Mayo. El primer bulevar de Buenos Aires, casi un kilómetro y medio de recta con plátanos monumentales, farolas de bronce, fachadas art nouveau, sillares neoclásicos, aceras de seis metros y medio y el primer metro del hemisferio sur surcando el subsuelo de la avenida: grandeur parisina. Entre tanta modernidad, Encarna siente que ha vuelto a nacer. Está contenta. Sueña con una nueva vida. Escribir en los periódicos y las revistas porteñas, *El Sol*, *Billiken*, *El Hogar*, colaborar en la radio que tan bien paga, ver publicados sus libros en Argentina, que su marido pueda hacer crítica teatral y estrenar pronto en los teatros.

Deseos: asidero del exilio.

Es bonita la cúpula de su edificio. Distinguida y coqueta, señorial, como ese vestíbulo que cruza cada día sin creerse, todavía, que está a salvo de las bombas y de los campos de refugiados. Avenida de Mayo 881, octavo hache: extraño hogar del desarraigo, donde fermentan los recuerdos. Ya tiene ganas de marcharse de esta pensión provisional. Se lo cuenta a su hijo y a su nuera, instalados en Estados Unidos, en la carta de hoy: Estamos deseando estar en nuestra casa para empezar a vivir, pues la verdad es que ya hace años que no sabemos lo que es eso. Sobre todo para poder trabajar es absolutamente necesario, y no quiero deciros lo que cuesta hacer un artículo sin libros, sin diccionarios, sin nada que me ayude a pensar, en una habitación pequeña sin ninguna comodidad. Ahora, les escribe, deseo saber cómo os arregláis vosotros, qué hacéis, qué esperanzas de trabajo tenéis. Escribidnos, teclea Encarna. Y a mano, cariñosamente, esa misma mano agotada que hace unos meses escribía yo he viajado como Encarnación Aragoneses, punto, Elena Fortún no existe, punto final, esa mano que ha hecho soñar, reír y pensar a miles de niños, esa mano que en la primera página de las aventuras de Celia ha escrito no sé adónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre, esa mano que ilumina las sombrías tardes de El Pardo y hace reír allí a una niña, garabatea la frase final: Muchísimos besos de vuestra madre.

Weddell

Que iba a quedarse soltero lo creían todos. Él también, claro. Ya tenía cuarenta y siete años, Alexander Weddell, y de mujeres nada. Lo suyo era la diplomacia, dios y la discreción. Alto, de metro noventa y dos. Apuesto, con el cabello plateado deslizándose bajo el sombrero. Afable detrás de su timidez. Serio, demasiado serio, eso sí. Con el traje invariablemente oscuro —o negro o azul o marrón—, el cuello rígido de la camisa y esa cortesía tan suya, un tanto envarada hasta que el burbon anaranjado, con sus matices ámbar como de trémulo atardecer, bañaba sus labios cortos y finos, unos labios casi invisibles, tan poco besados, y le destensaba la rigidez congénita. Sus ojos gris azulado, guarecidos tras unos óculos sin montura, habían visto muchos libros, especialmente de Historia. También habían contemplado mucho mundo. Qué orgulloso estaría su padre, el reverendo Weddell. Qué orgulloso estaría del esfuerzo de aquel niño larguirucho de Richmond que se había quedado huérfano con siete años y que, sobreponiéndose a la dificultad, había sido capaz de forjarse un porvenir apretando los dientes y abriendo los ojos sin temor a los destellos cegadores que toda vida aguarda. Qué orgulloso estaría el reverendo Weddell de aquellos veranos adolescentes que su hijo se pasó trabajando sesenta horas a la semana por un salario de dólar y medio. Del puesto que obtuvo en la Biblioteca del Congreso. De sus estudios brillantes en la Universidad George Washington. Y por fin, fruto de una vida abnegada, qué orgulloso estaría del periplo de su hijo por medio mundo a las órdenes del servicio exterior de su patria, los Estados Unidos de América, e pluribus unum, el destino manifiesto, y el joven Weddell sirviendo a esa idea. En Copenhague, en Zanzíbar, en Catania. En Atenas, en Beirut, en El Cairo. Y en Calcuta. Lo inesperado sucedió en Calcuta.

Que iba a quedarse viuda lo pensaban todas. Ella también, por supuesto. Ya tenía cuarenta y nueve años, Virginia Steeman, y al hombre de su vida lo había perdido hacía poco. Era rica, inmensamente rica, gracias a la fortuna familiar de aquel joven esposo que había muerto tras regresar enfermo del servicio militar activo en la Primera Guerra Mundial. Virginia se había quedado rica, sin hijos y con todo el tiempo para emprender aquel viaje alrededor del mundo que la animaron a hacer sus amigos el señor y la señora Cocke. De Missouri a París, y de ahí a El Cairo, a Estambul y a Calcuta. Allí

sucedió lo inesperado, en Calcuta.

Los Cocke habían concertado un almuerzo en la ciudad india con su amigo Weddell, el cónsul general de Estados Unidos. Así conoció Alexander a aquella mujer alta, tan distinguida, con un cabello rubio que se iba tornando plata, los ojos gris azulado como él, la conversación fluida, la sonrisa coqueta y fácil y esa mirada penetrante y felina que iluminaba un rostro bello. Cuatro meses después de aquel encuentro ya se habían casado. Fue un noviazgo apasionado. Como el de dos adolescentes de casi cincuenta años a bordo del barco de regreso a América. Porque Weddell se montó para no perderla.

Ella le escribía a él: Las horas se alargan hasta que te aprieto de nuevo contra mi corazón, amado mío.

Él le escribía a ella: Solo sé que te amo, y rezo para ser tu caballero hasta el día de mi muerte.

Aquel hombre alto y serio, que escondía las polainas bajo las perneras del pantalón y vestía siempre o de negro o de azul o de marrón, le escribía a Virginia, dos meses después de haberla conocido, la siguiente carta: Quiero hablar de negocios y contarte una nueva empresa en la que lo he invertido todo: Alex and Virginia Company. Una sociedad estrictamente limitada, constituida según las leyes de lo Romántico y la Tierra de la Magia, y hecha de besos, caricias, miradas, emociones y anhelos. Tu comprends, tu acceptes, mon ange? Firmado: Tuyo siempre, Alex.

De aquella carta ya ha transcurrido una década y media, y aún siguen juntos los dos accionistas de la empresa.

Pero la carta que hoy escribe Alexander Weddell reviste un cariz distinto. En el encabezamiento ya no pone Mi Señora. Ni pone Amada. Ni pone Mi querido y único amor. Arriba de la página blanca pone Honorable Secretario de Estado, Washington DC. Y al pie de la carta pone Respetuosamente suyo, Alexander W. Weddell. Porque es así como debe escribirlo un embajador, el nuevo embajador de los Estados Unidos en la nueva España: Alexander W. Weddell.

Señor, le escribe Weddell al secretario de Estado americano en este miércoles 22 de noviembre: Tengo el honor de referirme a la instrucción confidencial n.º 67 del Departamento, del 20 de octubre de 1939 (Expediente 740.00112 Libros/22), acerca de las dificultades reportadas al bibliotecario del Congreso por parte del director de la Biblioteca Pública de Nueva York para obtener algunas publicaciones oficiales del anterior Gobierno español. En respuesta a ello se adjunta, como de probable interés para el Departamento, y para su posible transmisión bajo sello de confianza a la Biblioteca del Congreso y a la Biblioteca Pública de Nueva York, un memorando confidencial preparado por mi secretario privado, el Sr. Murat W. Williams, que relata los resultados de determinadas investigaciones hechas en la

Biblioteca Nacional que arrojan mucha luz sobre la actitud del actual Gobierno español hacia las publicaciones originarias de este país durante el periodo republicano. La situación expuesta en este memorando, dice el embajador Weddell, no me infunde esperanzas.

El memorando tiene cuatro páginas. Lo acaba de redactar ese joven de Virginia que por ahora no pasa de las tres iniciales: M. W. W. Es Murat Willis Williams, un chico formado en Oxford y que ha dicho sí al embajador Weddell, viejo amigo de la familia, para ser su secretario en España.

Murat vive en la embajada. Pero se mueve mucho. Patea Madrid. Es curioso. Por eso ha tecleado este memorando confidencial que dice así: Esta mañana visité la Biblioteca Nacional y fui recibido cordialmente por el secretario, el máximo funcionario de turno allí.

—Se informa en Estados Unidos —le dije— que ustedes están haciendo una depuración aquí en la Biblioteca Nacional. ¿Puede decirme algo sobre esto? En particular, quisiera saber si están sacando de la Biblioteca libros y trabajos publicados durante la República.

—Sí, claro —respondió—. Estamos haciendo una depuración. Estamos sacando libros que han hecho daño al país.

A continuación enfatizó que debían ser eliminados los «libros malos, libros falsos» que habían sido responsables de gran parte de los crímenes y horrores que había sufrido la Patria.

—¿Y qué están haciendo con esos libros? —le pregunté.

A esto respondió:

—Por el momento no sabemos exactamente qué haremos con ellos.

Luego le pregunté si esos libros iban a ser quemados o destruidos. Con énfasis, me respondió que no habría destrucción de libros en las bibliotecas españolas.

—Nosotros —afirmó—, que dedicamos nuestra vida a conservar y a coleccionar libros, no los destruimos. Porque debe darse cuenta de que los libros que hoy son malos pueden seguir siendo útiles mañana. En el futuro, los estudiosos estarán interesados en saber que personas como los republicanos han existido.

Que personas como los republicanos han existido.

Esa frase.

El memorando continúa. Habla de que España va a elaborar un índice de libros prohibidos. La embajada americana no lo explica, pero ya circulan prohibiciones explícitas de libros en el país. Los libros son un peligro. Siempre lo han sido. Ahora más. Leer es sospechoso. Debe reforzarse la vigilancia. Quién lee qué. Qué no se puede leer. Por eso las bibliotecas españolas van habilitando sus infiernos: armarios o cuartos donde se ocultan los libros prohibidos. Literatura pornográfica, socialista, comunista, libertaria. Libros disolventes, los llama el nuevo Estado.

Cuatro siglos antes, el Santo Oficio había purgado en el fuego o en el infierno los textos de Erasmo de Róterdam, los ensayos de Lluís Vives, la vida del Lazarillo, las pasiones de la Celestina, el teatro anticlerical de Bartolomé Torres Naharro y otros dos mil libros más. La Inquisición lo hacía á fin de quitar a los católicos las ocasiones que el demonio y sus ministros ofrecen con libros, tratados y escritos, que son los maestros que á todas horas enseñan y persuaden sus errores.

El Santo Oficio azul es más directo.

Dice: Para edificar la España Una, Grande y Libre condenamos al fuego los libros separatistas, los liberales, los marxistas, los de la leyenda negra, los anticatólicos, los del romanticismo enfermizo, los pesimistas, los pornográficos, los de un modernismo extravagante, los cursis, los cobardes, los seudocientíficos, los textos malos y los periódicos chabacanos, e incluimos en nuestro índice a Sabino Arana, Juan Jacobo Rousseau, Carlos Marx, Voltaire, Lamartine, Máximo Gorki, Remarque, Freud y al *Heraldo de Madrid*. Se persigue así *La república* de Platón, aunque nada tuviera que ver con el 14 de abril ni con iglesias, o quizá algo sí con cavernas y mitos. A *Caperucita Roja* se la torna *Caperucita Encarnada*, roja nunca. Se incinera la *Enciclopedia de la carne*, aunque sea un libro de gastronomía. Y se persigue todo aquello que levante sospechas. *La rebelión de las masas* de Ortega. La poesía de Antonio Machado y de Miguel Hernández. *Los pazos de Ulloa* de Pardo Bazán y las novelas de Blasco Ibáñez. Los pensamientos sombríos que agobian a Raskólnikov. Esa frase de Victor Hugo, tan de posguerra: Solo se puede contener una cierta cantidad de desesperación. Cuando la esponja está empapada, el mar puede pasar sobre ella sin hacer penetrar una lágrima más.

La depuración de libros avanza. Durante toda la guerra, y una vez acabada, ha habido quemas de libros. Auténticos bibliocaustos. Aquelarres de ira donde el fuego ha querido borrar ideas, silenciar herejes; secar el veneno.

Solo en Barcelona dicen que se han destruido setenta y dos toneladas de libros procedentes de editoriales, librerías y bibliotecas públicas y privadas. Y ahora, como transmite a Washington la embajada americana, las bibliotecas van llenando sus infiernos. Se retiran las almas muertas por las que Gógol viaja a través de Rusia. O los artículos críticos de Larra. O las penas del joven Werther. O la educación sentimental de otro joven, Frédéric Moreau. O el triángulo amoroso tras la celosía de Vetusta. O aquel retrato al óleo donde Oscar Wilde reflexiona sobre el narcisismo megalómano. O la comedia humana infectada de dinero que cuestiona Balzac. O el burro pequeño, peludo y suave de Juan Ramón. O la Celestina, otra vez la Celestina —siempre peligrosa la Celestina—, con esa frase de Fernando de Rojas, tan de posguerra también: No es vencido sino el que se cree serlo.

La conversación con el bibliotecario español ha dejado a Murat Willis Williams convencido de lo que es una dictadura. Por eso escribe al final de su memorando confidencial una conclusión y una sugerencia.

La conclusión es: El hecho de que se esté haciendo una depuración en la Biblioteca y se prohíban ciertos libros debe indicar claramente que habrá una censura definitiva de los papeles y libros exportados desde España. Ciertamente, si se retiran del uso público de las bibliotecas libros considerados «malos y falsos», no es probable que el Gobierno permita que dichos libros se envíen al extranjero.

La sugerencia es: Dado que aún quedan dudas sobre cuán libre será el acceso otorgado a los académicos estadounidenses que quieran ver libros prohibidos en la Biblioteca Nacional, me parece que la única manera de asegurar que cierta información sobre la República esté disponible en el futuro es fomentar la recolección de materiales por parte de refugiados en Estados Unidos, políticos, profesores y escritores, que vivieron el periodo de la República y participaron en sus actividades. Tales personas, con la organización adecuada y mediante un trabajo metódico, pueden producir fuentes de información lo más precisas posibles sobre las actividades de la República española.

No dice hay que combatir esta censura intolerable.

No dice allá donde se queman libros acaban ardiendo personas.

No dice Washington debe apoyar la restauración democrática en España antes de que sea demasiado tarde.

Y no dice —eso no lo dice— el otro día oí hablar al embajador Weddell del asunto de Telefónica. Le pongo en antecedentes, señor: el magnate americano Sosthenes Behn, que en 1923 convenció a Alfonso XIII y al general Primo de Rivera para dejarle crear la Compañía Telefónica Nacional de España y levantar un régimen de monopolio —un pelotazo que ensució y persiguió la reputación del dictador español y de su hijo José Antonio—, ese magnate está intentando ahora que la nueva dictadura española no se incaute de Telefónica, como algunos le piden, para castigar la tibieza americana durante la Guerra Civil, y ese magnate, el coronel Behn, está maniobrando con la ayuda de nuestra embajada para que los consejeros norteamericanos sean readmitidos en el consejo de administración de la empresa, y que así él siga controlando la Telefónica española a cambio de algodón y de más suministros de Estados Unidos. Y no le dice el joven Murat al secretario de Estado —eso tampoco lo dice— que el embajador Weddell va a pactar todo esto con el presidente español Serrano Suñer durante los días del traslado del cuerpo de José Antonio Primo de Rivera de una punta a otra de España. Ondean banderas en la calle y bajo la mesa se mueven billetes. Porque ya se sabe, señor: Vale mucho

una sociedad limitada con cien mil besos y cien mil caricias de capital, y lamentamos enormemente que la Celestina ya no pueda leerse en las bibliotecas de España, una pena, la verdad, pero aquí en la embajada, honorable secretario de Estado, estamos a lo que estamos. E pluribus unum; Una, Grande y Libre. Dos destinos manifiestos: Avida dollars.

23 de noviembre

Albacete, km 167

El trasatlántico Neptunia parte las aguas del Mediterráneo. Ciento ochenta metros de elegancia y cuatro motores Sulzer para transportar a casi mil ochocientos pasajeros. Por el vestíbulo, con la doble escalinata con pasamanos de madera, se pierde el eco de las voces en tránsito. El espacioso salón de fiestas, con sus sillones reclinados de madera y un moderno tapizado a rayas, invita a proyectar futuros desde un presente infinito y voluptuoso como la mar. En la sala de fumar, con las sillas de rejilla en el respaldo, el tintineo acompaña la barra del fondo. Por la galería de paseo, donde los desconocidos no se saludan mientras estiran las piernas, asoma el mar en estos días en que la guerra, otra vez la guerra, ha vuelto a los mares de Europa. Sin embargo, todo se ve distinto desde el Neptunia. El barco ha zarpado hoy del puerto de Génova y entre sus pasajeros, casi como una rareza, viaja un grupo de hombres en misión especial: llevar una corona de bronce de parte del Duce para la tumba de José Antonio, su pequeño duce español.

Qué distinto parece todo.

Hace unos meses, todos ellos luchaban en la Guerra Civil. Marciare per non marcire, como pidió el futurista ideólogo con su arma de tinta, de todas las armas la más destructiva. Italia Fascista, Italia Irredenta, Italia Imperiale. Lemas, eslóganes, sordinas cerebrales. Otro más: Boia chi molla, traidor quien ceda. Ellos no cedieron.

Ahí está el teniente Pascotto Antonio, caposquadra napolitano, con su medalla de Sufrimientos por la Patria y mutilado de la guerra española en aquel combate en el que, a pesar de las gravísimas heridas, según cuentan los papeles limpios de sangre, esas gacetas asépticas donde jamás palpita el dolor ni la muerte, Pascotto continuó en su audaz acción bélica incitando y arrastrando a los legionarios italianos a conquistar el objetivo con un ejemplo de voluntarismo, apego al deber y sacrificio, y no consintió que lo llevaran al hospital hasta haber ganado la batalla.

Ahí está, también, el teniente coronel Andrea Zotti, treinta y cuatro años, con su cara huesuda y bella, digna de cartel de estreno en Cinecittà. La boca pequeña, los labios perfilados, las facciones angulosas, la gorra de plato ladeada con esa corona que aún distingue a la Regia Aeronautica. Cumplió a los veinte años el sueño de ser aviador, de estar aún más cerca de las nubes que en su pequeño

pueblo veneciano, Asiago, encaramado a mil metros de altitud y arrasado por los bombardeos austrohúngaros en la Gran Guerra. De niño veía a esos pájaros mecánicos y su trino mortal. Ahora los pilota, les hace cantar la muerte. En sus ojos se advierte esa rapidez innata que pronto lo distinguió como comandante de escuadrón y consumado piloto de acrobacias. Andrea instruyó en técnicas de combate modernas a pilotos chinos al servicio de Chiang Kai-shek, líder de los camisas azules que soñaban con una China fascista y a los que Mussolini ayudaba en sus delirios imperiales. Luego partió como voluntario a España, al mando de los cazas del grupo As de Bastos, de la aviación legionaria italiana. Fue un año y medio de guerra española para él, quinientas ochenta horas de vuelo en combate, bailando en el aire con la muerte, come le zingare del deserto, con candelabri in testa o come le balinesi nei giorni di festa. Fascismo en la tierra, fascismo en el cielo, fascismo como analgésico ético para derribar aviones enemigos en Villanueva de la Cañada, en Brunete, en Belchite, en Teruel. Andrea resultó herido en combate, recibió una medalla y le dio tiempo para enamorarse, flirtear y casarse un sábado de otoño, sí quiero, con Isabelita, hija del general Kindelán, jefe máximo de la aviación sublevada. El guapo y heroico acróbata del aire y la hija de veinte años del todopoderoso general dándose un beso en la basílica del Pilar: un buen final para Cinecittà.

Hoy viajan en el Neptunia. Con el mayor Languasco y su memoria de guerra africana; con el teniente Bencini y sus tiempos de squadrista de las Flechas Negras; con el primer mosquetero del Duce, teniente Valenti. Van algunos más. Rizzo, Corrado, Altomare, Morino, Aisegna, Kekler, Bruno, nadies si nadie escruta el reverso de su pechera. A todos ellos los dirige el general Radogna, miembro en Roma del Tribunal Especial para la Defensa del Estado, que sanciona, depura y sentencia sumariamente, sin posibilidad de recurso, a todos aquellos elementos peligrosos para el régimen fascista. Él dirige esta misión. Pero el centro de atención es esa corona de bronce. Mide un metro de diámetro. Las hojas de laurel metálico son enormes. La inscripción, lacónicamente fascista: Il Duce al fondatore della Falange. Su escultor viaja también en el barco. Es Giuseppe Ciocchetti, adicto a la causa y dueño de L'Arte Funeraria, un taller con sede en Roma y en Pietrasanta que hace negocio con la muerte por la patria. Su catálogo, desde la Gran Guerra, no ha dejado de crecer. Quiere su ayuntamiento una lápida vegetal con los nombres de los soldados caídos para eternizar su memoria con un digno recuerdo de mármol. Acaso le gustaría esta figura femenina alada que personifica la Victoria y que abraza y besa a un soldado agonizante en combate. O tal vez prefiere un obelisco con un soldado con la bayoneta en posición de ataque, mire qué emocionante es este ángel de la gloria besando al moribundo

caído, con un casco, un rifle, ramas de laurel y hojas de roble a sus pies.

Liras, liras, liras.

Él, Ciocchetti, autor de cientos de monumentos funerarios agli eroi caduti per la patria, que te despide del taller si no te afilias al partido fascista, se ha convertido en un iconógrafo de la muerte por una bandera; un alquimista que troca el dolor en orgullo: patriotismo trilero. Él, Ciocchetti, ha sido el encargado de modelar la corona de bronce que, por expreso deseo del Duce, la Italia fascista depositará en la tumba de José Antonio, aquel aspirante a Duce hispano que un otoño lejano, el otoño de las rosas en Berlín, Roma y Madrid, fue a visitar a su referente ideológico. El discípulo se presentaba ante el maestro como el precursor del fascismo en España, el impulsor del periódico *El Fascio*, que nada más salir a los quioscos había sido prohibido por la República, y el promotor de un nuevo partido político español que estaba a punto de nacer y para el que le quería pedir ayuda, respaldo. Dinero. Yo he visto de cerca a Mussolini, escribió José Antonio, una tarde de octubre de 1933, en el Palacio de Venecia, en Roma. Aquella entrevista me hizo entender mejor el fascismo de Italia que la lectura de muchos libros. Eran las seis y media de la tarde. No había en el Palacio de Venecia el menor asomo de ajetreo. A la puerta dos milicianos y un portero pacífico. Se dijera que el penetrar en el Palacio donde trabaja Mussolini es más fácil que tener acceso a cualquier Gobierno Civil. Apenas enseñé al portero el oficio donde se me citaba, se me hizo llegar —por anchas escaleras silenciosas— a la antesala de Mussolini. Tres o cuatro minutos después se abrió la puerta. Mussolini trabajaba en un salón inmenso, de mármol, sin muebles apenas. Allá, en una esquina, al otro extremo de la puerta de entrada, estaba tras de su mesa de trabajo. Se le veía de lejos, solo en la inmensidad del salón. Con un saludo romano y una sonrisa abierta me invitó a que me acercara. Avancé no sé durante cuánto rato. Y, sentados los dos, el Duce empezó su coloquio conmigo. Yo le había visto en audiencia rituaria, años antes, cuando fui recibido con varios alumnos de la Universidad de Madrid. Aparte, como todos los habitantes del mundo, le conocía por los retratos: casi siempre en actitud militar, de saludo o de arenga. Pero el Duce del Palacio de Venecia era otro distinto: con plata en el pelo, con un aire sutil de cansancio, con cierto pulcro descuido en su ropa civil. No era el jefe de las arengas, sino el de la maravillosa serenidad. Hablaba lentamente, articulando todas las sílabas. Tuvo que dar una orden por teléfono y la dio en el tono más tranquilo, sin poner en la voz el menor asomo autoritario. A veces, cuando alguna de mis palabras le sorprendía, echaba la cabeza atrás, abría los ojos desmesuradamente, y por un instante mostraba, rodeadas de blanco, sus pupilas oscuras.

Otras veces sonreía con calma. Era notable su aptitud para escuchar. Hablamos cosa de media hora. Luego me acompañó hasta la puerta, a través del inmenso salón. No es de gran estatura; ya no tiene, si alguna vez la tuvo, la erguida apostura de un jefe de milicias; antes bien, su espalda empieza a encorvarse ligeramente. Al llegar los dos a la puerta me dijo con una calma paternal, sin sombra de énfasis: «Le deseo las mejores cosas, para usted y para España». Luego se volvió hacia su mesa, despacio, a reanudar la tarea en silencio. Eran las siete de la tarde. Roma, acabadas las faenas del día, se derramaba por las calles bajo la tibia noche. El Corso era todo movimiento y charla, como la calle de Alcalá hacia esas horas. La gente entraba en los cafés y en los cinematógrafos. Se dijera que sólo el Duce permanecía, laborioso, junto a su lámpara, en el rincón de una inmensa sala vacía, velando por su pueblo, por Italia, a la que escuchaba palpitar desde allí como a una hija pequeña. ¿Qué aparato de gobernar, qué sistema de pesos y balanzas, consejos y asambleas, puede reemplazar a esa imagen del Héroe hecho Padre, que vigila junto a una lucecita perenne el afán y el descanso de su pueblo?

José Antonio soñaba con ser ese Héroe.

Por qué.

Por una sombra que lo persigue. La de su padre: general Miguel Primo de Rivera, dictador de España, el Mussolini de Alfonso XIII. Emularlo y superarlo eran las dimensiones de su teatro; salvar a la patria, el argumento de su obra. Un destino presentado como obligación, seguramente para camuflar una legítima y desbocada ambición. Todo empezó como el deber moral por defender la memoria de su padre frente a abogadetes, politiquillos, escritorzuelos y mequetrefes: los enanos que se agitan, babean y se revuelcan impúdicamente en su venenoso regocijo. Empezó por la necesidad sanguínea, orgulloso amor filial, por reivindicar una figura que se iba a alzar sobre las centurias, grande, serena, luminosa de gloria y de martirio. Así lo decía. Así lo escribía. Necesito defenderle, esgrimía. Aunque caiga extenuado en el cumplimiento de ese deber, no cejaré mientras no llegue al pueblo la prueba de que el general Primo de Rivera merece su gratitud. El general Primo de Rivera, pacificador de Marruecos —¿lo han olvidado ya las madres?—, servidor de su país con ocho campañas y seis años de Gobierno; trabajador infatigable por la Patria, que le vio subir al Poder con todo el empuje de su madurez vigorosa y salir del Poder, a los seis años, rendido, viejo, herido de muerte por la enfermedad que tardó tan poco en abatirle. Once días después de ser apartado del poder, su padre se vio abocado al exilio, París. Un mes después moría de una embolia. Solo. En una habitación de hotel. En apenas seis semanas, José Antonio —de veintiséis años— pasaba de tener un padre que dirigía España a verlo muerto en el

exilio. Solo y vituperado. En febrero, dictador. En marzo, muerto. Y en abril del año siguiente, la República. Y se abría la espita de la libertad de expresión para criticarlo sin conmiseración. Crucificarlo en plaza pública. Restregarle su golpismo, su autoritarismo desbocado, su sadismo con los izquierdistas, sus negocios y francachelas, su ludopatía, esa dictadura inmoral y analfabeta. Y su hijo salió a defenderlo. Con la pluma, a bofetadas. Escribió contra aquellos que pretendían que los hijos de esa monstruosa familia, los Primo de Rivera, cumplieran solo un deber: renunciar a toda esperanza de vida civil y morir en el silencio, arrinconados como los leprosos en los tiempos antiguos. Abofeteó en público al exministro conservador Rodríguez de Viguri tras abalanzarse sobre él como un león hasta que los separaron. También saltó a la arena política. Ocho días después de morir su padre entró en la junta directiva de la Unión Monárquica Nacional: un partido de conservadores, españolísimos, gente de orden para el orden. Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que el apartarme de ellos para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor. Pero sería cobarde o insensible si durmiera tranquilo mientras en las Cortes, ante el pueblo, se siguen lanzando acusaciones contra la memoria sagrada de mi padre. Quiero ir a defenderlo. Eso decía. Esa era su obsesión. Quizá revestida de obligación, pero larvada en una secreta ambición: emular, superar, llevarse la vida por delante. Dejar huella. Marcharse entre aplausos. Salvador de España. Salvador de la Patria. Milhombres, lo llamaba su padre.

En vida, nunca fue como su padre.

Ahora, desde la muerte, ese limbo donde las vidas son tan maleables como el bronce en las manos de Ciocchetti, lo empieza a ser.

El cortejo del Glorioso Mártir se dispone a sumergirse en un baño de masas. Atrás ha quedado el puerto del Blanco, que conduce a Chinchilla, y su carretera ondulante bajo un caminar sin tregua, empapado de sol y aterido de frío. Un caminar lento, pausado, rítmico; siempre marcial. Una mano toma notas. De cómo los hombres, a la vera del camino, se cuadran, firmes, como viejos guerreros en espera de la última orden. De cómo los ojos de las mujeres relampaguean con la luz femenina de su alma, presintiendo hijos que sean perfectos, como José Antonio. La mano exaltada que todo eso anota ha sido anarquista, miembro de la CNT. Hoy es falangista; más concretamente, jonsista. Ahora, esa mano, la mano de Guillén Salaya, escritor de la vanguardia fascista, apunta que la mala hierba ha sido arrancada de esta tierra esteparia de la meseta. Apunta que este peregrinar fascista manda un mensaje a una Europa enloquecida, liberal-democrática, que hoy ha de mirar el paso de este cortejo con ojos pasmados, con delirantes ojos de asombro, y a la que

hay que salvar con el ejemplo.

Ese ejemplo refulge ahora, cuando ha caído la tarde y la aterradora luz de los hachones devuelve a la marcha un sabor de eternidad y cierto aroma de ilusión.

Berlín, Roma, Albacete.

Dicen que hay más de ochenta mil personas en Albacete, más de cien mil personas en Albacete. El doble, casi el triple de su población. Ha venido gente de toda la provincia. Ha sido una tarde febril de luminarias, tapices, emblemas, arcos, mástiles, retratos, joseantoniojoseantoniojoseantonio, masas crecientes, camisas azules planchadas en este jueves de aires fascistas. Un buen nodomingo para recitar los doce mandamientos paganos que los falangistas han inventado

I. Solo tenemos un afán: la victoria.

II. Solo practicamos un estilo: el revolucionario.

III. Solo seguimos un procedimiento: la acción directa.

IV. Solo llevamos un símbolo: las flechas y el yugo.

V. Solo defendemos un hábito: la camisa azul.

VI. Solo usamos un tratamiento: el de camarada.

VII. Solo sentimos un deseo: el de justicia.

VIII. Solo apetecemos un derecho: el de la libertad.

IX. Solo confiamos en un imperio: el de la juventud.

X. Solo queremos un Estado: el nacionalsindicalismo.

XI. Solo profesamos un amor: el de España.

XII. Solo adoramos un profeta: José Antonio.

Ya circula incluso un padrenuestro joseantoniano: Padre Nuestro que estás en los Cielos y nos enviaste a José Antonio en una hora difícil de nuestra Patria. Santificado sea tu nombre en su obra y en la de sus continuadores, cuya labor preside nuestro invicto Caudillo. Venga a nos tu Reino, y en su establecimiento en la sociedad española por la fe y la moral católicas tenga el primer puesto el imperio del Yugo y las Flechas, que de nuevo adoctrinen y eleven el mundo a la luz de tu Santa Iglesia. Y a él dale tu Reino de triunfo eterno en tu bienaventuranza. Y de este modo, con espiritualidad, con jerarquía, con orden y esfuerzo, digamos siempre: En nosotros mismos, en nuestros hogares, en nuestra España Una, Grande y Libre, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo. El Pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. A nuestra Patria dale siempre el pan esencial de su tradición, que se hace vida en la juventud permanente de su Falange; danos no sólo el pan del cuerpo, sino también el del espíritu, el de la Verdad y el de la vida católica con la Patria, el Pan y la Justicia, inspirada en la caridad evangélica que nos deseó José Antonio. Y a él dale el pan de la vida eterna, que eres Tú mismo poseído en el Cielo. Y perdónanos nuestras deudas, y al alma de José Antonio también las

faltas que, por la fragilidad del humano vivir, hubiere contraído. Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y como perdonó José Antonio a sus enemigos, para que en nuestra Patria se realicen la paz, el amor y la tarea de todos los españoles y la santidad de la victoria. Y no nos dejes caer en la tentación, en el error o en la maldad de pervertir los fines providenciales de nuestro Movimiento y de las consignas de la vida y muerte de José Antonio, más líbranos del mal. Y mientras lo rezan, un cardenal frunce el ceño. Mientras recitan los doce mandamientos paganos —solo llevamos un símbolo: las flechas y el yugo; solo adoramos un profeta: José Antonio—, ese cardenal dibuja una mueca de disgusto. No ve la cruz. No oye el nombre de Jesús. Le inquietan esas irreverencias. Y eso que su adscripción a la causa es inequívoca. Para él, no ha habido Guerra Civil. Ha sido una lucha entre España y la anti-España, la religión y el ateísmo, la civilización cristiana y la barbarie. Y a pesar de ello, el cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, primado de España, autor de la carta colectiva de los obispos españoles que bendecía la violencia en la cruzada de liberación nacional y llamaba a actuar a punta de espada, ese cardenal con oronda cintura cardenalicia en la antesala del racionamiento, frunce el ceño con la sacralización de José Antonio. El cardenal tiene un sobre donde guarda los recortes y las notas de esta religión falangista que está desatando el Eterno Ausente. Y le asusta. En el sobre, tres palabras: Estridencias de Falange. No le gustan las flechas enyugadas sin las cruces. No quiere caídos por España si no lo son también por Dios. La liturgia fascista —desfiles, marchas, concentraciones— debe estar sometida al ritual católico —altares, cruces, misas—.

Cuatro kilómetros antes de llegar a Albacete, la masa humana flanquea el paso del Primer Camisa Azul. Es interminable la hilera de antorchas. La ciudad es una gran hoguera silenciosa. En el Parque de los Mártires, con su enjambre de pinos y el rumor del agua mansa del estanque, va a comenzar otra gran exhibición ante la cruz de los caídos. Doce sacerdotes presiden el responso. Dicen que cuando ese féretro de ébano toca el suelo purifica la tierra que hollaron los enemigos de España. Hoy estamos todos juntos en el Resurrexit de la Patria, las voces musitan el Santo Rosario, pidiendo a Dios por todos los Caídos, pidiendo a Dios por España, pidiendo a Dios por los que quedamos para hacer la Obra de la Paz y de la Reconstrucción de España. Dicen todo eso. Lo dicen con mayúsculas y lo dicen con fuego. Lo dicen con gritos y lo dicen con tiros. Y sin embargo, saben que están en una tierra que fue leal a la República, donde el golpe de Estado se intentó pero que en una semana se revirtió. Saben que en la calle hay brazos adictos, enhiestos de orgullo y emoción, pero también saben que hay brazos conversos, también brazos levantados por

miedo, seguramente brazos enemigos atemorizados, que disimulan y esconden el puño. Los cátaros perfectos compraban carne en el mercado de forma ostentosa para que todos vieran que no seguían dietas extrañas; luego, en casa, donde en secreto se mantenían vegetarianos, ascetas y célibes, jamás la comían. Hoy, en Albacete, hay brazos cátaros que simulan adhesión.

Al llegar a la jefatura provincial de Falange, la comitiva descansa el féretro y reza un nuevo responso. Nunca serán demasiados. Hay que recrear el martirio. Fijar el arquetipo del Profeta, del Mesías redentor. Incrustar en las mentes ese paralelismo: Cristo crucificado y resucitado; José Antonio fusilado por una España resucitada.

Tenían treinta y tres años.

A las nueve y media de la noche entran en la iglesia de San Juan Bautista, toda llena de camisas azules que han subido sus veintiún escalones más los siete peldaños redondos, recomidos ante la puerta de entrada. La fachada es oscura. Los muros del templo son un esqueleto de andamios con heridas de metralla. En el centro de la nave colocan el ataúd. Todas las fuerzas vivas presentan respetos al mártir. Ya ha empezado la noche en vela, la primera en reposo desde Alicante. Las centurias de honor, armadas dentro del templo, custodian el cuerpo sacralizado. Los fieles oran y pasan delante de sus restos, la última vez, la sangre derramada, el sacrificio ante sus ojos. Canto de salmos, clamor de rezos. A las cuatro y media comenzarán las misas en sufragio de su alma. A las seis empezarán los funerales antes de que amanezca y el desfile prosiga por las calles de Albacete hasta enfilar la carretera, el sol pálido, de un pálido invernal, deshaciendo morosamente la escarcha. Pero ahora, afuera, bajo la luna de medianoche, el deambular de gentes no cesa en los aledaños de San Juan Bautista. Es la última noche. Falange, con su primigenio sueño totalitario, revolucionario y fascista, comienza a descubrir que ha pasado el tiempo y la verdad desagradable asoma: clericalizar, servir, es el único argumento de la obra.

Rawicz

El refrán dice: San Miguel de los Reyes, patio de las tres palmeras, donde se mueren los hombres de sentimiento y de pena.

La ecuación que ha formulado un jefe de la prisión es menos poética. Dice: Un preso rojo vale menos que la cuarta parte de una mierda.

Rawicz es un preso rojo en esta cárcel de piedra.

Una huerta parduzca y fría cerca sus viejos muros, llenos de grietas y agujeros donde anidan palomas, gorriones, murciélagos, brotes de higuera. Fueron levantados hace cuatro siglos en la huerta de Valencia. Antes era monasterio, ahora prisión. Por el inmenso azul dibujan el vuelo las aves libres que vienen van y vienen sin ataduras ni fronteras. Eso mismo hacía él, Mariano Rawicz Majerowicz.

Ya no.

Hay quien se fijaría en su altura, 1,77. Otros observarían su delgadez extrema, unos cincuenta kilos, y es por eso que descansa en cada tramo de la escalera y se mueve como un anciano pese a tener solo treinta y un años. Algunos resaltarían sus ojos vivísimos, o sus pómulos marcados por el hambre, o sus labios insinuantes, o esas bonitas cejas de personalidad desbordante, o la frente ancha que preludia un pelo tupido, moreno, con alguna leve ondulación, o el carisma que todo lo que es rostro centellea. Pero es en las manos donde aguarda el secreto de Rawicz.

Con esas manos tocaba el piano en los cines y en un cabaret. La grandiosidad de Bach, la elegancia de Mozart, la fuerza prometeica de Beethoven bajo sus yemas.

Con esas manos aprendió a pintar y a dibujar en la Escuela de Bellas Artes de Cracovia.

En la ciudad alemana de Leipzig, con esas manos, perfeccionó su dominio de las artes gráficas y sus más avanzados secretos: la tipografía constructivista, la abstracción geométrica, el uso del fotomontaje, el diseño simple y funcional que alinea forma y fondo. Fue en Leipzig donde un madrileño le dijo vente a la imprenta de mi padre, Gráficas Faure, y trabajarás de portadista.

Con esas manos, recién llegadas a la España republicana, compuso las cubiertas de libros que lo dicen todo acerca de su ideología. *Cómo me hice marxista. El nacimiento de nuestra fuerza. España, república de trabajadores. La conquista del trigo por los soviets. Cartas íntimas de*

Lenin. La mujer nueva y la moral sexual. Unas cubiertas de libros que han revolucionado el grafismo editorial español.

Con esas manos ha diseñado los nombres que nimban sus portadas e iluminan su pensamiento: Trotsky, Engels, Alejandra Kolontai, Rosa Arciniega, Victor Serge, Ehrenburg, Egon Erwin Kisch.

También con esas manos, esposadas junto a las manos de un vagabundo alemán, fue expulsado de España en un frío anochecer de Portbou. El militante comunista Mariano Rawicz sobraba en el país tras los acontecimientos de octubre del 34. Los que mandaban no lo querían en su República. Cárcel y expulsión. Do widzenia. Se acabó.

Pero esas manos inquietas, deseosas de trabajo y ardientes de revolución, lo llevaron de regreso a España en el sexto mes de guerra. La boca del lobo, y Rawicz en ella. Bien adentro.

Sin embargo, esta vez todo ha sido distinto. España ya no era aquel país que lo deslumbró la primera vez por el griterío alegre en cafés y comercios, los juegos de cartas regados con coñac, y esa música de zarzuela cantada a ritmo de vals y de polka, como en su tierra pero con castañuelas, igual que en la belle époque: una reminiscencia de la edad de oro de la seguridad europea que España había preservado al alejarse de la Gran Guerra.

Ya no.

La nueva Gran Guerra germinaba en España, y Rawicz no podía creer aquello que veía. Algunos de sus viejos camaradas comunistas vestían, en la retaguardia, camisas de seda, buenos trajes y elegantes uniformes con galones sin haber olido siquiera la pólvora.

Era demasiada frivolidad. Algo insoportable para esas manos finas que no dudaron en ir al frente, coger la pala y cavar trincheras a orillas del Ebro. Esas palmas de pianista y dibujante quedaron casi en carne viva tras varias noches cavando en silencio, sin hacer ruido para el enemigo, protegidas del relente por un mísero capote. Pero esas manos merecían más que una pala. Por eso se pusieron de nuevo a crear, a dibujar y a componer para el Estado Mayor de la 46 División. Rawicz llenó las paredes de una escuela militar con carteles que ilustraban el comportamiento correcto del soldado, retratos de los jefes del Ejército Popular y consignas políticas para ganar la guerra. Porque Rawicz puede llegar a las almas a través de sus manos.

Ya no.

Cuando las tropas nacionales tomaron el ministerio republicano de Barcelona donde él trabajaba, Rawicz intentó engañarlos. Extendió la mano derecha arribaespaña fingiéndose quintacolumnista. No sirvió: su maleta, llena de material comprometedor, lo delató. Y ha acabado en la cárcel de San Miguel de los Reyes, donde se mueren los hombres de sentimiento y de pena. Donde un preso rojo vale menos que la cuarta parte de una mierda. O incluso menos que eso. Porque hay

mierdas ignoradas que nadie pisa y con el tiempo se secan y fertilizan la tierra y desaparecen en paz. Pero eso no es lo que ha visto Rawicz en la cárcel. Él mismo no lo ha vivido así.

Primero ha sido el juicio. Un tribunal lleno de sables y de uniformes castrenses. Al fondo de la sala, presidiéndolo todo de verdad, un gran crucifijo y un retrato policromado del Caudillo. La voz del juez sonaba cargada de odio y desprecio. El abogado defensor, tartamudo, se limitaba a pedir clemencia. El guardia civil le tapaba la boca con su mano sudorosa para que dejara de decir cómo pueden acusarme a mí de delito de rebelión si fueron ustedes, los militares, quienes se alzaron contra un gobierno, bueno o malo, no vamos a discutirlo aquí, pero legalmente constituido. La farsa terminó pronto. En dos horas ya estaba de nuevo en la cárcel. Pero había algo distinto. Un grafista no pasaría por alto ese detalle tipográfico de la nueva celda. Dos letras, CM, que adquieren su siniestro perfil al conocer su significado. Son las iniciales de Condenados a Muerte. Eso comenzaba a ser Mariano Rawicz Majerowicz: un condenado a muerte.

En las paredes de esa celda había dibujadas pequeñas tumbas con nombres y fechas. Eran de los compañeros sacados ya para su fusilamiento. Uno podía enterarse de su fusilamiento inminente a mediodía o hacia las dos de la madrugada. Por eso nadie se quitaba la ropa hasta que pasaran las botas claveteadas y enmudeciera el chirriar del cerrojo, graznido de posguerra. Si las botas pasaban de largo en la quietud de la madrugada, como decía un compañero mientras bostezaba, el significado era claro: un día más y un día menos. Eso decía bostezando: un día más y un día menos. Menuda frase. Y Rawicz lo ha visto. Ha visto a presos que se llevaban al campo de fusilamiento. Los ha visto gritar vivalaceneté y vivaelpartidocomunista mientras abandonaban la celda. Los ha visto regalar su comida y su tabaco y hacer un último encargo a sus compañeros: Que si lograban salir con vida, contasen a sus esposas, a sus hermanos y a sus hijos que ellos afrontaron la muerte sin miedo. Como si eso —tan romántico y existencial: la voluntad de trascendencia, de pervivir en el recuerdo con una última imagen de valor y entereza— fuera a cambiar algo. Como si alterase el dibujo de una nueva tumba con nombre y fecha en la tétrica pared de una celda.

Rawicz ha esquivado ese final. Le han conmutado la pena. Ahora arrostra una condena de reclusión perpetua. Eso equivale a treinta años de presidio. Pero nadie cree que el régimen vaya a sostenerse treinta años. Todos los reos confían en que mucho antes habrá amnistías, indultos o revisiones de condena. Pero Angélica, pobre Angélica, que bajó hasta los cuarenta y tantos kilos al final de la guerra, con ataques epilépticos acentuados por el insomnio y el hambre, y es que no hay nada para comer, nunca nada, Angélica no lo

creía. Y Rawicz se ha enterado por carta. Que su esposa, su Angélica, se ha tomado un frasco entero de Luminal para descansar de verdad. Siento mucho esta desgracia que le aflige, no fue posible salvarla, mucho le agradeceré a Ud. me diga qué he de hacer con las maletas, reciba un saludo y mi más sentido pésame por la muerte de la pobre Angélica, todo eso ha leído justo antes de salir al patio. Sin despedidas ni besos ni últimas miradas ni nada. Y entonces el abatimiento súbito, la dimensión precisa de la derrota y la tragedia. Y entonces el funcionario que entra furioso en la celda preguntando por qué no sale. Y entonces esas manos de dibujante le tienden a otro hombre con manos de carcelero la carta, un trozo de papel lleno de dolor en diferido. Y entonces el funcionario, joven requeté, boina roja y fanático de la cruz, compungido de verdad, trata de consolar al preso rojo, el que vale menos que la cuarta parte de una mierda, y le pregunta qué puedo hacer por ti, y Rawicz solo pide poder estar con su único amigo en la cárcel, don César, y llorar junto a él sin vergüenza, dejar correr el llanto mientras le aprieta su fina mano de dibujante esa otra mano, sarmentosa y fría, de un anciano enfermo, pálido y por afeitar.

Pero pronto suenan los himnos. Todo el día los himnos cantados a la fuerza. El caralsol, el pordiosporlapatriayelrey y la marcha real, con su Gloria, gloria, corona de la Patria, soberana luz, que es oro en tu color. Cuatro veces al día los tres himnos. Cuatro por tres doce. Hasta meterse en el tuétano. Púrpura y oro: bandera inmortal; en tus colores, juntas, carne y alma están. Y luego Lucharemos todos juntos, todos juntos en unión, defendiendo la Bandera de la Santa Tradición. Y luego, todavía, Arriba, escuadras, a vencer, que en España empieza a amanecer. Cuatro por tres doce. Y después de los himnos vienen los gritos de ritual: arribaespaña, vivaespaña, españauna, españagrande, españalibre. Pero a veces el rompan filas se retrasa en el patio de San Miguel de los Reyes. Hay presos, erguidos sobre el empedrado con toscos adoquines, que solo gritan fuerte vivaespaña. Es el único grito aceptable para ellos. Y entonces los funcionarios, muchos falangistas y requetés fanáticos, ordenan repetir de nuevo los gritos. Los presos —abogados, jueces, médicos, ingenieros, profesores, militares, funcionarios, pintores, autores de teatro, algún cura vasco o heterodoxo, un boxeador profesional, un ajedrecista reputado, un artista de circo, artesanos, muchos obreros, muchos campesinos, el dibujante Rawicz— repiten los gritos una y otra vez. Los repiten docenas de veces si hace falta hasta que no suenan disonancias provocativas y todo se escucha en ideológica armonía: arribaespaña, vivaespaña, españauna, españagrande, españalibre. Cuatro por tres doce. Hasta el tuétano. Como le ha pasado a Simón Królikowski, compañero de cárcel de Rawicz. También es polaco. Marinero.

Comunista. Luchó con las Brigadas Internacionales. Cayó preso en Castellón. No aceptaba la derrota. Se resistía a ser un vencido; menos aún traidor. Cuando en el patio de la cárcel cantaban los tres himnos, él callaba. Cuando todos levantaban el brazo en saludo fascista, él levantaba el puño. Cuando el eco forzado devolvía los gritos de ritual, él gritaba vivalaurss o vivastalin. La derrota tiene un precio. El orgullo también. Simón Królikowski ha pagado los dos. Le dieron tantas palizas por su rebeldía que acabó por perder la razón. Todos saben que está loco. Ahora siempre anda con el brazo en alto. Nadie puede convencerlo de que lo puede bajar. Es inútil. No atiende a razones. Muchas veces, Simón se encara a uno de los muros salpicados de garitas de las que apuntan fusiles. Se pone frente a la pared y, como en una plegaria que él mismo ha inventado, comienza a susurrar Muygrandemáximo viva, muygrandemáximo mío, muygrandemáximo viva: Camarada José Stalin. Eso dice. Y luego sigue caminando. Y así pasan los días en San Miguel de los Reyes, un islote de este archipiélago penal que es España, un país con veintiséis millones de habitantes y más de doscientos sesenta mil presos. El uno por cien de la población encerrada en prisiones, conventos, monasterios, escuelas, cuarteles, reformatorios, viejos manicomios, plazas de toros, establos, graneros: un país convertido en una inmensa cárcel. Y en ese pajar, la aguja flaca y enclenque de Rawicz, y sus manos, que tanta labor han hecho, se emplean ahora en una misión secreta dentro de la cárcel: falsificar carnets.

Un día, un funcionario de la cárcel que admira sus dibujos le llama. Quiero pedirte un gran favor, pero que no se entere nadie, le dice a Rawicz. El misterio pronto queda desvelado. Primero le enseña un carnet identificativo, el suyo, extendido por la Dirección General de Prisiones. Antes del nombre y los apellidos dice: A favor del funcionario del Cuerpo de Prisiones, señor tal. Luego le muestra otro carnet. Es de un agente de policía, librado por la Jefatura Superior de Seguridad. Es igual. En tamaño, color, tipografía. Exactamente igual. Solo hay una diferencia. En el carnet de policía, antes del nombre y los apellidos, la fórmula es la siguiente: A favor del señor tal. Solo por esa insignificante diferencia, le explica el funcionario, los agentes de policía pueden viajar gratis en los tranvías y autobuses, y entrar sin coste al cine y a los toros. Y qué funcionario español no quiere ver gratis, como se vio en la corrida de la Victoria de Las Ventas el pasado mes de mayo, los largos muletazos de Vicente Barrera, las banderillas arriesgadas de Pepote Bienvenida, el galleo de la mariposa de Marcial Lalanda con el toro embebido en los vuelos del capote mientras el diestro camina hacia atrás, quién no quiere ver gratis la inteligencia del Estudiante en cada faena, las verónicas ceñidas y nerviosas de Pepe Amorós o el temple en el estoque de Domingo Ortega, olé

maestro. Quién no quiere ver gratis el toreo de Chicuelo, de Cagancho, del Niño de la Palma, de Maravilla, de Rafaelillo o de Fuentes Bejarano. Ese funcionario joven quiere. Y también quiere ver gratis a Estrellita Castro, con los ojos acuosos de añoranza y patriotismo, con los dos caracolillos que adornan píamente su frente, cantar suspiros de España. Y quiere ver también, y siempre gratis, todas esas películas que se anuncian en los cines. *La Dolores*, *Señores y criados*, *La fuga de Tarzán*, *El capitán Flood*, *Sublime obsesión*. Por eso le pregunta a Rawicz si él sería capaz. Si se atrevería a retocar su carnet de funcionario para dejarlo igual que el carnet del policía. Raspar, retocar, arreglar: falsificar. Eso es lo que tiene que hacer Rawicz para su carcelero. Con discreción máxima, porque si lo descubren se meterá en un lío. Trabajo me va a costar, le dice Rawicz, pero lo puedo hacer perfectamente. De noche, cuando mis compañeros duerman. Y, por supuesto, nadie sabrá una palabra. El joven funcionario se entusiasma. Le dice que sabrá agradecérselo. Cuando quiera usted sacar alguna carta sin que pase por la censura interior, o si quiere algún recado para la ciudad, pídamelo sin reparos. Y es así como Rawicz, el maestro del grafismo republicano, raspa, retoca y arregla —falsifica a la perfección— el carnet de su carcelero. Para que vaya gratis a los toros a ver cómo lidian, rejonean, banderillean, matan, descabellan y arrastran por la arena a las reses ensangrentadas. Para que pueda disfrutar en la butaca del cine —qué guapa está Estrellita, con las manos entrelazadas rozando el mentón, la lágrima resbalando por su mejilla derecha, el cimbreo sensual de esos pendientes, los labios suavemente arqueados y perfilados, las pupilas brillando hacia arriba, como avistando un infinito de melancolía, y ay de mí, pena mortal, por qué me alejo, España, de ti, por qué me arrancan de mi rosal—, y se evada, en la oscuridad irreal y fría de la sala, de este país tenebrosamente real. Donde un dibujante polaco siente la culpa por el suicidio de una tal Angélica, sin pasado ni rostro, y sufre por esos padres judíos que no responden a sus cartas mientras los nazis avanzan hacia Polonia. Donde hombres enclenques y desmayados de hambre cantan cuatro veces al día los tres himnos reglamentarios —cuatro por tres doce— puestos de cara a la pared de la iglesia y en largas hileras de a dos. Donde los cerrojos aún rechinan cada madrugada para que pequeñas tumbas sean dibujadas en las paredes: un día más, un día menos. Ese país cárcel donde se mueren los hombres de sentimiento y de pena. Donde un loco vaga, el día entero, con el brazo levantado.

Pilar

Todo amor es fantasía. Lo ha escrito el Poeta, y ella no olvida al Poeta. Su ausencia la acompaña. Le duele su recuerdo. Son las once de la noche. Ya la casa, se supone, está en silencio. Es la hora del tercer mundo, como ella misma, Pilar, lo concibió. Un espacio idílico, secreto. Un lugar que solo existe en la mente de quien lo habita. Donde conviven lo real, lo imaginado y lo soñado. Una zona liminar. De limbos y sombras. Una región de lindes porosas entre lo que es y lo que no. Vita irrealis. El reino de la ilusión.

Ese tercer mundo lo inventó Pilar para que dos cuerpos alejados pudieran unir sus almas en romántica comunión. De once a doce de la noche, uno pensando en el otro. Ella pensando en el Poeta, el Poeta pensando en su pilar. Pilar, vida mía. Pilar, preciosa mía. Diosa, gloria, reina mía. Todo eso le decía. ¿Será, acaso, le escribía su Poeta, que ese tercer mundo es el único esencial, donde se dan los verdaderos amores —como el nuestro— pero que los otros dos mundos lo enturbian, echan sobre él, de cuando en cuando, su manto de olvido y de muerte?

En esta hora incierta, cuando ya la casa, se supone, está en silencio, esas palabras adquieren un significado pleno. Porque la vida ha echado un manto de muerte. Y eso que a gente como Pilar los llaman vencedores. Es curioso el resumen de una guerra. Vencedores, vencidos, y ya. Qué simple. Qué falso. Porque Pilar de Valderrama, que es rica, católica, monárquica, conservadora, burguesa de cuna y defensora del bando sublevado, que a priori responde al prototipo de los vencedores que dibuja el trazo grueso y analgésico de la Historia —porque nuestra necesidad de consuelo es insaciable y qué consuelo da la ilusión de comprender lo incomprensible—, resulta que Pilar está muerta en vida en esta hora incierta de la noche.

Regresó a Madrid a primeros de mes, a este piso alquilado y frío de la vieja calle Alfonso XII, junto al verde sereno del Retiro. De nuevo Madrid. Pero todo ha cambiado para Pilar. Sin casa. Sin hijo. Sin el Poeta. Hundida. Bajo los efectos de los hipnóticos que toma, agua y pastilla, cada día agua y pastilla, para poder descansar.

Son macabros los trofeos de esta vencedora de la guerra.

El primero es la casa. Aquella esplendorosa casa que le construyó su marido Rafael, con dos plantas y un enorme jardín con acacia, una gran terraza con vistas a la sierra de Guadarrama, un vestíbulo de

mármol y estancias para el servicio, qué desea la señora, estancias para los niños, Alicia, Mari Luz y Rafaelito, la estancia para el matrimonio, un matrimonio enfriado hace tiempo al lado de Rafael, una estancia para que ella pudiera escribir poesía, una estancia para todo. Y ahora nada. La casa ha sido destruida durante su ausencia. No pasarán y pasaron. Y los años de guerra la han reducido a escombros y boquetes. Vacíos repletos de pasado y suciedad. Ni rastro de la madera, de los radiadores, de las puertas, de las ventanas, ni siquiera de la escalera: ya no se puede subir arriba. Ni rastro tampoco de los libros, solo hojas sueltas y algunas tapas de la rica biblioteca de cuatro mil volúmenes que entre los dos, Pilar de Valderrama y Rafael Martínez Romarate, atesoraron en esa casa que agitaba las tardes madrileñas con el teatro de cámara del Fantasio que el matrimonio impulsaba. Y ahora nada. Escombros. Un piso alquilado. Y todo por reconstruir.

La segunda herida de guerra es el agujero del hijo. Su gran vacío. Eso es lo que ha dejado a Pilar en un estado de locura y desesperación. Como fuera de sí. En un lugar desconocido que nadie sabe ubicar. Porque no era solo un hijo; era Rafaelito, el niño sensible, tan sensible como ella, que escribía poesía, que aprendió a tocar el piano, que pintaba y dibujaba, que cuando estalló la guerra y se vio refugiado con su familia en Portugal se sintió un cobarde. Un inútil. Y entonces se obsesionó con la idea de volver a España a luchar como debe luchar un joven para salvar la patria. Así lo hizo. En agosto del 36 cruzó la frontera y llegó en autocar a Salamanca buscando la elevación del ideal, atraído por el magnetismo de la romántica utopía: una guerra, la patria, arribaespaña y enseguida el realismo sucio del frente del Ebro. En una batería de artillería ligera. Belchite, Teruel, Huesca, Brunete y ya hemos pasao, y estamos en las Cavas, con alma y corazón, pa ver caer la porra de la Gobernación. Y en ese momento, cuando la radio dice que la guerra ha terminado y parece que todo vaya a cobrar luz y a disipar tinieblas, Pilar recibe el mensaje: Rafaelito está enfermo en el hospital de Zaragoza. Ha quedado postrado en un camastro. Los fríos y las humedades del frente le han dañado un riñón. Lo trasladan a San Sebastián. Intentan recuperarlo en Palencia, convaleciente tras el ventanal de una plaza con clarisas y dominicos, con el metrónomo de bronce que discretamente celebra la victoria. Pero no hay nada que celebrar. Porque al extirparle el riñón a Rafaelito, solo tres días después de la intervención, ese chico sensible que escribía Ya el alma de los huesos afila su guadaña, y siento que se quiebran los huesos de mi alma, deja de vivir. El éter de la anestesia le ha dilatado el estómago. Un fallo mortal. Su corazón se apaga a las tres de la mañana, en la oscuridad plena. Y Pilar ha enloquecido. Ha sido este mismo verano, parteluz mentiroso de las sombras de un país.

Rafaelito fue enterrado hace cuatro meses. Pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa. Y así es como Pilar de Valderrama habita de nuevo este Madrid de yugo y flechas que hoy canta sonriente, alegre y juvenil. Vencedores, dicen. Ya.

Y finalmente está la otra herida. La del Poeta.

Son las once de la noche, la hora del tercer mundo. La hora de pensar en él en esos encuentros imaginarios donde poder revivir, en la quietud y la intimidad de la noche, sus encuentros, sus cartas, sus poemas. De revivir, tantas veces, aquel primer encuentro mágico, una historia de novela.

Ella, una mujer de treinta y ocho. Casada.

Él, un hombre de cincuenta y dos. Viudo.

Ella, hija de gobernador, burguesa y muy religiosa, como le enseñó tía Felisa. De peregrinar a Lourdes y oír al papa en el Vaticano.

Él, de sangre jacobina: agnóstico, republicano y anticlerical.

Ella, despechada por un marido alto, guapo, culto, inteligente, de familia acomodada, frío, siempre frío, que la ha estado engañando con una amante veinteañera, una pobre chica que se ha arrojado por una ventana de la calle de Alcalá. El shock.

Él, siempre enamorado del amor: la sed que nunca se acaba del agua que no se bebe. Esa frase es suya.

Y los dos, de repente, en un hotel.

Qué impersonales pueden ser los hoteles. Qué refugio último, también. A ese hotel de Segovia, el Gran Hotel Comercio Europeo, se fue Pilar a solas para templar sus nervios cuando Rafael le contó lo de la amante, el suicidio y el shock. Cuando se vio anegada de amargura, acuciada por el insomnio, la boca cerrada en la mesa. Qué momento más propicio para conocer al Poeta, instalado en Segovia como maestro de instituto. Una tarjeta de recomendación a través de una amistad común fue suficiente. Y de repente, 2 de junio de 1928, sábado, el Poeta en el vestíbulo del hotel.

Ella menuda, cintura estrecha, mirada acuosa, carne rosa y morena.

Él alto, desgarbado, poco atractivo. Su torpe aliño indumentario. Un rostro, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Ella poeta.

Él, Poeta.

Ella lo invita a cenar en el restaurante del hotel la noche siguiente.

Él acepta sin dudar.

Qué romántico puede ser un lento paseo con un desconocido si la noche es tibia y estrellada. Qué irreal, también. Pero todo amor es fantasía. Y así empieza la suya. Con esa cena. Con ese paseo lento, lentísimo, demoradamente lento por la plaza Mayor de Segovia, a los pies del alcázar, ella contándole el engaño de su marido, él siendo verso de manantial sereno. Las miradas nuevas. El espacio

fantasmático donde todo pasa y todo queda. Buenas noches, Pilar; buenas noches, Poeta. Así empieza su amor, una pura fantasía.

Ella le ofreció solo lo que podía: una amistad sincera, un afecto limpio, una conexión espiritual. Dos almas unidas. Nada más. Ni hablar de infidelidades. Eso jamás. Qué diría tía Felisa.

Él le dijo con tal de verte, lo que sea.

Y siguió con cartas enviadas a direcciones cómplices y secretas. Imagíname de rodillas delante de ti. Así estaría yo siempre. Llévate mi corazón y déjame el tuyo. No olvides nunca a tu poeta, como él ni un momento deja de pensar en ti. En mi corazón no hay más que un amor, el que tengo a mi diosa. A ti y a nadie más que a ti puedo yo querer. No he tenido más amor que este. Mis otros amores solo han sido sueños, a través de los cuales vislumbraba yo la mujer real, la diosa. Cuando esta llegó, todo lo demás se ha borrado. Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo han consagrado. Tu poeta vive por ti y para ti.

Pero no solo eran las cartas. También los furtivos encuentros.

Porque el Poeta viajaba en tren, soñando caminos de la tarde, para encontrarse con Pilar en Madrid. Se veían junto al parque del Oeste. Se veían en los jardines de Moncloa, sentados al lado de una fuente que hace las horas instantes y acentúa la sed del agua que no se bebe. También se veían en un café modesto y apartado de barrio, el Café Franco-Español de Cuatro Caminos: los dos frente a frente, en poético secreto, refugiándose del frío del invierno mientras Jaime, el mozo, les acercaba a la mesa la estufita de petróleo, y allí pesaba tanto lo dicho como lo callado, lo que sí y y lo que no, y qué otra cosa es la vida, cómo si no así puede crecer la pasión. Y claro: también compartían el tercer mundo. Cada día, a las once de la noche, las dos almas conectadas. Una en Segovia, en la calle Desamparados; la otra en Madrid, en una casa enorme y una alcoba fría, siempre fría de marido. Uno pensando en el otro.

Ahora son más de las once y podría revivir todo aquello. Pero, como ella misma escribirá, hay veces que va el corazón cargado de nostalgias, y cansado está el cerebro, y la monotonía de las horas en el rodar del tiempo, más aún con la quietud de este apartado sitio tan lleno de silencio, es más propicio a pensamientos tristes y a renovar recuerdos.

En medio de esta oscuridad silente podría revivir el último encuentro, ocho años después del primer paseo. Podría revivir la separación forzada a causa de la guerra, un corte frío acometido por el hacha de la Historia. Más de doscientas cartas quemadas, solo unas cuarenta conservadas. Y el adiós por escrito. Y luego las cartas que nunca llegan y las otras que jamás se escriben. Porque están lejos. Uno en Madrid, en Rocafort, en Barcelona. La otra en Portugal. De mar a

mar entre los dos la guerra, más honda que la mar. En mi parterre miro a la mar que el horizonte cierra. Tú, asomada a un finisterre, miras hacia otro mar. Y es así como el Poeta sigue escribiendo de Pilar. De esa ausencia que eleva el recuerdo de la presencia. Una fértil ensoñación. Él lo sabe, lo ha escrito: Se canta lo que se pierde. Y ellos dos se han ido perdiendo. Sin contacto. Sin noticias. Hasta que un día de mayo, con Rafaelito enfermo en la cama y Pilar en la casa de Palencia, Radio Nacional da esa noticia inesperada y ella, helada, absolutamente petrificada, la escucha sin estar preparada. Ha muerto el Poeta. Es confuso, pero lo ha dicho el locutor. Ha muerto lejos de su tierra. En una modesta pensión de Francia. Qué impersonales pueden ser las pensiones. Qué refugio último, también, cuando a uno le roban los días azules y el sol de la infancia. Y en todo eso podría pensar Pilar, ahora que se va acercando la medianoche, el confín del tercer mundo que ella misma se inventó. Podría pensar en aquella vez que le dijo el Poeta: Cuando sienta acercárseme la muerte yo te pido que acudas a mi lado. Porque eres la mujer que más he amado quisiera entonces junto a mí tenerte. Menor será mi duelo de perderte fiando mi agonía a tu cuidado.

No fue así.

Ahora solo queda el recuerdo. Y el tercer mundo, cada noche más sombrío. También quedan las cartas, donde el Poeta se despedía con un abrazo infinito, de tu Antonio. Y quedan, para siempre, las canciones, donde el Poeta la llamaba Guiomar. A ti, Guiomar, esta nostalgia mía. Conmigo vienes Guiomar.

24 de noviembre

La Roda, km 204

Son dos palabras: José Antonio.

Nombre de César latino.

Nombre de imperio sin mácula.

Nombre de camarada universal.

Nombre de camarada jefe nacional.

Nombre avanzado de una generación.

Nombre de un nuevo modelo de hombres, mitad monjes y mitad soldados.

Nombre imperecedero a la memoria.

Nombre sin puertas al viento que lo lleva, de buen sonido en palacios y cabañas y en todas las tierras.

Nombre que da nombre a lo más florido del mundo, la juventud.

Nombre que anuncia la amanecida de un orden.

Nombre, en fin, único, que se conoce sin los apellidos, porque es puro y sin alquimias, como el bien y la virtud y el sacrificio.

Nombre que ya no se dará jamás sin un grito de presencia.

La pluma falangista de Jorge Andreu Alcover se extasía en mitad del cortejo. Derrocha pompa, abstracciones y mayúsculas: los contornos de la propaganda fascista. Pero qué palabras había detrás de esas dos palabras sacralizadas —José Antonio— antes del mito, antes de todos los filtros.

De las mil páginas que ha dejado la oratoria y la escritura de José Antonio, unas pocas frases literales tomadas de cada discurso, de cada artículo, de cada entrevista, de cada programa político conforman esta híbrida alocución joseantoniana:

1. Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente, gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo. 2. La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande. 3. Vale más un porvenir por hacer que uno ya hecho. Vale más una ilusión que una realidad. 4. A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete! 5. Falange aspira a la Revolución nacional. 6. Todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora, en cuanto ninguna sirvió, juntas, a la idea nacional de la Patria y a la idea de la justicia social. Nosotros integramos estas dos cosas: la Patria y la justicia social. 7. Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad

privada y aglomera a los trabajadores en masas informes propicias a la miseria y a la desesperación. 8. Millones de habitantes viven peor que los cerdos en las cochiqueras. Esto, mientras se engordan armeros, intermediarios, administradores, banqueros, propietarios, rentistas, consejeros de grandes empresas y toda esa muchedumbre ociosa que parece ser el remate de un país apoplético de gran capitalismo. 9. Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de banca y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos. 10. El liberalismo es la burla de los infortunados: declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo. Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se los sitia por hambre. El socialismo vio esa injusticia y se alzó, con razón, contra ella. Pero al deshumanizarse el socialismo en la mente inhospitalaria de Marx, fue convertido en una feroz, helada doctrina de lucha. 11. Falange no es una manera de pensar: es una manera de ser. 12. El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón. 13. La Patria es una misión. 14. La Patria es el único destino colectivo posible. 15. Una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. 16. España es, ante todo, una unidad de destino en lo universal. 17. España es irrevocable. Los españoles podrán decidir acerca de cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. 18. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos. 19. ¡Españoles! Basta de Parlamento y de política oscura. Basta de izquierdas y de derechas. Basta de egoísmos capitalistas y de indisciplina proletaria. Ya es hora de que España, unida, fuerte y revuelta, recobre el timón de sus grandes destinos. Eso quiere y para eso os llama a todos la Falange Española de las JONS. Estudiantes, campesinos, trabajadores, labradores, gentes mozas de cuerpo y de espíritu: desdeñad los llamamientos que os lanzan, desde un lado, el odio, y desde otro lado, el egoísmo y la pereza, y agrupaos bajo nuestra bandera, que es la bandera libertadora de la revolución nacionalsindicalista. 20. Ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo. 21. De ahí que hayamos venido nosotros para recobrar, al servicio de España, su estilo impecable y su ímpetu imperial. 22. Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. 23. Nos dicen que no tenemos programa. ¿Vosotros conocéis alguna cosa seria y profunda que se haya hecho alguna vez con un programa? ¿Cuándo habéis visto vosotros que esas cosas decisivas, que esas cosas eternas, como son el amor, y la vida, y la muerte, se hayan hecho con arreglo a un programa? 24. Nuestra agrupación no es un partido: es una milicia; por eso nosotros no

estamos aquí para ser diputados, subsecretarios o ministros, sino para cumplir, cada cual en su puesto, la misión que se le ordene. 25. Lo que buscamos nosotros es la conquista plena y definitiva del Estado, no para unos anos, sino para siempre. 26. Y para que el Estado no pueda nunca ser de un partido, hay que acabar con los partidos políticos. 27. La lucha ya no está planteada entre derechas e izquierdas turnantes. Derechas e izquierdas son valores incompletos y estériles; las derechas, a la fuerza de querer ignorar la apremiante angustia económica planteada por los tiempos, acaban de privar de calor humano a sus invocaciones religiosas y patrióticas; las izquierdas, a fuerza de cerrar las almas populares hacia lo espiritual y nacional, acaban por degradar la lucha económica a un encarnizamiento de fieras. 28. Las derechas, sí, invocan a la Patria, invocan a las tradiciones; pero son insolidarias con el hambre del pueblo. 29. No habrá nación mientras la mayor parte del pueblo viva encharcada en la miseria y en la ignorancia, y las derechas, por propio interés, favorecen la continuación de este estado de cosas. 30. Las izquierdas no saben hablar de esas ansias de justicia social si no es arrancándole a las masas las esencias espirituales: a cambio de pan quieren privarles del sentido de la Patria y de la familia y convertirlos en unos desesperados. Porque los más desesperados son los que mejor sirven a los que los explotan. 31. Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número de aglomeraciones. 32. No hay más que un camino: nada de derechas ni de izquierdas; nada de partidos: un gran movimiento nacional, esperanzado y enérgico, que se proponga como meta la realización de una España grande, libre y unida. 33. El sufragio, esa farsa de las papeletas entradas en una urna de cristal, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la Patria debía permanecer o si era mejor que, en un momento, se suicidase. 34. El ser rotas es el más noble destino de todas las urnas. 35. Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria. 36. Si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. 37. La violencia puede ser lícita cuando se emplee por un ideal que la justifique. 38. La violencia no es censurable sistemáticamente. Lo es cuando se emplea contra la justicia. 39. Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los punos y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria. 40. La razón, la justicia y la Patria serán defendidas por la violencia cuando por la violencia —o por la insidia— se las ataque. 41. A nadie le será lícito usar su libertad contra la unión, la fortaleza y

la libertad de la Patria. 42. Yo no me hubiese dedicado para nada, no a usar la violencia, sino ni siquiera a disculpar la violencia, si la violencia no hubiera venido a buscarnos a nosotros. 43. El ser caudillo tiene algo de profeta; necesita una dosis de fe, de salud, de entusiasmo y de cólera que no es compatible con el refinamiento. 44. Yo no soy absolutamente ni un sentimental, ni un romántico, ni un hombre combativo, ni siquiera un hombre valeroso; tengo estrictamente la dosis de valor que hace falta para evitar la indignidad; ni más ni menos. 45. Es mil veces preferible caer en servicio de tal empresa que llevar una vida lánguida, vacía de ideales, donde no haya más afán ni otra meta que llegar al día siguiente. La vida es para vivirla, y sólo se vive cuando se realiza o se intenta realizar una obra grande, y nosotros no comprendemos obra mejor que la de rehacer España. 46. Somos hombres para morir y vivir por España en el cumplimiento de un sagrado deber. 47. La Falange Española de las JONS aguarda a cuantos reclamen el honor inaplazable de alistarse para servir, con riesgo glorioso de muerte, la causa de España. 48. Pase lo que pase, no se puede desertar ni por impaciencia, ni por desaliento, ni por cobardía. 49. ¡Bendita sea la Falange, si ella nos lleva a morir por España! 50. Por el pan y la gloria, ¡Arriba España!

Eso —y no solo eso, pero también eso, y eso es lo que está escrito, y eso es lo que fue dicho, y eso es lo que movilizó en vida a solo 46.466 personas, eso es lo que no consiguió ni un solo representante elegido en las últimas elecciones libres antes de la guerra y nueve meses antes de ser él fusilado, apenas el 0,4 por ciento del censo electoral— es José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia. Pero ahora poco importa. Ahora es el tiempo de la exaltación ciega, desmedida. Emocional.

El foco de luz amarilla que proyecta la aviación ilumina a una mujer que avanza de rodillas durante unos minutos. Desde Albacete dicen que ha partido un anciano que ha hecho la promesa de acompañar a pie a José Antonio hasta El Escorial alimentándose solo de pan y agua. Ahora, a las cinco y media de la tarde, tras una estirada recta dominada por el compás del campanario que recorta el cielo, entran en La Gineta, un pueblo encaramado a la vera derecha del camino, tan callado, tan humilde, tan bajas sus casas. Mantones y lazos negros sobre sábanas y manteles enlutan las fachadas. De los dinteles de muchas puertas penden candiles y faroles. Dentro del pueblo, la Falange de Barcelona asume el féretro. No hay tiempo más que para un responso y para los salmos cantados por la Sección Femenina. Hay que seguir andando, desplegar la esencia de este vía crucis custodiado por la nada de La Mancha. Nada de día, nada de noche. Siempre los postes de electricidad al borde de la carretera, como centinelas crucificados. Siempre el ras ras de las suelas al paso corto y rápido de

José Antonio. Siempre el frío y el silencio entre horizontes mudos en este otoño invernal de 1939, Año de la Victoria, dicen los telegramas y los carteles, Año de la Victoria, dicen los calendarios y la prensa, Año de la Victoria, dicen los edictos municipales, las hojas parroquiales y el Boletín Oficial del Estado. Y lo dicen por mandato de ese hombre de bigote fino y mirada hosca que ahora, desde La Gineta, porta el cuerpo de José Antonio. Él ha inventado la expresión que reinventa el tiempo. Que le confiere una dimensión épica de redención: victoria militar, nacional, espiritual. Lo mandó, desde Burgos, al día siguiente del último parte, la guerra ha terminado. Mussolini ya lo había hecho antes. En Italia, 1939 es el Año XVIII de la Era Fascista, a contar desde la Marcha de Roma. En España, los Años Triunfales iniciados en 1936 han dejado paso al Año de la Victoria. Hay que limpiar las ruinas, reinventar la realidad, forjar el nuevo Estado. Con estética fascista, con retórica fascista, con un universo mítico y simbólico bañado en fascismo: brazos arriba, unagrandeylibre, cantos caralsol, tantos yugos y flechas y águilas imperiales como encajen dentro de la línea sobria, austera, clásica, sencilla; de grandeza imperial. Y ahí está él, Ramón Serrano Suñer, bigote fino mirada hosca pelo hacia atrás con brillantina, cuñadísimo, abogado del Estado con matrícula de honor en todas las asignaturas de la carrera, amigo íntimo y albacea de José Antonio, totalitario y germanófilo, estratega y calculador, siempre tan seguro de sí mismo, falangista de segunda hora, sin camisa vieja pero instalado ya en el puesto de máximo control efectivo de Falange: presidente de la Junta Política, también ministro de Gobernación, número dos del régimen, valido del todopoderoso, guardián sin llave de la Revolución. Él ha unificado a todas las derechas españolas en el nuevo partido único: Falange Española y Tradicionalista de las JONS, la segunda mutación de Falange. Primero fue Falange Española. Luego Falange Española de las JONS, por orden de José Antonio, para enyugar mejor a todo el fascismo español. Ahora Falange Española y Tradicionalista de las JONS, por orden del Caudillo para estrangular mejor a todo el fascismo español. Él, cuñadísimo, ha elegido a todos los ministros del primer Gobierno salvo a uno. Él, que ha firmado la orden de este traslado masivo —ya lo dice Dionisio: lo que no puede hacer Serrano Suñer no lo puede hacer nadie—, carga el féretro de trescientos kilos. Sobre sus hombros va el cuerpo vacío de José Antonio, aquel condenado a muerte que le escribió una carta la víspera de su fusilamiento, perdona los muchos defectos de tu amigo que quizá por última vez te abraza; aquel preso al que vio desvalido tras las rejas de Madrid y de Alicante; aquel muchacho algo tímido y a la vez orgulloso que un día lo abordó a la salida de clase —Derecho Civil, Universidad Central de Madrid, calle ancha de San Bernardo— para presentarse y preguntarle, deslumbrado por su inteligencia, qué

libros leía para haber hecho en clase tal brillante exposición. Ahora, todos esos joseantonios son plomo y ébano y una bandera roja y negra. Ahora joseantonio es un ideal.

Dice la prensa de Baleares que este es el cortejo fúnebre más sublime de cuantos hayan podido darse desde que el mundo es mundo. Dice la prensa de Lugo —y lo dice Julián Pemartín, amigo de la infancia de José Antonio, escritor jerezano y redactor de los estatutos de Falange— que España en estos días no está enterrando a José Antonio. Está entronizando a José Antonio. El fin de esta peregrinación a través de una Patria no es dar reposo a un cuerpo. Es dejar erigida una doctrina. Y para ello siguen percutiendo los pasos por las tierras de La Mancha.

El día se va despacio, la tarde colgada a un hombro, y una bruma alta va envolviendo la luna. El destino inmediato es La Roda. A la entrada de la población un arco dice José Antonio, La Roda te recibe. Dice eso. No dice Abel, La Roda te despide. No dice Abel, alcalde por accidente de este pueblo durante los primeros ocho meses de guerra, has sido fusilado en las tapias de La Roda hace dos viernes. No dice Abel, pobre Abel, que tu mujer Robustiana está encarcelada por ser esposa tuya con seis años y un día de lóbrega oscuridad por delante, y a ti, agricultor, abogado, que hasta hace poco eras monárquico y luego pasaste a republicano moderado, te ha condenado a muerte un tribunal fascista y has sido ejecutado en las tapias del cementerio. No dice Abel, inocente Abel, que un día de 1880 aparecías en el boletín provincial de Albacete como niño premiado con diploma en tu escuela de primera enseñanza y ahora estás muerto porque no evitaste, y es que no lo pudiste evitar, la saca que fusiló a veinticuatro vecinos tuyos en el matadero municipal de Quintanar de la Orden en una macabra noche de verano del 36, con desfiles burlescos de presos bajo palio, con un crucifijo puesto en el calabozo y gritos de rezadle a ver si os salva, todo eso antes de que restallaran los tiros en la mascarada del horror, y esos veinticuatro hombres también tenían un nombre, como tú: Aurelio, Florencio, Martín, Eliseo, Federico, Gil, Constantino, otros, otros nombres sin rostro, nutrientes de la Victoria, pasto del relato triunfal, relleno para oraciones, monumentos, cruces, ceremonias, desfiles y exaltaciones que habrán de sustentar la nueva España. El arco, en fin, no dice Abel, yaces en una fosa común del cementerio de La Roda, descansa en paz. No, no dice eso. Dice José Antonio, La Roda te recibe.

Bien entrada la madrugada llega el cortejo. Un altar soberbio preside la sede local de Falange. La torre de la iglesia exhibe una gran cruz iluminada. El interior del templo se llena de falangistas, feligreses de un credo mixto. Hay oración cantada, rosario y responso con orquesta. En el monolito de mármol ya pueden esculpir Hasta aquí

trajo el cuerpo de José Antonio la Falange de Gerona. Lo entregó a las 2.30 horas del día 25 de noviembre de 1939, Año de la Victoria, a la Falange de Lérida. A la salida del pueblo, otro arco, lacónico, dice José Antonio, La Roda te despide. Y solo dice eso. Solo eso.

Ya son cinco días, cinco noches, más de doscientos kilómetros caminados, setecientos metros ganados en altitud, paso a paso, rezo a rezo.

La revolución, dicen.

La revolución, sueñan.

Vale más una ilusión que una realidad.

La Muchacha

Que la Muchacha fue violada hacia el final de la guerra ya es casi lo de menos. Total, una más; como miles. A otras las han torturado, y rapado, y hecho tragar ricino, y paseado por sus pueblos detrás de la banda de música mientras ellas iban cagándose por la calle como efecto del laxante, y las han insultado, y las han disfrazado, y les han colgado al cuello carteles que dicen putas, rapadas por putas, y el pueblo reía con el eco de Goya en las cámaras y el pujo de sus bocas, y las brujas de ayer eran las rojas de hoy y el aquelarre era como siempre será, porque la barbarie poco cambia. El cuerpo femenino convertido en trofeo de guerra; un tubo de ensayo de la humillación donde se manifiestan todas sus reacciones: la vergüenza, el estigma, el trauma, el silencio, el temor. Una muchacha violada. Una más. Como otras miles, en principio. Y sin embargo, aquí se juntan cuatro elementos singulares.

Un padre ha denunciado la violación.

La chica solo tiene catorce años.

Un niño ha nacido del abuso.

Y un soldado está acusado del crimen.

A ese ovillo se enfrenta el capitán Delpón Crusellas. Él solo es un capitán del Ejército del Aire, nada más. Solo forma a pilotos en el aeródromo de Jerez de la Frontera, pero ha sido designado juez instructor en esta causa. Lleva cinco meses de diligencias, providencias, interrogatorios, partes, informes, careos. Casi cuarenta páginas se amontonan sobre su mesa. Y tiene que decidir ya. Esta misma semana se espera su dictamen. Y ha llegado el momento de recapitular.

El Padre, ya viejo, sesenta y dos años, se presenta en el aeródromo de Jerez. Nació en Lebrija. Vive en una barriada de Sevilla. Es viudo. Peón de campo. No sabe leer ni escribir. Pero sabe que el honor es patrimonio del alma, y el alma solo es de Dios. Por eso manifiesta que a su hija de catorce años la ha violado un soldado de esta escuela de pilotos. Que un día entró en casa, cuando la Muchacha estaba sola, y abusó de ella por la fuerza. La Muchacha vive en un cortijo con una hermana y el marido de esta. Es decir, su cuñado. El Padre la ve de largo en largo, cada dos o tres meses. No más. No se enteró de que estaba embarazada hasta un mes antes del parto. La Muchacha ha dado a luz hace cuatro días. El Padre dice que lo dicho es la verdad y

firma con el dedo pulgar de la mano derecha. La sombra violácea de la tinta. Mudo cencerro de clase.

El Soldado, joven y desgastado, veintisiete años, sale del calabozo de la escuela de pilotos para prestar declaración. Mide un metro sesenta y cinco. Tiene ojos negros, color sano, la barba redonda. Nació en Almería. Vive en Sevilla. Es soltero. Montador electricista. Es ayudante de la oficina del aeródromo. Manifiesta que conoce a la Muchacha por tener amistad con un cuñado de esta. También dice que la conoce por haber estado bebiendo en compañía del Padre en la cantina de la estación. Nunca ha tenido trato alguno con la Muchacha. Sí iba con frecuencia a la casa de la Muchacha, pero nunca ha estado a solas con ella. El Soldado dice que ha hecho vida marital con una mujer en Sevilla, con la cual tuvo una hija, pero que rompió las relaciones con ella. Dice eso, se ratifica en su contenido y firma, con letra dubitativa, muy desacostumbrada, en el papel amarillo.

La Muchacha, soltera, de profesión sus labores, que desconoce el mes y el día de su nacimiento y que no consta inscrita ni en el Registro Civil, que ya es madre de un niño que no esperaba, que no buscaba, que no quería, que no tocaba, acude a la escuela de pilotos. Es de Lebrija. Manifiesta que conoce al Soldado porque iba a pasar el rato a su casa los domingos y los días de trabajo que no había vuelos. Aprovechaba que era amigo de su cuñado y acudía a su casa por ver a una mujer que se llama Ana y que el Soldado la estaba pretendiendo, pero que ella no lo quería. Aquel día, dice, la puerta de la casa estaba abierta. Su cuñado estaba cuidando el ganado. Su hermana había ido a dar a luz a casa de una hermana a otro pueblo, y Ana se había ido de compras a Jerez. La Muchacha estaba sola, barriendo la casa. Ignoraba que alguien merodease por allí cuando, de repente, un hombre la cogió por detrás, cerró la puerta por dentro y la metió en un cuarto. Era el Soldado. Con una mano le tapó la boca para que no gritase. Con la otra mano le rodeó el cuerpo. El Soldado tiró a la Muchacha al suelo. El Soldado obligó a la Muchacha, con sus piernas, a consumar el acto. El Soldado se levantó al acabar. El Soldado se marchó después hacia el campo. Ella, la Muchacha, se quedó sola. Dice que todo esto ocurrió entre las ocho y las diez de la mañana. Dice, porque le preguntan, que cuando el Soldado abusó de ella sintió dolor. Derramamiento de sangre también, sí. Pero cuando regresó su cuñado, por temor a que la castigasen, no dijo nada. Calló. A nadie le contó lo que había hecho el Soldado. Y que desde que hizo la acción con ella no ha vuelto a ir por su casa ni le ha vuelto a ver más. Mejor así. Porque la Muchacha no quiere casarse con el Soldado ni quiere nada con el Soldado porque el Soldado no es de su agrado y puede el Soldado hacer lo que quiera porque a ella no le hace falta nada del Soldado ni quiere que su hijo lleve el apellido de su padre el Soldado.

Y no teniendo más que decir, la Muchacha firma su declaración con el pulgar de la mano derecha y empapa la hoja con una huella negruzca de tinta. Marca de clase. Cencerro heredado.

También han llegado dos informes a las manos del instructor.

Uno: la hoja de castigo del Soldado. Este año ha estado dos veces en el calabozo. Quince días en invierno. Treinta en verano.

Dos: la ficha de antecedentes político-sociales del Soldado. Dicho individuo es de ideas comunistas. De acción muy peligrosa. Es natural de Huércal-Overa, Almería. Y debido a su mal comportamiento, y por accidentarse intencionadamente en la base aérea de Tablada, fue expulsado de la base, quedando parado y al amparo del Partido Comunista.

Hasta ahí parecía claro. Pero el ovillo se ha ido enmarañando.

El Cuñado, treinta y ocho años, labrador, es llamado a declarar. Dice que ha echado algún cigarro con el Soldado, pero que nunca ha bebido con él. Que el Soldado iba por el cortijo a cortejar a otra vaquera, la tal Ana. Manifiesta que cuando su mujer se fue al pueblo para dar allí a luz, durante esos dos o tres meses la Muchacha tenía cuidado de los hijos de él. Y sí: Que la Muchacha dormía en la misma habitación que él. Una habitación de unos diez metros, responde. Firma con el pulgar derecho. Tinta azul analfabeta.

La Hermana de la Muchacha, treinta y ocho años, de profesión las labores de su casa, va también a declarar. Manifiesta que la Muchacha vive con ella desde que tenía siete años y que la ayuda cuidando a los niños. Dice que no se enteró del embarazo de su hermana hasta los cinco o seis meses. Que la ropa no estaba manchada de sangre desde hacía meses y que su hermana, la Muchacha, contestó que la menstruación debía de fallar porque se había caído de un caballo. Firma con el pulgar derecho por no saber hacerlo de otra forma. Cerco azul de tinta.

Todo se ha enmarañado aún más.

El Soldado, el único que firma con su nombre y apellidos y no con el sucio pulgar, dice que ahora sabe más. Dice que el Vaquero le ha dicho lo que una vez presenció una mujer que se lo ha dicho. Que un día oyeron discutir a la Muchacha con su hermana y que la Muchacha le dijo: No me pegues, que es de tu marido. Eso dice que le han dicho que dicen. Y también dice que han visto pasear a la Muchacha y a su cuñado a deshoras por los pinos. Bastantes veces. Y también, eso también lo dicen, que los han visto durmiendo juntos en el mismo colchón. Varias veces.

Y luego habla el Guarda. Y habla el Vaquero. Y habla la Vaquera. Y ya da igual lo que diga la Muchacha. Porque su palabra vale poco, tan poco como la firma de un pulgar y sus surcos de pobreza, radiografía exacta de la miseria. Una vez dijo que el Soldado con una mano la

sujetaba y con la otra echaba el cerrojo de casa, y otra vez dijo que el Soldado con una mano le tapaba la boca y con la otra le sujetaba el cuerpo. Y el señor juez le ha advertido de esa contradicción. Y así las cosas, en este momento de recapitulación, el capitán Delpón Crusellas va redactando su dictamen. Es el capitán profesor de la escuela de pilotos de Jerez de la Frontera, juez instructor de esta causa. Y tiene que terminarlo esta semana.

Hay una Muchacha violada, con un bebé de seis meses en los brazos, que llorará, que mamará, que le recordará la violación sufrida aquel día en el cortijo, serían las ocho o las diez de la mañana, del último verano de guerra.

Y hay un Soldado enjuiciado, de calabozo en calabozo, expulsado de una base y con malos informes, que se ha separado de su mujer y de su hija.

Y en ese estado las presentes diligencias, cree el juez que suscribe haber efectuado cuantas declaraciones precisa para averiguar el hecho que se le imputa al Soldado. Y cree el juez no haber dado con el autor de la violación sufrida por la Muchacha por falta de pruebas. Pues si bien es cierto que el Soldado es de conducta política comunista, también el Cuñado de la Muchacha es de conducta moral muy reprochable, dice el juez, y con estos presuntos autores es más probable ser autor del hecho el segundo por convivencia con la atropellada. Y por eso, el juez instructor va a emitir su dictamen dirigido al auditor de guerra para que sentencie lo siguiente: Que el supuesto delito de violación no parece probado y que procede el sobreseimiento provisional. Ningún culpable. Aunque sepan todos que la Muchacha sangró. Que a la Muchacha le dolió. Trauma, silencio, temor.

Miguel

La letra a máquina dice: Es elemento de peligro. Afiliado al Partido Comunista. Comisario Político de la Brigada del criminal Campesino. Escribía folletos a favor de la causa roja y artículos en periódicos comunistas. Arengó a las fuerzas que asaltaron el fuerte nacional de Santa María de la Cabeza. Fue comisionado a Rusia por el Gobierno rojo. De todo esto se desprende que es un elemento peligrosísimo y despreciable por todos los buenos españoles. Por Dios, España y nuestra Revolución Nacional Sindicalista.

La letra a mano dice: Hace cinco años que nos hablamos y paseamos juntos por vez primera, Josefina. Cinco años, Josefina. Hemos vivido mucho en este tiempo, y parece que hace unas semanas de todo. Echo la memoria, dice, y me acuerdo de todo lo que ha pasado entre nosotros, y cada vez siento más alegría de haberte conocido, de ir conociéndote tanto como te voy conociendo.

La letra en verso dice: No, no hay cárcel para el hombre. No podrán atarme, no. Este mundo de cadenas me es pequeno y exterior. ¿Quién encierra una sonrisa? ¿Quién amuralla una voz? A lo lejos tú, más sola que la muerte, la una y yo. A lo lejos tú, sintiendo en tus brazos mi prisión, en tus brazos donde late la libertad de los dos. Libre soy, siénteme libre. Sólo por amor.

La letra a máquina dice: Escritor y poeta poco conocido del público que hasta julio de mil novecientos treinta y seis no se había destacado en el terreno político ni sindical. Iniciado el Movimiento Nacional tomó parte muy activa en la propaganda que se desarrollaba contra el mismo, siendo elemento destacado de la llamada Alianza de Intelectuales Antifascistas, organismo creado con la protección oficial.

La letra a mano dice: A nuestros paisanos les interesa mucho hacerme notar el mal corazón que tienen, y lo estoy experimentando desde que caí en manos de ellos. No me perdonarán nunca los señoritos que haya puesto mi poca o mi mucha inteligencia, mi poco o mi mucho corazón, desde luego mis dos cosas más grandes que todos ellos, al servicio del pueblo de una manera franca y noble. Ellos preferirían que fuese un sinvergüenza. Ni lo han conseguido ni lo conseguirán. Mi hijo heredará de su padre no dinero; honra.

La letra en verso dice: La libertad es algo que sólo en tus entrañas bate como el relámpago.

La letra a máquina dice: Procedimiento 21001. Calificación penal:

Los referidos hechos constituyen un delito de adhesión a la rebelión militar con las circunstancias agravantes de perversidad y trascendencia. Penas que se piden: Muerte. III Año Triunfal. Año de la Victoria. El fiscal jefe.

La letra a mano dice: Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí, y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles, te mando esas coplillas que le he hecho, ya que aquí no hay para mí otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme. Prefiero lo primero.

La letra en verso dice: La cebolla es escarcha cerrada y pobre: escarcha de tus días y de mis noches. Dice: En la cuna del hambre mi niño estaba. Con sangre de cebolla se amamantaba. Dice: Tu risa me hace libre, me pone alas. Soledades me quita, cárcel me arranca. Dice: Desperté de ser niño. Nunca despiertes. Y dice, también dice, sobre todo dice: No te derrumbes. No sepas lo que pasa ni lo que ocurre.

La letra a máquina dice: Juan Bellod Salmerón, Secretario de la Jefatura Provincial de la Milicia de FET y de las JONS de Valencia. Certifico: Que conozco desde su niñez a Miguel Hernández Gilabert, hijo de Miguel y Concepción, del reemplazo de 1931, natural y vecino de Orihuela, constándome ser persona de inmejorables antecedentes, generosos sentimientos y honda formación religiosa y humana, pero cuya excesiva sensibilidad y temperamento poético le ha hecho actuar atendiendo más a los dictados del apasionamiento momentáneo que a una voluntad firme y serena, y fácilmente influenciable por acontecimientos y personas.

La letra a mano dice: Tengo ganas de ser padre y esposo más que de seguir siendo preso. Aunque a lo peor, cuando salga de esta sombra perpetua, me he acostumbrado tanto a ella que me den ganas de quedarme aquí, como modelo de presos. Todos los que hay aquí, mil setecientos, tienen una cara de presos que meten miedo. Seguramente a mí me pasa lo mismo. Pero como no me veo, no me asusto. Más blanco sí sé que estoy, porque me lo dicen y porque me veo los brazos.

La letra en verso dice: La vejez de los pueblos. El corazón sin dueno. El amor sin objeto. La hierba, el polvo, el cuervo. ¿Y la juventud? En el ataúd. El árbol solo y seco. La mujer como un leno de viudez sobre el lecho. El odio sin remedio. ¿Y la juventud? En el ataúd.

La letra a máquina dice: Su actuación en esta ciudad desde la proclamación de la República ha sido francamente izquierdista, más aún marxista, incapaz por temperamento de acción directa en ningún aspecto, pero sí de activísima propaganda comunistoide. Se sabe que durante la revolución ha publicado numerosos trabajos en toda clase de periódicos y publicaciones y que estuvo agregado al Estado mayor de la Brigada del Campesino. Hace bastantes años se le conocía por

«El Pastor Poeta» y últimamente por «El Poeta de la Revolución». Lo que le comunico a los efectos que estime oportuno. Dios que salvó a España guarde a Vd. muchos años. Orihuela. El Alcalde.

La letra a mano dice: Mi querido Manolillo: Prepárate a recibir más pellizcos que besos de tu padre. Me dice tu tío que vaya para que no falte un hombre en la casa si él se va. Eso es ofenderte a ti, porque tú ya eres un hombre. Tu novia te enviará dentro de unos días su fotografía. Es una niña de un año y pesa catorce kilos. ¿Te gusta así de gorda? Parece que está siempre soplando la niña, y a mí me parece demasiada carne para ti. Tú dirás si firmo el contrato matrimonial con su padre. Escríbeme y mándame un diente de los cuatro que tienes.

La letra en verso dice: Beso soy, sombra con sombra. Beso, dolor con dolor, por haberme enamorado, corazón sin corazón, de las cosas, del aliento sin sombra de la creación. Sed con agua en la distancia, pero sed alrededor.

La letra a máquina dice: Comparece el detenido que al margen se expresa, el que convenientemente interrogado manifiesta: Que le sorprendió el Movimiento Nacional en Madrid, donde se encontraba trabajando en la casa Espasa-Calpe, en la confección de una Enciclopedia Taurina, bajo la dirección de Don José María de Cossío. Marchándose a Orihuela, su pueblo natal, a fines de julio a disfrutar el permiso de verano concedido, ya que era apolítico por completo no votó nunca por ningún partido ni está afiliado a ninguno, ni tampoco hizo por pasarse a nuestras filas, por ignorar por completo la causa de nuestro Alzamiento ni darse cuenta de nada de lo que ocurría en Madrid, ya que él, dedicado al trabajo, salía poco a la calle, por este motivo y el tener miedo lo sorprendieron sin carnet alguno de partido político, ya que ajeno por completo a la política no hizo durante el tiempo de su permanencia en aquella zona por comprender el motivo de la lucha que se ventilaba.

La letra a mano dice: Esta gente es más bruta que se puede imaginar. Pero a mí no me joden ni ellos ni nadie. Todo el tiempo que me hagan perder ahora, todos los atropellos, me los han de hacer ganar. No sé vengarme, pero sí afirmarme más en defender una justicia que si no ha estado con otros, ha estado siempre conmigo. Y dice: Ven conmigo a la cárcel, si te dejan entrar. Yo he sacado la cédula de preso perpetuo y no quiero salir mientras haya sinvergüenzas y canallas en el mundo.

La letra en verso dice: ¿De qué murió la mujer aquélla? Del mal peor: del mal de las ausencias.

La letra a máquina dice: Detenido en 30 de abril por la Policía portuguesa por haberse internado sin pasaporte, siendo entregado a la Policía española que lo condujo a Huelva y desde aquella prisión a la de Madrid. Que la mayor parte de su vida la había pasado en Cox,

donde contrajo matrimonio con la hija de un Guardia Civil que fue asesinado por los rojos, hasta que en 1935 se trasladó a Madrid colocándose en la casa Calpe, donde permaneció hasta octubre del 36, que fue movilizada su quinta por el Gobierno rojo, pasando a prestar servicio a un Batallón de Zapadores y después a otro de Infantería.

La letra a mano dice: En el techo sobre mi cabeza, que da con el techo, no sé si porque he crecido o porque ha crecido poco el techo, he pintado un caballo como esos que te mando a todo galope y he colgado un pájaro de papel con este letrero: Estatua voladora de la libertad.

La letra en verso dice: Porque dentro de la triste guirnalda del eslabón, del sabor a carcelero constante, y a paredón, y a precipicio en acecho, alto, alegre, libre soy. Alto, alegre, libre, libre, sólo por amor.

La letra a máquina, con fecha de hoy, dice: Excmo. Sr.: Sírvase disponer la conducción, con las seguridades convenientes, de los reclusos anotados al margen —Miguel Hernández Gilabert—, con indicación de las prisiones de procedencia —San Miguel de Orihuela— y destino —Provincial de Madrid—, así como a Autoridad a cuya disposición deben ser puestos —Juez Militar de Prensa, Plaza del Callao n.º 4 Madrid—, debiendo efectuarse el transporte por ferrocarril. Dios guarde a V. muchos años. Madrid, 24 de noviembre de 1939. Año de la Victoria.

La letra a mano dice: Josefina, niña para siempre: sé valiente y fuerte como siempre, que así es como más te quiero, Josefina. Y dice: Pronto, nena, pronto dormiremos sobre la misma sábana. Yo he hecho promesa de no dormir sobre colchón hasta que no sea contigo, y a pesar de que me han ofrecido uno de esparto, sigo en mi manta. Y, al fin, dice: Manolillo: adiós, un beso ¡pum! Otro beso ¡pum! Otro, otro, otro, ¡pum, pum, pum! Josefina: recibe para ti y para nuestro hijo y para nuestros hijos mayores el cariño encerrado y empiojado y perdido de tu preso. Miguel.

La letra en verso dice: Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero. Ata duro a ese hombre: no le atarás el alma. Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias: no le atarás el alma.

25 de noviembre

El Provencio, km 244

La guerra ha terminado. La guerra no ha terminado.

Lo dice el profesor Gonzalo Valentí, enviado a ultramar para evangelizar en la Falange, para propagar el fascismo en misiones pedagógicas por Uruguay. Ahora ya está en España. Acompaña al cortejo, como cronista especial de la jornada, y escribe para *Boinas Rojas* que si bien los tiros cesaron, no quiere decir esto que la guerra terminara; no. Tras el vencer viene el convencer, y eso es lo que intentamos. Pero son muchos, muchísimos, los que no quieren convencerse, y a esos hemos de hacerles saber cuál es el camino, avisa Valentí, y esa amenaza vibra bajo la tinta. El profesor precisa, aclara, sabe que en el matiz está la esencia, y apostilla: No buscamos dolores, ni nos atraen las tragedias. Pero llegado el momento, dice, iremos donde haya que ir y haremos lo que haya que hacer.

De momento toca exaltar esta peregrinación de devociones y silencios, el más impresionante de los cortejos funerarios, el más luengo que jamás hayan conocido los tiempos, un entierro sin precedentes en los anales de ninguna historia del mundo. Vaivén de madera y cirios. Cortejo con galas de imperio. Camino triunfal de silencio. Mudo fervor. Emoción honda. Ruta dolorida. Angustia suprema. Patria rescatada. Doctrina de Amor. Plegaria en los labios. Recuerdo en el alma. Sangre de Mártir. Sacrificio de luchador. Sentido de posteridad.

Toca también caminar por esta confluencia del paisaje manchego que hermana los olivares dormidos de la llanura con la pinarada de la estribación conquense, entre Minaya y El Provencio.

Caminar. Con todas las implicaciones bíblicas, políticas y existenciales del hecho mismo de caminar.

Caminar juntos por un ideal. Escapar de la propia identidad y subsumirse. Ser flecha dentro de yugo.

Caminar lento, con un paso regio que confiere al paisaje reflejos de inmanencia. De perennidad. Nada cambia. Se ha de conservar.

Caminar lejos, muchos días seguidos, y dislocarse de la cotidianidad. Del tiempo no humano, del paisaje no humano. Purificarse con la fatiga. Sentirse libre. La libertad de no ser nadie.

Caminar con un propósito. Saberse parte de la Historia. Misión, fe, relato. Una larga plegaria dicha con los pies.

Caminar en silencio. Separarse de las voces ordinarias. Del ruido de

fuera y del ruido de dentro, y cómo se acalla ese rumor cuando has matado, cuando has fusilado, cuando has vuelto la cabeza al horror, lo has mirado de frente, carguen, apunten, fuego, y has oído el ruido seco de un saco que no es un saco, y entonces miras a tus compañeros de pelotón o de trinchera para reconocerte en ellos o no reconocerte en nadie.

Caminar. Caminar en el misterio de la noche, a la luz de la luna, bajo las estrellas, portando escarcha, abrazado por la oscuridad, quan ve la nit que expandeix ses tenebres e los malalts creixen de llur dolor. La noche y lo sagrado, en larga marcha con un cadáver. Asombro y temor, y el universo es infinito, y tú pareces infinito, tu causa, los tuyos, y vuelves a ser tú dejándolo de ser. Atisbas el más allá por una avenida negra, un largo asfalto cimbreante de llamaradas bajas, el fuego de las hogueras de pino con aroma a resina joven, y contra el naranja de las llamas se recortan siluetas difusas, y del naranja rojizo emerge una muchedumbre de sombras en silencio que aguardan, que caminan, que acompañan y rezan, sombras de capotes, de tricornios, de mantas camperas, las armas y el aire marcial, ras ras, ras ras. Y un ataúd. Siempre, al frente, siniestro lucero del alba, un ataúd. Y dentro su cuerpo, ya cadáver, cada vez más engrandecido. Lo escribe el poeta Lope Mateo: No es un féretro solo, es un alma, sobre todo, la que llena la inmensidad de nuestras tierras, de todas las tierras unidas por el verbo que más se acercó hasta Dios.

Caminar hacia la tierra prometida. Caminar por el desierto que fue rojo y ya no lo es. Un camino que lleva un mensaje a todos los liberados de la esclavitud gracias al profeta liberador: la ciudad comienza a tener sólidos cimientos, el arquitecto y constructor va a ser Dios, con mano fuerte y brazo extendido, con gran terror, con señales y con prodigios.

Pero esta tierra no es Egipto. Aquí no mana leche y miel.

Esta tierra, a la que dora un tibio sol de noviembre, es Minaya. Huele a tomillo, a romero y a pinar en medio de esta impresionante llanura, la recta más larga de España. Más de veinte kilómetros rectos, un paso tras otro de parameras y un bosquecillo solitario. A la entrada del pueblo, un arco saluda a José Antonio. Las nuevas autoridades se unen a la comitiva. Escoltan al mártir las Falanges de Minaya, Villarrobledo y Munera. Lo llevan a hombros sus camaradas de Cuenca. No son las diez y media y el féretro pasa entre una doble fila formada a ambos lados de la carretera. Una mujer vieja y sin nombre llora. Dicen que una vez conoció a José Antonio. Sus tres hijos marcharon a la guerra. Le han contado que sus hijos fueron bravos, que defendieron a España, que murieron por ella. La mujer sigue llorando.

La caravana pasa muda ante la jefatura local de Falange. Hay un

altar levantado. En la alfombra de flores se lee Gloria a José Antonio. De un lado a otro de la calle cuelgan guirnaldas de flores naturales y la inscripción José Antonio, Presente, hecha en flor. Tras el responso, Minaya va quedando atrás. También sus vecinos, sus casas blancas, sus calles pobres, el paisaje ancho bajo un cielo claro, y enseguida se pierde en la lejanía esta larga marcha, un caminar de resurrección. Después del mediodía cruzan el límite provincial de Albacete. Ya están en Cuenca. A los bordes del camino se asoman las gentes. Vienen de lugares remotos. De caseríos perdidos. De todos los pueblos de la comarca. Han acudido caravanas de carros tirados por mulas cascabeleras. Algunos llevan en la vera del asfalto desde la noche anterior. Por qué, se pregunta Manuel Halcón, periodista, escritor, miembro de la Gran Orden Imperial de las Flechas Rojas. Por qué los restos de un hombre, de un solo hombre, han merecido tales honores. Por qué jóvenes y viejos se sienten llamados al borde del camino. Y es que pasa, dice, el que fue todo lo que es España. Y lo hemos elegido no ya de Jefe, sino de símbolo. Esto era inevitable. Para rendir el máximo homenaje a la Patria que acabamos de defender y salvar, y para dejar bien sentado, cerebralmente, el profundo sentido político de la Victoria, necesitábamos un símbolo. Y nadie ha tenido que pararse a pensar; todos hemos elegido a José Antonio, dice.

Hay otro hombre que personifica el mito. En el kilómetro 238, de camino a El Provencio, se ha sumado a la comitiva. Todos escrutan su silueta. Es una leyenda, el general Moscardó. Solo era coronel cuando tomó la decisión más importante de su vida: resistir, aguantar, no rendirse. Y luego, alimentar la epopeya del alcázar de Toledo. La que empieza con el coronel Moscardó sumándose a la sublevación golpista, proclamando el estado de guerra, negándose a entregar la munición al Gobierno republicano, encerrándose en el alcázar con un puñado de cadetes y soportando setenta días de asedio bajo una lluvia de quince mil proyectiles y quinientas bombas mientras los atrincherados comían carne de caballo y racionaban el agua. El mito quiere que entre las ruinas y la desolación, entre el hedor y el hambre, vayan cayendo heridos y muertos, pero que el coronel Moscardó resista. Quiere el mito recalcar el heroico papel de ese puñado de cadetes capaces de defender el alcázar ante veinticinco mil fieras marxistas. El mito, por supuesto, quiere repetir esa llamada que recibe el coronel de parte del jefe de las milicias rojas con una amenaza: fusilarán a su hijo si el alcázar no se rinde. El mito ensalza que el coronel resistió. Que pudo más el honor que el amor. Que el coronel no cedió, por el bien de España. Que las hordas marxistas fusilaron a su hijo. Que él aguantó una semana más. Y que al fin, tras setenta días y setenta noches, las tropas sublevadas liberaron el alcázar. No importa que los héroes de la resistencia de Toledo no fueran un puñado de cadetes,

sino mil doscientos combatientes y solo nueve cadetes. No es preciso detallar que los héroes del alcázar iban armados con mil doscientos fusiles, un mortero, trece ametralladoras y trece fusiles ametralladores. El mito se empeña en las veinticinco mil fieras marxistas que atacaban la fortaleza, cuando el número real de asaltantes era once veces menor. Y por supuesto, el mito dice y repite que a Luis, el hijo del coronel, lo mataron enseguida y que el disparo se oyó por teléfono, aunque el chico fuera fusilado un mes más tarde como una víctima más dentro de una saca más.

Pero lo que importa es el mito, más fecundo que la realidad.

Camino de El Provencio, ya entrada la noche, el locutor de Radio Nacional narra la estampa de esa mujer que sale a la carretera para besar el terciopelo negro que cubre el féretro. También cuenta el grito de otra mujer, un alarido de pena que rasga la noche. El locutor recrea la imagen de esa muchacha que se asoma a la ventana y grita Madre, si es José Antonio, y no dice Madre, es el cortejo de José Antonio, ni Madre, es la comitiva de José Antonio, ni Madre, es el entierro de José Antonio, recalca el locutor. Dijo Madre, si es José Antonio. Así lo relata la voz del transistor para que lo escuchen los españoles. Hay que imaginar a esa familia anónima junto al brasero, una tarde parda y fría de invierno, la cena ya recogida, una silla vacía, monotonía de guerra tras los cristales. No es difícil imaginar a esa otra familia común, el alivio recobrado, las heridas abiertas, otra silla vacía, a veces triste como una tarde del otoño viejo, y el pensamiento junto a las tumbas de los muertos.

El locutor calla. Pasan las aguas débiles del río Rus y ya se avista El Provencio, alumbrado por la luz de los hachones y el reverberar de las hogueras en esta noche cuajada de luceros. En el aire flota, entumecido, un sentimiento de irrealidad extrema: estar aquí, en mitad de la nada fría de noviembre, de noche, con un cadáver, con el espectro de todos los muertos.

Han venido diez mil personas de pueblos de Cuenca, de Albacete, de Ciudad Real. Hay mujeres de rodillas. Dos filas de hombres empuñan antorchas y levantan el brazo. Ante la cruz blanca de los caídos se detienen todos. Manda la cruz. Arde una hoguera monumental. Responso, rosario, glorialpadreyalhijoyalespíritusanto, y en el suelo, sobre las andas, cerca de las llamas y la cruz, descansa José Antonio. Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva a todas las almas al cielo, especialmente a las más necesitadas de El Provencio. A Cipriano el cura, fusilado a las tres de la madrugada. A Juan Crisóstomo el canónigo. A Lorenzo el sargento, muerto en el Ebro. A Telesforo el recluta, que se pasó de bando a las filas nacionales y murió en combate. Madre de Cristo, Madre de la Iglesia, Madre de la Misericordia, Madre de la divina gracia, Madre de la

Esperanza, Madre purísima, Madre castísima, Madre siempre virgen, Madre inmaculada, Madre amable, Madre admirable, Madre del buen consejo, Madre del Creador, Madre del Salvador, ruega también por Casimiro, que se pasó de bando y cayó en sierra Trapera con diecinueve años. Virgen prudentísima, Virgen digna de veneración, Virgen digna de alabanza, Virgen poderosa, Virgen clemente, Virgen fiel, Espejo de justicia, Trono de la sabiduría, ruega por Víctor el guardia civil muerto en la sierra del Toro, ruega por Ramón el agricultor, con el último aliento en Somosierra, ruega por Francisco y Vicente, labradores, fallecidos en el frente de Levante, y ruega por Jesús y Manuel, que tras volver de los campos de concentración han perdido la vida. Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, a Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ruega por Salustiano. Y Julián. Y Teodoro. Y Santiago. Y Juan Francisco. Y los cuatro muertos por el bombardeo de la aviación alemana en una noche de invierno, adiós a Abilio, a Antonio, a Félix, a Ángel, y la Legión Cóndor cantando Wir flogen jenseits der Grenzen mit Bomben gegen den Feind, hoch über der spanischen Erde mit den Fliegern Italiens vereint. Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstrales a Jesús a todos ellos, también a Felipe, y a Juan Antonio, y a Zacarías Rosillo García, de la Séptima Brigada Mixta, que se lavaba en un arroyo del frente de Guadarrama cuando recibió un disparo mortal, oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

El cortejo sale de la iglesia, quemada en plena orgía iconoclasta. Dicen que arrastraron con mofa las imágenes de san Pedro y de san Pablo a la entrada y a la salida del pueblo, que unos milicianos forasteros que pasaban por la carretera de El Provencio se detuvieron para fusilar a los santos, que uno de los milicianos disparó al san Pablo y que una bala rebotó en un fusilero y le causó una herida, una herida grave por la que dejaba este mundo para dar cuenta a Dios de su sacrilegio, y es así como lo cuentan.

La larga marcha de José Antonio continúa. Son las once y cinco de la noche. La luna llena, como cuando Jesús muere y resucita en Semana Santa, platea las aguas oscuras del río Záncara, tan escaso, tan sin agua. Las calles de El Provencio guardan luto. Brazos en alto. Silencio en la noche. Silencio en las almas. El séquito avanza. Las ramas desnudas pespuntan el borde del camino. Va una cruz al frente. Que nadie lo olvide. Van armas, y milicias, y yugos y flechas. Va José Antonio Primo de Rivera, Presente. Pero una cruz va al frente. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Francisco

Qué pasa con la guerra y su detritus: los hombres. Esa es la reflexión que alienta Salomón de la Selva en un poemario olvidado: *El soldado desconocido*. Tras volver de las trincheras de la Gran Guerra y oler sus charcas putrefactas y oír los largos alaridos y sentir al lado los quejidos roncos, el poeta nicaragüense, que se había alistado voluntario en el Ejército británico, escribió unas páginas donde la guerra mancha, duele, mata. Una mirada sin épica: amniótico de la barbarie. En sus versos los soldados comen, duermen, sudan, odian, aman. Pero las patrias prefieren al Soldado Desconocido. A ese no hay que darle pensión. No tiene nombre. Ni familia. No tiene nada. Solo corona, bandera y palabras.

El requeté Francisco Pérez Barrachina es un detritus de la guerra. Y hoy, aquí donde el silencio cabalga las montañas del Camero Viejo, empieza su viaje al fin de la noche. Solo le queda cerrar los ojos.

Hace tres años lo tuvo claro: Por Dios, por la Patria y el Rey, a luchar, a morir o a vencer. A eso se dispuso el alférez Pérez Barrachina en el primer otoño de la guerra. Ingresó voluntario en la milicia de Cristo. Los de la boina roja y el oriamendi. Se puso a las órdenes de Manuel Fal Conde, jefe del carlismo español, líder de Comunión Tradicionalista, que es una comunión y no un partido, que aborrece a la Falange, puesto que quiere Dios y Rey, y solo esa es su Patria.

A los pocos días de incorporarse al tercio de El Alcázar, Francisco ya estaba luchando en la Casa de Campo. Un combate a muerte. La artillería vertiginosa, las ametralladoras escupiendo fuego durante once horas, los carros de combate enfebrecidos, las bocas retorcidas de dolor y los dientes aferrados de toda guerra. Allí cayó herido el primero de diciembre del 36. Aquella gesta le valió la mayor condecoración militar por superar excepcionalmente el deber y arriesgar la vida. Por cumplir heroicamente el mandato requeté.

No acabó ahí su servicio. La guerra siempre pide más.

El requeté Francisco ingresó herido en el hospital carlista de Logroño, el de Nuestra Señora de Valvanera. Tal vez fue una bala, tal vez la metralla. Ahí podría haber terminado su guerra: con la laureada de San Fernando y un invierno de hospital en hospital. Una buena historia que contar a Francisco, a Fernando y a Consuelo, sus tres hijos pequeños. Una historia para henchir de orgullo a su esposa, Consuelo.

Para que su madre, Ramona, no fuera en la esquela su desconsolada madre doña Ramona. Y para que sus hermanos siguieran diciendo somos nueve hermanos, y no aprendieran a decir somos ocho, uno murió.

Sin embargo, no acabó ahí su guerra.

En abril del 37 se reincorporó. El tercio luchaba en los cerros de La Marañosa, cerca del Jarama, con el sueño de conquistar Madrid. Ese sueño no es de Francisco. A él le dicen qué soñar. El devocionario del requeté le ha dicho: Sufre en silencio el frío, el calor, el hambre, la sed, las enfermedades, las penas y las fatigas. Le ha dicho: Considérate soldado de una cruzada que pone a Dios como fin y en Él confía el triunfo. Le ha dicho: Tu aceptación del martirio junta en uno los ideales de Dios y Patria. Así, uniendo cielo y tierra, el requeté Francisco ha seguido en la batalla. De la Casa de Campo al hospital herido. De los cerros de La Marañosa al frente de Cáceres. De la toma de Teruel a la batalla del Ebro. Y de ahí, enfermo, al hospital militar.

La guerra ha terminado y él sigue ingresado. Dicen que ha vencido, que los suyos han ganado. Él sigue ingresado. Su tercio de requetés ha desfilado por las calles de Valencia: las caras altivas, el aire marcial, los guantes blancos, las camisas remangadas, las botas con el calcetín vuelto a la italiana, el águila bicéfala, el crucifijo al frente, la cruz de Borgoña, las boinas rojas. Pero entre ellos no va el requeté Francisco. Él ha seguido en el hospital. Enfermo por la guerra. Toda la primavera, el verano entero y este otoño frío.

Así ha llegado este día. Su viaje al fin de la noche.

Céline escribió: Cuando los grandes de este mundo empiezan a amaros es porque van a convertiros en carne de cañón.

El requeté Francisco no lo vio venir. Él leyó otra cosa. El devocionario carlista le decía: La muerte en el campo de batalla es muerte ideal de las almas grandes. Le decía: La muerte en guerra por causa de religión puede creerse de segura salvación eterna. Le decía: La vida de la Patria exige el sacrificio de los buenos patriotas.

Y es así como el requeté Francisco se muere hoy en esta casa de Laguna de Cameros. Dicen que los suyos han ganado, que él es un vencedor. Su vida acaba ahora, con treinta y seis años. Por enfermedad contraída en campaña. Héroe anónimo. Detritus de la patria.

Los 47

Uno dos tres cuatro manuel seis siete jerónimo nueve diez antonio doce francisco luis quince dieciséis diecisiete dieciocho urbano veinte rafael veintidós veintitrés vicente veinticinco veintiséis vicente veintiocho felipe treinta treinta y uno juan treinta y tres treinta y cuatro manuel treinta y seis treinta y siete treinta y ocho francisco cuarenta cuarenta y uno cuarenta y dos ricardo cuarenta y cuatro eliseo cuarenta y seis y cuarenta y siete.

Uno dos jornalero labrador cinco hilandero siete ocho nueve cortador zapatero doce tipógrafo catorce quince peón de obra diecisiete dieciocho secretario de ayuntamiento veinte veintiuno veintidós textil veinticuatro veinticinco obrero veintisiete sombrerero maestro nacional treinta treinta y uno panadero oficinista treinta y cuatro gobernador civil vigilante nocturno treinta y siete treinta y ocho cristalero cuarenta cuarenta y uno chófer pintor militar cuarenta y cinco cuarenta y seis y cuarenta y siete.

Hay muchas formas de contar cuarenta y siete. Felipe las enseña. Es maestro nacional. Felipe Guerricabeitia Orero: maestro nacional de la República. Sonaba bien. Felipe Guerricabeitia Orero: miembro del comité revolucionario en Villar del Arzobispo. Sonaba distinto ya. Porque él era un moderado de Unión Republicana. Ni socialista ni comunista ni azañista. Pero era concejal dentro del Frente Popular, eso sí. Y a Villar del Arzobispo, tan alejado por montañas, lo habían convertido en Villar de la Libertad. Y a la calle del Ángel la habían renombrado calle de Lenin. Y a la del Arzobispo Melo, calle de Buenaventura Durruti. Y a la de la Cruz, calle de Carlos Marx. Y a la de Francisco Tomás, calle de Rusia. Y a la de San Antonio, calle de la Revolución. Y a la de San Vicente, calle de Pablo Iglesias. Y a la de Santa Teresa, calle de Concepción Arenal. Y otras calles las cambiaron a Pi y Margall, a Francisco Maciá, a Francisco Ferrer y Guardia, a Nicolás Salmerón, al noi del sucre Salvador Seguí y a Fermín Salvochea, aquel libertario gaditano que llegó a alcalde, invariablemente asomado tras sus óculos de intelectual, que tradujo a Kropotkin y a quien siempre guio una máxima, esa frase que leyó en Inglaterra en un libro de Thomas Paine: Mi patria es el mundo, todos los hombres son mis hermanos y mi religión consiste en hacer el bien.

Así era el mapa de Villar de la Libertad. También con checas, y con muertos, porque quién se atreve a idealizar. Pero hoy no está en

Villar. Ahora Felipe, maestro nacional, está de pie en Paterna, cerca de las tapias del cementerio. Y hoy, aquí, frente al paredón de Paterna, paredón de España, donde la muerte es la única patria y los cipreses marcan el camino de la sangre que sus cuerpos van a seguir desde el paredón hasta la fosa, nadie lee a Thomas Paine. Hoy, aquí, frente a los hombres sin rostro del pelotón de fusilamiento, cuentan hasta cuarenta y siete.

Y hay muchas formas de contarlos si eres maestro nacional.

Una es decir Francisco, José, Manuel, José, Manuel, Mario, José, Jerónimo, Pascual, Simón, Antonio, Blas, Francisco, Luis, Ángel, Francisco, Emilio, Francisco, Urbano, Enrique, Rafael, Gabriel, Antonio, Vicente, Enrique, José, Vicente, Carlos, Felipe —y Felipe es él: Felipe Guerricabeitia Orero, veintiocho años, Villar del Arzobispo, maestro nacional—, Vicente, Delfín, Aurelio, Juan, Antonio, Francisco, Manuel, Félix, Francisco, José, Francisco, Francisco, Juan, José, Ricardo, Isidro, Eliseo y Pedro.

Otra forma de contar cuarenta y siete sería decir militar, labrador, jornalero, labrador, tipógrafo, hilandero, jornalero, tejedor, tejedor, cortador, zapatero, mecánico, tipógrafo, camarero, jornalero, peón de obra, comerciante, metalúrgico, secretario de ayuntamiento, textil, labrador, comerciante, textil, labrador, jornalero, obrero, obrero, sombrerero, maestro nacional, hilandero, verdulero, labrador, panadero, oficinista, labrador, carpintero, vigilante nocturno, labrador, representante, cristalero, obrero de villa, agricultor, chófer, pintor, militar, militar y labrador.

Podría haber una tercera forma de contar cuarenta y siete y sería decir 47 años, 35, 23, 52, 32, 47, 33, 37, 46, 30, 36, 44, 54, 45, 34, 30, 34, 24, 34, 35, 63, 38, 38, 50, 53, 37, 35, 23, 28, 36, 44, 31, 39, 42, 36, 38, 62, 45, 42, 43, 32, 38, 42, 27, 25, 34 y 39.

Hay tantas formas de contar cuarenta y siete. Recordar el nombre de sus madres, decir sus pueblos de origen, juntar el nombre de sus hijos, enumerar el nombre de sus esposas y novias, evocar la primera mujer a la que besaron, nombrar a la última persona a la que abrazaron, revelar la mayor ilusión que acariciaron, confesar el pensamiento que anoche, la última noche antes de ser fusilados, en la quietud oscura de su última noche con vida, cada uno tuvo a solas consigo mismo en la celda.

Hay muchas formas de contar cuarenta y siete. Infinitas formas de contar una vida. Cuarenta y siete vidas. Eso lo sabe bien un maestro nacional. Pero es que acaso sirve de algo saberlo ante esta escena final. Eso no lo sabe nadie. Tampoco un maestro nacional.

Felipe está acusado de formar parte de sucesivos comités revolucionarios en Villar del Arzobispo. Eso ya es suficiente: haber sido concejal. Se le imputa, además, haber participado en el saqueo y

el incendio del juzgado de instrucción del Villar. Era septiembre del 36. Una mano secreta, en su casa, consignaba todo lo que iba sucediendo en el pueblo en esos días de ruido y furia. El día 19, tiroteo de fuego cruzado entre milicianos de diferente ideología. El 24 son quemados los archivos, documentos, libros y cuanto había en el ayuntamiento y en los juzgados. El 25 son detenidos y llevados a declarar a Valencia tres paisanos que no llegan a la capital, pues son fusilados después de pasar Casinos. El 26 es incendiado el Registro de la Propiedad. Y el 27 se celebra un mitin comunista en el interior de la iglesia. En Villar de la Libertad. Pero la guerra pasó. La guerra ha terminado. Eso dicen. Pero la guerra no ha terminado. Y la mano anónima sigue apuntando. El regreso a pie de los soldados republicanos, con las caras demacradas de hambre y sufrimientos, llenos de miseria, con las vestiduras rotas y maldiciendo su suerte. La entrada de las tropas vencedoras con banda de música, volteo de campana y una finísima y heroica lluvia. La primera misa en 985 días. La entrega de armas. El bando para que todos los rojos se presenten. La explosión accidental de una bomba de mano abandonada en un pajar que mata a un niño, pobre Juan Antonio. La explosión que mata a un pastorcito de nueve anos, pobre Manuel. Las detenciones. Los encarcelamientos. La llegada de milicianos detenidos —más de seiscientos presos en el pueblo—, que son encarcelados en el trinquete, en los calabozos del ayuntamiento, en un chalet y en las escuelas municipales. El cronista secreto apunta también la batida de guardias moros por los montes aledaños en busca de los milicianos que no se han entregado. Persiguen, especialmente, a los cabecillas revolucionarios: a Cantó, a Falala y a Cuatro Ojos, los tres hombres más buscados del Villar. La mano sigue apuntando todo lo que ocurre. Las misas diarias. La fiesta en honor a los caídos, con desfile, misa, corona de flores y cubrecamas en los balcones. Las calles renombradas: calle del Generalísimo, de los Caídos, de Calvo Sotelo, de José Antonio Primo de Rivera, del General Mola, del General Sanjurjo, avenida de la Liberación. Porque el pueblo vuelve a ser Villar del Arzobispo, ya es historia eso de Libertad. La mano lo apunta todo. El reparto de patatas. Las bombas que los soldados especialistas están haciendo explotar. Los juicios en el ayuntamiento a casi todas horas. Las condenas a muerte. Los fusilamientos. Los traslados de presos, cargados en camión, hacia las cárceles de Valencia.

Uno de ellos ha sido Felipe, el maestro nacional. No es el único de su familia. Encerrado en la Modelo está su cuñado José Martínez. Un anarquista. Autodidacta. Lector voraz, con tres mil libros en su biblioteca. Cada volumen lleva estampado su propio ex libris, una marca íntima que es divisa de orgullo libertario. Ya sea en los libros de Tolstói o de Zola, de Malatesta o de Bakunin, de Istrati o de

Anatole France, del ácrata Federico Urales o del soñador Ferrer i Guàrdia. La emancipación por la inteligencia: en eso cree él. En la patria de las letras y el papel. Ahí comienza toda revolución. Él, José Martínez, la ha soñado. Yo no he cometido más delito que el de pensar alto y sentir hondo, ha escrito. Yo sí propongo por una sociedad más justa que la presente, donde no se den los contrastes que se dan en esta, como exceso de producción y hambre y miseria por doquier; paro forzoso y muchos trabajos de imperiosa necesidad por hacer; una miseria denigrante en medio de un lujo escandaloso. Eso ha escrito. Y lo ha escrito contra la República burguesa, que en nada lo convencía. Aquella república lo encarceló unos meses por su disidencia. Para defender aquella república marchó al frente. Ahora lo ha encarcelado la nueva España. Solo hace quince días de la detención. Había intentado esconderse bien. Pero alguien cantó. Y lo encontraron. Se lo llevaron a la comisaría de policía de la plaza Tetuán de Valencia. Allí le pegaron, le pegaron, le volvieron a pegar. Cómo se cuenta una tortura cuando solo son palabras y no has visto la sangre, cuando no has olido el miedo. Estaba desmayado, tirado sobre un montón de cascotes. Le estaban dando aire con un ventilador en la cara. Muertos no sirven de nada, eso lo saben los torturadores. Y en ese estado, sin esperarlo, pasó por allí un chaval que también iba a declarar. Era su hijo: Amor Jesús, detenido un día después que el padre. Estaba durmiendo en su cama y agentes de la brigada de investigación criminal rompieron la puerta de su casa y se lo llevaron. Con solo dieciséis años. Y esa estampa, el hijo viendo al padre destrozado y con el ventilador en la cara, es el retrato de familia, de la familia Martínez Guerricabeitia, con otro hijo de diecisiete años también en la cárcel, con una madre y esposa sola y con razones de sobra para desesperar.

Han pasado dos semanas de la escena del ventilador. Ahora, padre e hijo se hallan encarcelados en la Modelo, primera galería, celda 99, tan lejos de la biblioteca y de su mundo de papel. Ellos son ahora el papel futuro, este mismo papel. Qué enseñan sus vidas. Cómo se cuenta una vida. Y cuarenta y siete vidas.

Delante del paredón, su cuñado Felipe mirará al frente. O cerrará los ojos. Quién sabe. Eso nadie lo consigna, como si careciera de importancia. Los largos dedos metálicos, prolongación de las manos que estampan la condena a muerte, parte final de la blanda mano que firma el enterado —ex libris siniestro, divisa dictatorial—, lo apuntan frente al paredón de Paterna. Detrás de él se hunden los agujeros de los proyectiles que lo han precedido. Cada agujero una vida, muchas vidas. La poesía después de Auschwitz. La ficción después de Paterna. Qué supera este horror. Estas bombas de horror retardado. Los traumas de labios prietos y silencio enquistado, un silencio escondido muy adentro. Ya está bien, no me lo recuerdes, no me hagas hablar de

esto, ja prou, Paco, y el cuadro infantil con el rostro del bisabuelo Paco en la pared del comedor. Francisco Arroyo Rubio, electricista, cincuenta y cuatro años, concejal de Unión Republicana en Burjassot, miembro del comité revolucionario local, y abajo, como el árbol talado que retoña, aún con tanta vida, el abuelo Pepe, su hijo pequeño, nacido en 1925, hoy casi centenario ya, que se quedó huérfano con diecisiete años, que también iba a la cárcel Modelo a visitar a su padre en noviembre del 39, y resonando en su pecho siguen las frases que su padre le decía en la prisión ochenta y tantos años atrás: Podad el limonero, cuidad de los animales, regad las plantas, dale un beso a tu madre, y los recuerdos que se resisten a marcharse. Esos cubos de agua arrojados por los carceleros para que los familiares como él se dispersasen. Los gritos horribles por las galerías de la prisión. Los insultos. Las palabras feas. Las risotadas. El pañuelo blanco agitándose por la ventana de la celda —qué número tenía la celda, la 518—, en señal de despedida al hijo, al pequeño, a Pepe, el benjamín, atrapado para siempre en esa telaraña de hilos irrompibles. Y después el tiro en Paterna. Y las reliquias familiares. Y la corona de laurel cada 14 de mayo en la cruz de mármol erguida en el cementerio de Paterna, tan cerca del paredón, patio trasero de España. Sin luchas contra el olvido, sencillamente porque es imposible olvidar, y porque en su caso ya no hay por qué luchar. Con un largo silencio, que no es reserva ni prudencia ni sigilo, que es silencio puro, silencio transido; una muda sinfonía de palabras tragadas o entredichas. Y el dolor acomodado dentro, bien adentro, muy adentro, tan adentro como el sitio al que va la bala, suspendida en el aire en este preciso instante en que se dirige al cuerpo de Felipe Guerricabeitia Orero, maestro nacional. Y a Francisco. Y a José. Y a Manuel. Y al otro José y al otro Manuel. Y a Mario. Y a José. Y a Jerónimo. Y a Pascual. Y a Simón. Y a Antonio. Y a Blas. Y a Francisco. Y a Luis. Y a Ángel. Y a Francisco. Y a Emilio. Y a Francisco. Y a Urbano. Y a Enrique. Y a Rafael. Y a Gabriel. Y a Antonio. Y a Vicente. Y a Enrique. Y a José. Y a Vicente. Y a Carlos. Y a Vicente. Y a Delfín. Y a Aurelio. Y a Juan. Y a Antonio. Y a Francisco. Y a Manuel. Y a Félix. Y a Francisco. Y a José. Y a Francisco. Y al otro Francisco. Y a Juan. Y a José. Y a Ricardo. Y a Isidro. Y a Eliseo. Y a Pedro.

Cuarenta y siete personas fusiladas hoy en Paterna, vora el barranc del Carraixet. Els morts de fredes matinades. Els morts de les nits tenebroses. Els assassinats de la terra. La sang heroica d'uns morts, vora el barranc del Carraixet.

La poesía después de Paterna.

Cómo se cuentan cuarenta y siete vidas. Y por qué tú no cuentas esa otra vida rematada en plomo y laurel, sangre de tu sangre, un trozo de

tu historia, quizás el motor de algunos de tus libros, si cuentas tantas vidas lejanas. Pero esa pregunta la evitas, nunca te la quieres responder.

Cuarenta y siete fusilados hoy en el paredón. El muro perforado. Los camiones cargados con los cadáveres, que gotean chorros de sangre y riegan de muerte la tierra como pulgarcitos del horror en este camí de la sang que conduce al cementerio.

Y luego las manos de Leoncio el enterrador.

Y la fosa común, sima de un pueblo hundido.

Y el silencio, después.

Ellos juntos. Abajo.

Y el silencio, pesado, después. El silencio para siempre.

Ja prou, ya basta, Paco.

26 de noviembre

Quintanar de la Orden, km 293

Sigue, prosigue, avanza, no te detengas jamás. La vida del hombre es esta: avanzar, adelantar. Las palabras le brotaban fácil a Gabriel Iniesta cuando escribía poemas en el cuaderno o en los papeles usados del servicio de catastro. Una letra entrelazada y con largas astas descendentes en la p, en la f, en la g, en la q. Sus versos recuerdan que todo es pequeño en el mundo, aunque nada despreciable. Él, en cambio, fue muy pequeño, por completo despreciado.

Había nacido aquí, en Las Pedroñeras. Es domingo. El cortejo de José Antonio atraviesa las calles del pueblo, tan llano y extendido, rodeado por planicies y pinares. Son las cinco de la mañana. Todavía está oscuro. Hace mucho frío, pero no importa. El vecindario, enlutado, ha salido a la calle. Pasa un muerto. Muchos se acuerdan de otro, de Gabriel, el monaguillo del pueblo, criado en la posada de la plaza, que años después volvió como cura del pueblo, ya don Gabriel, con su sombrero negro de párroco y la sotana larga, con sus cejas espesas y arqueadas. Un noviembre como este, y también era de noche, lo fueron a buscar a casa. Dicen que los milicianos cercaron la vivienda y amenazaron con quemarla y matar a su madre y a su familia. Dicen que él salió. Yo soy Gabriel Iniesta, por el que preguntáis: qué queréis de mí. Después, todo fue muy deprisa. La vida del hombre es esta: despedirse de su madre, subir al vehículo, sentir el paisaje oscuro afuera y adentro, parar en la estrecha carretera que va a la Alberca de Záncara, apretar fuerte el rosario sudado sin dejar de rezar, notar el frío de la madrugada al bajar del vehículo, ver las armas apuntar antes de que otras manos sin rosario aprieten fuerte el gatillo seco, gritar vivacristorey y caer al suelo, tan pequeño, sumamente despreciado.

Sigue, prosigue, avanza.

Ya va Lugo con las andas, entre una escuadra de viejos cautivos, cuando cerca de las nueve de la mañana dejan un molino de viento a la izquierda del camino y llegan a El Pedernoso. Por las calles del pueblo rezan el rosario sin detenerse. Hace frío, hay que avanzar. Aún quedan doscientos kilómetros por delante. Cinco días de marcha. Al mediodía paran. En mitad de la nada, plenitud de estepa, celebran la misa de domingo. Todos se arrodillan en silencio bajo un sol que no calienta y un cielo claro, sin nubes. El sacerdote, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada, levanta la hostia sin el

campanilleo habitual. Se llama Juan, es canónigo de la catedral de Cuenca. Hostia y fusiles se unen en el memorial de la muerte y resurrección de José Antonio, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

Tras la oración retoman la senda. No hay pueblos en el camino. Otra vez la nada. Marchan a paso de entierro. Grandeza, austeridad, disciplina. Describe Francisco de Cossío la visión que emerge a lo lejos: Carretera recta y desierta, carretera en duelo, carretera antigua sin motores, sin humos y sin polvo; fervoroso cortejo apretado en torno a una caja. Escribe el poeta Rafael Duyos, que ha publicado los *Romances de la Falange* fechados en Valencia del Cid, Año de la Victoria, que con este cortejo, sin igual en la Historia, nace y se está sembrando, para cosechas infinitas, el mejor de los romances.

Pasa José Antonio.

Pasa España.

Pasa el Imperio.

Y llega a Mota del Cuervo. O mejor: vuelve a Mota del Cuervo.

En este pueblo de molinos y viñedos estuvo José Antonio un año antes de ser fusilado. Cuentan que una vieja del lugar, que pedía con su arrugada mano, le dijo una limosna, señor, por el amor de Dios. Dicen que José Antonio le dio cinco duros, y que puso tanta ternura y tanto amor en aquel gesto que aquella pobre mujer, que no había tenido hijos, vivió un momento de ilusión digno del cariño filial que nunca jamás había sentido. Cuentan todo eso. Un milagro en cada pueblo, una historia para cada una de esas gentes humildes a las que buscaba atraer José Antonio. Aquí mismo, en Mota del Cuervo, lo dijo en su discurso: Vosotros sois la verdadera España; la España vieja y entrañable, sufrida y segura, que conserva durante siglos la labranza, los usos familiares y comunales, la continuidad entre antepasados y descendientes. De vosotros salieron también duros, callados y sufridos los que hicieron el Imperio de España. Pero sobre vosotros, oprimiéndoos, deformando la España verdadera que constituís, hay otra, artificial, infecunda, ruidosa, formada por los partidos políticos, por el Parlamento, por la vida parasitaria de las ciudades. Muchos habrán venido a prometeros cosas que no cumplieron jamás. Yo os digo esto: nosotros somos jóvenes; pronto —lo veréis— tendremos ocasión de cumplir o incumplir lo que predicamos ahora. Pues bien: si os engañamos, alguna soga hallaréis en vuestros desvanes y algún árbol quedará en vuestra llanura. Ahorcadnos sin misericordia. La última orden que yo daré a mis camisas azules será que nos tiren de los pies, para justicia y escarmiento.

Al cortejo se une, por primera vez desde que partió la comitiva, Pilar Primo de Rivera, La Mujer, siempre única entre varones, tan poderosa. Tiene treinta y tres años, como José Antonio. Jose, lo

llamaba ella. Jose, sin acento, lo llamaban todos en casa. Eran los tiempos felices en un Madrid de tranvías y simones, una villa tranquila entre puestos de horchata y vendedores ambulantes que pregonaban su mercancía, y esos cochecitos con campanillas tirados por borricos, en la plaza de Oriente, a los que tía Inés no la dejaba subir para que no se contagiara de enfermedades. No subir a esos cochecitos fue su primera frustración. Vendrían otras en una vida difícil. Criada con la sombra perenne de una madre muerta cuando tenía tres años. Crecida con la sombra de una gemela muerta, Angelita, a los cinco. Ahora con la sombra a cuestas de sus dos hermanos muertos en guerra, Fernando y José Antonio. Sin embargo, ningún revés la ha podido frenar. Ella ama la vanguardia. Se ha entregado a la Falange. Sigue hechizada desde aquel primer discurso de José Antonio en el Teatro de la Comedia. Aquel mediodía lo escuchaba atenta desde un palco contiguo al escenario: los ojos negros, muy negros y muy abiertos, el pelo negro y frondoso, los veinticinco años que precisa el ardor guerrero. Ya ese día quiso ser falangista. Primero no la dejaron, por mujer. Más tarde sí. En junio de 1934, siete mujeres crearon la Sección Femenina de Falange. Pilar, sus primas Inés y Lola Primo de Rivera, Dora Maqueda, Luisa María de Aramburu, María Luisa Bonifaz y Marjorie Munden, amiga de la familia. Eran siete mujeres. Iban a ocuparse de los falangistas presos, de atender y acompañar a sus familias y a las familias de los caídos, de recoger dinero para ayudarlos y también de confeccionar propaganda: bordar flechas y yugos en las camisas azules, hacer brazaletes y banderas rojinegras, vender pastillas de jabón con yugos y flechas, pasar la hucha de la colecta en los mítines y por los negocios para hacer campaña, servir al partido, ser una camarada, vivir falangistamente. Pero también iban a pasar a la acción: ella misma, Pilar, penetró en el Ministerio de la Gobernación y empapeló el ascensor del ministro con sellos estampados con el yugo y las flechas. Otras falangistas asaltaron la redacción del diario *El Sol* al modo fascista: con brutalidad. No eran como las margaritas carlistas, esas damas tradicionalistas, catoliquísimas, caritativas, de boina y sonrisa dulce y plácido afán educador. No. Las muchachas de la Sección Femenina eran chicas falangistas: sin otro himno que el caralsol al que rendir pleitesía, sin ningún retrato por encima del de José Antonio en sus sedes, oficinas, talleres o comedores. No son de derechas, esto no es el partido conservador. No es digna de llamarse falangista aquella que no sienta el ímpetu revolucionario, aquella a la que le parezcan duros los colores de la bandera roja y negra, aquella que se asuste ante la palabra camarada. Eso lo ha mandado Ella, la guardiana de las esencias, la sacerdotisa que custodia con pura, rigurosa y casi sublime lealtad el fuego sagrado de la Falange. No quiere señoritas inútiles ni

lindas muñecas. Abomina de la ñoñería de tiempos pasados. Su maquinaria de propaganda bombardea: Una mujer fascista no puede ser cursi ni repipi ni tener el espíritu blando. Hay que acabar con cierta tradición. La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa. Ese refrán, dice, es consecuencia de los siete siglos de dominación musulmana. Ahora, dice, cuando la mujer honrada tiene deberes que cumplir se echa a la calle y la invade con su ímpetu. Esa es la nueva feminidad de este tiempo. Las falangistas de la Sección Femenina han superado el encargo inicial de José Antonio: una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda. La guerra todo lo ha cambiado. Es cierto: la guerra ha terminado, pero la guerra no ha terminado. Sería inútil la guerra si, una vez acabada, volvierais a la comodidad y al descanso, advierte La Mujer a sus falangistas. La guerra no era el final, solo el principio. Al principio eran siete. Pilar, Inés, Lola, Dora, Luisa Ma, María Luisa y Marjorie. Solo siete. Hoy son más de seiscientas mil, un gran músculo del nuevo Estado. La guerra las ha catapultado. Han pasado de ser una pequeña sección de un irrelevante partido a convertirse en la organización femenina de masas más grande de la Historia de España. Con su épica revolucionaria. Con su leyenda forjada en el yunque del sacrificio. Durante la guerra han caído cincuenta y siete mujeres de la Sección Femenina. En el frente y en la zona enemiga, como quintacolumnistas que facilitaban armas, documentación falsa y refugio a los presos. Así han caído. Muertas en acción de guerra. Asesinadas en una checa. Fusiladas por sentencia de un tribunal popular. Falangistas muertas como Sagrario, Casilda, Jesusa. Eutimia, Florencia, Balbina. Juliana, Agustina, Olvido. Ella, La Mujer, no hay otra en España, es capaz de recitar el nombre de casi todas sus caídas. De hecho, quiere que así se haga. Que se exalte su sacrificio, su inmolación salvífica para la redención de la patria. Han sido mártires, heroínas, caídas para la gloria de esa España que soñó José Antonio, su hermano Jose, el que la ayudaba de niña a montar exposiciones de pintura en esa casa donde miss Galballie les lee a todos los hermanitos los cuentos de los hermanos Grimm, con láminas en color de Hansel y Gretel perdidos en el bosque, y suena el piano antes de ir a merendar a la confitería con Nísima, la tía Juana Juanísima, y la muchacha de la casa anuncie por el patio la trágica noticia: se ha muerto el canario. Queda lejos aquella infancia de institutriz y confitería y canarios muertos para disgusto familiar. Ahora las tragedias son de verdad. La guerra ha dejado mutiladas a muchas falangistas como Ángeles García Tuñón, enfermera en la guerra que ha recibido esa Y de plata con la inicial de Ysabel la Católica. Cientos de mujeres falangistas han penado con la cárcel el sueño de José Antonio. Y a eso se dedica La Mujer. A cuidar la memoria de José Antonio y a exigir la Revolución. Por lo uno y lo otro

está aquí, para llevar el ayer al mañana. La Mujer sueña sueños totalitarios desde su viaje a Alemania. En la imponente cancillería del Reich se entrevistó con Adolf Hitler, su admirado Führer. Ella le regaló una espada toledana. Él la obsequió con una fotografía dedicada y enmarcada en plata. Ahora, aquel recuerdo reposa en su mesa de trabajo de la Sección Femenina. La prensa alemana ha exaltado su figura. Dicen que representa el espíritu de la mujer española, que personifica la idea y el alma del Movimiento falangista, que es la pionera de la España venidera. La Mujer sueña sueños fascistas y los escenifica a la alemana: ha concentrado a diez mil chicas falangistas para celebrar la Victoria, y lo ha hecho a los pies del castillo de la Mota, paisaje emocional de Isabel la Católica convertido por Ella en un mar de boinas rojas y camisas azules acariciadas por un sol benévolo de primavera entre coros y danzas y gimnasia y arribaespañas. Ese día de mayo, hace solo seis meses, demostró lo que podía crear, todo lo que era capaz de levantar. Por eso Ella reclama su papel en la obra. Quiere troquelar a la Nueva Mujer del Nuevo Estado ahora que, al fin, van a darle el mando único de todas las organizaciones femeninas del país. La Mujer ha ganado el pulso a su rival, Mercedes Sanz Bachiller, jovencísima viuda de Onésimo Redondo y creadora del Auxilio Social. Pilar quiere el control. Todo el control. Y va a dirigir también el Servicio Social, la mili femenina de seis meses para modelar la mente de las mujeres españolas, para adoctrinar a aquellas mujeres que quieran trabajar, conducir o disponer de pasaporte. Todas habrán de pasar por su cedazo. Y por su sutil juego. Hay que casarse, dice, aunque Ella no se case. Hay que tener hijos, dice, aunque Ella no los tenga. Hay que vivir para el hogar, dice, aunque Ella rebose vida pública. Porque Ella, La Mujer, es libre. Y libre quiere caminar, sin cochecitos con campanillas a los que no poder montar.

Ahora, con Pilar en puesto de honor, el cortejo continúa su camino. Hacia las seis, en estos días breves sin tarde, cruzan el límite provincial de Cuenca y penetran en tierras de Toledo. Antes de que oscureciera, una niña se ha acercado al jefe de ruta y le ha dicho que trae cinco rosas frescas, recién cortadas, para ponerlas sobre el féretro de José Antonio. Así lo ha hecho. Y así llega el féretro a la Venta de El Toboso, donde cuenta la leyenda que se armó caballero don Quijote de La Mancha. Las blancas paredes, los arcos de flores, una muchedumbre al borde de la carretera, la infinidad de hogueras en mitad de la oscuridad, el viento helado, un caminar grave, juntas la cruz y las armas, rezos monótonos entre yugos y flechas gigantes, ecos de cruzada. José Losada de la Torre, gran pluma de *Abc*, intenta trasladar a sus lectores el simbolismo de este instante preñado por el sentido dramático y heroico que aúnan a Alonso Quijano y a José

Antonio. Mil veces creímos que el alud de las miserias y abyecciones humanas había sepultado el recuerdo de Alonso Quijano, escribe. Pero cuando todo se consideraba perdido y la Patria moría sin honor y sin gloria, añade Losada, volvió a la vida con su vieja armadura, su yelmo y su lanza, y arremetió contra sus enemigos, desbaratándolos y aniquilándolos aquel que se lanzó a la aventura de buscar el camino imperial de España cuando esta se moría.

Don Quijote, José Antonio, España.

Un cadáver marcha con sus escuadras azules por las venas abiertas de España. Un camino largo entre molinos blancos y viñedos ateridos. Un viaje por tierras llanas y ocres, desiertas, donde el humilde pastor motea la majada con el tono indeciso de la tarde que acaba. Un cantar de gesta donde la muerte de un joven a la resurrección de un pueblo llama. Un romance con sabor añejo, quijotesco. De trama legendaria, de urdimbre irreal.

Marcelino

Donde una puerta se cierra, otra se abre. Lo dijo don Quijote al avistar el yelmo de Mambrino. Y Marcelino cree mucho a don Quijote. Por eso le dice a su Benigna que no debe perder la esperanza, porque cuando se cierra una puerta otra se abre. Es cierto que ya les han cerrado unas cuantas. Por eso están como están: él, Marcelino Sanz Mateo, campesino de Alcorisa, cuarenta y cinco años y mirada de hombre recto, tirita bajo los Alpes franceses a 2.281 metros sobre el nivel del mar, allá donde mandan el frío, el silencio y la nieve. Cada día se desloma haciendo la calzada de una carretera de montaña. Una estrecha senda que atraviesa, en su cima, el túnel de Parpaillon, el único paso entre los valles de Ubaye y Durance. Marcelino se ha incorporado como voluntario a la Undécima Compañía de Trabajadores Extranjeros. Esa era la única forma de salir de la miseria y los piojos de Argelès-sur-Mer: el trabajo forzado. Convertirse en uno de los cincuenta y cinco mil españoles encuadrados en las compañías de trabajo que el Gobierno francés va montando para convertir el ingente exilio republicano en mano de obra barata, casi gratis, y militarizada. Así ha terminado él en este fin del mundo que es La Condamine-Châtelard, al borde de Italia, tan lejos del rastro mudéjar de su tierra natal. Le han dado una colchoneta, una manta, dos mudas interiores, una chaqueta y unos pantalones. No le dejan salir de allí. Le pagan dos reales diarios, menos de treinta francos al mes, y vive en una barraca provisional alejada de pueblos, aldeas o masías. Liberté, égalité, fraternité. Trabaja cada día con el Tiburcio, el Blanco, el Moquita, el Tinajero, Sebastián el Viejo, el Cantero, el Pollo, el Galgo, el Clemente, tantos otros españoles enrolados en este batallón de trabajo aquí, un mundo verde de macizos, collados, crestas, valles y cumbres, un país blanco de nieve dura, a veces áspera, otras fresca y untosa que aísla a los pastores de esta tierra olvidada, un punto en el mapa, un enclave de interés militar para la defensa nacional, solo eso y nada más. Es verdad que ya les han cerrado unas cuantas puertas, y por eso está como está también ella: Benigna Formento Espallargas, cuarenta y dos años y rostro de a quien ya no le importa su rostro, que pasa los días con desazón a ochocientos kilómetros de su marido en un hotel requisado de Mézin, la Aquitania francesa. Lo llaman El Refugio y está cerca de un cerrillo donde no crecen más que acacias, retama y zarzas. Aquí llegó en febrero con sus siete hijos tras pasar la frontera a

gritos, como ganado sin cencerro. Allez allez, vociferaban los soldados franceses. Esa fue la primera palabra aprendida: allez. Venga, vamos. Cuando el autocar paró y al fin pudieron bajar, quedaron deslumbrados por la iluminación resplandeciente de esas cuatro palabras pintadas de blanco encima de la puerta de entrada: Hôtel de la Poste. Allí dejaron, al pie de la escalera, las maletas miserables y los fardos atados con cuerdas que traían de un mundo en guerra. Esa primera noche, todo nuevo y extraño, tomaron la cena que les habían preparado y se acostaron. Colchones de lana, sábanas blancas, edredones de plumas, bonne nuit, madame, bonne nuit, les enfants. Habían recalado en un asilo para refugiados, con muchas otras mujeres y niños, y quedaban bajo el control del Estado francés. Sin libertad de movimiento. Aguantando la epidemia de sarna y sus picosas costras. Aguantando al médico local, un anciano pervertido que obligaba a desnudarse a las mujeres españolas para hacerles un reconocimiento que incluía un tocamiento de senos demorado y la introducción de su viejo y arrugado dedo enguantado bien adentro de la vagina de cada mujer, ya fuera joven o vieja, guapa o fea, todas ellas alejadas de sus padres y sus maridos, escandalizadas todas por algo que no entendían. Aguantando, también, la vergüenza de ir al colmado a comprar y, por no saber el idioma ni cómo se dice huevos en francés, tener Benigna que cacarear, ponerse en cuclillas y mover los codos como si fuesen alas. Y es así como están el uno y la otra en este frío domingo de noviembre: lejos, sin verse, como desde hace nueve meses. Y Marcelino le escribe carta. Es más fácil para él escribirle en el día de descanso, en los larguísimos domingos, un día para lavar la muda, remendar la ropa, cazar marmotas y si acaso matar las penas con los compañeros cantando jotas, como esa que dice Estando en el campo un día me puse a considerar: por qué los que poseen tierra no la saben trabajar. Lo canta él, Marcelino, que trabajaba la tierra en Alcorisa, que se unió al sindicato anarquista de la CNT en 1935, que fue nombrado delegado de Agricultura por el ayuntamiento de su pueblo en 1936, que tuvo problemas con los dos bandos: por aquella barbarie que quería destruir imágenes y matar seminaristas —y al oponerse él a ambas cosas lo llevaron a juicio— y por esta otra barbarie que ahora persigue a cada miembro de los comités populares para ajustar cuentas. Por eso han escapado. No tenían otra opción. Eso le recuerda Marcelino por carta a Benigna. Comprendo que nuestro sufrimiento común te haga decir que si yo no hubiera intervenido en favor de la República hoy estaríamos juntos y tranquilos en nuestra casa. Aunque de cuerdo y loco todos tenemos un poco, te respondo que estoy satisfecho de que estemos en Francia. Créeme: si nos hubiéramos quedado en España, hoy estaríamos separados al ser lo que somos, mismo no siendo republicanos. Creo

estar en mi juicio cuando afirmo que mi obligación de padre es demostrar a nuestros hijos que se debe defender la libertad y la justicia contra la dictadura. Todo eso le dice en las cartas. Hoy le escribe a Benigna, con esa caligrafía recta y bella que le enseñaron los padres paúles de Alcorisa, que no desespere, que mantenga la calma, que conserve la paciencia suficiente para dejar transcurrir el tiempo, ya que todo necesita tiempo para madurar y que quien busca el peligro en él perece. Eso mismo le dijo Sancho a Quijote en la funesta aventura de los batanes: que quien busca el peligro perece en él. Y Marcelino cree mucho a Sancho. De hecho, está obsesionado con los dos, con Sancho y con Quijote, y él mismo parece una fusión de ambos en estas cartas a Benigna atiborradas de refranes y de dichos populares. Escribe: A fin de vencer las calamidades de nuestro destierro, tengamos en cuenta que hemos perdido la guerra y que al cabo de todas las guerras siempre se ha dicho y se dirá: ¡Ay de los vencidos! Escribe: Todos los españoles, los de allí como los de aquí, estamos, por fuerza, comprobando eso de mal de muchos, consuelo de tontos. Escribe: Date cuenta de que estamos de favor y el que vive de favores tiene que aguantar la servidumbre. Tómalo con paciencia que con tiempo todo se arregla. Escribe: Tenemos que aguantar estas humillaciones sin poder disponer de nosotros ni poder echar cuentas. A eso de quien calla, otorga, añadimos: No es consentir cuando se otorga por fuerza. Viva el día que podremos responder dando la cara. Escribe: Nos toca fingir para ir viviendo, pues lo cortés no quita lo valiente. Escribe: Hemos perdido todo, todo menos el honor. Escribe: Aquí no vemos ninguna mujer. Cualquiera del campo que piense en amores puede decirse que de la mano a la boca se pierde la sopa. Como tú sabes, el gallo no más canta bien en su gallinero. Marcelino escribe: Aunque sea una miseria lo que cobramos, tenemos lo suficiente para lo imprescindible. Nunca he recordado con semejante realidad el refrán que dice: Poderoso caballero es Don Dinero. Escribe: Hemos sufrido tantos enganos que no hago caso a nadie. Hombre escarmentado está prevenido. Escribe: Cuando esté en vuestra compañía buscaremos casa, porque el casado casa quiere. Escribe: Yo ya no quiero participar en las discusiones políticas de mis compañeros, ya que veo que cada uno piensa lo suyo. Falta unión verdadera. Como se suele decir: Tantas cabezas, tantos pareceres. Le escribe a Benigna: No sufras y dite, como se dice en Aragón: Quien tiene pena se muere y quien no la tiene también; tenga pena quien quiera, que yo no la quiero tener. Escribe, en fin, que no vayamos más deprisa que el tiempo, porque al subir con precipitación más grande será la caída; y que no hay bien ni mal que cien anos dure; y que hay que agarrarse a un clavo caliente hasta que llegue el día de nuestra liberación; y que a falta de pan buenas son las tortas; y que a mal tiempo buena cara; y

que el que no sabe sufrir no alcanza nada; y que por eso se dice que la letra con sangre entra; y que tú sabes también eso de no pidas ni tomes nunca aquello que, tomado, no será en tu mano volver; y que a ver si entre todos por el hilo sacamos el ovillo; y que si deseáis marchar a otro pueblo, mi opinión es que más vale uno conocido que otro por conocer; y que más vale un ten que dos tendrás; y que no olvides que con paciencia se gana el cielo; y que un mal no viene nunca solo, pero bien se dice que el mal que se hace daña más al que lo hace que al que lo sufre; y que hay que engancharse a lo bueno por pequeno que sea, que lo bueno vale caro y lo malo hace dano; y que hay que saber tomar y dejar porque, como se dice: yerro es no creer nada y culpa creerlo todo; y que cuidado porque nunca se sabe con quién se habla, y es sabido que con la lengua se puede dañar más que con un puñal, y a quien dices el secreto das tu libertad; y que ya que penín penón nos toca andar, andemos mirando adelante y no cabizbajos o maldiciendo el camino pedrizo. Todo eso escribe Marcelino en las cartas mandadas desde La Condamine-Châtelard. No solo son para ella, su Benigna. También tiene letras para sus siete hijos. Y dibujos, como ese que le ha hecho a Anastasio, lleno de torres, poleas y ruedas dentadas, como si fuera Leonardo o Miguel Ángel. Estos dibujos, le escribe a Anastasio, además de ser dibujos son lección de mecánica. Con estos molinos de viento se pueden poner en movimiento norias, dínamos y maquinaria de talleres diversos. Como ves, cuando tengo un momento de libertad me entretengo inventando y dibujando estas máquinas, le cuenta. A Sebastián, el mayor, aquel zagal a quien llevó al alguacil de Alcorisa para que lo encerrara la noche entera en la cárcel porque lo habían visto robar una manzana de una huerta y Marcelino quería que su niño aprendiera para siempre la lección, le advierte: Te aconsejo de no aprender a jugar a las cartas porque con ellas se aprende a robar y a matar. Sus figuras, le explica, lo dicen bien claro. Copa: beber. Bastón: pegar. Oro: robar. Espada: matar. Querido hijo Valero: En tu carta me dices el oficio que has escogido. Quiero que conozcas mi pensamiento. Para mí, lo que piensas es de no trabajar, porque ser barbero no es un oficio. Con él, nunca podrás conseguir prestigio. Juana, me dices que estás haciéndote unos calcetines. Felicitaciones, aprende, que lo que más vale es el aprender. Lauro y Alicia, supongo que ya sabéis decir muchas palabras en francés. Decidme a lo que jugáis. Pronto nos besaremos. Y a ti, María, como hija mayor y casada, no más puedo decirte que sigas, como lo haces, respetando a tu madre y a tus hermanos, ayudándolos en todo lo que puedas. Y a todos, hoy, último domingo de noviembre, doscientos noventa días después de haberse separado en la frontera y haber tenido que abandonar su carro, dejar atrás el macho y cruzar a Francia a pie y con el petate al hombro,

Marcelino les escribe desde el fin del mundo sobre el júbilo que les espera mañana y les pide que sean optimistas pensando que lo bueno llegará. Que sí, que han perdido la guerra por más que no lo quieran. Pero que lo bueno llegará. Quizá recuerde que algo así le dijo Sancho a don Quijote: Nadie sabe lo que está por venir.

Andrés

La posguerra es la continuación de la guerra por otros medios. Está inscrito en los cuerpos de unos cien mil españoles, los mutilados. Cojos, mancos, sordos, ciegos, mudos. Paralíticos, parapléjicos. Castrados de pene, testículos y escroto. Hombres incapaces ya de contener sus heces por destrozo del orificio anal. La guerra pervive en sus cuerpos. Ellos son la prolongación atemporal del campo de batalla. Estuve en Belchite y me acordé de ti, Brunete no te olvida. Un recordatorio permanente. Para ellos. Para la sociedad también. Porque si la posguerra es la continuación de la guerra por otros medios —con odio, estrategia y sentido político, como en la teoría de Clausewitz— hay que dividir también a los heridos de guerra. Distinguirlos. Que no parezcan lo mismo. No lo son. Uno puede ser un jodido cojo o un caballero mutilado: depende del lado que ocupaba en la trinchera.

Nunca un muñón es solo un muñón.

A quién sirvió, quién lo hirió: esa es la cuestión.

España ha creado el Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria. De esta forma da amparo y protección a cuantos han resultado mutilados o heridos a consecuencia de la campaña por la liberación y el engrandecimiento de España en la lucha contra el marxismo. Solo a ellos. A sus cincuenta mil mutilados. A quienes, según dice el BOE, por haber servido bien a la Patria tuvieron la suerte de derramar por ella su sangre y contraer, para su mejor servicio, una mutilación. Eso los convierte en caballeros mutilados. Es el pomposo título que la nueva España les reserva. No son inválidos; llamarlos así sería menoscabar su sacrificio y el valor de la cruzada. Son caballeros mutilados. Mejor: Caballeros Mutilados. Y sus gloriosas lesiones, producidas por el hierro o el fuego del enemigo —balas, bombas, cartuchos, granadas, metralla—, son la cicatriz humana de la guerra; la marca, a sangre y fuego, de su heroísmo como soldados de Dios y de la Patria.

Esa es la retórica. Y luego está Andrés.

Tiene veintiocho años. Es un Caballero Mutilado. En teoría, claro. Su mirada, ligeramente abatida por los párpados, no exuda gloria alguna. Su cara está destrozada. Su mejilla izquierda va surcada por una cicatriz de ocho centímetros cuadrados. Le han dañado el músculo masetero que permite masticar. En la mejilla derecha, otra cicatriz de tres centímetros encharca la zona donde trabaja la mandíbula. Andrés

sufre pérdida de sustancia ósea en el maxilar inferior. Por eso lleva en su manga izquierda un distintivo: un ángulo de herido de guerra. Ocurrió en Brunete.

Aquel día, 8 de julio del 37, su bando presumía de un contraataque que había conquistado trincheras con ciento treinta y siete rojos muertos, abandonados. El bando enemigo presumía de la evasión de fuerzas nacionales que pasaban a filas republicanas. Ninguno de los dos bandos hablaba del soldado de infantería Andrés, natural de Camarena, ni del casco de metralla enemiga que le explotó en la cara. Ni de la sangre, ni de los gritos. Ni tampoco del dolor entre las explosiones, ni del ruido ensordecedor, ni del olor a pólvora al que apesta la guerra.

La metralla saltó directa a la cara. Al soldado Andrés se lo llevaron al hospital de Getafe. Luego al de Griñón. Después al de Plasencia. Más tarde al de Salamanca. De ahí al de Santiago de la Puebla. Y finalmente al de Valladolid. Y a los ocho meses menos un día, el 7 de marzo del 38, el soldado Andrés y sus gloriosas lesiones salían del hospital. Otra vez la calle. Una nueva trinchera donde la victoria, para él, ni se contempla.

Hoy, domingo, cuando las familias comen juntas lo poco que tienen, Andrés no puede comer. Al menos lo que un hombre entiende por comer. Por esa razón guarda en casa, o quizás lleva encima, en la cartera, el título de Caballero Mutilado de Guerra por la Patria. Primero lo catalogaron como mutilado útil. Sin embargo, hace tres semanas, al fin, una nueva revisión de la Junta Facultativa Médica ha elevado hasta el noventa y dos por ciento su coeficiente total de mutilación. Y ahora ya es un Mutilado Permanente. El mutilado 1494. Una matrícula en el desguace. Sin más. Por mucho título de caballero con escudo imperial de unagrandeylibre. Por mucha tipografía ribeteada, ridícula al lado de su fotografía con la cara destrozada y la mirada de quien nada espera. Y como el mutilado 1494 sabe que está en el desguace de la patria, las cartas que escribe comienzan con Muy Señor mío, Excelentísimo Señor, Con el mayor respeto y consideración. Y por eso ruega que Vuestra Excelencia sepa dispensar mi poca inteligencia, antes de escribir abiendo sin hache, acojerme con jota, para vien de españa con uve y minúscula, y terminar escribiendo Año Triunfal y Año de la Victoria, y así ha sido su triunfo, así su victoria: Que no puede comer. Es domingo y él no puede comer. Y encima tiene otro problema. Se lo comunicó hace quince días al jefe de la dirección de mutilados de guerra. Excelentísimo Señor, dos puntos. El Caballero Mutilado de Guerra por la Patria con título número 1494 respetuosamente expone: Que debido a la herida objeto de su mutilación en el maxilar le es imposible comer otros alimentos que no sean los líquidos. Especialmente, la leche u otros que, como el

azúcar, es sumamente necesario para poder tomar los que son la base de su alimentación. Y comoquiera que en esta población escasean extraordinariamente esos alimentos y para adquirirlos se forman grandes colas, ha escrito Andrés, es por lo que suplico a Vuestra Excelencia que se autorice a la comisión provincial de esta ciudad para que se consignen mi título de Caballero Mutilado las preeminencias de no formar colas. Eso pide: No hacer cola para adquirir la leche y el azúcar. Nada más.

Él, mutilado 1494, que luchó en Brunete y pasó ocho meses de hospital en hospital con la cara destrozada y el dolor en el cuerpo, es un vencedor del glorioso Movimiento Nacional. Con gloriosas lesiones entre gloriosos muertos que han asegurado la gloria de los patriotas y del glorioso Generalísimo para la ascensión gloriosa de España, edificada sobre ruinas gloriosas y el glorioso martirio de la gloriosa revolución que no es sino promesa de un glorioso porvenir. Y así, letra a letra literal, se teje la narrativa de la Victoria: la gloriosa Cruzada, el glorioso Levantamiento, con el brillo glorioso de las grandes hazañas españolas.

La retórica. Y Andrés.

Las letras que 1494 escoge son más pequeñas. Pide disculpas por tener el atrebimiento con be de haber elebado también con be una instancia para no formar colas, favor que no duda ha de alcanzar de la reconocida justicia de usted, cuya vida guarde Dios muchos años. Y en espera de sus gratas noticias, dice 1494, queda a las órdenes de Vuestra Excelencia su subordinado y mutilado de guerra por la Patria, Andrés.

En el título de 1494 que reconoce su gloriosa mutilación aparece una firma. Inclinada, firme, picuda. José Millán-Astray, pone. Lo llaman el glorioso mutilado. Manco del brazo izquierdo, tuerto del ojo derecho, cara siniestra de vivalamuerte, con la mejilla izquierda hundida por un disparo y la derecha tatuada por una cicatriz. Fajín de general y tres estrellas de coronel en la bocamanga. Audaz y temerario. Siempre novio de la muerte. Y del terror. Él, coronel honorario de la Legión, es quien dirige el cuerpo de caballeros mutilados recién creado. Les da medallas de sufrimientos por la patria. Les reserva un puesto de honor en los desfiles. Les da pensiones y retribuciones para aliviarles la posguerra. También les reserva empleos. Van a ser serenos, porteros, bedeles, ujieres, alguaciles, conserjes, ordenanzas. Se lo han ganado. Van a ser vigilantes, guardas, sirvientes, criados, acomodadores, cobradores, subalternos, mozos de matadero, de mercado, de cementerio. Se lo merecen. Hay cincuenta mil. Ellos sí merecen un reconocimiento y una ayuda para salir adelante. Los jodidos cojos no. Los del otro lado de la trinchera pueden vender cerillas por la calle. O periódicos con yugo y flechas.

Que limpien botas, si quieren. O que se arrastren por la miseria y todos vean sobre sus cuerpos la mancha de su deshonra y el abandono de los suyos, que los han dejado caer. Igualdad, Libertad, miseria.

Mientras, los Caballeros Mutilados van pasando valoraciones médicas. Solo serán declarados mutilados absolutos, y por tanto mantenidos por el Estado, aquellos que hayan quedado ciegos de ambos ojos, mutilados de ambas piernas, mutilados de ambos brazos, mutilados de una pierna y de un brazo a la vez, o que hayan quedado paralíticos o dementes crónicos. El resto pasará por un tribunal para saber en qué medida pueden trabajar y qué pensión recibirán. El catálogo de los horrores es mensurable. Todo en una dictadura debe ser mensurable. Hay 587 tipos de lesiones para valorar. Y el objetivo de todo mutilado es acercarse a los 100 puntos de mutilación, el umbral que puede aproximar a una vida digna.

La amputación parcial de la lengua cotiza a 30 puntos.

La ausencia completa de dientes, sin que pueda soportarse una prótesis, concede de 11 a 30.

La nariz vale entre 41 y 60.

La sordera se mide por grados.

La pérdida de la visión de un ojo da 30 puntos.

Un dedo pulgar inútil reporta hasta 25.

Un meñique anquilosado para siempre da 1 punto si es el derecho. Si es el izquierdo, nada. El hemisferio izquierdo siempre cotiza menos. En todo. En todo.

Una mano derecha amputada da hasta 70 puntos.

El brazo sube a 80.

La mano zamba, por lesión del antebrazo, puede dar 40 puntos.

Un pie plano doloroso, 20.

La amputación de un dedo gordo del pie, de 1 a 5 puntos. No más.

Una lesión del esfínter que provoque incontinencia fecal da 70 puntos.

La destrucción del pene varía de 60 a 70.

Una linfangitis crónica que origine elefantiasis concede hasta 50.

La afasia completa parte de los 65 puntos.

Y así, hasta 587 mutilaciones distintas. En la vejiga, la uretra, el abdomen, los intestinos, las fístulas, las falanges de los dedos. Un hombro atrofiado, un muslo acortado, una ablación de rótula, una anquilosis de las caderas. La fractura de la pelvis, la rotura de las costillas, las cicatrices ulceradas.

Es el paisaje humano después de la batalla.

Y entre todos ellos, entre los gloriosos Caballeros Mutilados, perdido en las llanuras del pueblo toledano de Yunclillos, donde vive casado con su esposa, está Andrés, con su cara rajada, todo líquido en la boca, que aún tiene el atrebimiento de pedir el derecho ano formar colas.

27 de noviembre

Villatobas, km 338

Habla la voz de Radio Nacional de España. Habla a los hogares de todo el país, una tierra ya en paz, de una pau que fa gust de mort, de una pau que no és més que por. Cuenta esa voz metálica en este lunes de noviembre la historia del niño Mohamed Aidi, natural de Marruecos, que ha encargado al Tío Fernando que en nombre suyo compre un ramo de flores para ofrecerlo a José Antonio a su llegada a El Escorial. Y ese, de entre los muchos presentes que José Antonio ha de recibir, ese ramo de flores tuyo será el que más alegre su alma allí en el cielo, dice la voz sin rostro de Radio Nacional. José Antonio tuvo siempre un gran amor para los niños españoles, sigue diciendo la voz. En ellos, apartados de las luchas y de las pasiones encontradas, vio el campo esperanzado en el que realizar una siembra fecunda. Por eso, este presente de tu ramo de flores, para el que tú envías a Tío Fernando veinte pesetas, tiene un simbolismo y una emoción de la que desde nuestro micrófono damos cuenta a todos los españoles. Tío Fernando, que te habla desde el micrófono de Radio Nacional de España, comprará con tu dinero el mejor ramo de flores: comprará flores azules del color de la Falange y las dejará en El Escorial sobre el féretro de José Antonio. En la ofrenda que tú haces, Mohamed Aidi, al Fundador de la Falange, nosotros vemos la ofrenda de todos los niños de Marruecos, porque los niños de Marruecos son también niños de España.

Eso dice la voz del transistor. Tío Fernando. Niño Mohamed. Veinte pesetas. Ramo de flores. Niños de España.

Los restos de José Antonio han viajado la noche entera por esta tierra seca y fría y ancha de Toledo. Las antorchas y las hogueras han acompañado a los peregrinos. La mañana ha ido deshilachando brumas y desperezándose en su monotonía de siete jornadas ya acumuladas. El manto negro de terciopelo que cubre a José Antonio ha amanecido blanco. La helada nocturna ha sido intensa. Los camisas viejas coruñeses que portan el féretro, con el cansancio en los hombros y en la espalda de llevar las andas, se han quitado todas las condecoraciones que habían ganado en guerra. Es un símbolo: toda la quincalla patriótica, sangre coagulada en medallas, palidece inútil delante del cuerpo de quien dio su vida por la patria. La sangre para ellos son medallas, la matanza es acto de heroísmo, y así es el mundo que van creando.

Ahora, a las nueve de la mañana, con trescientos kilómetros en las suelas permanentes de la centuria José Antonio, los únicos falangistas que están cubriendo la ruta entera desde Alicante hasta El Escorial, el cortejo divisa las primeras casas bajas de Corral de Almaguer. Ha venido gente de toda la zona. De Villacañas, Tembleque, Terubio, El Romeral, Villa de Don Fadrique, Horcajo de Santiago, Beleque, Orgaz, Mora. Un impresionante silencio envuelve el ataúd. Los pájaros se posan sobre los hilos telefónicos que enmarcan la carretera, como centinelas de una marcha espectral. El tomillo fresco, entremezclado aún con la escarcha, cubre el suelo y propaga su olor especiado a sierra. A eso huele el camarada Manzanero: a sierra libre. Anda fugado por estas sierras cercanas. Tiene veintisiete años, pero ha vivido mucho, seguramente demasiado. Nació muy cerca de aquí, en la Villa de Don Fadrique, conocida en la República como la pequeña Rusia o Villa Lenin, con el primer alcalde comunista de la Historia de España. Es hijo de un hombre iletrado que era capaz de decirle al notario del pueblo: El dinero y el poder lo tienes tú, pero todo lo demás lo tengo yo. Ese temperamento lo ha heredado su hijo José, el camarada Manzanero, que a los seis años ya guardaba las ovejas del patrón a cambio de pan, patatas, aceite, leche, un trozo de carne y cincuenta céntimos por jornada. Poca escuela, mucha vida, fervor comunista. Ha hecho huelgas, lo han detenido, lo han torturado, los papeles dicen que ha matado, que ha sido amnistiado, y que en la guerra ha dirigido una checa, ha torturado, ha matado. La condena a muerte pesa sobre él. Pero el camarada Manzanero se ha escapado horas antes de su fusilamiento. Se ha fugado de la prisión de Quintanar de la Orden. Todo ha sido muy rápido. Con la ayuda de trozos de latas de comida, del mango de una cuchara y de las uñas de varios presos, han conseguido perforar un muro de la celda. Era un agujero, apenas medio metro de diámetro. Pero aprovechando la oscuridad de la noche, han cavado, han quitado las piedras y la tierra, que iban cayendo sobre los colchones y encima de la manta para amortiguar el ruido y mantener alejados a los guardias y centinelas. Saben que están jugándose la vida. Pero lo último que piensa hacer el camarada Manzanero es dejarse asesinar sin pelear. Aunque sea por última vez. Porque el hombre siempre debe tener espíritu para huir de la muerte, aunque la encuentre en el camino. Diez mil veces que lo tiren, diez mil veces que lo haremos. Igual que combatimos, prometemos resistir. Si mi hermano se levanta, me echo al monte con él. Legión esclava, en pie a vencer: los nada de hoy todo han de ser. En todo ello, en esa narrativa armada para desarmar a la razón y remover entrañas, cree el camarada Manzanero cuando falta tan poco para que lo fusilen. Y es así como ha liderado la fuga. El agujero. Por allí se han escurrido los trece fugados al patio de la casa contigua, de

ahí han pasado a una posada que estaba vacía, y de ahí han salido a la calle tras abrir el cerrojo interior. Son libres. El camarada Manzanero va el penúltimo. Han tirado de su brazo y de su cabeza y lo han sacado. La noche es un mar negro. El agua de noviembre cae a raudales. La libertad ganada sabe a miedo y amenaza. Pronto, los fugitivos se han dispersado. Suerte. El camarada Manzanero y Julián Muñoz han salido corriendo en busca de las afueras del pueblo. Han ganado los viñedos de Quintanar. Han vadeado el río Cigüela con el agua negra por encima del vientre. Han sentido los pinchazos de los abrojos bajo sus pies descalzos, los del camarada Manzanero. Y han pasado toda la noche ocultos dentro de una torca al borde del río, una buena madriguera para hurones comunistas que huelen de lejos la venganza. Al día siguiente se han enfrentado a falangistas armados que les han salido al paso. Se han arrojado sobre ellos con la furia de un león acorralado. Han conseguido reducirlos, quitarles las armas, robarles sus caballos. Como en las películas. Ha habido tiros. El camarada Manzanero va herido. Un pañuelo le corta la hemorragia en lo alto del brazo izquierdo. Va galopando a lomos de un caballo blanco por las sierras de Urda, la noche entera derramándose sobre él y su compañero de huida. A la siguiente noche cabalgan de nuevo sobre valles y crestas, muchas veces evitando veredas, abriéndose paso entre la maleza, dando sorbos al alcohol de noventa grados que llevan encima. La batida ha sido inmisericorde. Todos los fugados de la cárcel ya han sido capturados. Salvo ellos dos: el camarada Manzanero y su compañero Muñoz. Aunque no lo sepan, ya son maquis. Su huida huele a sierra. Pero está dejando consecuencias funestas en estos pueblos de La Mancha Alta toledana. Aquí, por donde esta mañana de lunes pasa el cortejo de José Antonio en medio de un silencio grave, hiede a muerte. La fuga de la cárcel ha sido contestada con una dura represión. Evasión y muerte. Se escaparon el 10 de noviembre, hace dos semanas. Desde entonces se amontonan ya noventa y dos fusilados en el cementerio de Quintanar de la Orden. Algunos de ellos no habían sido condenados a muerte y otros esperaban todavía el consejo de guerra. Ya no hace falta que esperen, su tiempo se acabó. Agustín el cartero, Isidro el jornalero, Ángel el zapatero, Clemente el chófer, Jesús el bodeguero, Bruno el ferroviario, Evaristo el peón, Julián el peluquero, Melitón el vendedor ambulante, Felipe el calderero, Abelardo el farmacéutico, Florencio el albañil. Nombres, edades, oficios, listados, hoyos, tierra, silencio, miedo, más miedo y labios prietos por mucho tiempo. Cómo expresar noventa y dos vidas. Qué letra soporta ese peso.

Las casas de Corral de Almaguer van quedando a las orillas. La carretera manda. El cortejo pasa frente al convento de monjas de clausura, pero donde hace una parada es delante de la casa de los

hermanos Torrijo. Justo en esa casa paró José Antonio en abril de 1934. Allí tomó un vino de honor tras regresar de un mitin en La Puebla de Almoradiel. Aquel día, José Antonio lamentó que España estaba lacerada por toda clase de divisiones, sin ambición de gloria y castigada por la farsa parlamentaria. Cuando triunfemos —prometió en ese discurso—, todos viviréis mejor, porque habremos limitado las acumulaciones de riquezas inútiles y perjudiciales para la nación. No queremos que triunfe un partido ni una clase sobre las demás. Queremos que triunfe España, considerada como unidad, con un fin universal. Y ello tenemos que conseguirlo, cueste lo que cueste. Y ese cueste lo que cueste ya tiene un rostro en la Falange. Un mártir. Toda religión necesita un mártir, y la fe falangista ya tiene uno en ese momento. Es Matías Montero. Un chico huérfano criado con sus tías. Un estudiante de Medicina que pasó de las orillas del comunismo a la diminuta isla de la Falange primera. Un convencido del camino salvador que suponía el ideario de Ramiro Ledesma y luego el de José Antonio Primo de Rivera. Un chaval a quien el 9 de febrero de 1934, mientras vendía en la calle el nuevo periódico oficial de Falange —*F.E.*, doce páginas dirigidas por José Antonio—, unos pistoleros izquierdistas se le acercaron y le descerrajaron dos tiros por la espalda y otros tres cuando agonizaba ya en el suelo de la calle Mendizábal. Fue el primer mártir. El primer militante de Falange asesinado en un atentado. Antes ya habían muerto en reyertas otros cuatro falangistas. Pero Matías Montero se convirtió en el primer sacrificado de la nueva fe: la F.E. Su cara, eternamente joven y replicada en pasquines, periódicos y octavillas, era la sangre inocente, símbolo de esperanza en un movimiento de resurrección nacional. Era el primer caído de una espiral de incienso ensangrentado, el brote primero de la redención de España, la sangre joven que cimentará una patria libre, fuerte y entera. Todo eso se dirá de Matías, veinte años y ya dentro de una caja de madera a oscuras con su fe y su ideal. Su cuerpo se está helando para siempre. Ya lo lleva al cementerio de la Almudena una marea de falangistas que desfila en marcha fúnebre. Andan a paso lento y van cantando. Entonan una letanía grave. Una salmodia laica de origen germano. Yo tenía un camarada, cantan, entre todos el mejor. Siempre juntos caminábamos, siempre juntos avanzábamos al redoble del tambor. Cerca suena una descarga, cantan. ¿Va por ti o va por mí? A mis pies cayó herido el amigo más querido y en su faz la muerte vi. Él me quiso dar la mano mientras yo el fusil cargué. Yo le quise dar la mía entretanto me decía: Por España moriré. Eso: Por España ha muerto. Lo dice su lápida: Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, estudiante de Medicina, murió por su amor a España, traidora y vilmente asesinado el día 9 de febrero de 1934 a los 20 años de edad. RIP. En el cementerio, ante la tumba abierta que ya acoge los

restos de Matías Montero, el jefe toma la palabra. Va a ser uno de sus discursos más recordados. Su traje es negro, la corbata también. Los operarios del camposanto, con bigote y mono obrero, contemplan la escena circunspectos. Es la palabra de un hombre emocionado que sabe conmover a un bosque de brazos en alto reunidos en torno a la muerte. Aquí tenemos ya en tierra, dice José Antonio, a uno de nuestros mejores camaradas. Nos da la lección magnífica de su silencio. Otros, cómodamente, nos aconsejarían desde sus casas ser más animosos, más combativos, más duros en las represalias. Es muy fácil aconsejar, dice. Pero Matías Montero no aconsejó ni habló: se limitó a salir a la calle a cumplir con su deber, aun sabiendo que probablemente en la calle le aguardaba la muerte. Lo sabía porque se lo tenían anunciado. Poco antes de morir dijo: Sé que estoy amenazado de muerte, pero no me importa si es para bien de España y de su causa. No pasó mucho tiempo sin que una bala le diera cabalmente en el corazón, donde se acrisolaba su amor a España y su amor a la Falange. Hermano y camarada Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, dice José Antonio Primo de Rivera: Gracias por tu ejemplo. Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte. Por última vez, Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, pronuncia el jefe, y todos los falangistas responden Presente. Un grito unido. Un clamor seco. La sensación —en el pecho, la garganta y la boca, y luego en el cerebro, y más tarde en el recuerdo, y finalmente sobre el gatillo si fuera necesario— de ser todos uno, más, mejor. El yugo y las flechas. La unión. Así se soporta mejor la violencia, los muertos. Van a caer —la palabra que disfraza el morir— 108 falangistas antes de la guerra. 67 asesinados durante el periodo del Frente Popular y 41 asesinados en el bienio previo. A Falange se le atribuye la muerte de 64 izquierdistas en el mismo periodo. Acción, reacción y ya nadie sabe cuándo ni cómo ni quién —a veces se olvida hasta el porqué, y por eso se le llama sinrazón— todo empezó. La orgía de terror se acelera en el remolino que conduce al sumidero de la muerte. Asaltos a periódicos, a cárceles, a iglesias. Motines, peleas, pistolerismo. A José Antonio también lo han intentado matar. Era abril del 34. Conducía su coche después de asistir a una vista judicial contra un socialista acusado de asesinar por la espalda a un falangista de solo quince años, lentamente desangrado hasta morir, y el chico se llamaba Jesús, la boca pequeña, el pelo hirsuto y moreno, estudiante de bachillerato, solo un muchacho, un muchacho con pistola. Al vehículo de José Antonio le arrojaron unos explosivos. Se oyeron detonaciones. El jefe frenó en seco, sacó su pistola y disparó a los agresores, que huían a la carrera y que también dispararon. Los tiros impactaron en la parte trasera del vehículo. Usted se da perfecta

cuenta de que ha podido morir, le preguntará esa tarde el periodista César González-Ruano. Lo que más me pudo preocupar, le responderá José Antonio, es no saber si estaba preparado para morir.

Ahora ya va muerto. Muerto entre la nada.

Desde las diez y media de la mañana, cuando han dejado atrás Corral de Almaguer con un viento ligero, la peregrinación falangista no ha pasado por ningún pueblo. Son horas y horas de relevos, descargas de fusilería, responsos y la nada, tan invariable, afuera. Ahora que pasan de las siete y media de la tarde y la negrura es completa, después de un día tan solitario, el cortejo salva un leve repecho y entra en el pueblo de Villatobas. Lo conducen los falangistas de Palencia. Más de ochenta hogueras salpican la carretera seis kilómetros antes del pueblo y otros seis kilómetros después, junto a los olivos, los sembrados y las carrascas del camino. El primer arco de entrada al pueblo tiene en la clave, en el puro centro, el retrato de José Antonio ornamentado con laurel: la fuerza icónica de la juventud, el aire marcial, la serenidad estática, la lejanía de un santo fuera de todo tiempo y lugar, como la revolución soñada, tierra azul prometida. Una cruz remata el conjunto. En el pueblo hay arcos, hay coronas, hay luminarias de toda clase que rompen el negro de la noche casi invernal. Dicen que más de tres mil forasteros han venido de toda la comarca. De Villarrubia de Santiago, de Laguardia, de Santa Cruz de la Zarza. El campanario, rotundo en mitad de la plaza, permanece iluminado. En una bocacalle discreta, allá donde se paró el Joven César antes de ir al mitin de Mota del Cuervo para departir con unos campesinos, se yergue un obelisco con una cruz. En el sitio donde te vimos por primera vez te erigimos este monumento como recuerdo de que tu espíritu quedó con nosotros, reza la inscripción. Antes de salir de Villatobas todos paran ante la cruz de los caídos. Se oye en silencio el responso, un oficio de difuntos cantado por el clero. Son más de las ocho. Va a comenzar una larga noche, otra larga noche, y ya es la octava. Y es toda la carretera un negro bordón en la estremecida guitarra española. La frase la escribe Carlos Cadórniga, periodista, director de *Proa*, que lo mira todo con ojos nuevos en Villatobas. A él lo miran otros ojos: los ojos represores. Carlos no lo sabe, pero está siendo espiado. El régimen desconfía de él. La caza de brujas no tiene límites. Da igual que ahora tome apuntes y escriba líneas ardorosas sobre este hondo silencio, terco silencio, silencio inmenso de angustia ante el paso del Fundador. No importa que durante la República fuera presidente de la Juventud Católica de León. De Cadórniga ya no se fían. Este mes de noviembre ha llegado a unas manos influyentes de Madrid un informe que escruta su vida íntima y la de toda la plantilla del periódico que él dirige, persona a persona. La vida de los nuestros, por si acaso son los otros. Hay

informes de los periodistas, del contable, de la mecanógrafa, del auxiliar administrativo, del encargado de publicidad, del responsable de las suscripciones, del conserje mutilado, del mecánico, de los linotipistas, del mozo de rotativa, de los tipógrafos, del ordenanza, del distribuidor, del cabecero, del ayudante paquetero, del encargado de cierre, del ayudante de estereotipia, del maquinista de rotativa, de la mujer plegadora del periódico, de las repartidoras y hasta de la limpiadora. Todos retratados con esa letra mecanográfica que destroza vidas. Su conducta moral, su vida familiar, su presunta deslealtad al Movimiento. El informe secreto lo ha encargado el gobernador civil de León. Está obsesionado con poner remedio al estado de anarquía y antifalangismo que él detecta en las páginas de *Proa*, esas páginas orladas en su portada con el yugo y las flechas y la tipografía imperial en la cabecera. Pero no basta. Ni con eso ni con la frase de José Antonio que cada día imprime el periódico en primera página, esquina derecha. El gobernador está indignado por que su director no acate ciertas órdenes del jefe provincial del Movimiento: algunas notas oficiales no se publican, a veces se omite el nombre de las jerarquías que acuden a los actos públicos, y hay sospechas de que algunos trabajadores del rotativo sabotean las ediciones, introduciendo horarios equivocados para que asista menos público a los actos oficiales. Por todo ello, Carlos Cadórniga —él no lo sabe— está en el punto de mira. El gobernador quiere acabar con él. Nadie puede escapar. El yugo tiene que apretar un poco más. Las flechas deben penetrar en todos los recovecos del cuerpo social. Que se hable de Tío Fernando y del niño Mohamed. Mientras, que los zapadores actúen. Que se muevan en la sombra. Que se deslicen por la tramoya y el foso, alejados de la escena. Sin hachones. Sin hogueras. Bien oscuro todo. El gusano reptando por cada cavidad, entre las ruinas. Blando, viscoso, necrófago. Atraído por las casi quinientas sustancias que desprende la descomposición de un cuerpo. Degradando la materia que le sirve de alimento. Nutriéndose. El cadáver —el caído— es su refugio. Porque la muerte, dicen, no es el final del camino. Porque muriendo, cantan, vivimos vida más clara y mejor. Impera la cultura de la muerte. La fe en la muerte. La glorificación de la muerte. La memoria de la muerte. Su romantización. Viva la muerte. Una épica de elegidos para la muerte. Un sacrificio que es honor, que conduce directo al paraíso falangista: esa constelación de luceros donde brillan los caídos toda la eternidad. Yo tenía un camarada entre todos el mejor. Y mientras, va el gusano royendo, nutriéndose, con su viscosidad que a todo llega y todo lo impregna. En rituales fúnebres, en cruces de piedra, en lápidas conmemorativas, en reliquias veneradas, en oraciones de caídos, en ceremonias de difuntos mitad religiosas mitad fascistas, como esta. Haz que la sangre de los nuestros, Señor, sea el brote primero de la

redención de esta España en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases. Y el gusano engordando en la oscuridad necrófila. Cebándose. Con nuevas larvas a su alrededor. En el panteón, en la fosa, en el paredón.

La muerte no es el final.

Es el umbral de este camino.

Amelia

Diez días tiene la niña; se llama Elodia. Llora. Duerme. Mama. Cierra los ojos. Aún no hay risa que haga libre y ponga alas, que soledades quite y cárcel arranque. Su madre, la cara redonda y los mofletes remarcados, sabe lo que pasa y lo que ocurre: está encerrada en un hospital-cárcel y tiene que escapar. Pero no se derrumba. Una vez lo escribió: Los momentos difíciles no deben amilanarnos. Todo joven libertario debe estar en su puesto de combate, tener fe en la victoria, convertirse en guardián de la Revolución. Se ha pasado años hablando de esfuerzo, de sacrificio, de resistencia; soñando siempre con esa chispa que provoque el incendio de la Revolución. Todo eso lo ha escrito ella. Y al pie de las cartas, orgullosamente convencida, remataba: Con saludos antifascistas quedan vuestros y de la causa, Amelia. Vuestros y de la Anarquía, Amelia. Vuestros y de Acracia, Amelia. Así ha vivido su juventud Amelia Jover: escribiendo Anarquía y Acracia en mayúsculas. Firmando en boletines que fechaban los meses conforme imaginó el poeta D'Églantine antes de ser guillotinado: Nivoso, Pluvioso, Ventoso, Germinal, Floreal, Pradeal, Mesidor, Termidor, Fructidor, Vendimiario, Brumario y Frimario. Con la Idea martilleando su mente, llenando su corazón. Lo sigue haciendo. Porque tiene veintiocho años, pero ha visto mucho.

Como mecanógrafa rasa del ayuntamiento de Valencia ha visto a los que mandan. Sus trajes. Sus modos. Su poder. Sus servidumbres. Como cocinera en un restaurante de Ruzafa ha visto quiénes entran —y quiénes no— al teatro de al lado, el Eslava, fastuosamente decorado con arabescos, columnas nazarís y arcos de herradura; una bombonera para las clases de manos finas, darwinianamente adaptadas para aplaudir, inmutables en la oscuridad de la tramoya mientras en la escena van pasando monarquías, repúblicas y dictaduras: tragedias mundanas con ribete de vodevil. Como transeúnte, ha visto los exuberantes escaparates de las tiendas en el invierno de la guerra, su mirada idealista reflejada en la soledad del vidrio; el lujo adentro, la miseria afuera, muy lejos la intemperie de trinchera. Y se ha indignado. Y lo ha escrito: Es una vergüenza sin límites, y nada dice en bien del antifascismo, que mientras en el frente se padece frío, en nuestros escaparates se expongan formidables gabanes y demás prendas de abrigo. Así es Amelia. Valiente. Rebelde. Instruida. Vivaracha. Muy libre. Soñadora. La llaman La Xiqueta, la niña.

Siempre única entre hombres. Afiliada a las Juventudes Libertarias. Oradora en los mítines de Afirmación Juvenil Anarquista. Secretaria general de las juventudes anarquistas de Levante. Vendedora entusiasta, en las mañanas de domingo, de todos esos libros de ideas inflamables que la deslumbraron de adolescente en Cullera. Kropotkin, Malatesta, Bakunin. Y Durruti, ese nombre que la inspira. Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones, dicen que dijo, aunque en verdad nunca lo dijo. Amelia dice que Durruti supo morir limpio de toda clase de miserias humanas. Hace tres años que lo mataron. Tres años sin el Héroe del Pueblo, entronizado cuando ya no molestaba ni dividía. Tres años ya sin Durruti, nombre de columna, mártir anarquista. Y ella lo celebra aquí, encerrada. Qué final para una libertaria.

Por eso no va a ser su final. Tiene que escapar.

Lleva presa desde el final de la guerra. La capturaron en el puerto de Alicante, última ratonera del combate. Como no había cárceles para tantos vencidos la llevaron al cine Ideal. Estando ella, tenía que llamarse Ideal. No echaban película. La sentaron en una butaca. Pasó cuarenta y ocho horas sentada en una sala toda llena de mujeres retenidas. Los retretes rebosantes, los pasillos infestados, la sala convertida en una pocilga de deyecciones en sesión continua. Luego la enviaron a la cárcel de la ciudad. La primera noche la pasó en el suelo, unas mujeres apretujadas con otras para hallar calor, en busca de abrigo. No era fácil entre los gritos de las carceleras y todos los fluidos que derrama el terror y el santo rosario en voz alta y el han fusilado a tantos rojos en las bocas que mandan en prisión. Su amiga Rosa apretaba los puños. Una brigadista italiana se enrollaba en su manta. Amelia se asomaba al ventanuco de la celda para ver abajo qué pasaba. Una escudilla de sopa para tres. Un brebaje que solo tenía color y nombre de café. La histeria de una presa. El desvarío de otra. El silencio ensimismado de casi todas en un abril cruel. Los cacheos, los insultos, las interminables noches con el llanto de los niñitos prisioneros encerrados con sus madres. La guerra ha terminado. La guerra ha terminado. La guerra ha terminado.

Sin embargo, un día la sacaron para trasladarla en tren a la cárcel de Valencia. Y ella se escapó. Saltó al andén de una estación para confundirse entre la multitud. Negras tormentas agitan los aires, Antes que esclavo prefiero morir, Que el pasado se hunda en la nada, qué nos importa el ayer, No hay noche sin día ni libertad sin anarquía. Dónde quedan todos esos himnos y versos llameantes cuando una mujer salta a un andén y anda nerviosa, como una presa en fuga, en alerta constante, mirando a todos lados y husmeando el rastro de su depredador. Qué contornos adquiere entonces la abstracta libertad.

Amelia escapó aquel día. La fuga duró poco. Pronto la capturaron

de nuevo. Y entonces ya la encerraron bien. La metieron en un convento hecho cárcel detrás de un muro altísimo con arco de medio punto en la entrada. Una prisión con monjas clarisas, presas hacinadas y niños condenados sin condena. Santa Clara: Paz y bien, ese es su lema. El octavo es no mentirás. El quinto no matarás.

Por su embarazo la sacaron del convento y la trasladaron, siempre vigilada, aquí. Lo llaman hospital. Ella sabe que no lo es.

El viernes pasado dio a luz. No hubo flores ni visitas. Ahora la niña duerme. Ella la mira mira. Solo tiene diez días. Hay que volver a escapar. Su cuñado planea la fuga. Todo madura en su cabeza. Escapar de sus guardianas. Esconderse en casa amiga. Dejar pasar unos días. Atravesar el país con la niña. Alcanzar la frontera. Cruzar a Francia. Nivoso, Pluvioso, Ventoso; Germinal, Floreal, Pradeal. Atrás quedarán los barrotes y las monjas clarisas. Amarillearán de viejos esos papeles que la acreditan como individua con antecedentes pésimos, agente secreto del anarcomarxismo, totalmente indeseable para nuestra causa. Atrás la garra suave. Atrás, atrás. Más allá Mesidor, Termidor, Fructidor; Vendimiario, Brumario, Frimario. Dejadme la esperanza. El Ideal.

Los noctámbulos

La noche es tiempo de fantasmas. Hay ocho fantasmas en la embajada de Chile, calle del Prado 26, Madrid. De día los tribunales firman muertes y los pelotones las ejecutan al alba. Por eso es la noche el reino de los novivos, de los nomuertos; de los fantasmas. Nueva luna en un cielo sin ninguna, escriben los fantasmas en esta fría madrugada. Cielo sin luz ni luceros, sin alba ni claridades, oscuro de tempestades, tenebroso de aguaceros, siguen escribiendo los fantasmas. El aire se viste de negro fuera de la embajada. La ciudad calla. O duerme y calla. O hace como que calla. La ciudad supura un hosco rencor, que bombea desde su negro corazón hasta la última terminal nerviosa, que aquí es incapaz de penetrar. Por eso los espectros siguen escribiendo, y escriben que bajo este cielo inseguro alza su temblor de plata una voz que se dilata, un son rebelde y maduro; una luna por un cielo sin ninguna. Es críptica la voz de los fantasmas. Hablan en verso. Con metáforas y alegorías. Ellos son la luna en esta isla de dolor perdida que es la embajada. Luna clara de ilusiones, verde de fija esperanza, luna que en la lontananza abre nuevas estaciones, escriben los fantasmas. Luna con la sangre escrita de tantos ejecutados, hermanos nunca olvidados, sangre que en nosotros grita, escriben exaltados los fantasmas. *Luna* es el nombre de la revista clandestina que esta noche componen los fantasmas.

Mañana cumplen ocho meses encerrados en esta embajada. Llegaron el 28 de marzo en medio de un torbellino de banderas y proclamas de victoria. Ellos, como sombras derrotadas, espectros ya de la República, penetraron en la embajada de Chile. Los condujeron al tercer piso. Colchones tirados, ropa amontonada, una atmósfera de pesadumbre. Pero era zona libre, segura; territorio bajo jurisdicción chilena. Ya lo había sido antes, durante el Madrid de los paseos republicanos y las checas. Aquí llegaron a refugiarse hasta dos mil nacionales durante toda la guerra. Vates falangistas como Sánchez Mazas, Calvo Sotelo, el marqués de Hoyos o Samuel Ros. Ahora las tornas han cambiado. Qué imagen, la del final de marzo: salían por la gran puerta de la embajada chilena setecientos refugiados cara al sol, al paso alegre de su paz, y entraban con miedo las diecisiete sombras antifascistas condenadas a la noche oscura. Qué imagen, una semana después, la del 5 de abril, cuando el Chile del Frente Popular aún no había reconocido al Gobierno de España y guardias moras asaltaron la embajada. Abran,

gritaron. Iban armados. Los fantasmas se asustaron. El agregado militar de la embajada, vestido con traje de gala, tomó la bandera chilena que coronaba el mástil, la tendió en el suelo de la entrada y les dijo a los armados: Ustedes vienen a por estos señores que están aquí asilados legalmente. Tienen armas y se los pueden llevar; pero para ir a por ellos tienen que pisar esta bandera. No lo hicieron. No se atrevieron. Y los fantasmas siguieron con su vida de fantasmas: vivir de noche, dormir de día, y es por eso que se llaman a sí mismos Noctambulandia. Una patria fantasma. Un mundo que solo late en el encierro de esta embajada. Porque cuando el mundo se estrecha y el cerco aprieta y aprieta y aprieta más cada vez hasta que aprieta todo lo que uno no imagina que puede apretar, la necesidad de defensa une a los hombres. Por eso esta noche, después de más de doscientas vigilias entre juegos de cartas y largas charlas, todo ha cambiado en el refugio de Noctambulandia. Los ocho fantasmas han recobrado su voz. Han encontrado su misión: ser la voz de los vencidos. Recordar qué fueron, quiénes son. Por eso esta noche se han puesto a escribir la primera revista cultural del exilio, confeccionada en las mismas entrañas del monstruo. En sus foscas tripas.

Luna. Año I. Núm. 1. Noche del 26 al 27 de noviembre de 1939.

Esta es la cabecera.

Entonces se abre el turno de los fantasmas.

Antonio Aparicio es poeta. Tiene el aspecto soñador de los veintitrés años. Hay vidas que parecen imposibles con veintitrés años. La suya es de esas. Una infancia sevillana de tendidos y tabernas, de peteneras y coplas, de torres de piedra y estrechas callejas para los cofrades de la Macarena como la calle de la Vinatería, donde él nació. Su juventud ha sido la guerra. Ha luchado en el quinto regimiento de las Milicias Populares. Ha sido soldado poeta. Igual escribía el himno de Los Campesinos —Los campos heridos de tanta metralla, los pueblos sangrantes de tanto dolor, y los campesinos sobre la batalla, para destrozar al fascismo traidor— que se hacía hermano del alma del camarada Miguel Hernández, que escribía la ponencia colectiva del congreso de intelectuales antifascistas, que salía herido del Jarama con un balazo en el cuello, que componía una elegía a la muerte de Federico, que escribía teatro de urgencia para el frente de guerra, que lo apresaban en el 39 y él se escapaba del yugo fascista, que se ha refugiado pidiendo asilo en esta embajada. Veintitrés años. La cara fina, las manos finas, el cuello fino, la mirada fina, delicada y vidriosa. Es delgado y tiene las mandíbulas marcadas, como corresponde a un soldado poeta en tiempos de amor y hambre. Esta noche, como noctámbulo, aporta a *Luna* un largo poema dedicado a un amigo. Sesenta y ocho octosílabos que empiezan así, Al pie de treinta y seis años, treinta y seis melancolías desnudan con manos frías sus treinta y

seis desengaños, y que terminan así, Amistad y vino son embriaguez de los sentidos con que los años perdidos consuelan al corazón.

Esos versos van dedicados a un compañero de encierro. Santiago Ontañón es pintor, ilustrador, escenógrafo. Tiene treinta y seis años, como dice el poema, y los mofletes tiernos, la papada suave, unas cejas de alambre, cara de bonachón. Tal vez sea su corta estatura lo que alarga su gracia. Todos ríen cuando canta los viejos sones de su marinera Cantabria o todas esas historias que lo acompañan. Ocho años en el Puerto Chico de Santander en una familia de siete hijos. Nueve años y un bachiller inconcluso en Madrid. Siete años de alto voltaje intelectual en París cuando París era una boda sin novios pero con infinitos amantes. Después, tras vender un solo cuadro en el París de Picasso y Juan Gris, otros nueve años en Madrid, entre el fulgor de la edad de plata. Ha sido escenógrafo para Jardiel y para Lorca, para Molière y para Chéjov, para la *Numancia* de Cervantes y para el sueño utópico de La Barraca. Y después la guerra, a las órdenes de María Teresa León. En el frente. Como escenógrafo. Como actor, si hacía falta. Agigantando con el teatro la epopeya de la guerra y la resistencia del pueblo. Lo escribió él mismo hace apenas nueve meses: No tenemos otra obligación que gritar, gritar hasta enronquecer, para que nos oigan en el último rincón del mundo. Como sea, con la pluma, con el pincel, con el lápiz, con la palabra, pero gritar, tan fuerte que nuestro eco quede vibrando en el aire eternamente. Esta es nuestra misión.

Pero hay días, algunos días, que incluso a él se le cierra la boca.

Pasa cuando se levanta al alba, a pesar de ser un fantasma de la noche, y se asoma a un patio interior de la embajada, con ese árbol enorme que cobija a tantas familias de gorriones. Allí, entre las brumas imaginadas del amanecer, hay mañanas en las que a Santiago le llega el tableteo de las ametralladoras. Viene de las tapias de algún cementerio, quizá de la Almudena. Suena la ráfaga, interminable, y gotean después los diez, los quince, los veinte disparos sueltos, vibrando en el aire su eco. Tac, tac, tac. Los tiros de gracia. Una vida rota y una familia desmembrada a cada tac. Y su sangre, helada, en el interior de la embajada.

Sin embargo, en esta noche Santiago prefiere acordarse de algo alegre. De Federico, a quien tanto quería. Y por eso, como noctámbulo, aporta a *Luna* un breve texto con la historia de Anfístora, esa extraña palabra inventada que identificaba el teatro más avanzado de la República, tan alejado de este otro teatro apolillado, domado, vendido al poder por los mercaderes de la escena. Escribe esta noche Santiago Ontañón que Federico García Lorca tenía en su casa a una vieja sirvienta a quien quería entrañablemente. Le había ayudado a dar los primeros pasos. Había velado las noches del niño cantándole

viejas canciones de cuna de la región alta de Granada. Un día entró Federico en la cocina y con aquella efusión que era un rayo de sol del mediodía le dijo, cogiéndola por la cintura: Ay, ay, que eres la Anfístora de Granada.

Unas páginas más adelante llega el turno de otro fantasma, Antonio de Lezama y González del Campillo. No es un nombre al uso. Tampoco su persona lo es. Tiene cincuenta y siete años y lo acompaña la fama de gran seductor. Un talento innato para embelesar a viudas, a solteronas, a adúlteras, a casaderas, a toda clase de mujeres. Con su figura altiva, su bigote coqueto y el brillo de intelectual adherido a sus lentes. Don Antonio viste siempre camisa blanca y corbata, aunque a veces lleva pajarita. El caballero Lezama tal vez lleve el traje gastado, pero acostumbra a ir pulcramente planchado. Es rápido, inteligente, jovial; un gran conversador. Y esta noche, como un noctámbulo más, las letras que despliega en la revista *Luna* irradian su amor por el cancionero popular y son un reflejo de cómo él entiende la vida. Escribe: Yo he visto a un hombre viví con más e sien puñalás, y aluego lo vi morí con una sola mirá. Escribe: Sufre si quieres gozar; baja si quieres subir; pierde si quieres ganar; muere si quieres vivir. Escribe: Republicana es la luna, republicano es el sol, republicana es la tierra, republicano soy yo. Eso es lo que ha demostrado toda su vida. Sus medallas en la pechera. Periodista. Masón. Afrancesado. Anticlerical. Izquierdoso. Conspirador. Opositor al dictador Primo de Rivera. Preso reincidente por sus ideas aplicadas, en la Sanjuanada del 26 y en la sublevación de Jaca del año 30. Es un viejo zorro de los periódicos. Corresponsal de guerra en Marruecos y en la Europa en trincheras. Fundador de revistas ilustradas. Subdirector de *La Libertad*. Polemista empedernido, en las columnas de tinta y en los duelos a medianoche. Es esgrimista. De hecho, se cuenta que es el periodista español que más veces se ha batido en duelo para dirimir conflictos de honor. Más de veinticinco duelos, cuentan, como agraviado o agraviador; seguramente el precio de ser tan gran seductor. De origen alavés, tiene antepasados hidalgos, alcaldes, guerreros, gobernadores. Es dramaturgo. También novelista puntual. Y un apasionado de la aviación. Su matrimonio fue fugaz y sin hijos, propio de un seductor. En la guerra ha sido comisario de batallón de una brigada internacional y también ha dirigido la Escuela de comisarios de guerra. Todavía destila un romanticismo heroico, utópico, de quien sueña con montar a caballo y morir, si fuera preciso y como él dice, por su Dulcinea, la República.

Los fantasmas van componiendo la revista. Es un trabajo artesanal. El papel barba mide 29 por 20,5. Los textos van mecanografiados por ambas caras. Todo va maquetado a una columna. Solo habrá un ejemplar. Una sola luna. La única luz en una España negra. Y aun así

es luna nueva, porque la oscuridad circundante le impide brillar. Así se entiende otro texto que ahora los fantasmas teclean en la revista. «España en el tormento», se titula la historia, y cuenta que ha terminado la guerra y que Juan Soldado llora en un rincón. Los muros de las cárceles y los vientos de los campos de concentración han escuchado sus lamentos. Muchas noches la lluvia ha arrastrado las lágrimas detenidas en sus mejillas. No teme por su vida ni los golpes le acobardan. La amenaza del fusilamiento no sobrecoge su ánimo. Echa en falta su libertad, pero su pérdida no le asusta. ¿Por qué llora Juan Soldado? Y llora porque recuerda, cuentan las páginas de *Luna*. Juan Soldado es campesino, es obrero, oficinista, pero sus manos hace mucho tiempo que dejaron el arado, el torno, la pluma. Una mañana, una tarde, una noche, quién lo sabe, Juan marchó a casa, abrazó a su mujer, besó al pequeño y marchó deprisa, muy deprisa, sin volver la cabeza. Horas después Juan Soldado había nacido. Combatió en el norte, combatió en el sur, luchó en el oeste, peleó en saliente, y arriba y abajo, a un lado y a otro su vida dejó. No es comunista, ni es republicano, ni es socialista, ni es confederal; es pueblo de España que se resuelve contra la traición. Juan Soldado aguanta calores y polvo, agua y hielo, piedras y metralla. Lucha con el alma entera. Recuerda aquel momento, sigue contando *Luna*, cuando el comandante pidió voluntarios para guarnecer la trinchera que poco después iba a ser volada y servir de fosa a los siete hombres que allí se quedaron. Todo el batallón estaba dispuesto al sacrificio. Catorce hombres solicitaron el honor. Fue cosa difícil hacer la elección. Juan Soldado sabe lo que es sentir desgarrado su cuerpo, dispersos sus miembros por la dinamita. No quiere ascensos ni glorias, quiere lo que es suyo. Su tierra y su pan, su patria y su hogar. Por eso Juan Soldado llora en un rincón. Porque se ha perdido todo lo que esperaba de la República, y así acaba el relato de esa España en el tormento que narra *Luna*.

A un fantasma le sucede otro en esta noche frenética y con sabor a obstinación. Se llama Edmundo Barbero. Tiene cuarenta años y es actor. Su rostro, dientes largos y nariz rotunda, es de galán. Escapó de la guerra en Córdoba mientras estaba en pleno rodaje. Luego permaneció oculto seis meses en Andalucía. Lo ha escrito en un libro: *Seis meses en el feudo de Queipo*. Esta noche, en este feudo chileno, Edmundo redacta la crónica teatral de *Luna*. Lamenta que el público bueno esté desterrado o en la cárcel y que por eso el teatro español se está amodorrando. El régimen fascista es la dictadura más dura que ha padecido España, escribe Edmundo, y solo llevan ocho meses de dictadura. Sin embargo, él aún conserva la esperanza. Yo no pierdo la fe, escribe, y sé que lo mismo que cambiará el panorama político para bien de España, cambiará el de nuestro teatro.

Muy cerca se asoma otro fantasma, de nombre José Campos

Arteaga. Es estudiante. Tiene veinticinco años. Sabe qué es disparar en la sierra de Guadarrama y cómo zumban los obuses y la fusilería, y cómo suenan las campanas de las ambulancias, y cómo gritan y blasfeman los soldados en el campo de batalla. Pero esta noche, en *Luna*, se encarga de comentar libros. Y escribe sobre *Cantaclaro*, una novela de Rómulo Gallegos, y pone énfasis en su protagonista Juan Parao: cuatrero, comandante y capataz de la sabana, que conoce el recio trabajo, la paga escasa y la condición de siervo del peón, que lleva en la sangre la rebeldía y la injusticia de su mundo, injusticia que le obliga a ser cuatrero en un principio y al final jefe revolucionario.

De una edad parecida a la suya son dos hermanos. También hay hermanos fantasmas. Los dos son socialistas, hijos de médico, alumnos del Instituto-Escuela. Uno se llama Aurelio Romeo del Valle. Es abogado. Tiene veintiséis años. El pelo castaño, las cejas pobladas, las patillas mínimas, el bigote recortado, los ojos café claro tras sus gafas redondas de chico aplicado. Por eso seguramente ha sido secretario particular del presidente del Consejo de Ministros de la República. Se defiende en inglés y francés, pero el lenguaje de la guerra era otro. Y él ha luchado en el frente republicano. Y ha sido herido en un ojo. Ahora tiene al lado a su hermano de cautiverio. A Julio. Julio Romeo del Valle, estudiante, veinticuatro años. Él escribe en las páginas de *Luna* y lo hace con un cuento, «Cumbres heladas», con la historia de Herman Ulrich, un hombre asomado al abismo escalofriante de su alma vacía, de su vida rota, de ese cuerpo marchito, de su voluntad adormilada.

Es así como poco a poco, línea a línea, página a página, en el silencio de la noche solitaria, va componiéndose *Luna*. Al frente, como una suerte de director, está el último de los fantasmas. Pablo de la Fuente, segoviano. Tiene treinta y tres años. Es ferroviario, sindicalista, escritor de periódicos. Su firma se ha paseado, con ardor comunista, por las páginas de *El Liberal* y *La Libertad*, también por las revistas *Octubre* y *El Mono Azul*. Ha sido censor de prensa en el Madrid en guerra. Siempre va al límite. Por eso lo encarceló la dictadura de Primo de Rivera tras agitar las huelgas universitarias. Por eso lo expulsaron de la universidad. Por eso viajó a la Unión Soviética de Stalin, su paraíso, y por eso escapó de España tras la revolución de octubre del 34, para que no lo metieran de nuevo en la cárcel. Y como Pablo siempre va al límite, también participó en el asalto al Cuartel de la Montaña del 20 de julio del 36, y luego se enroló en las Milicias Populares para hacer la guerra, y luego publicó su primer libro en el Madrid en guerra, y hace unos días intentó escapar de España en barco desde Valencia, pero no pudo y es por eso que ahora está aquí, atrincherado en la embajada de Chile, el octavo pasajero de la

guarida, último fantasma de este barco quieto y varado en la madrugada. También Pablo quiere aportar un texto a la revista semanal. Y así escribe esta noche, bajo un cielo negro con luna llena, un artículo acerca de la escritora austriaca y judía Vicki Baum, exiliada ante el avance del nacionalsocialismo, y reflexiona sobre esa literatura social que recoge las vidas de los humildes, poetizadas, descritas, falseadas, incluso, para obtener unos resultados de esperanza o denunciar la imposibilidad de que continúen las cosas como están.

Que continúen como están, teme.

Con fantasmas, encerrados en una embajada, que no pueden ni pisar su patria. Que duermen la derrota cada mañana y la miran cada noche tras la ventana. Pero resisten. Aguantan, pese a todo, con su mejor arma: la voz. Dorada como una era, dicen; cortante como una hoz. Es su nueva patria, Noctambulandia. Hecha de letras y papel barba. Un temblor de plata.

28 de noviembre

Valdemoro, km 387

En estas mesas del Café Born de Palma, donde mueven las piezas y carraspean los ajedrecistas de Mallorca, donde tanto se habla de un niño de ocho años que ya es capaz de derrotarlos a todos y jugar a las ciegas sin ver el tablero, escribía a mano un francés. Tenía un montón de cuartillas sobre la mesa, una gruesa estilográfica entre los dedos, el cigarrillo en el cenicero dibujando espirales de humo, su olor favorito por las mañanas, y el café con leche siempre enfriándose en la taza mientras él escribía, reflexionaba o simplemente miraba por el ventanal acordándose, en ocasiones, de París.

Esa cara no se olvida: un rostro pálido, como apagado, iluminado por dos ojos magnéticos de color azul violeta, una sonrisa de aire infantil eclipsada por el rotundo mostacho sobre la boca, la ceja izquierda arqueada como en una constante interrogación al mundo. Y es que no entiende el mundo Georges Bernanos. Por eso escribía aquí, en un rincón del Born: para tratar de entenderlo mientras la guerra iba manchando, lentamente, cada día, otro día más, sin prisa por acabar, los periódicos de la barra. Él, que tanto ama las armas de fuego y las espadas, detestaba esa guerra. Es curioso. En Palma todos sabían que su hijo Yves era teniente de Falange y que había luchado en el frente de Porto Cristo. A él lo veían a menudo en misa, siempre bien relacionado con los falangistas de la ciudad. No era sospechoso de nada. Pero en esas cuartillas se iba larvando una mutación.

Cuando llegó a la isla en el otoño del 34, dispuesto a pasar unos meses de calma alejado de una Francia encendida por el Frente Popular, Georges Bernanos era fervientemente católico y antirrevolucionario. Quería escribir una novela. Trataría sobre un sacerdote, eso que tal vez le hubiera gustado ser a él. Ese cura rural escribiría un diario secreto y volcaría en las páginas su crisis de fe. La novela la terminó. Fue premiada por la Academia Francesa. En Palma le rindieron homenajes y los periódicos hablaron de él. Qué feliz parecía Georges, con su café con leche y su tabaco. Pero pronto estalló la guerra. Y de repente, todo cambió. Igual que el protagonista de su novela, Bernanos perdió la fe política. Los meses previos al golpe de julio los había vivido entusiasmado con ese movimiento tan español, escribía por carta, lleno de honor y de coraje, cuyo programa no apreciaba en su totalidad pero que, como su noble líder, y se refería a José Antonio Primo de Rivera, estaba animado por un violento

sentimiento de justicia social. Viva España, escribía en esas cartas el mosquetero de París. Pronto cambió de opinión. Las atrocidades que veía en la Guerra Civil, y sobre todo la implicación de la Iglesia, su querida Iglesia, lo transformaron. No veía una cruzada religiosa. No veía ecos de guerra santa. Solo veía depuraciones a sangre fría y un clero oportunista, despojado de todo cristianismo, bendiciendo el aquelarre. Y eso tenía que moverle a la reflexión. Lo contrario sería de imbéciles. Y él odia a los imbéciles. Nada odia más que a los imbéciles. El imbécil, escribe Bernanos, es un ser de costumbres e ideas preconcebidas. La ira de los imbéciles, escribe Bernanos, llena el mundo. Los imbéciles, y eso es lo malo, escribe Bernanos, prefieren matar a tener que pensar. Todo lo escribe en los cafés. En el Born. A veces también en el Alhambra. Se refugia en los cafés céntricos de Palma para no tener que verse solo. Le resulta odioso el recogimiento físico que exige la escritura. Todavía le sigue angustiando ver la maldita hoja en blanco. Qué escribir, cómo, desde dónde. Para sacudirse al eremita que asoma en su interior, Bernanos entra en los cafés. Saca las cuartillas, la pluma, el tabaco, y va encadenando cafés con leche dulzones. En el Born ha comenzado a escribir este diario. No el del cura de la ficción, sino el suyo propio: uno muy real, muy serio y político. Pero no le basta con ello. Quiere transformarlo en algo de mayor envergadura intelectual. Algo que relate la cruda represión fascista en las primeras horas de la Guerra Civil y que mueva a la reflexión a los ciudadanos de una Europa asaetada por revoluciones y guerras. Algo como por ejemplo esto: Es preciso expiar por los muertos, escribe. Es preciso reparar por los muertos, para que ellos nos liberen a su vez. La reconciliación de los vivos solo es posible después de la reconciliación de los muertos. Lo que envenena nuestra vida nacional no son tanto los errores o los pecados de los muertos como los rencores y las animadversiones que les sobreviven.

Todo eso escribe Bernanos: *Los grandes cementerios bajo la luna*.

Cuentan que un día, en el Born, se le cayeron al suelo unas cuartillas de ese manuscrito. Cuentan que las encontró un camarero que hacía de confidente para las fuerzas del nuevo orden establecido, y que luego se las pasó a un hijo del jefe falangista de Mallorca, gran amigo de Bernanos. Cuentan que el falangista, sorprendido con eso que leía de una pluma supuestamente amiga, advirtió al escritor francés de que iba a entregar aquellos documentos a las autoridades y que lo mejor para él era abandonar la isla ante las posibles represalias.

Así lo hizo. Bernanos desapareció de Palma en marzo del 37. El libro se publicó en Francia al año siguiente, 1938. Ahora, a Bernanos lo consideran un traidor. Su libro está prohibido en España. Y aquella guerra que manchaba los periódicos, al fin, terminó.

Ahora, en esta tarde noche de noviembre, algo por encima de los

diez grados, el Born respira muy distinto. Hay quien apura su café. Tintineo de tazas. Rumor de voces. Presurosos, los últimos suben a la sala Born. El espectáculo va a comenzar. Encima del escenario, frente a las setecientas butacas, mueve sus manos José González Martín: rapsoda, maestro del verso, embajador de la poesía imperial de esta nueva España. Un malagueño agitanado, con rostro enjuto, que imprime a la poesía ademán y gesto, acento y ritmo, vibración y arrebato, emoción y patetismo. Esta noche viste camisa azul y boina roja. Ha sonado el himno nacional. Han cantado el caralsol con el brazo en alto. Han gritado España Una, Grande y Libre. Han vitoreado al Caudillo, al Ejército, a José Antonio. Han dicho arribaespaña, vivaespaña, y el repertorio poético falangista se va desgranando. En este Año de la Victoria, la poesía es un arma cargada de presente. Un arma para la victoria que vence por convencimiento. Porque un pueblo que sabe cantar en verso la gloria de una gesta, o el heroísmo de un asedio, dice la prensa, ese pueblo es invencible. Porque la Falange es impulso espiritual y poético. Y esta noche el declamar de González Martín señala luceros, promesas, glorias y sacrificios. Sobre todo sacrificios.

Por eso, con hondo temblor patriótico, Pepe, el de la voz de la radio, el de los recitales por media América, interpreta en esta velada un poema tenebroso de Agustín de Foxá, poeta falangista falangista poeta. Se titula «La brigada del amanecer». Dice así: Subían con el alba, como piratas de nocturnas voces —patillas y fusiles—, encendidos, odio en el dril y el corazón saltando. Cercaban las angustias de las casas, la intimidad de lechos y de alcobas, y ya era la escalera cascada de palabras y de luces. Y el ascensor, posándose en su hueco, como un grito que queda en la garganta. Y un revólver de Cristos con alfombras, de paños y juguetes, libros, rosas, espadas de panoplia, con marfiles. Y allí la ropa tenue, blanca o rosa, de la muchacha, con olor a novia. Y el tiragomas del hermano muerto, la almohada de la niña con su lazo, la sábana nupcial, y la vitrina con abanicos de óperas antiguas; la violeta secada en la novela, el rizo, el primer diente en orla de oro, los lentes del difunto padre, helados con el vago recuerdo de sus ojos. ¡Todo —furia infernal— todo lo tierno se rompía en sus dedos sin pasado! Asesinaban los borrosos muertos, supervivientes en pequeñas cosas. Rasgaban con las duras bayonetas los lienzos con las Vírgenes pintadas, las copias, inocentes, de Murillo, cuyos corderos presidieron sueños, fiebres, suspiros, besos y agonías. Era la horda cargada de intemperie fumando en un balcón de Reyes Magos junto a la palma de un domingo antiguo. Se llevaban al pálido muchacho (de latín y de novia), y la escalera repetía el sollozo de la madre ululando en la noche sin faroles. Y abajo estaba el auto, y la siniestra sonrisa del paseo hacia la muerte. Hacia un polvo y un yeso

de cipreses, para tirar en un solar la carne que abrigaron la madre y las hermanas, para llenar de hormigas una boca que bebió dulce leche y tibios besos. Era la horda del alba, la manchada y descompuesta y verde; entre dos luces, entre luna y aurora, con la sangre como un aceite sobre el mono infame. ¡Brigada de las tres de la mañana! ¡Maldita seas, enemiga nuestra! Violadora de cándidos secretos, cuando el reloj del comedor sonaba evocando las cenas familiares. ¡Las casas sin honor y sin recuerdos maldicen vuestra sangre vagabunda! Dice esas últimas palabras y calla. Esos versos, de manantial ardiente, encienden los aplausos. Ya nadie piensa en el escritor francés de ojos azul violeta, siempre discreto en su mesa del Born, ni mucho menos han leído aquella frase salida de su pluma: Lo que envenena nuestra vida nacional no son tanto los errores o los pecados de los muertos, como los rencores y las animadversiones que les sobreviven.

Pero ahí, en ese veneno, en esa memoria histórica de la muerte, está el asidero del nuevo régimen en construcción. La política es la continuación de la guerra por otros medios. Y un muerto —el muerto — es paseado por España. Ese es el mensaje. Que va muerto. Que lo han matado. Pero que el Nunca Muerto no debe morir. Y ya se acerca a Madrid. La apoteosis previa al clímax.

Esta madrugada la han iniciado en Ocaña, encendida de luminarias a las cuatro de la mañana. Los peregrinos coronaban la meseta, que va ascendiendo áspera y constante sobre las llanuras de La Mancha. Cinco horas de pie han aguardado los vecinos de Ocaña, soportando la helada, para ver pasar a José Antonio. Cuando su cadáver ha llegado no había campanas que doblaran por él. Las iglesias fueron saqueadas, los bronces arrebatados, y una sirena ha comenzado a sonar. Muchas mujeres se han arrodillado al paso del Profeta. El pisar fuerte de la Falange ha continuado por los campos de cereal, viñedos y olivar. Lentamente se iba deshaciendo la neblina. Al fondo, el valle del Tajo, y a lo lejos, Aranjuez, como enquistada en el tiempo, con la memoria de tantos reyes que la han usado para su real recreo. Los paseos arbolados de álamos, plátanos y tilos. El dulce rumor de los canales del Tajo y las aguas del Jarama. Los jardines de estilo francés y sus anchos lagos, con efluvios de ilustración dieciochesca. Las hornacinas, las verjas, las balaustradas. Los palacios, las dehesas y los cortijos. Pero hay otra memoria más fresca en Aranjuez. La trinchera del Mirador está a la vista. Semihundida en ella emerge una botella de medio litro de anís La Castellana. Es el símbolo de las horas interminables en la retaguardia, yo tenía un camarada de entre todos el mejor. De cuando se decía Y ahora, señores, oíd: Hay millares de soldados que a la luz de las estrellas pasan las noches helados en Somosierra y Madrid. Mandadles unas botellas. Eso decían. El anís de

Chinchón era republicano. El anís La Castellana, nacional. Dos Españas —esa gran mentira— hasta en el anís.

A mediodía llega el cortejo a Aranjuez. Toda la carretera está ocupada por milicias de Falange. La población atesta las calles. En la plazuela de San Antonio se ha elevado un túmulo para el féretro. Detrás de él se yergue una cruz negra, tiesa, imponente, de siete metros de altura, con dos cartelones recuadrados con verdes ramas. En uno pone José Antonio. En el otro pone Presente. También se leen los nombres de los treinta y seis mártires de Aranjuez. Los treinta y seis caídos oficiales. Ni uno más. Ni el nombre del comerciante Fernando, ni el del alcalde Doroteo, ni el del panadero Antonio, ni ninguno de los cuarenta y dos hombres fusilados en Aranjuez en estas últimas cinco semanas de terror escondido, oculto, ese terror de brasero que no entinta los periódicos, que va encharcando lentamente a los herederos del trauma.

La hiedra cubre el suelo de la plaza de San Antonio. Hay cuatro grandes pebeteros con fuego sagrado en las esquinas de la plaza; otros ocho pequeños pebeteros los agigantan. Los falangistas de Guadalajara llevan las andas del Jefe en esta olimpiada de fascismo en ruta sin Leni Riefenstahl. Toda la plaza tiene el brazo extendido. La guardia de honor la forman antiguos combatientes del alcázar de Toledo. Orgullosos, portan aquella bandera hecha con una colcha vieja que los defensores del alcázar arrebataron al enemigo y que cosieron las mujeres dentro de la fortaleza. Todo el simbolismo está condensado en ese pedazo de colcha.

Lo que costó. Cuánto resistió. Aquello que logró.

Las voces de la Sección Femenina entonan cantos religiosos y depositan flores sobre el féretro. El clero, abundante, comienza a rezar. Libera me, Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda. Y retumban las salvas.

El cortejo reanuda la marcha entre monolitos de cemento donde se han inscrito máximas de José Antonio. Frases inmortales que conviene repetir, memorizar, aplicar. Va la Guardia Civil de Aranjuez. Van los camisas viejas de Madrid. Va la cruz alzada y el clero. Van los falangistas, las armas a la funerala. Va un coronel del Ejército. Van dos consejeros nacionales de Falange. Va un rosario de mandos falangistas. Van todos juntos bajo el arco de San Antonio, cubierto por crespones, con un retrato de José Antonio, con el yugo y las flechas, coronas de hiedras y los leones del escudo de Aranjuez. Va el tercero de caballería cubriendo la carrera por el paseo del Brillante. Van los aviones sobrevolando el féretro y una escuadrilla de caza dibuja la cruz en el cielo. La fuente de las Cadenas ha vuelto a lanzar agua por sus viejos surtidores después de tres años seca. La caballería, con uniforme de gala, despide a la comitiva, que deja atrás Aranjuez, que

sigue caminando ya con la ilusión de ver Madrid nueve días y ocho noches después, al cabo de casi cuatrocientos kilómetros de un andar monótono y silente, un vaivén rítmico de espíritu castrense, corto y rápido, corto y rápido, el ras ras de un millón y medio de pasos.

Pero antes hay que cruzar el Jarama.

Hay un valle en España llamado Jarama, un lugar que conocemos muy bien, ya que en él desperdiciamos nuestra juventud y la mayor parte de la vejez también. Hace muy poco que lo cantaban las Brigadas Internacionales. There's a valley in Spain called Jarama, that's a place that we all know so well, qué bien suena con harmónica esta canción folk americana. Era su himno. El Batallón Lincoln. La Quince Brigada. El valle del dolor. Los gloriosos muertos. Tres mil brigadistas internacionales aquí caídos. Sangrando como las aceitunas de estos olivares cuando las apretaba el irlandés Charles Donnelly en la palma sucia de su mano poco antes de morir aquí. Charlie tenía veintidós años. El fuego del ideal republicano encendía su mirada en esta amarga epopeya ebria de poetas. El fuego de las armas lo apagó. Solo resistió un mes y medio con vida en la guerra de España. Defendía la Colina del Suicidio, protegido tras los olivos, en aquel duro invierno del 37. Recibió un tiro en el brazo, otro en el costado, otro más en la cabeza. Y allí cayó, como una aceituna de aceite rojo. Su sombra enfriando el paisaje en un mundo sin corazón. Para él, para todos ellos, escribió esa letra del Jarama Valley un obrero escocés, Alex McDade, que salvó la vida en el Jarama pero que murió, meses después, en la batalla de Brunete.

Por un puente provisional cruzan el Jarama. Un gran arco hecho de ladrillos saluda al ataúd con la inscripción fundamental: José Antonio, Presente. En el centro del puente, sobre el río, hay una gran cruz de madera. Los obreros que han reconstruido el puente transportan el cadáver a hombros a lo largo de la pasarela. Ya no deja de haber camaradas a los bordes del camino. En Seseña, con el pesado féretro a hombros por la larga Cuesta de la Reina, la estampa impresiona. Una multitud silenciosa. Un muerto en andas cuesta arriba. Y rompiendo la naturaleza los paisajes del frente: búnkeres, trincheras, fortines, troneras abiertas, nidos de ametralladoras, casamatas, puestos de mando, refugios, galerías excavadas, puestos de fusileros; toda la arquitectura de la guerra, la autopsia de un país abierto en canal. Eso es lo que ha de permanecer en el recuerdo. La guerra, los muertos y Él, José Antonio, quien primero arengó a la sublevación militar y después quiso detener la guerra. Que desde la prisión escribió una hoja clandestina. Cárcel Modelo, 4 de mayo de 1936. Carta a los militares de España, dos puntos. ¿Habrá todavía entre vosotros —soldados, oficiales españoles de tierra, mar y aire— quien proclame la indiferencia de los militares por la política? Ya no tenéis derecho a ser

neutrales, escribía José Antonio. Ha sonado la hora en que vuestras armas tienen que entrar en juego para poner a salvo los valores fundamentales, escribía el jefe de Falange. Siempre ha sido así, seguía escribiendo: la última partida es siempre la partida de las armas. A última hora —ha dicho Spengler—, siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización. Al final lo hicieron. Los militares se levantaron. El golpe se ejecutó. Pero fracasó. Y entonces, otra vez desde la cárcel, esta vez la cárcel de Alicante, en agosto del 36, redactó otra propuesta en sentido contrario. Quería ser, de nuevo, otra vez, como siempre, el salvador de la patria. Intentaba propiciar la paz y la reconciliación entre españoles. Proponía un acuerdo de cese de hostilidades, con una amnistía general y la formación de un gobierno de unidad nacional. Un Ejecutivo que presidiera el republicano Diego Martínez Barrios, último presidente del Consejo de Ministros de la República, y que incluyera a republicanos, conservadores, un socialista, un catalán y a intelectuales independientes como Marañón y Ortega. Él mismo se ofrecía a mediar con los golpistas. A suprimir y desarmar a todas las milicias, Falange incluida. A conseguir que cesara la violencia. A conciliar una ley de reforma agraria —como pedían las izquierdas— con la autorización de la enseñanza religiosa —como pretendían las derechas—. Eso lo pedía él. José Antonio el fascista. José Antonio el escuadrista. José Antonio el agitador. José Antonio el revolucionario. José Antonio el que una vez dijo cuando yo sea dictador de España. Ese José Antonio —José Antonio Primo de Rivera— pedía ahora la paz. Sin persecuciones. Sin ánimo de represalia. ¿Por qué? Está en sus notas. Temo, escribía desde la cárcel como un vidente, la implantación por la vía violenta de un falso fascismo conservador, sin valentía revolucionaria ni sangre joven. Veo detrás de los generales de honrada intención, seguía escribiendo, el viejo carlismo intransigente, cerril, antipático; las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas; el capitalismo agrario y financiero. Es decir: la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna, terminaba de escribir.

Palabras, palabras, palabras.

El camino de papel necesita más plumas que narren el espectáculo y expliquen su sentido, por el Imperio hacia Dios y todo lo demás. Hay que engrandecer este fastuoso ceremonial que va acercándose a sus últimas jornadas. Por eso reclutan a Celestino Espinosa. Él sabe emocionar. Es crítico taurino, pero hoy describe a esas gentes de España que suben o bajan al camino funeral por las callejas de los pueblos, por los senderos de los caminos, por las vertientes de los montes; sobre el guijarro de pedrizas y calveros, sobre el cojín de los sembrados, sobre la costra de los barbechares; entre las sombras de los

días y las hogueras de las noches. Gentes de la Raza, añade Celestino con su pluma florida, que en pie de amor y rígidas de ira flanquean el curso, civil y castrense, del entierro. De este entierro español y católico, rosario de cincuenta eslabones provinciales, que retumba en el fondo de la Historia, completando una excelsa trinidad de caminos. La que forman las rutas sagradas de Mío Cid, don Quijote y José Antonio. Tres héroes, se recrea Celestino, en la cima de tres sueños: el Honor, la Quimera y la Justicia.

Los caballeros del ideal han caminado el día entero. En el lívido amanecer y en el crepúsculo frío. Han caminado sobre los escombros, sobre los sembrados que arrasó la horda, sobre los jardines de flores marchitas. Pero ya la vida vuelve gracias a él, salve César, el Luchador, el Vidente que nos salvó la Patria, el gladiador moderno que mil veces se expuso en el palenque de una nación que torció su camino y pereció cual triunfador homérico cubierto de laureles y de mirto. Plumas, más plumas. Que inventen adjetivos, que creen epítetos, que inmortalicen esta gesta con palabras.

Hay unas palabras secretas. Nadie las conoce.

Las escribe, a estas horas, un hombre desesperado en el Vaticano. Quién lo diría. Es José Yanguas Messía, embajador de España ante la Santa Sede. Ya no sabe qué hacer. Va a enloquecer. Las presiones son enormes. El caso es insólito: a pesar de todo el boato religioso que acompaña al cortejo, a pesar del palio al Caudillo, a pesar del lenguaje de Cruzada, a pesar de las misas los rosarios los curas la cruz los rezos y las plegarias, el Gobierno español carece del permiso eclesiástico para enterrar a José Antonio en las entrañas sagradas de El Escorial. Y en la Santa Sede lo saben. Y aguardan. Callan. Hacen que el embajador se desespere.

Roma ha recibido hoy mismo un telegrama del nuncio en España. Un telegrama cifrado. Dice: Ministro Esteri mi prega vivamente fare presente a Vostra Eminenza Reverendissima che Governo tiene molto sia accolta domanda presentata da cotesto Ambasciatore per sepoltura Giuseppe Antonio Primo De Rivera nella Chiesa Escorial, perchè funerali hanno preso tale carattere che risposta negativa susciterebbe grande malcontento. Firma el nuncio, Gaetano Cicognani. Y en sus letras se refleja el nerviosismo del Estado español y el terror a una posible denegación.

Sigue sin haber respuesta de la Iglesia. Por eso el embajador Yanguas ha enviado a su secretario para que entregue en mano esta carta. Una misiva manuscrita, con renglones nerviosos, torcidos, ascendentes. Una hoja dirigida a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Luigi Magliore, Secretario de Estado de Su Santidad. Señor Cardenal de mi mejor consideración y respeto, punto. Mi Gobierno me encarga que solicite de urgencia, de la Santa Sede, autorización

canónica para enterrar en la Iglesia del Monasterio de El Escorial los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera, caído gloriosamente por Dios y por España, punto y aparte. Hallándose Vuestra Eminencia Reverendísima en Santos Ejercicios Espirituales, acudo a este medio epistolar para rogarle que se digne recabar dicha autorización y tenga la bondad de comunicármela lo antes que le sea posible. Anticipo a Vuestra Eminencia Reverendísima, remata perdidamente genuflexo, la expresión de gratitud de mi Gobierno, y me repito suyo atento servidor, que reverentemente besa Su Sagrada Púrpura.

Suyo. Atento. Servidor. Reverentemente. Besa. Su Sagrada Púrpura.

Palabras. Pero no las de quien manda.

A las ocho y media de la noche persiste el mutismo vaticano. Llaman por teléfono desde la embajada española. Nada. Y a última hora de la noche, el cardenal Maglione transmite un telegrama cifrado y urgente, impreso en tinta roja, que va dirigido a la nunciatura de Madrid. Santo Padre concede Vostra Eccellenza Reverendissima facoltà necessarie affinchè d'intesa con l'Ordinario veda se e come convenga soddisfare domanda del Governo presentata anche da questo Ambasciatore.

Traducción: Pío XII no da el permiso para el entierro católico de José Antonio en El Escorial. Tampoco lo prohíbe. El papa se lava las manos. Que decida el obispo. Y con eso, seguramente, el embajador respira. Y el Gobierno respira. Y el todo Madrid, ya más siervo del Vaticano que de Roma, respira.

Matilde

La cárcel de Ventas es un almacén de rojas. Más de diez mil rojas hacinadas. Rapadas que no comulgan ni cantan y el recuerdo de trece rosas prensadas. Y también una madre. La madre de las penadas. La madre de todas las condenadas a muerte de la prisión, esas ciento sesenta mujeres agrupadas en un limbo mortal: primera galería derecha, dos alturas, veintidós celdas. Son las mujeres del umbral, cada vez más cercanas a los fusilamientos del amanecer que a su anterior vida en libertad. Entre ellas está Matilde, la madre de las penadas. Llegó aquí hace dos meses y sufre por la indefensión de esas reclusas. Mujeres que no saben leer ni escribir. Que solo han visto al abogado en el juicio, nunca más. Que lo desconocen todo de leyes y tribunales. Que ya solo presienten el final: cómo será, qué habrá después, qué no habrá. Por eso ha hablado con doña Carmen, monja teresiana, maestra nacional, antigua alumna de la Institución Libre de Enseñanza, jovencísima directora del penal, doña Carmen, siempre el moño recogido atrás. Es ella quien ha autorizado a Matilde Landa, prisionera comunista, a montar una oficina que tramite los recursos de las condenadas a muerte. Oficina es un decir. Son apenas unos cajones de madera, una resma de papel y una vieja máquina de escribir. El despacho es la propia celda de Matilde. Ella, la madre de las penadas, llama a la condenada. La calma. La anima. La escucha. Le pregunta. Busca datos que puedan sustentar la apelación. Busca personas respetables, en los nuevos cánones del respeto, a las que pedir informes. Pedir informes: retrato de una época. Y cuando reúne todo el material, redacta la instancia y se la da en mano a un cura joven, el padre José, para que él la entregue en la Auditoría de Guerra que dirimirá la suerte de la presa; si vivirá entre rejas, si será fusilada al amanecer. Entonces cruzan los dedos con esperanza. Cuántas veces Matilde ha dicho que para matar siempre están a tiempo, pero no para devolver la vida. Ella dice que retrasar la ejecución es siempre una victoria. Aunque sea una hora. En una hora, dice, pueden cambiar muchas cosas. Y es cierto: para ella, en esta misma hora ha cambiado todo. Aún no lo sabe, pero el fiscal ha solicitado hoy, último martes de noviembre, pena de muerte para Matilde Landa Vaz, procedimiento sumarísimo de urgencia número 50683, por adhesión a la rebelión militar con los agravantes de perversidad y trascendencia. Pena de muerte. Eso piden para ella. Para la madre de las penadas de Ventas,

tan pálida, tan delgada, los ojos chicos, la boca pequeña, los dientes blancos, la sonrisa serena, la raya al centro con moño negro sobre la nuca, la voz dulce, melodiosa, la voz de Matilde Landa. Y quién es Matilde Landa, madre de las penadas. Quién es Matilde Landa, tatuada con aspereza de balas y cárcel, de anhelos cercanos, de libertad y coraje. Quién es Matilde Landa, republicana. Eso se preguntan muchas aquí. Llegó hace solo dos meses, tan educada, tan fina, tan elegante aunque malvistiera chaquetón, blusa, falda oscura y zapatillas. Despierta recelos. Suspicacias. Las comunistas más viejas la miran con desconfianza. Casi ninguna de ellas sabe casi nada de ella. Matilde Landa, treinta y cinco años, nacida en Badajoz un día de San Juan a las nueve y media de la mañana. Era el día de San Juan, pero ella no fue bautizada. Su padre era ateo, anticlerical, republicano, muy republicano, líder provincial del Partido Republicano, amigo de Giner de los Ríos, de Salmerón y de Bartolomé Cossío, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, abogado defensor de los jornaleros extremeños, masón de grado 30 con el sobrenombre de Kant, cabecilla de la insurrección republicana que fracasó en Badajoz, exiliado a Portugal y París y vuelto con la amnistía a España. Por eso Matilde Landa no fue bautizada. Y por eso fue educada así, como una niña acomodada de familia bien que puede tirar el plato al suelo cuando ya no quiere comer más. Por eso tiene maestros particulares en casa. Rubén le enseña a decir bonjour y ça va. Máximo, que es ciego, le enseña a tocar el piano. Así empieza a amar la poesía de Pierre de Ronsard y la música de Beethoven y Bach. Ama el campo y las flores, ama esas largas tardes en el cortijo del Fresnal. Ama también los escaparates, me he comprado un traje de crespón crema y me están haciendo otro de glacé color café, qué elegante voy a estar, que me haga Nicolasa un traje de chaqueta, quería también una blusa bonita, y si crees que queda bien un chaleco de esos que se llevan ahora tanto, para debajo de las chaquetas, que me lo haga también. Los domingos por la tarde baila el foxtrot con Doloritas. Como las flappers. Es una flapper. Una moderna. Una mujer nueva. Con dieciséis viaja sola en tren de La Coruña a Madrid. Con diecisiete conoce París. Con diecinueve llega a la Residencia de Señoritas, la Resi, para estudiar Ciencias Naturales en la Universidad Central. Pero la tuberculosis se lo impide. Entonces deja los libros por el aire, aire fresco en la azotea, aire libre en el balcón, arrebujada con el abrigo y las mantas, el calentador en los pies y las manos en guantes de lana, y el aire contorneando su cara, y ella mirando el campo, el cielo, la nada, hasta que llegue el tazón de leche con cacao y los bizcochos de la merienda. Y después el primer novio, Paco Ganivet. Francisco L. Ganivet y Matilde Landa de L. Ganivet participan a V. su efectuado matrimonio y le ofrecen su casa. Madrid, junio de 1930, prolongación de Lagasca

123, hotel. Esa dirección cambiará cuando terminen de construir su casa, un chalet pequeñoburgués en el Viso con terracita, ancho balcón, habitación para el servicio, baño alicatado en amarillo y un automóvil Austin, lento pero Austin, a la puerta de casa. Y al año siguiente la República. Y un mes después su hija Carmen, de tres kilos y medio al nacer, y ella, moderna, inquieta, crítica, socarrona, idealista y valiente, cada vez más fascinada con el comunismo, hasta que al fin, primavera del 36, entra en el Partido. El júbilo del Primero de Mayo en la calle, el triunfo del Frente Popular, el Socorro Rojo Internacional, y enseguida la guerra: Españoles, hombres y mujeres libres, en pie, como un solo hombre bajo las banderas del Frente Popular a defender vuestras libertades, vuestro pan, vuestro país, y Matilde Landa, republicana, cumple la orden y va allí, a la toma decisiva del Cuartel de la Montaña que frenó la rebelión en Madrid, y rápidamente se enrola en el Quinto Regimiento de Milicias Populares y es enviada al Hospital de Maudes, donde la llaman la Monja Laica por su bata larga y su carisma, y después la mandan a Valencia, a gestionar el personal, a buscar víveres, a reclutar enfermeras, a organizar los recursos de doscientos setenta y cinco hospitales de guerra, a buscar alojamiento para los combatientes internacionales heridos, a evacuar a doscientas embarazadas de Madrid, a atender sobre el terreno a la desbandá de veintidós mil refugiados que huyen por la carretera de Málaga a Almería bajo los bombardeos, y Matilde con los bocadillos, el agua, los vendajes, las curas de urgencia, los cordiales, todo previsto por la camarada Matilde, toda nervios y corazón, y codo con codo en el frente extremeño con el poeta Miguel Hernández, con el escritor soviético Iliá Ehrenburg, con el cineasta Roman Karmen, y desde París reclama solidaridad internacional con España, y desde Valencia comparte tribuna en el congreso de intelectuales antifascistas con Machado, Neruda y De los Ríos. Pero la guerra termina. Y el sueño comunista también. De su marido ya se ha separado. De su hija, que combate el frío en la calle Bolsháya Pirogóvskaya, también. Dime qué haces, Carmencilla, si das clase, a qué juegas, cómo es la Unión Soviética, diviértete mucho y estate contenta, qué suerte tienes de vivir en un país como ese, de estar lejos de las bombas que tiran los fascistas aquí y que matan a muchos niños, después ya verás lo bien que vamos a estar, siempre juntas. Pero no. Nunca más juntas. La guerra ha terminado. Pero la guerra no ha terminado. Seis días antes del final, el PCE designa a Matilde Landa máxima responsable del Partido en el interior de España. Su seudónimo es Elvira. Se esconde en un piso compartido de la plaza de la Independencia, cerca del Retiro. Su escondrijo dura tres días. Alguien ha cantado. El 4 de abril es detenida y la meten en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, Puerta del Sol,

templo de la tortura y la delación, hogar de los chinches y del comisario Cabezas, que la interroga por nombres, fechas, lugares. No la tortura. No la maltrata. Contigo no valen los palos, le dice un policía. No le pegan, pero pasa seis meses encerrada en una mazmorra sin luz; una larga noche de seis meses oyendo cómo torturan y maltratan a su alrededor, viendo derrengado a Joaquín, pobre Joaquín, hecho un harapo de sangre seca y carne apaleada; fue él, no pudo evitar delatarla, ya no podía más con los golpes en el cuerpo y el terror en la sien. Ella no ha delatado a nadie. Desde esa mazmorra escribe Matilde las primeras cartas, y en ellas habla de Nuestro querido Caudillo, que ha dado a España la paz y la tranquilidad que tanto se necesitaba, y escribe de la victoria de las fuerzas nacionales que tanto ansiábamos los verdaderos patriotas. Pero no cuela. Y por eso la han mandado a Ventas, almacén de rojas, donde es Matilde Landa, republicana, la madre de las penadas. Los domingos por la mañana va su hermana a visitarla, y le lleva comida, y ropa limpia, y flores compradas en un vivero de la plaza. Claveles, alhelíes, el aroma de aquellas tardes de la infancia en el Fresnal, un tiempo de mentira, de infamia, de una España que moría y bostezaba. Pero ahora está en el locutorio de la cárcel a grito pelado con su hermana, con una reja por medio y el funcionario vigilando qué se dice y qué se calla. Y luego la hermana y los niños se marchan. Y ella se queda en Ventas, encerrada, madre de todas las penadas, escribiéndole unas letras a Carmencilla, que ha dejado Moscú y ahora está en México con sus tíos, y a esa niña de ocho años le narra una melancólica estampa: Ayer se posó un jilguero en mi ventana y me acordé mucho de ti; quizá viniese de tu parte, ¿verdad? Dijo: pi, pi, pi, ahuecó las plumas y se fue volando otra vez. Pero algún día, le escribe de nuevo a Carmencilla —y es hoy cuando el fiscal ha pedido para ella pena de muerte, y faltan nueve días para el juicio, y llegará en furgoneta al convento de las Salesas Reales, sede del Palacio de Justicia de Madrid, y ella, la madre de las penadas, la heroína del Socorro Rojo, la Monja Laica, la mujer que en la cárcel ayuda a las condenadas, ella, tan fina, tan elegante, tan educada, acercándose al umbral del último amanecer, qué habrá después, qué no habrá, ella se pondrá en pie delante de los correajes del tribunal, revestida toda de dignidad, compromiso y esperanza, valiosas mudas que no puede tejer ninguna nicolasa—, y le cuenta a su hija todo lo que harán cuando al fin se reencuentren. Volveremos a hacer excursiones al campo, nos bañaremos en el mar y acabarás de aprender a nadar, iremos al jardín donde tanto te gustaba coger rosas y jugaremos y nos divertiremos mucho. Adiós, chiquirrina mía. Adiós, Matilde Landa, republicana.

Manuel

Dicen que en España solo hay rojos y azules. Una nación bifronte. Un país Jano. Si es así, a Manuel no le salen las cuentas. Porque a él lo han encarcelado tres bandos. Y entonces él, que es hijo de panadero ambulante y de una madre con diez hijos, debe de ser el más imbécil de España. Pero entonces tampoco le saldrían las cuentas. Porque el más imbécil de España no parte de Villarrobledo sin poder estudiar, con una mano delante y otra mano detrás, y llega a escribir con esas mismas manos en *El Proletario*, en *El Trabajo*, en *La Libertad*, en *Rebelión*, en *Milicia Popular*, en *Frente Rojo*, en *Estampa*, en *Fuego*, en *Verdad*. No saldrían las cuentas, claro, sobre todo porque un imbécil no dirige *Mundo Obrero*, el gran periódico comunista, ni se sienta a la mesa, pelo brillante y raya a la izquierda, qué ancho y grande parece el futuro, con Federico García Lorca recitando unos versos, con la tanguera argentina María Luisa Carnelli sentada enfrente y fascinando a todos con esas historias de rebeldía narradas con acento rioplatense mientras él le roza el codo desnudo a la escritora María Teresa León, con su mirada y sus labios seguros de gustar entre copas de cristal y vino tinto y quevivalarepública. No, a un imbécil no le pasa eso. Y al séptimo hijo de Matías y Carmen le ha pasado. Pero también le ha pasado lo otro, claro. Que todos lo han perseguido. Dictablandas y dictaduras, monarquías y repúblicas, gobiernos de izquierdas y de derechas. Todos lo han metido en la cárcel. Como a un imbécil, pensaría cualquiera. Pero él no lo piensa. Seguro. Ahí hay poco que comprobar: eso no es posible que lo piense Manuel Navarro Ballesteros, carnet de prensa número 94 de Madrid. Si pensara que hace el imbécil no lo hubiera encarcelado la monarquía de Alfonso XIII, con veintidós años, por distribuir propaganda para incitar la sublevación de Jaca. Tampoco lo hubiera encarcelado la República, implacable ante cualquier disidencia a derecha o a izquierda, por haber participado en una reunión clandestina del PCE en Fuencarral un domingo de mayo, y cuándo si no en domingo puede un dependiente de comercio como él escuchar y hablar de política y de futuro, bienes burgueses entre semana. No piensa que es un imbécil. Y como no es un imbécil sabe que la palabra libre tiene un precio. Pisó la cárcel en el 30. En el 31. En el 32. En el 33. En el 34. Siempre por sus ideas, nada más que por eso. Por pedir la República antes de hora. Por soñar una República no burguesa. Por apoyar la huelga general

contra la incorporación de la derecha al Gobierno. Entraba y salía de prisión. Y luego seguía escribiendo. Nunca ha parado de escribir en los periódicos. De democracia pura, de educación moral entre los obreros, de la soberanía popular, de huelgas y luchas unificadas. Pero no solo escribía. También hablaba. Persuadía a los otros dependientes de comercio en reuniones sindicales. Luego arengaba al público en mítines políticos. Ahí estaba Manuel, hablando en el primer mitin del PCE en Madrid tras su legalización. Perorando después junto a la Pasionaria para reclamar un frente revolucionario unido. Desde luego que a un imbécil no le pasa todo eso. Pero la palabra libre tiene un precio. Ahora se lo están cobrando.

El juez dicta. El secretario teclea.

Madrid, 28 de noviembre de 1939. Año de la Victoria.

Basta una frase. El destino de una vida cabe en una larga frase sin puntos.

El instructor del presente actuado que se remitirá al Sr. Presidente del Consejo de Guerra Permanente, tenidas en cuenta las pruebas aportadas, considera que el hecho perseguido se encuentra sancionado en el Bando de Guerra, y en su virtud ratifica el procesamiento de Manuel Navarro Ballesteros con todas sus consecuencias legales por estimar acreditado que dicho individuo, que es acaso el elemento de más alta significación dentro del Partido Comunista Español de los que no pudieron huir al extranjero, se distinguió en todo tiempo por sus actividades contrarias a los ideales que encarnaron el glorioso Movimiento Nacional, fue Redactor-Jefe y Director Responsable de *Mundo Obrero*, periódico que fue el que más se distinguió en su odio y aliento a la resistencia; asimismo es miembro destacado del Socorro Rojo Internacional, perteneció al Comisariado Político, realizó gestiones de enlace entre el Gobierno y el Partido Comunista, es uno de los fundadores del activísimo instrumento de propaganda denominado Altavoz del Frente y, en unión de otros elementos, influyó para que en los primeros días de la guerra se hiciera entrega a las turbas de toda clase de armas.

La fecha, los sellos, las firmas, los treinta y siete folios de la causa. Hoy lo están abocando al paredón. Ya no puede volver atrás. La palabra lo empuja. Un aullido interminable. Y no importa lo que él diga. Que diga que no es hombre de acción, solo un comunista teórico. Que se dedicaba a escribir pero sin incitar al asesinato. Que no ha desempeñado ningún cargo en el Partido Comunista. Que no ha sido comisario. Que no participó en el asalto al Cuartel de la Montaña ni en otros hechos de armas. Que no ha intervenido ni en delitos de sangre ni en robos. Que no distribuyó armas. Que no fue director de *Mundo Obrero*, por cuanto ser director implicaba ser dirigente del Partido Comunista, y que solo fue responsable del diario durante unos días. Y

da igual que diga —y lo dice al final, cuando le preguntan si tiene algo que alegar y él siente que es el momento del editorial, de que escriban por él su última opinión: el momento de la verdad para la que salió de Villarrobledo y comenzó a soñar y a escribir de los trabajadores perseguidos, condenados al hambre, aherrojados y apaleados por la Guardia Civil, y de las mujeres enlutadas, las viudas de los fusilados, las madres de los asesinados en montón, y de la causa sagrada que es la República democrática y el régimen popular—, porque en realidad ya da igual que lo diga, pero entonces es cuando dice que todas sus actividades han ido dirigidas a servir honradamente a aquello que creía: el bienestar de los trabajadores españoles.

Esa palabra poco vale ya. Ahora vale la otra palabra, la dictada y tecleada con tipos tétricos en su frialdad negra, recta, monoespacial, de tinta inextinguible. La palabra es un bumerán. Va y vuelve, vuelve y va. Como las hostias en la calle Almagro 36. Esa es la cara más siniestra de la fría tipografía: todo lo que provoca sin dejar rastro oficial. Como el horror de esa comisaría donde lo han interrogado. Por fuera es un palacete lujoso de Chamberí. Mas dentro, con las habitaciones convertidas en celdas, funciona uno de los peores centros de detención y tortura de Madrid. A uno le meten un gran embudo en la boca y le echan agua hasta sentir que se ahoga y va a morir. A otro le colocan una máscara de gas con los conductos de oxígeno cerrados hasta que la asfixia lo derrumba. A otro se lo llevan a rastras entre cuatro, con la ropa hecha jirones, la boca partida, un ojo amoratado y la cara cruzada de chirlos. Otro ya no ha podido más y se ha lanzado por la ventana hasta reventar su cuerpo en el patio. El que muere descansa en la calle Almagro, donde las hostias vienen y van. Y Manuel ha pasado un mes allí. Con su silencio denso, y la sangre y todo lo demás. Lo escribe Wisława Szymborska: que nada ha cambiado en la tortura. Si acaso los modales, las ceremonias, los bailes. Pero el movimiento de las manos protegiendo la cabeza sigue siendo el mismo. El cuerpo se retuerce, forcejea, convulsiona; cae derribado, contrae las rodillas, se amorata, se hincha, babea y sangra. Ese horror de la calle Almagro 36 lo ha dejado atrás. Ahora, cuando un juez dicta a su secretario el epitafio judicial de Manuel Navarro Ballesteros, él aguarda en la cárcel de Santa Rita, un antiguo reformatorio que reeducaba a la juventud extraviada: Dickens en Carabanchel. Allí dentro está Manuel. La cárcel, otra vez. También en el 36. Pero lo que viene ya es muy distinto. Cada hora es una palada de tierra que cae sin ruido, blandamente, sobre la propia tumba. Victor Serge, sí. Al menos él tenía glamur. Manuel no. Treinta y un años, soltero, periodista, de Villarrobledo, comunista, nueve hermanos, poco más. Y aquella noche mágica es un recuerdo efímero, irreal. Lorca está fusilado, María Teresa León ya hace memoria de la

melancolía en el exilio, y la tanguera argentina va sabiendo que, como decía su propia letra, se va la vida, se va y no vuelve; pasan los días, pasan los años y es fugaz la alegría. Todo eso sí. Pero imbécil no. Un imbécil no le escribe una carta, la noche antes de morir fusilado, a una redactora que trabajó con él en *Mundo Obrero* con estas últimas palabras: Un periodista nunca debe mentir. Ten siempre la verdad en tus manos y no calles.

Un tango amargo sí. Imbécil no.

29 de noviembre

Madrid, km 417

Han llegado a Madrid. De nuevo en casa. Por última vez.

Es miércoles, 29 de noviembre, Año de la Victoria.

Clases gratuitas para mutilados. Enseñanza por correspondencia. Hoy se venderán huevos en la plaza mayor. Se busca sirvienta para labrador solo. Soldado, falangista, requeté, que luchaste con la fe en Dios y en la Virgen del Pilar: ahora es el momento de mostrar tu gratitud a la Madre del Salvador. Depurativo Richelet: le libra de una vejez prematura. Biocután: mascarilla rejuvenecedora a base de yema de huevo y alcanfor. Jarabe para la debilidad. Urodonal combate el artritismo. Calmante Doloretas. Antisárnico Martí. Hipofosfitos para el raquitismo. Fósforo Ferrero para el agotamiento nervioso. Bicarbonato para todo. El niño Gonzalo Sendino subió al cielo. Adoración nocturna. Triduo, novena, vía crucis. Cartilla de racionamiento en el bolsillo. De primera necesidad: carne, tocino, aceite, huevos, mantequilla, patatas, lentejas, alubias. Olor a achicoria, sueños de malta. Se vende una vaca holandesa de treinta meses. Se ofrece ama de cría para su casa, leche de dos días, casada, veintisiete años. Necesito chica para todo. Se busca cocinera con buenos informes y sabiendo su obligación. Zurcidos a domicilio. Máquina Singer giratoria. Gramófono de maleta. Escopeta del 12. Se vende se vende se vende. Estraperlo en la esquina. Hambre en cada rincón. María de la O en el teatro. Gary Cooper en el cine: *El secreto de vivir*. El domingo, grandiosa becerrada: III Aniversario de la Liberación de Carabanchel Bajo. Presidirá la plaza la autoridad competente, acompañada de distinguidas señoritas de Carabanchel Bajo ataviadas con la clásica mantilla española. Se lidiarán cuatro hermosos y escogidos becerros, con divisa encarnada y amarilla, de la muy acreditada y famosa ganadería de don Pedro Hernández. El primero, toreado a caballo y rejoneado a la española por el camarada y excelente rejoneador Fernando Ramírez. Caso de no morir de los rejones, será muerto a estoque por el viejo aficionado Fermín El Gordo. De pie: Sánchez, Espinosa, Mardones, Ipiña, Timimi, Gaspar Rubio y Tamayo. Agachados: Lecue, León, Villita y Sauto: camisas blancas, rostros jornaleros, Hala Madrid F. C.

29 de noviembre de 1939. Tercer Año Triunfal. Hala, Madrid.

La mañana es fría. Gris. Una espesa neblina da una pincelada gótica a este amanecer rezagado de noviembre. Otoño casi invierno sobre el

río Manzanares. Por el puente de la Princesa, que cruza de hormigón las aguas, accede a la ciudad el cuerpo muerto de José Antonio entre salvas de fusilería y cañón.

Podremos llegar a comprender, escribió Luis Martín Santos, que un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre. Podremos comprender también, añadió Martín Santos, que la ciudad piensa con su cerebro de mil cabezas repartidas en mil cuerpos, aunque unidas por una misma voluntad de poder. Así respira hoy Madrid, la ciudad que ya se sueña capital digna de la nueva España Una, Grande y Libre, de la España imperial forjada por el Generalísimo, por el Ejército, por las Milicias y por la retaguardia a fuerza de acero, a fuerza de sangre y sacrificios.

Madrid es hoy un hormiguero. O una ratonera.

El cortejo avanza entre legiones alineadas y una masa humana que invade aceras, puebla balcones, poliniza ventanas. Las reliquias van a hombros de la Falange de Madrid. Al cortejo se incorporan Pilar Primo de Rivera y su hermano Miguel. En el suelo, una gran cruz de crisantemos dice José Antonio, Presente. Los Caballeros Mutilados por la Patria, al frente de los cuales marcha a duras penas el general Millán-Astray, el glorioso mutilado, el mismísimo Novio de la Muerte, portan una monumental corona. Ese es el tono de la mañana: gótica, barroca.

Dicen que no ha faltado nadie, seguramente porque quien falta es nadie en la nueva España. Dicen que las viejas clases sociales se han fundido en una comunidad de sentimiento: los obreros, los soldados, los falangistas, los empleados, los pobres y los ricos, los buenos y los malos. Lo cuenta José María Sánchez-Silva en las páginas de *Arriba*. El Madrid desdentado, entre polvo y ruinas y balcones enlutados, cambia la esencia de la peregrinación iniciada hace nueve días. Ahora, en esta mañana sin aldeas ni veredas, sin olivares ni rebaños, sin fogatas de encina y polvo de camino, la masa eclipsa en la gran ciudad la gravedad del cortejo que acompaña este ataúd símbolo.

Madrid late en silencio. Un silencio fuerte, patético. Miles de brazos como flechas irrumpen de los muros, sobre el asfalto, por las ventanas. Las calles de Madrid son una alameda para la muerte. De la muerte a la muerte, de la nada a la nada, por la gracia de Dios. Nunca, quizá, escribe Francisco de Cossío, un pueblo ha sentido una atracción tan patente hacia el más allá. Porque el acto atrae no por la calidad y grandeza del espectáculo, sino por un oculto significado, por lo que tiene de verdad, de símbolo, de vida y de muerte; es decir, porque es una auténtica tragedia. Se va a ver el entierro crudo y descarnado, el entierro sin adornos, sin acompañamiento suntuoso, sin carrozas ni coronas, sin música fúnebre, sin caballos empenachados. Y por esto, y solo por esto, concluye Cossío, se comprende que es el entierro de un

héroe.

Un puñado de hombres con un muerto, conmoviendo a una ciudad, enmudeciéndola. Esa fascinación por un cuerpo muerto —otro cadáver capaz de magnetizar a todo un pueblo— ya despertó el interés de Jorge Luis Borges. Él se preguntó: ¿Qué suerte de hombre ideó y ejecutó esa fúnebre farsa? ¿Un fanático, un triste, un alucinado o un impostor y un cínico?

La duda es: Y si aquí han sido todos. Fanáticos, tristes, alucinados, impostores. Cínicos.

La comitiva pasa frente al Hospital General. Los enfermos y las hermanitas de la caridad saludan, brazo en alto, desde las azoteas del edificio. Desde la fuente de Neptuno y a lo largo de todo el paseo del Prado forman las organizaciones juveniles de Falange y las muchachas de la Sección Femenina. Berlín, 1933. Las centurias de trabajo, armadas con palas, rodean la fuente de la Cibeles. La avenida de José Antonio impresiona. Cada cien metros, de uno a otro edificio cruzan grandes paños negros con la inscripción José Antonio, Presente.

Llegan a la plaza de España, el corazón de Madrid. El Madrid cautivo y doliente cuajado de sangre. La ciudad esclavizada y dolorosa. La ciudad que se hizo violenta, torva y cruzada de odios en manos de nuestros enemigos. La ciudad purificada por el dolor. La vieja ciudad alzada sobre la ciudad superpuesta, imponente en su fervor y en su silencio, exalta José Losada de la Torre. Es el Madrid donde está inscrita la vida de José Antonio. Ese Madrid que tan bien evoca hoy su amigo Jacinto Miquelarena, gafitas de intelectual cosmopolita, alma de poeta, coraje de corresponsal, corazón sensible, sonrisa perpetua, falangista recio, superviviente de las checas y los paseos de Madridgrado. Es el Madrid del Congreso de los Diputados, donde José Antonio se alzaba contra todos los demás parlamentarios en los dos años en que fue diputado. Es también el Madrid de la imprenta clandestina en la que se editaban a brazo los periódicos de Falange. Su pequeño hotel de Chamartín. El piso de abogado que tenía en la calle de Serrano. Las once de la noche en La Ballena Alegre hablando de poesía y de patria y siempre de futuro. Es el Madrid de ese amor imposible al que se encomendaba, a pesar del olvido. El Madrid donde los suyos caían, uno a uno, en las tinieblas. Qué país, Miquelarena.

Es cierto: hubo un amor. Al menos uno digno de ser llamado amor. José Antonio lo vivió por estas calles de Madrid. Ella se llamaba Pilar. Era inteligente, guapa, rubia, delgada, ojos claros. Un amor apasionado de juventud. Pero se interpuso un problema. Que no se llamaba solo Pilar. Que se llamaba María del Pilar Azlor de Aragón y Guillamas, y que estaba destinada a convertirse, por herencia, en XVIII duquesa de Villahermosa, III duquesa de Luna, IX duquesa de la Palata, XVII marquesa de Cortes, XI marquesa de Cábrega, XII

marquesa de Valdetorres, XV condesa de Luna, XI condesa de Javier, XI condesa de Guara, XV condesa del Real y XX vizcondesa de Zolina. Pertenecía a una de las grandes familias aristócratas, con grandeza de España. Y su padre, el duque, no estaba dispuesto a permitir que todos esos blasones quedasen eclipsados por el novísimo marquesado de Estella que, como primogénito, le correspondía heredar a José Antonio. Ese fue el motivo que, dicen, arruinó aquel noviazgo juvenil y republicano. Ese amor imposible para un hombre soltero de por vida. Dicen que si una mujer que luego se hizo monja jerónima. Dicen que si una fascinante princesa casada. Dicen que si una misteriosa mujer de nombre inglés. Dicen —se dice tanto— que si un poeta fino de Granada con el que compartía muchos viernes en La Ballena Alegre, en tertulias separadas. Dicen que si una joven falangista de Ávila con la que a última hora se carteaba entre rejas. Pero lo único cierto es que José Antonio solo estuvo casado con una idea.

Esa idea no era la que hoy Madrid despliega.

Poco después de las once, cuando el sol intenta abrir claros en el cielo de la plaza de España y las campanas tocan a muerto, se incorpora al cortejo el poder. Todo el Poder del nuevo Estado.

Primero va el Gobierno en pleno.

Pedro Gamero del Castillo: Ministro sin cartera. Barbilampiño, ojos claros, mucha brillantina. La semana pasada cumplió veintinueve. Alumno sobresaliente con estudios en Bonn y Friburgo. Número uno en las oposiciones a letrado del Consejo de Estado. Monárquico antes de hacerse neofalangista. Rezuma la fe del converso. Germanófilo. Muñidor de la unificación de Falange con los tradicionalistas. En la guerra fue gobernador civil de Sevilla con una orden secreta: contener a Queipo; contener lo incontenible. Es hijo político de Serrano Suñer. A él se lo cuenta todo.

Alfonso Peña Boeuf: Ministro de Obras Públicas. Ingeniero de Caminos. Calvo y cara de bonachón. Extrovertido. Introductor en España del hormigón armado y su técnica. El reconstructor de la España en ruinas. Padre del Plan Peña: un kilómetro cero en Madrid y seis carreteras nacionales radiales, de la N-I a la N-VI. Hay muchos puentes que reparar y poco tiempo para la política. A trabajar.

Joaquín Benjumea y Burín: Ministro de Agricultura. Ingeniero de Minas. De familia aristócrata. Hermano de ministro en la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Defendió, mosquetón en mano, la sublevación en Sevilla. Encargado de devolverle a sus antiguos propietarios las fincas expropiadas por la reforma agraria de la República. Cara larga, cara seria. Labios sellados en las fotos.

José Larraz López: Ministro de Hacienda. Economista. Orondo. Gafas redondas y ojos miopes. Bigote discreto. Tímido. Grave el gesto. De Cariñena. Premio Extraordinario, número uno de su promoción,

cum laude. Católico muy católico siempre católico. Estudioso de cómo se enriquece una economía. Encargado de desmilitarizar la industria. Obsesionado con estabilizar la peseta. Enemigo del crédito barato. Guardián del trigo en la posguerra. Refractario a la Falange. Nada de revoluciones. La palabra es estabilidad.

Agustín Muñoz Grandes: Ministro-secretario general del Movimiento. General de brigada. De Carabanchel Bajo. Cejas espesas. Surcos en la frente. Veterano del Rif. Hombre de acción, ya sea para escapar de la cárcel de la República o para dirigir un batallón en el frente de guerra. Enemistado con los camisas viejas. Sueña con un plan de reconciliación nacional, entre vencedores y vencidos, si es que hay vencedores en una guerra y vencidos capaces de obrar la reconciliación. Mellado tiburón entre tiburones dentados.

Salvador Moreno: Ministro de Marina. Almirante. Hijo de vicealmirante. Más de tres mil días de mar. Golpista de primera hora. Del Ferrol, también. Comandante del buque que bombardeó a miles de civiles que huían en desbandá por la carretera de Málaga a Almería. Ojos saltones. Mirada opalescente. Sádico.

Luis Alarcón de la Lastra: Ministro de Industria y Comercio. III marqués de Rende y VII conde de Gálvez. Militar. Su pechera rebosa metal y cintas castrenses. Dejó el Ejército con Azaña —por Azaña— y volvió como comandante en guerra de los sublevados en Sevilla. Herido cuatro veces en batalla. Cerebro de la economía de guerra en la retaguardia. Fue diputado por el Partido Agrario. Amigo de los terratenientes, los suyos. Bigote, mofletes, papada.

Ramón Serrano Suñer: Ministro de Gobernación y presidente de la Junta Política. El poder es el poder que te atribuyen, y a él le atribuyen un poder inmenso. Lo tiene. Poder de valido. El poder de susurrar al oído más temido. Casi todos los ministros que hoy lo rodean los ha elegido él. Es un superviviente. Se salvó de las matanzas en la cárcel. En enero del 37, vestido de mujer, escapó, se refugió en la legación holandesa y pudo llegar a Alicante para embarcar hacia Marsella. Bigote recto, brillantina, media sonrisa irresistible, mirada de galán, abrigo abotonado, aplomo, seguridad. De soltero las chicas lo llamaban Jamón Serrano Suñer: un gran partido.

Juan Luis Beigbeder: Ministro de Asuntos Exteriores. Militar. Africanista. Conspirador del golpe. Hombre clave para sumar a las tropas indígenas del norte de África. Culto. Intelectual. Habla árabe y francés. Impulsor del diario *España* en un Tánger entre costuras. Diplomático. Partidario de la neutralidad de España en la Segunda Guerra Mundial. Gafas, bigote, raya a la izquierda. Cara de castor. Fuma puros. Las mujeres —pocos lo saben— le pierden.

José Enrique Varela, general Varela: Ministro del Ejército. Conspirador. Sanjurgista. Carlista. Encarcelado por golpista;

resucitado por golpista. Todo lo suyo acaba en ista. De retórica inflamada. Escribió la Ordenanza del Requeté. Cara de intrépido.

Juan Yagüe: Ministro del Aire. Africanista. Sanguinario represor de la revuelta asturiana de mineros y obreros. Falangista de primera hora. Amigo de José Antonio. Lo llaman el Carnicero de Badajoz por la matanza de su columna. Al *New York Herald Tribune* se lo ha explicado de forma meridianamente clara: Por supuesto que los matamos. ¿Qué esperaba usted: que iba a llevar cuatro mil prisioneros rojos conmigo, teniendo mi columna que avanzar contra reloj? ¿O que iba a soltarlos en la retaguardia y dejar que Badajoz fuera roja otra vez? Héroe de Belchite. Pronazi. Anhela crear una Luftwaffe española. Alto. Corpulento. Melena aleonada. Mirada de animal de presa. Violento.

Esteban de Bilbao Eguía: Ministro de Justicia. Doctor en Derecho. Carlista. Jaimista. Enemigo de la República, un régimen oprobioso, flagelador constante de todos los verdaderos anhelos nacionales. Adepto a las conspiraciones. Prisionero durante la guerra. Encargado de desmontar la legislación republicana. Suyo es el lema Caudillo de España por la gracia de Dios. Gran orador: entonación de teatro, trinos decimonónicos, gesticulación espasmódica con su mano derecha, dedos vibrantes como un pentagrama tembloroso adonde colocar sus estridentes notas. Gritón. Seguro de sí mismo. Dice que José Antonio actuó con la convicción de un apóstol y la impaciencia de un mártir. Orgulloso de un pueblo hidalgo que —dice— lo perdona todo menos la cobardía y la traición. La boina carlista ya no cubre su cabeza. Ama el orden. El nuevo orden. No hay otro orden.

José Ibáñez Martín: Ministro de Educación Nacional. De Valbona, Teruel, seiscientos habitantes. Derechista. Monárquico. Propagandista católico. Tridentino. Enemigo de la Ilustración. Enemigo del liberalismo. Enemigo en general. En las aulas, dos retratos y un crucifijo y el mapa de la Grande y Libre. Queremos una ciencia católica, ha dicho. Gran depurador de los maestros de la República. Gafas de catedrático. Calva de catedrático. Bigote zeitgeist.

Rafael Sánchez Mazas: Ministro sin cartera. Escritor consagrado. Articulista de prestigio. Fascinado con Mussolini como corresponsal de *Abc* en Roma. Idealista en verso y prosa. Falangista de rancio abolengo. Primera pluma de la corte literaria de José Antonio. Espíritu y aliento de la retórica falangista. Padre literario del cuento de Falange. Defensor del sacrificio romántico y redentor por la patria. Ha acuñado el eslogan Arriba España. Flaco. Alto. Con prominente nariz aquilina: una águila imperial que emprende el vuelo entre los ojos y casi le araña el labio en su descenso. Muchas dioptrías, mucha brillantina. Dice que Imperio es, ante todo, una actitud del alma colectiva. Casi fusilado en guerra. En ese casi estaba su historia de

Salamina.

Detrás del Gobierno va la Junta Política de Falange. Los viudos del deudo. Marchan en dos filas, un paso detrás de otro, todos de oscuro.

En la primera fila va Pilar Primo de Rivera: La hermana, La Mujer, albacea ideológica, lumbre de las esencias.

Va Miguel Primo de Rivera: el hermano, el compañero de celda, hijodehermanode, yo también soy berlinés.

Va José Luna Meléndez: militar, largo historial represor en la retaguardia, pelo a trépano, mentón partido.

Va José Finat y Escrivá de Romaní: conde de Mayalde, familia aristócrata desde el XVI, íntimo amigo de José Antonio, lo visitó en la cárcel de Alicante y allí le dio dos pistolas. Tiene fincas de diez mil hectáreas.

Va Dionisio Ridruejo: carismático, seductor, inteligente, veintisiete años, falangista puro, brillante orador, receloso del Movimiento que deglute y tritura el sentir falangista: la revolución.

Va José María Oriol Urquijo: alcalde de Bilbao, carlista, III marqués de Casa Oriol, bigote, gafas y brillantina, mucha.

Y va José María Alfaro: director de *Arriba*, subsecretario de Prensa y Propaganda, poeta vanguardista, discípulo de Pedro Salinas, fue republicano, es falangista, escritor de la corte de José Antonio, la voz a él debida, pelo negro, bigote discreto, dientes separados, ojos vivarachos.

Detrás, muy cerca, en la segunda fila, va Demetrio Carceller: Hijo de obrero y de criandera, becado como alumno pobre, ingeniero textil, trabajador del turno de noche en una fábrica, fundador de CEPSA, visionario petrolífero en España; imposible hacerse más a sí mismo.

Va José María Areilza: de Portugalete, cara ovalada, boca pequeña. Basta una frase suya tras caer el Bilbao republicano y asumir él la alcaldía en guerra. Dijo: Ha caído vencida, aniquilada para siempre esa horrible pesadilla siniestra y atroz que se llamaba Euskadi.

Va Blas Pérez González: catedrático de Derecho Civil, asesor jurídico del Cuartel General golpista en Salamanca y Burgos. Enemigo del enemigo interior. Instructor de la Causa General. Uno de los arquitectos legales de la represión. Facciones enigmáticas. Sin bigote.

Va Ricardo Giménez-Arnau: jefe del Servicio Exterior de Falange. Diplomático. Atractivo.

Va Gerardo Salvador Merino: líder de los Sindicatos Verticales. Obrerista. Dialéctica ardorosa. Obsesionado con el desempleo. Abajo la burguesía, ha dicho. El enemigo del nacionalsindicalismo no es la fracasada fuerza marxista, sino la conjura del capitalismo que quiere cercenar nuestro poder, ha dicho. Revolucionario rojinegro, azul mahón puro.

Va Sancho Dávila: primo de José Antonio, califa andaluz de

Falange, ha estado preso en Cádiz, Sevilla, Vitoria y Madrid, se ha desgastado en la guerrilla interna de Falange. Pronazi. Siempre sospechoso.

Y va, por último, Alfonso García Valdecasas: uno de los tres oradores del primer mitin de Falange. Catedrático de Derecho Civil. En el 31 se sumó a la Agrupación al Servicio de la República. En el 32 creó el Frente Español y se enroló en el Movimiento Español Sindicalista, ambos protofascistas. En el 33 ya estaba en Falange. Viajero ideológico.

Ahí están los veintiocho con gran poder tras el poder omnímodo del gran ausente. El que se hace esperar al momento oportuno. Por la gracia de Dios.

Ya detrás marchan los consejeros nacionales de Falange, los amigos de José Antonio en siete filas, los jefes del Movimiento, las representaciones de los ministerios, los generales, las autoridades locales, el resto de autoridades, todas las autoridades, un país llenándose de autoridades a cuyo alrededor solo dejan espacio para el miedo a la autoridad. Y al final, al fondo, clamor visual, el pueblo.

El Ejército ha asumido los restos del Fundador, el Héroe de España, el Sembrador. Marina, Aviación, Tierra. En los edificios escuecen las huellas de la guerra. Boquetes, desconchados, solares con cascotes y ruinas ocupadas hoy por una multitud en silencio y brazo en alto al paso del féretro. Hay rostros emocionados y ojos llenos de lágrimas. Hay quien ve en el cadáver de José Antonio la muerte de su hermano, de su marido, de su padre, de su hijo. Otros que callan ven a los verdugos de su hermano, de su marido, de su padre, de su hijo.

Ya van avanzando por Madrid. Suben la calle del Duque de Osuna. Hacen un relevo frente al palacio de Liria. Llegan a la cárcel Modelo. Aquí estuvo encerrado José Antonio. De sus paredones cuelgan largos lutos. La bandera luce a media asta. Los monjes benedictinos cantan los salmos penitenciales de David en latín. Hay sollozos, bisbiseos de oraciones y plegarias, arribaespañas y presentes. Es solo el preludio antes del corazón del drama: la Ciudad Universitaria. Aquí ya el paisaje es atroz. Las trincheras, los edificios mordidos por las bombas y la metralla. Los monstruosos esqueletos que han resistido en pie a heridas y mutilaciones. Es este —el campo de batalla de Madrid, el frente de la guerra ganada— el lugar elegido para el homenaje de Madrid a José Antonio.

Dos columnas dóricas dominan el centro de la plaza en la Ciudad Universitaria. Un gigante crespón negro las une. Por debajo de él desfila el cortejo. Están todos los colores del fascismo.

El azul de las camisas falangistas.

Los negros uniformes de los fascistas italianos del Duce.

Las camisas pardas con la cruz gamada aprisionando el brazo de las

Juventudes Hitlerianas.

Las boinas rojas de la Sección Femenina.

El humo gris de las antorchas que dan al féretro un halo esotérico.

Las llamas anaranjadas del fuego purificador.

El ataúd lo han dejado en medio de una enorme explanada, acostado sobre un manto de flores. En el centro, José Antonio vivomuerto. A su derecha, el Gobierno. A su izquierda, la Junta Política. Detrás, el Consejo Nacional de Falange. Por todos lados, el pueblo. La masa. Una ciudad entera en silencio, recogida en una ensoñación meditabunda que diluye toda individualidad. Es Wagner en el ocaso de los dioses: siniestro, lúgubre, trágico. Es la marcha fúnebre de Sigfrido, con oscuras tubas y míticas trompas, con el retumbar de las cuerdas bajas y un timbal fúnebre, de pianissimo a forte, que exalta la muerte del héroe. Es toda la grandiosidad de Wagner. Es Nietzsche y el superhombre: sacrificio, flecha de anhelo, voluntad de ocaso: Yo amo a quienes no saben vivir de otro modo que hundiéndose en su ocaso, pues ellos son los que pasan al otro lado. Es la lujuria necrófila de Gabriele D'Annunzio exaltando la muerte dentro de la muerte. La matanza como preludio irremediable del renacimiento. Heroico, trágico, belicoso: el triunfo de la muerte.

Hace tan solo ocho meses, semejante espectáculo se hubiera antojado una quimera. Aquí, en la Ciudad Universitaria, en lo que fue tierra de nadie durante dos años. Pero este es el Tercer Año Triunfal, el Año de la Victoria, el otoño de las rosas. Cuánta derrota. Si no existe la muerte, ya no hay causa que haga nacer el sueño de la vida. Y nadie piensa en eso, nadie está para abstracciones cuando de un desfile se trata. Alrededor de la una del mediodía comienza el desfile. Ante los restos de José Antonio marchan las fuerzas militares. Unos gritan Presente mirando al ataúd. Otros gritan vivaespaña. Un escuadrón de caballería, un batallón de infantería, juventudes, falangistas de camisa azul mahón. Eleva su canto la coral polifónica de Palma. Milicias del SEU de toda España cubren la carrera hasta Puerta de Hierro. Unas baterías instaladas en el Cuartel de la Montaña disparan salvas de ordenanza. Es el momento castrense. La muchedumbre permanece inmóvil. Contempla, estremecida, la escena. Niños a hombros de sus padres. Muchachas con miradas arrobadas. Mucha gente llorando. Hay algo inefable que escapa a la palabra y a la imagen. Es la muerte. Son las muertes que impregnan este paisaje que bordea trincheras, atajos y minas donde se luchó, se murió y se mató. La mirada de falangista converso de Ismael Herraiz se fija en esos árboles torturados por la más terrible poda. Sin hojas. Sin pájaros. Todo desnudo, como una vida sin entraña. Una tierra dilatada por las minas. Y José Antonio, de nuevo, llevado a hombros por el mismo camino de los tanques, entre el mismo aire que atravesó la furia

colosal de la guerra. Sobre esta tierra llena de huesos de España. Sobre sus muertos y sus ruinas. Para la eterna vida de la Patria.

El féretro ya va a hombros de falangistas. Va buscando la Puerta de Hierro para dejar Madrid. El ataúd, visto ya en la lejanía, produce un efecto de resurrección en la ciudad de las ambiciones, de las amarguras y de los triunfos, de las detenciones y de los encarcelamientos, de las cárceles, los fusilamientos y las torturas. Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas). Por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad, se pregunta alguien en su insomnio. Qué huerto quieren abonar con esa podredumbre en vida, se interroga ese poeta insomne entre gemidos de huracán, ladridos de perro y largas horas de luna blanda.

A las dos y cuarto, después de que Serrano Suñer haya invocado a José Antonio y el eco marcial le haya devuelto el último Presente de Madrid, el cadáver abandona para siempre los lindes de la capital. Ahora se adentra por los pueblos en ruinas de la sierra. Lo sigue Dolores Catarineu. Lenta, callada, con la mirada poética grabada en su tierno rostro. Solo tiene veintitrés años. Dolores observa cómo el ambiente se funde de tristeza otoñal con las hojas muertas. Las nubes malvas cruzan el cielo. Pasadas las cuatro de la tarde llegan al cruce de la carretera con Aravaca. Hay flechas, pelayos, Sección Femenina. Ella es de Aravaca. Aquí hay montones de ruinas, pirámides de ladrillos, hierros torcidos y mohosos que fueron hogares, una iglesia corroída por la metralla. Todo lo anota. Quiere sumar su pluma a la epopeya. Mira el arco triunfal levantado por los vecinos, la gran cruz de eucaliptus y espinos, los paños negros y rígidos del catafalco. Y escribe que en estas tierras murieron, entre el tomillo y la jara en flor, los primeros mártires de la Falange eterna. Ahora está el campo yermo por la tormenta de la guerra. Las robustas encinas, heridas y maltrechas. Los llanos inmensos, desesperantes. Y es así como avanzan en la última tarde, haciendo los últimos relevos. Por el Plantío. Por la áspera pendiente de Las Rozas mientras anochece. Por Galapagar, con la madrugada azul encendida de llamas. La masa oscura marcha lenta. Sin gestos, sin gritos, consciente de que ya se acerca el final. La última noche: ronda de Rembrandt, flechas por lanzas. Apenas unas lomas alejan ya el ataúd de su destino. El eterno reposo. El páramo, la sierra. La pizarra con bolas y veletas. Las torres herrerianas de El Escorial. El presente va cediendo el paso a la eternidad.

joseantonio

José Antonio. Se llama JoséAntonio. Pero no es ni fundador ni profeta. No es maestro de nada. Ni mucho menos es el elegido. Cómo va a ser figura de la raza ni artífice de imperios. Él es solo Joseantonio. Uno de tantos joseantonios sin más. Claro que tiene apellidos, Martínez Fernández, pero hasta en ellos es discreto joseantonio. Uno más del montón de esta guerra. Una guerra de montones. Y él es eso, el alférez provisional joseantonio. Nada más. Bueno, algo más. Que se muere. Que ahora mismo se está muriendo. Que la semana que viene iba a cumplir veinte años, pero que no los cumplirá. Que se quedará con diecinueve años porque hoy, en su pueblo de Monforte de Lemos, se está muriendo el alférez provisional joseantonio, vencedor de la guerra. Y no es que vaya a ser recordado ni que el mañana le depare honores. Caídos por Dios, Caídos por la Patria, almas de héroes y cruzados, todo eso. No. Solo es que va a morirse. Sin más. Punto final. Fuese, y no hubo nada. Así es la vida para joseantonio martínez fernández, hijo de Ramón y de María: un paréntesis entre dos nadas. Lo dice el poeta mediterráneo Francisco Brines. Que la nada no es un hueco ni tampoco el reverso de la luz. La nada es nada. Nada más que nada. Y hacia ella se encamina joseantonio, alférez provisional, camisa vieja de Falange, que cuando aún no había cumplido los diecisiete años ingresó voluntario en una Bandera de Falange de Castilla. Con ella salió al frente de Extremadura. Era el hijo del farmacéutico de Monforte y por eso pudo acceder a estudiar en la academia de alféreces provisionales de Granada, improvisada en el colegio de los jesuitas. Circula un dicho cruel en esta guerra: Alférez provisional, cadáver efectivo. Han sido carne de cañón. Primera línea de infantería. Pero joseantonio quería luchar servir y arribaespaña. Aplicación, buena. Capacidad, buena. Conducta, buena. Puntualidad, mucha. Salud, buena. Bueno en ordenanza, bueno en táctica, bueno en procedimientos militares, bueno en tiro, bueno en arte militar. Todo lo ha escrito y firmado su coronel jefe a finales de febrero, cuando solo quedaba un mes de guerra. Cuatro semanas y ya está. Pero algo ha debido de ocurrir. Cuando ya sonaban los clarines de la Victoria, dirán los suyos, en un duro combate sostenido con el enemigo, dirán los suyos, la explosión de una bomba de mano le ocasionó una grave lesión interna. La sangre. La herida. El dolor. El hospital. Los contratiempos. El regreso a

casa, a Monforte de Lemos, a súa terra, coas chuvias cargando o río Cabe e as súas augas reflectindo as nubes grises e brancas. Al lado de sus desconsolados padres. Cerca de sus tres hermanas y sus dos hermanos. La guerra ha terminado, y joseantonio encamado. El desfile de la Victoria, y joseantonio enfermo. Los restos de José Antonio venerados por las calles de Madrid, y el cuerpo menguante de joseantonio olvidado. Seràs carn d'escorxador o màrtir nacional, tant se val. Pues eso: que ya da igual. Porque él, joseantonio, falangista y alférez provisional, cofrade de la Virgen de Montserrat, el chico que la semana que viene iba a cumplir veinte, acaba ya. Año de la Victoria, dirá su esquela. Descanse en paz.

Luis

Alguien tenía que haber calumniado a Luis U., pues fue detenido una mañana sin haber hecho nada malo. O al menos eso cree él: que no ha hecho nada malo. Que solo es un maestro de primaria. Un maestro más. Un pobre maestro perdido en El Bonillo, tierra fría de conejo y perdiz. Por eso no entiende esta pesadilla a la que llaman depuración; etimológicamente, alcanzar lo puro, dejar algo incontaminado y exento de toda mezcla. Es lo que se busca ahora: maestros puros para las escuelas de la España pura. Y a él no lo presienten puro. No lo suficientemente puro. Y hay que ser puramente puro, puro en pura puridad, cuando uno asume el encargo de troquelar las almas de la nueva España. Por eso han pedido informes al pueblo. Que hablen del maestro. Que digan del maestro. Que cuenten del maestro. Informes confidenciales, por supuesto. Somos todo oídos. Hablen, digan, cuenten. Y cuando lo hagan, tengan el pensamiento puesto en Dios, en la Patria y en el Caudillo. Porque hay mucho en juego. Lo dice el BOE: Durante varias décadas, el Magisterio ha estado influido y casi monopolizado por ideologías e instituciones disolventes, y es hora de extirpar de raíz esas falsas doctrinas que, con sus apóstoles, han sido los principales factores de la trágica situación a que fue llevada nuestra patria. También lo ha dicho José María Pemán, más metafórico y certero en su amenaza: No se volverá a tolerar, ni menos a proteger y subvencionar, a los envenenadores del alma popular. Y es así como han nacido las comisiones depuradoras del magisterio. Vigilar y castigar: es el nuevo panóptico social, base de la alquimia que obtiene pureza ideológica, elixir vivificante de todo régimen dictatorial. Desde el pupitre y desde la pizarra. Desde la letra trémula escrita con babero. Por eso han llegado los informes acerca de Luis U., el maestro de El Bonillo, a las mesas encargadas de lavar y depurar..

Conducta Profesional: Mala, daba charlas a los niños de la escuela de carácter marxista.

Conducta Social: Mala, colaborador de los dirigentes rojos y amigo íntimo de ellos. Hizo propaganda marxista.

Conducta Moral: Propia de un marxista convencido.

Conducta Religiosa: Mala, anticatólico y antirreligioso.

Conducta Política: Mala, aliado políticamente con todos los dirigentes marxistas y colaborador de ellos.

Eso lo dice y firma el nuevo alcalde de El Bonillo, el pueblo de Luis, donde nació una noche otoñal en una casa de la calle de las Cruces; donde imparte clases a los niños, buenos días, hasta el lunes, siempre el mismo camino de casa a la escuela y de la escuela a casa desde hace ya veintiún años.

Hay otro informe. Es del comandante de la Guardia Civil. El maestro, dice el comandante, ha prohibido a sus alumnos aprender doctrina cristiana y ha dado conferencias en el púlpito de la iglesia a las gentes de izquierdas.

La historia se le va complicando a Luis Utrilla Rey, cuarenta y seis años, hijo de Rodrigo y de Matilde, casado con Fermina, padre de seis hijos, rostro tranquilo, mofletes carnosos, bigote tan frondoso que se podría llamar mostacho, párpados alicaídos bajo unas cejas que rozan los ojos, pelo pobre, papada estrangulada por el cuello de la camisa, labios imantados, una estilográfica de tinta negra en la mano. Con esa pluma está a punto de rubricar este documento. Es solo una hoja, pero puede cambiarle la vida; enderezar lo que comenzó a torcerse nada más acabar la guerra. Porque dijeron que la guerra había terminado. Eso decía el bando: laguerrahaterminado. Eso en abril. Y en mayo todo se torció para él. La cárcel. La privación de libertad en mitad de la liberación nacional. Y qué hace un maestro de pueblo en la cárcel de un país liberado y en paz. Algo no cuadra. Por eso Luis, maestro de El Bonillo, se ha afanado en intentar aclarar las cosas.

En una declaración jurada, jurada ante Dios y ante su honor, ha escrito que no tiene filiación política. Que es persona de buena conducta. Que carece de antecedentes. Que no ha pertenecido a las milicias del Frente Popular. Que el sentimiento religioso ha reinado y reina siempre en este humilde cristiano. Jamás compartí la opinión y manera de pensar de los rojos, cuyas normas y procedimientos reprochaba. Que debido a esto fui perseguido en mis intereses económicos con incautaciones de bienes, multas y estrecha vigilancia. Que solo ante el temor y amenazas de que fui objeto me veía obligado a cumplir, aunque muy débilmente, lo que se me ordenaba. No así para mis queridos discípulos, a quienes procuraba atender, como toda mi vida, con solícita atención y puntualidad. Que no conoce la masonería. Que sus tres hijas tomaron la comunión con gran solemnidad y repartieron los correspondientes recordatorios en los anos 33 y 34. Que el único comité al que ha pertenecido es el de la Cruz Roja. Que el único donativo voluntario que ha hecho en favor de la República ha sido una mesa, un sillón y una papelera para su escuela. Que durante la guerra le mandaron dar una plática a unos reclutas, una plática que las autoridades dieron el nombre de sermón. Y que, en cuanto a si perteneció a algún partido político, dice que fue secretario local del Comité de Unión Patriótica y, luego, de Al Servicio

de la República. Todo eso ha dicho el maestro de El Bonillo, escribiendo al pie de la declaración jurada la fórmula que quieren leer las mesas depuradoras: Año de la Victoria. Arriba España.

Pero el maestro cree que ha metido la pata.

Cierto es que ha reunido muchas pruebas en su defensa en forma de testimonio.

Dice un niño: He asistido siempre a las clases del maestro Luis Utrilla y nunca nos dijo que no había Dios y sí nos dijo un día que sin religión no se podía vivir.

Dicen cuatro falangistas de El Bonillo: El maestro nunca ha dado conferencias de carácter marxista ni ha figurado afiliado a ningún partido político de izquierdas de esta localidad, así como que durante la época roja sí ha sido perseguido en sus intereses, requisándole un automóvil de su propiedad, imponiéndole multas y alojándole evacuados permanentes, teniendo él seis hijos de corta edad.

Dicen varios padres de alumnos: Jamás han oído a sus hijos que el maestro haya dicho que no hay Dios ni nada que sea contrario a los preceptos de la Doctrina Cristiana.

Dice la hermana Natividad, madre superiora del asilo del pueblo: Dos de las hijas de Luis —Matilde y Dolores— asistieron como alumnas de párvulos a las enseñanzas religiosas.

Dice el antiguo cura coadjutor de El Bonillo: Él mismo administró el sacramento del bautismo a un niño de pocos días que era el último hijo de Luis y Fermina y observó, en su hogar, que era una familia altamente cristiana.

Y dice Manuela, hermana del cura Juan Tomás Rodríguez, que fue víctima de la barbarie roja en El Bonillo, una mujer afecta al glorioso Movimiento Nacional: Cuando vivía con su hermano en El Bonillo, observó cómo el maestro confesaba y comulgaba en compañía de los alumnos de la escuela, y que su hermano el cura, desde el púlpito, dirigió a dicho señor una entusiasta y justa felicitación, poniéndolo como modelo de buen cristiano.

Todas esas pruebas pueden ser decisivas, cierto. Sin embargo, Luis está intranquilo. Por eso hoy, cuando envía el expediente completo hacia Valencia y en él incluye el recibo del donativo de 50 pesetas que hizo en julio a favor del Auxilio Social de Falange, y asimismo incorpora la sentencia de un consejo de guerra que hace dos semanas retiró la acusación que pesaba sobre él y lo dejó en libertad, Luis siente la necesidad de hacer una aclaración. Toda aclaración es poca. Lo sabe. Dicen que las instancias superiores, antes de disponer una detención, se han informado a fondo sobre los motivos de la detención y sobre la persona del detenido. No hay ningún error. El nuevo régimen no se dedica a buscar la culpa en la población, sino que, como está establecido en la ley, se ve atraído por la culpa y envía a los

vigilantes a actuar. Eso es ley. Es imposible el error.

Así figura en *El proceso*.

Así es también su proceso: procedimiento sumarísimo de urgencia número 2047 de la Auditoría de Guerra de Valencia.

Solo puede esperarse la absolución real, la absolución aparente o el aplazamiento.

Así figura en *El proceso*.

Así también, seguramente, en el procedimiento de depuración de Luis Utrilla Rey, maestro de El Bonillo, ahora por fin en libertad, pero pendiente de si podrá volver a ejercer de maestro.

Hoy coge la pluma y firma la siguiente adición a su declaración jurada con destino a la Comisión Depuradora del Magisterio de 1.ª Enseñanza de la provincia de Albacete, punto y aparte. En el apartado de mi Declaración Jurada, escribe Luis U., por el estado anormal de mi memoria debido a las tristes circunstancias por que atravesaba cuando la hice (en el interior de mi prisión) y por una excesiva escrupulosidad de mi conciencia, hice constar, dos puntos. Que al implantarse la República en España, en el año 1931, pertenecí al partido «Al Servicio de la República»; mas como este partido político fundado por Ortega y Gasset en aquellos tiempos tuvo una existencia tan breve, pues desde que quiso constituirse el comité correspondiente en El Bonillo, para el cual yo había dado mi nombre, el partido se había disuelto y este fugaz y nominal comité no llegó a tener efectividad real y práctica de ninguna clase. Y para que resplandezca con exactitud la verdad y la justicia quede en su punto, solemniza Luis U. cada vez más pequeño, más indefenso y diminuto ante la ley y sus difusos guardianes, firmo la presente en Albacete a veintinueve de noviembre de mil novecientos treinta y nueve. Año de la Victoria.

La tinta negra de la estilográfica rodea con una rúbrica el nombre y el apellido del maestro nacional de sexta categoría, número 4.157 en el escalafón. El maestro sueña con una absolución real para poder seguir enseñando. Así lo ha hecho desde los dieciocho años en Villamalea, Cotillas, Casas Ibáñez, Caudete, El Ordial, Mahora y El Bonillo. De lo contrario, cómo se alimentan seis bocas pequeñas sin el sueldo de maestro, Fermina. La absolución real, ojalá. El mal menor sería la absolución aparente. Volvería al aula, sí. Recorrería de nuevo el camino de siempre de casa a la escuela, sí. Diría buenos días, sí. Pero tendría que dejar en la puerta su entusiasmo por la técnica, el progreso y el futuro. Una absolución aparente sería abrir la escuela de El Bonillo y ver encima de los pupitres ese libro ilustrado en tapa dura que una imprenta de Burgos está ultimando ya para el nuevo curso. Es un nuevo manual escolar. Se titula *Así quiero ser*. Entre paréntesis pone: El niño del Nuevo Estado. Diecinueve por catorce centímetros. Tres con setenta y cinco pesetas. Y dentro, la pureza más pura. Puro

como esto: Nosotros, los subordinados, no tenemos más misión que obedecer. Debemos obedecer sin discutir. Límpido de esta manera: Quien manda sabe lo que hace y por qué lo hace. Es más difícil mandar que obedecer. El que obedece no se equivoca nunca. Depurado así: Los españoles tenemos la obligación de acostumbrarnos a la santa obediencia. Nada de murmuraciones, de reservas ni discusiones. Prístino como sigue: En mi casa manda mi padre; en la escuela, el maestro; en el pueblo, el alcalde; en la provincia, el gobernador; en España, el Caudillo. Este manda en todos, porque tiene la responsabilidad de todos. Obedezcámoslo para que haga a España feliz. Inmaculado de este modo: En la España de hoy no hay que discutir: hay que obedecer. Completamente purificado hasta este punto: El Caudillo manda, organiza, resuelve, y todos los españoles obedecen. Esterilizado así: Serviremos al Estado siendo obedientes, disciplinados, diligentes, educados y, sobre todo, patriotas. Acendrado de esta forma: Yo prometo someterme del todo, íntegramente, a los mandatos de mi maestro, mis padres y las autoridades.

Niños puros; puros apóstoles. Jakob von Gunten con flecha, pantalón corto y un lema en esta feliz escuela Benjamenta: Vale quien sirve.

La pregunta era Qui és? La resposta era Déu.

La consigna era Pàtria. La resposta, aixecar el braç.

El resultat era un, la jugada era perfecta.

30 de noviembre

El Escorial, km 467

Por El Escorial vienen, piedra y sueño, falangistas. Las cabezas levantadas, los ojos entornados. Una lluvia fina baña el tambor del llano. Cae la tarde cuando José Antonio cruza la explanada del monasterio. Hay fuego en los montes, tañido de bronces, pólvora de artillería. Huele a victoria, también a terror. La Lonja de El Escorial es un alfiletero asaetado de agujas azules en un mar de banderas. Dicen que han venido treinta mil, cien mil, doscientos mil falangistas para dar la última guardia a su Fundador. Todo rezuma grandeza, ambición. Fascismo.

Los portadores penetran en el patio de los Reyes. La Falange entra en la casa de piedra del Señor, símbolo del imperio. Quedan ciento sesenta y nueve pasos, los últimos para atravesar el atrio y alcanzar la basílica. Los últimos metros para concluir este viaje de once días. Siete escalones para ganar el último de los mil veintinueve metros sobre el mar de Alicante. Ya no hay rumor de olas; solo Historia y piedra. La de los Austrias, con sus líneas herrerianas. La del Antiguo Testamento, con el mármol y el granito esculpido en los reyes de Judá.

Salomón, que pidió a Yahvé un corazón magnánimo para juzgar a su pueblo.

David, que dijo que Yahvé no salva por la espada ni por la lanza.

Josías, que apartó a los sacerdotes idólatras.

Manasés, que se opuso a la ortodoxia y toleró otros cultos.

Josafat, a quien su Señor le dijo: No es vuestra la guerra, sino de Dios.

Y Ezequías, que oró para que todos los reinos supieran quién era el único Dios.

Esa es la cuestión: un único todopoderoso. El monoteísmo fascista solo consiente un dios. Uno solo al que alabar, bendecir, adorar. Glorificar. No caben dos. Es el dogma fundamental. Hay que eliminar o reapropiar. En eso están.

De pie, firme, los aguarda Franco. Es su momento.

Sus títulos no son poéticos ni alzan vuelo retórico; son efectivos. Jefe del Estado. Jefe del Gobierno. Jefe de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire. Todos los honores quedan enyugados por esa evocadora síntesis de origen medieval, un concepto olvidado que remite a los jefes guerreros de la antigüedad: Caudillo. Franco, dice la

ley, responde ante Dios y ante la Historia. Es Caudillo de España por la gracia de Dios. Se le trata como enviado de Dios. Y por eso ha ofrendado a Dios su espada victoriosa en una ceremonia. Una Patria. Un Estado. Un Caudillo. Esa es la consigna.

Su nombre se multiplica por tres: Franco, Franco, Franco, siniestra eufonía de cerrazón. Su rostro llena paredes y muros, inunda periódicos y pasquines, se estampa en sellos y postales con foto oficial de Jalón Ángel. Hay veces que lo sacan serio, cejijunto, grave. Como para darle un aire mussoliniano o hitlerista. Pero hay indicaciones plásticas, y las ha dado Giménez Caballero. Dice Gecé que Mussolini tiene su secreto en la mirada y en la forma de emproar la mandíbula, un Condotiero con mirada solar y gestos de tribuno para el pueblo italiano. Dice Gecé que Hitler es, plásticamente, sus recortados bigotes y ese tupé oblicuo entre marcial y popular, entre doctoral y solemne, que va muy bien para un pueblo como el alemán, tan disciplinado y en orden. Sin embargo, dice Gecé, Franco es la sonrisa. La sonrisa de Franco ha conquistado a España. Y nos ha conquistado a todo el pueblo. Es el signo que el pueblo de España necesitaba para alcanzar su triunfo y consolidar su Victoria. Porque a un país tan rebelde, rijoso, enconado, cabileno y de guerra civil como el nuestro al estallar la lucha, solo podía pacificarlo un Caudillo con sonrisa. Aquí donde las pasiones han estallado en sangre, donde cada español se pega con su sombra, donde el alma de las gentes estaba y está convulsa y todo son iracundias, guerra, combate, solo esta sonrisa suprema de amor y de paz, que es Franco, podrá sosegarlo, apaciguarlo, cicatrizarle las heridas. Porque la sonrisa de Franco, sigue Gecé, y Gecé siempre sigue porque es incombustible Gecé, tiene algo de manto de la Virgen tendido sobre los pecadores. Tiene ternura paternal y maternal a la vez. En su sonrisa vemos que el hombre de más poder de España, y el que puede fulminar los destinos de los demás hombres, sabe perdonar, sabe comprender, sabe abrazar. Perdonar, comprender, abrazar, dice Gecé. Es cierto que Franco tiene momentos de gravedad infinita, de dolor, de seriedad amarga. Pero siempre es culpa nuestra. Y se debía pagar con fuerte castigo el poner serio a Franco. Porque el mejor premio que puede recibirse en nuestra Causa no es otro que ese: merecer que Franco nos premie con su sonrisa.

El Caudillo tiene motivos para sonreír. Han desaparecido de la escena sus competidores políticos y militares. Calvo Sotelo, asesinado. Gil-Robles, exiliado. Sanjurjo y Mola, muertos en accidente. Goded, fusilado. Y José Antonio, en el féretro, vacíamente presente.

No se parecían.

Uno bajo, regordete, rostro vulgar, papada, voz atiplada, ojos negros, inseguro, hierático, héroe de guerra, general más joven de toda Europa, militarón, conservador, camaleónico para alcanzar la

victoria, elusivo, familiar, tímido, paciente, astuto, ambiguo, flexible, superviviente con baraka, sanguinario, frío, insulso, anticuado.

El otro alto, atractivo, ojos claros, voz de galán fornido, anglófilo, lector de Kipling con el If enmarcado en su despacho, poeta frustrado, retórico, abogado con pistola, ideólogo rígido, sensible, vivaz, impetuoso, asceta, directo, moderno, revolucionario, ardiente, carismático, seductor, altivo, juvenil.

No se soportaban.

Se saludaron por vez primera en la boda de Serrano Suñer, en el invierno republicano del 32. Dos años después, cuando faltaban once días para que estallara la revolución de octubre del 34, José Antonio le escribió una carta. Mi general, dos puntos. Ya conoce usted lo que se prepara: no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotsky, y quién sabe si dirigido por Trotsky mismo. Parece que el Gobierno tiene el propósito de no sacar el Ejército a la calle si surge la rebelión, le escribía. Una victoria socialista tiene el valor de invasión extranjera, no sólo porque las esencias del socialismo, de arriba abajo, contradicen el espíritu permanente de España; no sólo porque la idea de patria, en régimen socialista, se menosprecia, sino porque de modo concreto el socialismo recibe sus instrucciones de una Internacional, le escribía. Pero además, en el peligro inminente hay un elemento decisivo que lo equipara a una guerra exterior: el alzamiento socialista va a ir acompañado de la separación, probablemente irremediable, de Cataluña, le escribía. Por si en esa meditación le fuesen útiles mis datos, se los proporciono, le escribía. Creo que cumplo con mi deber sometiéndole estos renglones. Dios quiera que todos acertemos en el servicio de España, le escribía, con todo afecto, José Antonio Primo de Rivera. Franco no respondió a esa invitación velada a una insurrección militar, a esa sugerencia de armar a los muchachos de Falange para salvar a España. Jamás respondió a esa carta. Finalmente, poco antes de las elecciones del 36, se vieron los dos. Fue la primera y última entrevista entre ambos. La reunión la había solicitado José Antonio. Franco accedió. Calle Ayala de Madrid, casa paterna de Serrano Suñer, terreno neutral. El líder de Falange entendía que España se asomaba al abismo y reclamaba un golpe militar contra la República. Una intervención del Ejército que instalara un Gobierno nacional de corte autoritario para evitar una guerra civil. Franco se desentendió. Evitó la cuestión. Habló de cañones, de generales, de anécdotas militares. Habló mucho para no hablar. Luego salió de la casa. Ya con la puerta cerrada, José Antonio maldijo, se mofó del general; sarcástico hasta lo hiriente, como tantas veces. Nunca se volvieron a ver. Y más tarde, la eterna pregunta: hasta dónde hizo, o pudo haber hecho Franco, por salvarle la vida a José

Antonio. Por rescatarlo de la cárcel. Por canjearlo por otro preso.

Ya han pasado tres años de su fusilamiento.

La gloria de una muerte épica es para José Antonio.

El poder que dan la victoria y el miedo, para Franco.

Por eso, acaba Gecé, al gritar hoy yo viva Franco, es que grito: Vive ya en él José Antonio.

La sonrisa del Caudillo.

Serrano Suñer, su valido, le entrega a Franco el cadáver del mártir al grito de José Antonio. Una masa exaltada, ebria de ideología, ciega de épica, grita Presente. Está todo dispuesto para el desenlace.

Ya han cruzado el patio de los Reyes. El muerto penetra en la basílica de El Escorial. El prior y el Caudillo se miran en la puerta del templo. El prior se inclina ante el Caudillo: palio ideológico de ida y vuelta.

El féretro marcha por la nave central a hombros de los palmas de plata: camisas viejas de Falange a quienes José Antonio condecoró con su más alta distinción. Es el último relevo. El de los suyos, los más queridos. Juan Francisco: antiguo profesor de Latín, contrarrevolucionario en el polvorín asturiano del 34. Ángel: torero, falangista, espía, ortodoxo, purista de José Antonio. Ha propuesto asesinar a Franco, pero eso nadie lo sabe. Leopoldo: conspirador y golpista, quintacolumnista. Sancho: detenido en casa de José Antonio. Narciso: fue a Aznalcóllar a vengar la agresión de cinco falangistas apedreados por vender el *Arriba*. Sabe que hay que esquivar dos tipos de balas: las de plomo y las de plata. Unas persiguen y matan; las otras sobornan y acallan. Juan: recogió los cadáveres de unos sacerdotes escarnecidos y se la jugó por ellos. Agustín: escuadrista, violento, líder de las milicias, primo de José Antonio, organizó varios intentos para rescatarlo de la prisión de Alicante. Ulpiano: detenido en el 34 por propagar hojas clandestinas y desafiar el peligro en Asturias. José Manuel: encarcelado por el asalto falangista a la sede de los estudiantes de Medicina. Felipe: herido en un asalto al local de Falange en Vigo antes de la guerra, y herido en el frente de Aragón. Mariano: alférez de infantería, camisa vieja azul mahón. Alfredo: participó en un tiroteo contra militantes socialistas de la Guindalera. Se ha pasado toda la guerra en la cárcel. Javier: fanático de La Idea. Repartía *El Fascio*. Un día hizo algo feo. Qué hiciste, hijo, le preguntó su madre. Un servicio a la Falange, le respondió el chico. Lo que importa, mamá, es España y la Falange, y sus hermanos de pie, en el comedor de casa, brazo en alto, camisa azul, saludándolo con orgullo.

Sobre estos hombros reposan las andas. Todos los ojos miran el ataúd. El magnetismo del féretro. Dentro va un cuerpo, un cadáver. Un hombre fusilado hace tres años. Un mártir que no ha conocido la Victoria. Que no ha muerto, escribe Azorín. Que no morirá.

Tenía treinta y tres años.

En el templo reina la penumbra y el claroscuro. Solo hay cirios y hachones encendidos. El fuego dibuja un juego de sombras oscilantes, como un sismógrafo totalitario. Están presentes todas las jerarquías del Gobierno, de Falange, del Ejército, del cuerpo diplomático: de la Alemania nazi a la Gran Bretaña, de la Italia fascista a la Francia del mariscal Pétain, del nuncio de la Santa Sede al títere de Manchukuo. También están los Grandes de España, las cuatro órdenes militares y los representantes de todas las capitales y provincias del país. A la izquierda del presbiterio, junto al Evangelio, se acomoda el Caudillo en su sitial, con un cojín con borlas para apoyar las manos, y su redondeada sombra proyectándose contra la pared. La sombra ubicua, alargada, desde ya siempre presente. Frente a él se sitúa el obispo de Madrid-Alcalá. En un sillón de honor toma asiento Carmen Polo de Franco, esposa del Generalísimo. Y en la escalinata de mármol que conduce al altar mayor forman los jefes de las milicias de toda España. Camisa azul, guante negro, boina roja en la hombrera. Desde allí ven cómo avanza el féretro por la nave central. Sus palmas de plata lo dejan con sumo cuidado encima de un terciopelo negro junto al sepulcro. Es un agujero rectangular excavado bajo la lámpara central del crucero, delante del altar mayor. Suena la cantata fúnebre de Bach. Suenan los cantos gregorianos con doscientas cincuenta voces. Los sacerdotes van revestidos con capas pluviales. Escucha, Senor, nuestras súplicas y ten misericordia de tu siervo José Antonio, para que no sufra castigo por sus pecados, pues deseó cumplir tu voluntad; y ya que la verdadera fe lo unió aquí en la tierra al pueblo fiel, que tu bondad ahora lo una al coro de los ángeles y elegidos. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos, amén. Senor, dale el descanso eterno y brille sobre él la luz eterna. Descanse en paz. Amén.

Todos se ponen firmes.

Es la escena final.

La función va a terminar.

Topos

Un topo. Vive enterrado, es solitario, no deja huellas, jamás sale de su escondrijo. Es casi ciego, porque nada tiene que ver. Es casi sordo, pues no necesita escuchar. Con los pelos de su hocico detecta vibraciones, tantea el riesgo, explora la oportunidad. Sabe que fuera aguardan el depredador o la trampa. Lo siente. La teme. Por eso protege su vida en el subsuelo. Agazapado. Oculto. Tan furtivo.

Hay un topo en Moguer, margen izquierda del río Tinto, en la llanura de Huelva. Tierra blanda, perfecta para un topo. Este lleva mil cuarenta y cuatro días bajo el suelo. El Lirio, se llama el topo. Parece un vampiro. Se ha construido una fosa en la cuadra de su casa con la forma de un ataúd. Uno ochenta de largo, uno setenta y cinco de hondo. Dentro del hoyo se queda tendido. Como un cadáver. Vivomuerto. Envuelto por el olor a mierda de mula y la peste a cochino. Y a mano, siempre, la escopeta de dieciséis milímetros y cuatro cartuchos. Por si acaso. Porque eso lo tiene claro: antes se mata que lo matan. Cuando husmea el peligro se mete en el ataúd y lo cubre con paja y estiércol. Y calla. Calla como un muerto. El Lirio es descarado. Atrevido. Fuerte. Resistente. Ya se escondió una vez. Tenía nueve años. Fue por culpa del cura de la escuela. El niño le había dado con una china en toda la cabeza. En defensa propia, contaba el niño, para que el cura no le zurrara aquel día. Por eso se escondió. Para que nadie lo viera ni lo castigara. Aquella tarde no fue a clase. Al día siguiente dejó de hacerlo para siempre, porque aquel cura lo dejó encerrado la tarde entera. Fin del colegio. Al monte con su padre. A dormir al raso. A recoger leña a dos pesetas el saco. A cazar conejos y pájaros. Todo un mundo de tabernas, blasfemias, sudor y tabaco liado desde chiquillo. Y el trabajo de carbonero, y la pesca de la caballa, y la siega del trigo con hoz antes y después de salir el sol. Luego vino la República, él votó al Frente Popular, la guerra estalló, quemaron la iglesia del pueblo y los camiones con falangistas desembarcaron en la plaza de Moguer. Buscaban a muchos. Algunos cayeron, otros escaparon. El Lirio se escondió. De eso ya hace dos años y medio. Ahora tiene veintiocho y se esconde bajo el suelo. Como un topo. La escopeta y los cartuchos, a mano. Como cuando le dio al cura en la cabeza. Pero esta vez no quiere salir. Si no hay peligro, el topo se refugia en la habitación de arriba. Allí sus padres lo alimentan en secreto. Si el topo olisquea el riesgo, se hunde en el hoyo que ha

excavado al fondo de la cuadra. Allí siente el frío metal de la escopeta. Eso lo calma. Porque a él ya no lo castiga nadie. La madera del fondo de la fosa, donde reclina la espalda, está lisa de tanto apoyarse en ella el vampiro de Moguer.

Hay otro topo en San Fernando, donde la tierra está bañada por las aguas del río Arillo, por las aguas de la bahía de Cádiz, por las aguas del océano Atlántico en una playa arenosa y otra fangosa. Este topo, con sus garras de clavos cortos y fuertes, hace muebles. Porque un topo únicamente trabaja con las manos. Eso le ofrecieron a él en casa: ser herrero, albañil o carpintero. Nada más. Por eso lo sacaron del colegio a los diez años. El topo va al hoyo. Sin embargo, hay especies raras de topos. Este, con sus garras, también escribe. Los topos son casi ciegos, aunque no ciegos del todo. Y este topo lee. Siempre ha leído. Ya con diecisiete o dieciocho años escribía poesía. Se juntaba en los cafés con otros muchachos en una tertulia literaria. Hablaban de Galdós, Blasco, Unamuno, Gorki, Verne, Chéjov, Goethe, Dostoievski. Por esos sueños se fue de joven a Madrid. De día era pintor de brocha gorda y, al caer la tarde, se transformaba en aspirante a escritor y aprendiz de bohemio. Cada semana echaba un cuento al buzón de *El Imparcial*. Nunca le publicaron nada. Una vez entró en el Café Gijón. No consiguió hablar con nadie. El topo se cansó y regresó a San Fernando. Ese es su hoyo. Y ahí sí que ha publicado. Ha firmado cuentos, ensayos y críticas de espectáculos en la prensa local. Esto último lo hacía porque era el taquillero del teatro Las Cortes. Cada noche, después de ganarse once pesetas como carpintero en los astilleros, se ponía en la taquilla para ganarse un duro más. Su entrada, señora, muchas gracias a usted. Y cuando la función estaba ya comenzada, entraba él, Juan Rodríguez Aragón, listo para ver el espectáculo y después escribir de él con sus garras delicadas. El topo se casó y tuvo dos hijos. Enseguida vino la guerra. Al día siguiente del golpe hubo tiroteos en la ciudad. Al tercer día mataron a algunos hombres de San Fernando. A él, que iba por la calle, unos falangistas le pegaron con porras de goma. Lo molieron a palos. Quizá sus garras cenetistas habían escrito demasiado —y cuándo es demasiado; eso siempre se sabe tarde y nunca hay vuelta atrás: el dilema de la escritura—. Al día siguiente, un vecino le dijo que habían ido a su casa para matarlo. Él sospecha que lo buscaban porque un falangista aspiraba a colocarse en su puesto de taquillero, ese por el que le pagaban cinco pesetas. Y entonces se asustó. Al topo se le agitaron las vibrisas, detector del horror. Ya no volvió a casa. Vagó por los descampados y durmió en el cementerio, enrollado en una manta y oculto en el interior de un nicho vacío. Pero en agosto del 36 regresó a casa y se escondió, como hacen los topos. Primero entre los conejos y las gallinas que tienen al fondo de la huerta. Después ocupó una

habitación trasera. Ahí sigue, con treinta y ocho años. Lee, escribe, piensa, espera. Ahí sigue ahora: por el duro de una taquilla. O por el miedo. Adónde es capaz de llevarnos el miedo. Adónde el miedo al miedo. A él lo ha llevado a este silencio. De entre todos los papeles que escribió, en uno arañó esta frase: Los hombres cultos son los cobardes, porque la cultura acobarda a los hombres. A veces también a los topos.

En la otra punta de Andalucía, junto al mar esta vez Mediterráneo, hay otro topo escondido. Dicen que es el hombre más buscado de Mijas. Se equivocan: él ya no es un hombre, es un topo. Por eso ha escarbado un agujero. Se ha escurrido, en el silencio de la medianoche, dentro de la casa de sus padres. Sabe que hay un armario alto, tapiado, ubicado en una habitación que da a la calle. Ha hecho un agujero en el muro de la alacena y lo ha cubierto con un cuadro grande de san José. Para entrar o salir del agujero descuelga el cuadro. Si no, permanece dentro, en el vientre de san José, como un niñojesús nonato. Dentro de esa placenta se pone en cuclillas. Sus hombros tocan las paredes. No hay sitio para más. Y así, agazapado, permanece de la madrugada a la medianoche. Los músculos entumecidos, las articulaciones agarrotadas. Por la noche, el topo sale de su alacena. Estira las piernas. Pasea por el cuarto. Se tumba en un camastro. Oye las voces de la posada y la barbería que su padre atiende abajo. Es el precio de la vida para Manolo, alcalde republicano de Mijas. Ya sabe que han paseado a muchos de sus compañeros. Que los alcaldes de Fuengirola, Benalmádena y Boliches ya están muertos. Por eso el topo sigue oculto detrás de un cuadro, en el útero de san José. Han pasado siete meses desde que llegó el topo a su placenta. Manuel Cortés, el niño que se quedó huérfano tan temprano; el barbero que les hablaba de injusticias y repúblicas a sus clientes; el hombre de ideales que leía la prensa a los analfabetos en la Casa del Pueblo; el concejal republicano que fue elegido alcalde tras la victoria del Frente Popular; aquel hombre que soñaba con traer el teléfono a Mijas y reconstruir la carretera con Benalmádena; el socialista que le dio la mano a Largo Caballero, tan frío y distante; el que oyó por la radio de Ceuta la noticia del levantamiento militar y vio con repulsa cómo en su pueblo se producían encarcelamientos de derechistas, registros domiciliarios, confiscaciones, toda aquella escalada fratricida que acabó con sus pies arrastrándose, durante seis días, bajo el fuego de la aviación, que terminó con su cuerpo enfundado en uniforme y luchando como voluntario en la guerra, en la Cuarenta de Carabineros, hasta la derrota final. Era la medianoche del 17 de abril cuando llegó a casa de sus padres. Saltó el muro y tocó suave en la puerta trasera. Su padre le abrió. Afuera quedaban las pisadas de un hombre; lo que cruzaba el umbral ya era un topo. Y ahí continúa. De

noche, en el camastro. De día, dentro del san José. Cuando le traen comida retiran el cuadro. Luego, para meterse de nuevo en el agujero, se sube a una silla, salta a una cómoda, retira el san José y se cuela por el boquete abierto en la alacena. Ese es su hogar. Oscuro. Negro. De cuclillas. La pared en los hombros. Así sobrevive un topo.

Hay más topos. Un topo cojo y anarquista habita un desván de Almodóvar del Campo, en mitad de la llanura manchega. Se ha escondido en casa de su madre. En el techo de una habitación hay una trampilla entre dos vigas. Por ahí se desliza hasta el desván. El escondrijo solo tiene medio metro de alto; no cabe un hombre de pie. Da igual. Atrás quedó Manuel, el mecánico de la CNT. Ahora no es más que un topo con una pierna ortopédica de hierro, una esposa que se ha marchado con los niños a una chabola, y una madre que pide limosna para alimentar al animal que secretamente habita en su desván.

Hay otro topo cojo, este por la polio, que está bien escondido. A él lo encubre un cura amigo. Se oculta dentro de un arcón de la iglesia de Mudrián, Segovia. Lleva tres años dentro de ese arcón. Por la noche se mueve en la iglesia vacía, padre nuestro que estás en los cielos protege a este topo que fue alcalde socialista y que ahora figura en la lista de los falangistas, protege a este topo de veintisiete años llamado Saturnino, a quien nunca le ha asustado la muerte. Si hemos nacido para morir, pues nada, a morir. Eso cree él. Por eso tiene pensadas las palabras que diría en caso de que lo fusilen. Querría decir que muere por la causa de la libertad y la causa de la justicia, pues el único fin de la vida es el amor a los demás y la libertad, y todo eso lo va rumiando dentro de un arcón olvidado en la iglesia de un pueblo perdido de Castilla.

Hay, todavía, otro topo. Se esconde mil metros por encima del mar, en Béjar, rodeado por el verdor de estas sierras que han visto motines del pan y revoluciones textiles. Pero ahora no es tiempo de ideas. Hay topos que entierran sus ideas bajo el suelo. Son topos ideológicos. Encubren sus pensamientos. También camuflan sus recuerdos. No así las esperanzas: de esas quedan pocas en este tiempo de hambre y miseria, de miedo espeso, de purga en las tapias, de martirio y sublimación del sufrimiento. España se ha convertido en una topera ideológica. Hay que enterrar las ideas. Sepultar el alma que disiente. Pero a veces no basta con inhumar el alma. En Béjar hay un topo en cuerpo y alma. Se amaga en un desván. Come a cucharadas, como un bebé, y mea y caga en una vasija, como un anciano. Todo lo hace en ese desván en el que lleva ya más de tres años. Se encerró allí en julio del 36, dos días antes de que llamaran a filas a los mozos de su quinta y cuando supo que a su hermano lo habían matado. Antes, este topo ya había sufrido las consecuencias de la pulsión reaccionaria. La

revolución del 34 y la huelga general lo obligaron a escapar. Pero lo cogieron. Lo detuvieron. Lo sometieron a un consejo de guerra. Y así conoció las cárceles de Badajoz, Burgos y Salamanca. También el exilio de Portugal. Luego regresó a Béjar. Y ahora es un topo. Un topo enterrado con sus ideas libertarias en el desván. El desván es lóbrego. Mide cinco metros de largo por casi dos de ancho. Un zulo para enanos, porque de alto mide cincuenta centímetros en la parte más baja y solo uno veinticinco en la más alta. El topo no puede estar de pie. Solo sentado o tumbado. Y nunca sale del desván. A la guarida no se puede llegar por dentro de la casa. Solo se accede por una gatera del tejado, el único respiradero del habitáculo. Cuando tiene que comer, su madre se sube a los fogones de la cocina y mete todo su cuerpo dentro de la campana de la chimenea. Esa chimenea llega hasta el desván. Han hecho un agujero. El plato no cabe por él. Solo la cuchara cargada. Su madre le pasa la comida a cucharadas. Él la engulle y le devuelve la cuchara a mamá. Así come: poco a poco, como un recién nacido. En realidad lo es. Tiene tres años y cuatro meses. Esa es su vida de topo. Para beber, su madre le acerca un tazón por la brecha abierta y él sorbe, desde arriba, con una paja gruesa de centeno. El agujero es su único contacto. Por allí le pasa su madre los libros, troceados a cuadernillos y sin tapas. Por el ventanuco arroja la vasija con sus deposiciones a otros tejados. Después se queda quieto. Afuera lo espera una novia, aunque no sabe cuánto tiempo más esperará. También lo esperan falangistas y guardias civiles. Por eso continúa así el topo: sentado, acostado, reclinado, jamás de pie en este desván de tinieblas, polvo y ruidos. A veces los ratones se cuelan en el zulo y recorren su cuerpo. Él se hace el muerto. Los mira, los está mirando. Sigue con las pupilas sus espasmódicos movimientos. Mira sus ojos negros y definidos, y su cola hermana de roedor. Un ratón y un topo, frente a frente, en la soledad clandestina del desván. El ratón se sabe vulgar; sabe que en su nido hay muchos ratones más. El topo, en cambio, se cree singular. Piensa que es el único de España. Y sin embargo, hay muchos topos escondidos. Agazapados. Ocultos. Tan furtivos.

Presentes ellos.

Presente el depredador.

Ángel

No escribe uno lo que quiere. Las circunstancias le imponen, tantas veces, desde dónde escribe, cómo lo escribe, para qué escribe. Pessoa ansiaba escribir lo que sentía exactamente como lo sentía: con claridad, si era claro; oscuramente, si era oscuro; confusamente, si era confuso. Una mano escribe ahora. No escribe lo que quiere. Escribe lo que siente y como lo siente: claro, sereno, resignado. Escribe Prisión provincial, 30 de noviembre de 1939. Escribe Queridísima Pilar, por fin llegó la hora fatal en la que se va a cumplir una sentencia dictada por la incomprensión. Escribe la mano de Ángel y sabe que es lo último que va a escribir. Con qué artificios podría el lenguaje de la imaginación revestir esta capilla penitenciaria en la hora final. La dibujaría en silencio, perforada de humedades, con la irrealidad suspendida de lo solemne y todas esas miradas torvas, agotadas, que prefieren callar porque nada queda por decir. Los caminos de la imaginación —la palabra libre— dibujarían los brazos quietos de Severina, cocinera del Batallón Lenin de Torrelavega. Las manos gastadas de Cesáreo. Las piernas cansadas de Elías. El rostro sombrío de Pantaleón. La piel sin luz de Valerio. La mirada afligida de Siro. La espalda abatida de Demetrio. El andar inane de Prudencio. La juventud consumida de Agapito. Qué trágico, qué bello. El vuelo de la imaginación podría continuar con Esteban y su pelo sucio. La rabia de Constantino ahogada en blasfemias. La angustia incontenida de Vidal. El miedo callado de Martín. Esa mirada de Santiago al carcelero. El tabaco que enhebran los dedos de Antonio. Los pasos vacilantes de Juan Miguel. El estómago anudado de Fernando. La boca cerrada de un José y la boca seca del otro José. Los veinte condenados a muerte ahí, invisiblemente presentes. Con el rostro definido y las sensaciones vívidas justo al borde del final. Pero todos esos detalles se perdieron en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Lo que un día fue claro ya no lo es. Ahora es confuso y oscuro. Y de ese modo, diría Fernando Pessoa, es como debe escribirse: confuso, oscuro. Pero aún queda la mano de Ángel. Y queda la palabra. Queda la palabra para contar todo lo que era suyo y resultó ser nada. Para ver el rostro puro y terrible de su patria en este Año de la Victoria. Para conocer ese tiempo en que él, Ángel Martínez Ros, natural de Mataporquera, cortador de vidrio, de treinta y un años de edad, casado con Pilar y padre de tres hijos, soñó con otro mundo. El brillo en la mirada, el cuello ancho, dura la

mandíbula, la sonrisa franca, y en la mente esos dos versos: No más deberes sin derechos, ningún derecho sin deber. Por eso él negociaba el jornal de los compañeros de la vidriera de Renedo de Piélagos. Porque la palabra es como el filo de un vidrio: amenaza, protege, corta, resguarda, a veces mata. Y él, Ángel, domina la palabra. Lo han dicho con asco los testigos convocados a su proceso. Que Ángel el vidriero es de palabra fácil y persuasiva. Que ejercía fuerte influencia sobre sus compañeros. Que es bastante listo e ilustrado. Que tenía gran ascendiente sobre los obreros. Que era el organizador de todas las huelgas ocurridas en la vidriera. Que es el creador de todas las asociaciones extremistas del pueblo. Y eso mismo, que domina la palabra, también podría decirlo Pilar. A ella, hace cuatro días, aún le escribía unos versos: Hay rubias, como tú, tan verdaderas, que al esparcir el día sus destellos, parece que las mismas hechiceras cardan rayos del sol con las tijeras, y después se los ponen por cabellos. Eso le escribía Ángel a su mujer hace solo cuatro días, desde la cárcel, cuando le contaba lo amargo que había pasado el día de su cumpleaños. El domingo se llevaron a veinte para ejecutarlos el lunes y celebrar así el tercer aniversario de la muerte de Primo de Rivera, le escribía. En seis días, sesenta. El total son ya ciento catorce, le escribía. Y le retrataba esa imagen brutal: No te puedes hacer una idea de la entereza con la que salen ni de lo que se sufre cuando se oyen venir a buscarlos y no se sabe a quién le va a tocar. Después de ver cómo marchan estos compañeros que parece que van a una romería, se cogen ánimos, le escribía Ángel a Pilar. Que es de palabra fácil y persuasiva lo dicen con malicia y recelo. Con palabras duras, tenebrosamente secas, cortadas como el vidrio. Ya ha habido consejo de guerra: pena de muerte. Lo acusan de ser el autor moral de dos muertes, y qué más dan las pruebas. También lo acusan de haber presidido una procesión sacrílega y bufona con varios individuos revestidos de sacerdotes que apaleaban a un Cristo. Pero él, que cree en la palabra, lo ha intentado hasta el último suspiro. No escribe uno lo que quiere, por eso Ángel ha ido escribiendo mensajes en papel de fumar para esquivar la censura del penal del Dueso de Santoña, donde el batir de las olas del mar Cantábrico inunda de rumor las celdas cada anochecer, estrellas de espuma, luna oculta y salada, la marea en la cabeza del que va a morir. Esos papeles de fumar escritos en letra apretada y escondidos entre la ropa sucia los ha desenrollado su mujer. Pide al cura de Quijano que haga una certificación que diga que no existió tal manifestación. Id a ver a Caparrini y le decís de mi parte que, como su informe fue el que más daño me hizo, él es el único que puede evitar una tragedia. Ponédselo muy grave e insistid mucho en que si él quiere molestarse un poco, a mí no me fusilarán, y que en caso contrario no habrá remedio. Decidle también que si es que

yo merezco la muerte por lo que haya hecho. A Marina le dices que si después de siete meses que hace que se acabó la guerra no son bastantes los treinta y cinco que han muerto ya del ayuntamiento. Todo esto lo debes hacer sin temor y decirlo tal y como yo te lo digo, le ha escrito Ángel. Hazlo todo como yo te indico, le ha recalcado. Que doña Ascensión, si tiene alguna persona influyente, haga lo que pueda. Que Emilio diga que soy una buena persona y que en los informes hay mucho de odio personal. Tu pariente del astillero también podría hacer algo. También puede ir tu hermano a ver al cura de Rumoroso a ver si ahora quiere certificar que yo evité que le dieran el paseo. Tampoco sobraría que vieras a don Ricardo, y le dices de mi parte que si se tratara de años no te mandaría que le molestaras, pero que se trata de la vida nada más por pensar diferente a ellos. Palabras que ruegan palabras. Así se ha pasado Ángel las últimas semanas. No escribe uno lo que quiere. Pero todo ha sido en balde. Porque hay palabras de un peso insoportable. Fundador del Partido Socialista en Renedo, por ejemplo. Secretario del comité del Frente Popular, por ejemplo. O secretario del Socorro Rojo Internacional. También voluntario del Ejército republicano, Batallón 101, Batallón 139. Son palabras que no perdonan los nuevos amos de la palabra, y qué importan ya las demás palabras. Qué más da que Ángel le escriba a Pilar si tengo la desgracia de que cumplan la condena, te querré desde el sepulcro como te adoro en la Tierra. Qué importan esas palabras en verso que Ángel le ha escrito a Pilar en recuerdo de aquella vez que pudo salir del encierro del campo de Corbán, él preso y aún viva la guerra, y les dejaron gozar, los dos a solas, de un día entero y de una larga noche de cuerpos blancos y sedosos, de emoción y deseo, de sonrisas felices y demorados besos. Y en los supremos instantes que proporciona el querer, evocaba la mano lírica de Ángel, disfrutamos plenamente, rindiéndonos de placer. Después volvía la realidad. El sol venía en el nuevo día para anunciar que era yo un preso al que aguardaba la soledad. Me diste un beso y te alejaste, dejando en mi alma la hiel amarga de la verdad. Eso quisiera escribir de nuevo la mano de Ángel Martínez Ros. Pero no escribe uno lo que quiere, y menos aún el día que lo van a fusilar. Te escribo unas horas antes de dejar de existir, le escribe Ángel a Pilar, no para recomendarte nada; no para pedirte mis últimos deseos referentes a nuestros queridos hijos, ni para recordarte tantas y tantas ilusiones como quedan truncadas con mi muerte. Te escribo para que sepas que, en estos fatales momentos, mis recuerdos van hacia vosotros, seres tan queridos a quienes no besaré más; a quienes no veré jamás. Estoy con ánimo. Nunca se mira a la muerte con tanta valentía como cuando se la tiene tan cerca. Pero vuestro recuerdo, por más que hago por apartarlo, no consigo sino acrecentarlo. Todo cuanto yo pudiera

recomendarte a fin de que mis ilusiones para con nuestros hijos llevaras a cabo, sobra. Sé que me conoces lo suficiente para que así lo hagas. También pienso en mis hermanos y en lo que van a sufrir cuando esta noticia llegue a su poder. Además pierdo la vida en el día del santo de Andrés, y esto le hará que nunca más pueda celebrarlo porque se unen dos aniversarios bien dispares. Escríbeles enseguida para que lo sepan. A Pepito le deseo más suerte que la mía, y a Celes y María, aunque lo sabrán más tarde, díselo enseguida. A tu hermano, que no os deje abandonados nunca, y a tu abuela, un abrazo. Saludos a todos mis amigos y familiares. Un abrazo muy fuerte para mis hermanos y para los pequeños y para ti. Solo os pido que todos los años, en este día, tengáis un recuerdo para este padre y compañero que morirá pensando en vosotros. Ángel Martínez, una rúbrica, y ya. No escribe uno lo que quiere. Y uno no querría escribir camión tapia cementerio piquete sangre carros zanjas fosa cuerpos Severina Cesáreo Elías Esteban Martín Pantaleón Valerio Santiago Prudencio Constantino Antonio Demetrio Siro Agapito Vidal Juan Miguel José Fernando José Ángel cal tierra noche olvido, porque eso es lo que viene ahora. El horror hecho rutina, el más siniestro horror. Sin embargo, en el reino de la palabra, hay veces que uno elige el final que quiere y lo escribe como quiere. Entonces busca unos versos. Y no son de Pessoa, porque o poeta é um fingidor. Son de un cortador de vidrio de Mataporquera que estudió por correo y dominaba la palabra. Es el beso la expresión de un idioma universal, dice su rima de arte menor: en la mejilla es bondad; en los ojos, ilusión; en la frente, majestad; y entre los labios, pasión.

Aquí reposan once reyes de España.

Carlos I. Murió de paludismo por un mosquito.

Felipe II. Murió de gota.

Felipe III. Murió de fiebres y erisipela.

Felipe IV. Murió adolorido por la disentería.

Carlos II. Murió, dijo el forense, cuando su cuerpo no tenía ni una sola gota de sangre. El corazón apareció del tamaño de un grano de pimienta. Los pulmones corroídos. Los intestinos putrefactos y gangrenados. Tenía un solo testículo, negro como el carbón. La cabeza, llena de agua.

Luis I. Murió de viruela con diecisiete años.

Carlos III. Murió en su cama imperial con dosel doble.

Carlos IV. Murió de un ataque de gota con fiebre.

Fernando VII. Murió tras violentos ataques de gota.

Isabel II. Murió por una gripe que afectó a sus pulmones.

Alfonso XII. Murió de tuberculosis.

A José Antonio Primo de Rivera lo han fusilado. De madrugada. En el patio de una cárcel.

José Antonio no ha sido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, rey de España, rey de Nápoles, rey de Sicilia y rey de Cerdeña, duque de Borgoña y de Milán, soberano de los Países Bajos y archiduque de Austria.

Él solo ha fundado un partido, Falange Española. A él apenas lo seguían cuarenta y seis mil personas antes de morir.

Hoy, en cambio, es el Fundador, el Profeta, el Ausente.

El Príncipe de la Inteligencia, Glorioso Mártir, César Eterno.

El Héroe Nacional, Figura de la Raza, Primero de los Caídos.

La Muerte que Vive, Novio de España, Conductor del Imperio.

Es el Guía de las almas, el Capitán, el Maestro.

Es el Elegido. El Genio Creador. El Nunca Muerto.

Y va a ser enterrado aquí, delante del altar. En la basílica de El Escorial, ancla del imperio agarrada al granito, inconmovible a los siglos, con cenizas de reyes en sus cimientos. Eso dicen.

Veinte hombres descienden el ataúd, lentamente, hasta el fondo del sepulcro, construido con nueve mil kilos de granito extraído de Segovia. Ya no es un muerto. Solo un símbolo. Hay que sellarlo. Recordarlo y olvidarlo. Resignificarlo. Utilizarlo. Blandirlo. Mimetizarlo. Frenar su inercia con el Movimiento.

Sobre el féretro colocan una vieja bandera de Falange, un trapo rojo y negro de los tiempos heroicos. Colores anarquistas, esencias

fascistas, ímpetu revolucionario: el sueño de José Antonio, enterrado con él. Junto a los reyes. Para la eternidad.

Suena el canto gregoriano. In paradisum deducant te Angeli. Al paraíso te conduzcan los Ángeles, a tu llegada te reciban los mártires, y tengas el eterno descanso.

La losa sepulcral, de puro granito sin vetas ni mancha, pesa cuatro mil kilos. 2,74 de largo, 1,64 de ancho, 25 centímetros de espesor: una losa monumental. Inscrito en la piedra, nada de un párrafo. Escuetamente José Antonio y una cruz. Como corresponde al laconismo de su estilo.

La cruz pervive al yugo.

La losa sepulcral ya está colocada bajo la gran lámpara de bronce que pende de la bóveda. De sus veinte velas, diecinueve ya se han consumido; queda una sola flameando. Los fascistas italianos venidos a bordo del Neptunia dejan la corona de bronce del Duce. Los nazis alemanes también entregan la corona del Führer. Brazos en alto. Yugo fascista. Hay una Europa por ganar. La orquesta sinfónica de Madrid sigue tocando. La dirige el maestro Tellería, de riguroso luto. Ahora mueve la batuta. El 3 de diciembre del 35 tocaba el piano. Lo tocaba apasionado en la Cueva del Or-Kompon. Lo había citado allí José Antonio. A él y a una escuadra de poetas. Quería un himno. José Antonio quería un himno. Una canción de guerra y de amor, sin odios. Un cántico para inflamar a los muchachos falangistas. Una letra que hablara de la novia, de la muerte, de la guardia eterna de las estrellas, de la paz y la victoria. La taberna vasca de la calle Miguel Moya lucía en sus paredes paisajes de Euskadi. Prados verdes, bueyes labriegos, pelotaris con gerriko, viejos con boina. El maestro Tellería se puso a interpretar esa música que ya tenía compuesta, un allegro con dos bemoles en la armadura. Había que ponerle letra. Emborronaban cuartillas el mismo José Antonio, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo, Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro, Pedro Mourlane, Jacinto Miquelarena y el marqués de Bolarque. La corte literaria de José Antonio y él, poeta político, político poeta. Fue Agustín de Foxá quien puso el arranque. De cara al sol con la nueva camisa que me bordaste ayer. Hubo que pulir. Encajar sílabas. Ganar energía. Poner el tú, que perfilaba mejor a la novia. Dionisio Ridruejo aportó dos versos más. Volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz. Primero era el paso recio, luego el paso fuerte, hasta que por fin encontraron el paso alegre. Asentimiento general. Incorporaron los dos versos que había escrito José Antonio: Y traerán prendidas cinco rosas, las flechas de mi haz. El himno cobraba cuerpo. Pero la segunda estrofa no salía. Se probaba con centurias sobre nubes, con pálidos desfiles de muertos, todo muy macabro y metafísico. Nada que sirviera. José María Alfaro rompió el bloqueo. Leyó su par de versos: Volverá a reír la primavera

y será la vida, vida nueva. Mourlane enmendó con lápiz el segundo verso y lo dejaron así: Volverá a reír la primavera que por cielo, tierra y mar se espera. Enseguida añadió ese final impetuoso, lleno de brío, triunfal de esperanza: Arriba, escuadras, a vencer, que en España empieza a amanecer. Las mesas seguían con restos de comida y vasos declinantes. El humo del tabaco nublaba el Or-Kompon. Había alegría, impaciencia, toda la juventud en las miradas. Ya querían probar la letra con el piano de Tellería. Se pusieron a cantar. Rieron, bromearon, qué jóvenes todos. Salieron de la taberna. Diciembre en Madrid, noche cerrada, el frío de la calle Alcalá entre farolas, los cuellos alzados, el vaho en las bocas. Al día siguiente Foxá lo remató. Quería ser fiel a la idea de las estrellas. De los muertos, siempre presentes, que iluminan desde arriba. Entre él y José Antonio arreglaron esa estrofa que se resistía, que no salía, y que terminó así: Formaré junto a mis compañeros que hacen guardia sobre los luceros, impasible el ademán, y están presentes en nuestro afán. Si te dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí. Punto. Los dos bajaron contentos por la calle de Olózaga y se despidieron. Ya tenía himno la Falange.

Era 4 de diciembre de 1935. En un año, José Antonio sería fusilado. Ahora es enterrado. Y su caralsol suena a guerra, a enemigo. A paredón.

Es el final de la función.

Franco se sitúa frente a la tumba. Arroja tierra en las ranuras. Saluda brazo en alto. El eco de su voz llena El Escorial, inunda España entera.

José Antonio, símbolo y ejemplo de nuestra juventud. En los momentos en que te unes a la tierra que tanto amaste, cuando en el horizonte de España alborea el bello resurgir que tú soñaras, repetiré tus palabras ante el primer caído: Que Dios te dé el eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte.

José Antonio Primo de Rivera, grita.

Presente, mienten.

Fuentes

Quise caminar por la misma senda, esa antigua carretera nacional. Quise caminar solo, lentamente, al ritmo del cortejo. El sol me acariciaba la mejilla izquierda en esos días finales del otoño, como en 1939. El frío de la noche y un viento racheado azotaban mi rostro en la desierta oscuridad. Trataba de imaginar el cómo, nunca me acercaba al porqué. Solo fueron diez kilómetros a pie, entre Corral de Almaguer y Villatobas. Diez kilómetros: la misma distancia que cada falangista cubría de un relevo a otro en el trayecto original. Quise también pasar por todos los pueblos que atravesó el séquito, desde el cementerio de Alicante hasta la basílica de El Escorial. Fue en ese viaje, recorrido pueblo a pueblo, con el día y con la noche pero sobre todo con el frío y la soledad, cuando tomé conciencia de lo insólito de aquel peregrinar, alucinante y tenebrista, que dio comienzo a una larga dictadura y que en estas páginas he intentado reconstruir. Sin embargo, el viaje de este libro de no ficción pura había comenzado mucho antes. Latía ya en dos planos contrapuestos: su ostentoso anverso, su invisible reverso.

El primero concernía al traslado de un muerto glorificado en un país asolado. Todo empezó con ese vídeo, un documento excepcional rodado por el Departamento Nacional de Cinematografía en 1939. Se titula *¡Presente! En el enterramiento de José Antonio Primo de Rivera*. Son dieciocho minutos de imágenes sobre los ceremoniales de exhumación del cuerpo del jefe de la Falange y su traslado a pie hasta El Escorial. Tuvo un efecto hipnótico en mí. El mejor análisis de ese cortometraje lo ha escrito Vicente Sánchez-Biosca en el artículo «El Ausente, ¡Presente!: El carisma cinematográfico de José Antonio Primo de Rivera, entre líder y santo», donde explora el carisma religioso, santificado y cuasi divino que fue adquiriendo José Antonio. Como advierte Sánchez-Biosca, quizá en ninguna otra ocasión durante la dictadura un líder fue capaz de usurpar tanto protagonismo a Franco como en este traslado y en la narración paralela que se hizo aquellos once días. El librito *A hombros de la Falange. De Alicante a El Escorial*, publicado en 1940 por Samuel Ros y Antonio Bouthelier, ha sido una buena fuente de datos. Sin embargo, una vez más, la hemeroteca resultó determinante. Desde las más de treinta páginas que el diario *Arriba* dedicó al cortejo, hasta la amplia cobertura que prestaron el resto de los periódicos españoles a los que he podido acceder: del *Abc* a *Proa*, de *La Vanguardia* a *Imperio*, muchos con el yugo y las flechas en su cabecera. Para describir con precisión numerosos tramos del itinerario he recurrido a las fotografías que custodia la Biblioteca

Nacional de España, así como a los archivos de la Agencia EFE y a una serie de imágenes casi desconocidas, del Servicio de Información del Tercer Reich en España, captadas por el fotógrafo alemán Wisniewski y que encontré en Todocolección. Los rostros, la ropa, el aspecto de las calles: las fotos son un manantial de información. Por cierto: el historiador de la fotografía Aku Estebaranz, coordinador de Arqueología de Imágenes, me condujo hasta el fotógrafo alemán Otto Wunderlich, quien fotografió al niño vestido de falangista que ilustra la cubierta de este libro.

Para comprender mejor las implicaciones del hecho mismo de caminar, en este trayecto a pie de casi quinientos kilómetros, han sido básicos dos libros: *Andar, una filosofía*, donde Frédéric Gros pasea al lado de otros autores caminantes como Rimbaud, Thoreau o Kant, y *Elogio del caminar*, un delicioso ensayo de David Le Breton. Con todo, un artículo me ha aportado las mejores reflexiones políticas y antropológicas sobre el hecho de poner un pie delante del otro. Es el texto de Rafael López-Monné titulado «Caminar entre crisis. Significats de caminar en un món en transformació». En «Marchas, antorchas y fascismo», Robert Galbán habla del uso del fuego y de las masas en los totalitarismos. Y el ensayo *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, antologado por Jesús Casquete y Rafael Cruz, estudia cómo los totalitarismos explotan la muerte, algo que atraviesa este viaje con un ataúd a hombros.

Para contar pasajes de la vida de José Antonio me he valido de tres apoyos fundamentales. El primero ha sido la lectura de sus obras completas: mil páginas que compilan todas las palabras públicas del fundador de Falange. Discursos, artículos, declaraciones, escritos, cartas públicas, conferencias, intervenciones parlamentarias, entrevistas, circulares políticas, hojas escritas en los sótanos del calabozo, su vista judicial y hasta su propio y legendario testamento. El segundo sostén ha sido su mejor biografía: *José Antonio. Realidad y mito*, del profesor Joan Maria Thomàs, a la que debo mucho. El tercer puntal lo ha sustentado el amplio abanico de textos que he reunido sobre Primo de Rivera. Sin afán de exhaustividad, destaco la importancia de la tesis doctoral de Zira Box, «La fundación de un régimen. La construcción simbólica del franquismo» —publicada como monografía con el título de *España, año cero*— y su artículo «Sacrificio y martirio nacional. Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera». Las «Claves icónicas de la mitificación de José Antonio Primo de Rivera», de Víctor Zarza, dan pistas sobre el impacto de su rostro reproducido. Los ensayos de Stanley G. Payne sobre José Antonio enmarcan su figura. Después, un conjunto de libros temáticos han arrojado información y detalles concretos. *José Antonio Primo de Rivera frente al tribunal popular* ofrece el texto taquigráfico del juicio

oral de Alicante. *José Antonio en la cárcel de Alicante*, de Alfredo R. Antigüedad, aporta datos de aquel tiempo entre rejas. Su tiempo de universitario queda recogido en la conferencia de Ramón Serrano Suñer «José Antonio Primo de Rivera» y en su opúsculo *Semblanza de José Antonio joven*. Para explorar otras dimensiones del fundador de la Falange he recurrido a estos libros: *José Antonio, abogado*, de Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra; *José Antonio y los poetas*, de José María García de Tuñón Aza; *La personalidad religiosa de José Antonio*, de Cecilio de Miguel Medina; *José Antonio, fascista*, de José Luis Jerez Riesco; o *José Antonio. El hombre, el Jefe, el camarada*, de Francisco Bravo. Hay detalles, como la pluma que usaba José Antonio, que he obtenido de José María Zavala, autor de *La pasión de José Antonio* y *Las últimas horas de José Antonio*. En la comprensión del fenómeno político que fue Falange me ha ayudado una gran obra académica: *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, coordinada por Miguel Ángel Ruiz Carnicer y donde escriben referentes de la materia como Ismael Saz, Ferran Gallego, Carme Molinero o Nicolás Sesma.

El libro ya iba en marcha. A su paso por Villena obtuve las pequeñas historias de Ubalda, Jerónimo y Alfonso de una joya local: el libro *De Alicante a El Escorial: Villena, José Antonio Primo de Rivera y el traslado a hombros de sus restos mortales en 1939*, escrito por José Vicente Arnedo Lázaro, quien ya me alertó de la dificultad de ordenar el caos de aquel viaje con las lagunas que había dejado el único relato oficial de Samuel Ros y Antonio Bouthelier. Las fotografías de Giuseppe Croce facultan la descripción con detalle. Las alocuciones radiofónicas por la Semana de José Antonio en Radio Nacional quedan recogidas en el opúsculo, de 1939, *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*. Sobre su Ausencia mitificada incluyo dos versos de Federico de Urrutia en el poema «Mensaje a José Antonio». Los títulos de los caprichos de Goya son reales.

En sus pasos por Almansa recurrí al estudio «La Guerra Civil en Almansa»», de Juan Luis Hernández Piqueras, para relatar qué había sucedido allí durante el conflicto. Para trazar el paralelismo entre el cortejo de José Antonio y el que protagonizó la reina Juana de Castilla cuatrocientos años antes me apoyo en *Juana la Loca. La cautiva de Tordesillas*, de Manuel Fernández Álvarez, y el artículo «Itinerario de una locura de amor», de Elías Rubio Marcos, donde se reconstruyen los pasos de aquel cabalgar nocturno con otro cadáver insigne. La descripción de los caballos frisones que tiraban del féretro del rey procede de distintas webs sobre equinos. Hay cuatro versos de Antonio Machado en el poema «A orillas del Duero» incrustados en la Castilla de la reina Juana. Las líneas sobre el origen de la camisa azul

de Falange deben su esencia al relato que hace Francisco Bravo en *José Antonio. El hombre, el Jefe, el camarada*. El reverso sobre el origen de la camisa parda de los nazis bebe de la tesis «Muertes ejemplares. La construcción de los mártires nazis en la República de Weimar», de Jesús Casquete.

Mientras los restos de José Antonio se acercaban a Albacete, un grupo de italianos enviados por Mussolini llegaba a España. Los datos sobre el trasatlántico italiano Neptunia proceden de un artículo de 1932 escrito por el ingeniero naval Luis Bruna, con abundantes fotografías de los salones y el interior de la embarcación. La información sobre el teniente coronel Andrea Zotti, que llevaba la corona de laurel del Duce, la he encontrado en la web Byplane Fighters Aces, recopilada por el especialista Håkan Gustafsson. En un ejemplar antiguo de la *Revista de Aeronáutica* obtuve detalles sobre la boda entre este aviador italiano y la hija del general Kindelán. Y sobre el escultor Giuseppe Ciocchetti, que diseñó la corona italiana para el fundador de la Falange, el rastreo llevó a dos documentos con datos biográficos. Uno es el artículo «Il Monumento ai caduti della Guerra 1915-1918 di Pizzo. Marmi carraresi. Giuseppe Ciocchetti in Calabria», y el otro es el trabajo «I Monumenti ai Caduti in Calabria. Tra Case d'Arte e Professori di Scultura», de Maria Teresa Sorrenti. El libro *¿Fascismo o Estado católico? Política, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941*, de José Andrés-Gallego, da la pista de los doce mandamientos paganos que los falangistas inventaron sobre José Antonio. Por cierto: es en el cementerio de Albacete donde he podido ver y tocar uno de los escasos hitos de piedra conmemorativos del traslado que aún perviven: aquellos pilares de mármol que se colocaban cada diez kilómetros allá por donde pasaba el cuerpo de José Antonio para que nunca se borrase el recuerdo. Rugoso por tres de sus lados, liso por la parte delantera; impresionante ochenta y cinco años después.

Al paso por La Roda asoma la memoria de la guerra en la localidad. El libro *II República y Guerra Civil en La Roda, Albacete, 1931-1939*, de Carmen María Parreño Tébar, narra la vida de Abel Amar Pardo, alcalde republicano. De allí he podido extraer los nombres de aquellos pobres hombres fusilados, en una mascarada inhumana en agosto del 36, en el matadero de Quintanar de la Orden. En el Boletín Oficial de la Provincia de Albacete de 1880 he encontrado la mención al día en que Abel fue galardonado de niño con un diploma. Otros datos suyos proceden del Centro Documental de la Memoria Histórica.

De camino a El Provencio he acudido al blog de Julián Calero, que ofrece historias de la guerra y la posguerra en este municipio. En la web Geneanet he localizado el árbol genealógico de un muerto en guerra, Casimiro. Y en el *Martirologio* escrito por Sebastián Cirac

Estopañán hay casos relativos a El Provencio que han contribuido al relato del pasaje del cortejo por la localidad. Gonzalo Valentí, un falangista en ultramar, aparece bien retratado en el estudio «Fascismo de ultramar: la proyección del falangismo en la comunidad española del Río de la Plata (1936-1940)», de Luis Velasco Martínez. Quan ve la nit que expandeix ses tenebres e los malalts creixen de llur dolor son dos versos de Ausiàs March.

Tras dejar atrás Minaya y acercarse el traslado a El Provencio, se sumaba el general Moscardó. El pasaje sobre la épica del alcázar de Toledo se apoya en un artículo académico de Alberto Reig Tapia que desmonta el relato franquista: «El asedio del Alcázar: mito y símbolo político del franquismo». Distintos artículos sobre el general Moscardó ayudan a perfilar el personaje. En este capítulo resuenan dos versos de Gardel y las letanías de la Virgen, incluidas en el rosario y entremezcladas con los nombres minúsculos de quienes perdieron la vida en El Provencio durante la guerra, rescatados aquí gracias a los datos de Julián Calero.

Unos kilómetros más adelante, por Las Pedroñeras, vibra la memoria del cura Gabriel Iniesta. De este párroco asesinado también hay información en el Obispado de Cuenca, en la web 464 Mártires y en el blog de Ángel Carrasco Sotos. La figura de Pilar Primo de Rivera, que ya aparecía en *El peón*, me sigue fascinando. Una mujer que predicaba sin el ejemplo. Para aproximarme más a ella, cuando se une al cortejo camino de la Venta de El Toboso, me han ayudado varios textos. Destaco cinco. Sus memorias, *Pilar Primo de Rivera. Recuerdos de una vida*; el artículo «La formación de la mujer española en la Sección Femenina de FET y de las JONS», de Ángel Pérez Trompeta; el texto académico «La Sección Femenina en perspectiva. Historias y otros relatos sobre las mujeres de Falange», de Begoña Barrera; el trabajo «Metáforas de linealidad, género y fascismo español», de Zira Box; y la tesis doctoral «Mujeres para una "Nueva Europa". Las relaciones y visitas entre la Sección Femenina de Falange y las organizaciones femeninas nazis, 1936-1945», defendida por Antonio Morant i Arino.

Algunas imágenes del traslado por Quintanar de la Orden pueden verse en el artículo de «Joaquín Arnau, fotógrafo en retaguardia (1936-1939)», escrito por Jorge Francisco Jiménez. La historia de José Manzanero Marín, fugado por la sierra mientras pasaban tan cerca de su casa, emociona en su libro *Páginas para la historia. Por la paz y el socialismo*. También hay información valiosa sobre su evasión de la cárcel en el blog Javier de Quintanar, mantenido por Javier de la Puerta. Es muy curiosa, en ese mismo fragmento, la historia del periodista leonés Carlos Cadórniga, del diario *Proa*, espiado por el propio régimen. Hay un artículo fantástico de Marco Romero

publicado en *Diario de León* —«Es un redactor voluble y vicioso»— y otro de José Luis Gavilanes Laso, titulado «*Proa*, diario de Falange», a los que debo las páginas sobre ese turbio asunto, junto con una investigación universitaria de Carmelo de Lucas del Ser: «*Proa*. Diario de Falange Española de las JONS. La batalla propagandística de las dos Españas en la retaguardia franquista». La descripción del entierro de Matías Montero, primer mártir de Falange, se basa en las fotos del cementerio y en su traslado. Y las palabras del locutor de Radio Nacional que conectaba como enviado especial desde el traslado para todos los hogares de España quedan transcritas en las ediciones de algunos periódicos de aquellas jornadas.

Cuando el cortejo se aproximaba a Aranjuez y Valdemoro, otra escena se ha solapado. La narración de Georges Bernanos mientras escribía en el Café Born de Palma se ha nutrido de fuentes distintas. A su vida es fácil acceder. A su descripción física y algunos detalles muy concretos he llegado a través de «Présence de Bernanos ou l'invincible espérance», de Gérard Pilé. El artículo «Bernanos en España. Encuentros y desencuentros», de Magdalena Padilla García, aterriza en su conexión española. Joan Riera, en *Diario de Mallorca*, refiere el episodio de los papeles comprometedores que perdió Bernanos en el Café Born. Sobre este café histórico y su cine habla Paco Moncho en su web Prospectos de Cine. Que un ajedrecista pequeño derrotaba en esos mismos momentos a todos los jugadores del Café Born es un homenaje inevitable que debo al libro *Artur Pomar, jugador d'escacs*, de Jeroni Bergas. Algunas frases de *Los grandes cementerios bajo la luna*, de Bernanos, resuenan en esos párrafos. Una noticia en la prensa daba cuenta de los poemas que componían aquel recital de José González Martín en la sala Born de Palma. Por tanto, era tan fácil como acudir a esos poemas y extraer algunos versos, como los de Foxá en la funesta brigada del amanecer, para escuchar aquel espectáculo poético fascista.

Un par de versos de John Cornford injertan la narración de la muerte del brigadista irlandés Charles Donnelly en el Jarama. Para describir aquellos campos de batalla he acudido a «El Mirador: trincheras de la Guerra Civil en Aranjuez», de Jesús Martín Alonso y María Lourdes López Martínez, y al catálogo de vestigios de la guerra recogidos en «Aranjuez: fortines, trincheras, etcétera».

El paso por Madrid era especial por su simbolismo. Ese capítulo arranca con una retahíla de anuncios de la prensa de aquellos días. En esas letras telegráficas contrasta la realidad real de un país de zurcidos a domicilio con la realidad construida por un régimen delirante de imperio. Un cartel de toros disponible en la web Todocolección, del 3 de diciembre de 1939, permite describir la corrida que se anunciaba esos mismos días en Madrid. La alineación del Madrid F. C. —todavía

F. C., no Real— surge de un recorte de prensa de esas semanas. Hay palabras de aquella capital que se soñaba digna de la nueva España: proceden del discurso que el alcalde Alberto Alcocer pronunció el 30 de marzo de 1939 y que recoge Zira Box en «El cuerpo de la nación. Arquitectura, urbanismo y capitalidad en el primer franquismo». La descripción de cada uno de los catorce ministros del primer Gobierno de Franco, así como también de los miembros de la Junta Política de Falange, dimana de orígenes muy diversos, imposibles de recapitular aquí. Desde los Anuarios de Derecho de la biblioteca jurídica del BOE para perfilar a José Larraz, ministro de Hacienda, hasta un prólogo a las *Obras completas* de Menéndez Pelayo escrito por José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional. La información heráldica acota los títulos nobiliarios de Pilar Azlor, novia de José Antonio. Los vídeos y las abundantes fotografías del cortejo a su paso por la capital permiten describir rostros y calles. Unos versos de D'Annunzio, de exaltación a la muerte, y el Wagner de *El ocaso de los dioses* resuenan al paso por la Ciudad Universitaria. También resonaban en el vídeo que el régimen proyectó sobre el fastuoso traslado de Primo de Rivera. La mirada de Germán Rodríguez en Wagnermanía me ha ayudado a explicar esos siniestros acordes. Quizá el mejor termómetro de aquel Madrid reposa en un verso del «Insomnio» de Dámaso Alonso cuando dice que Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres.

La llegada a El Escorial, once días después de la partida, se abre con esa imponente basílica que recorrí con sosiego, un sofocante día de verano, cuaderno en mano. Conté pasos, conté escalones, anoté datos. El Libro de los Reyes, de la Biblia, es la base de las frases escritas sobre los reyes de Judá que presiden la fachada de la basílica de San Lorenzo de El Escorial. La relación de Franco y José Antonio, escasa y tirante, pivota sobre la misiva resumida en el fragmento que le mandó José Antonio el 24 de septiembre del 34 y que recoge su epistolario. El encuentro entre ambos en una casa de la calle de Ayala lo narra Serrano Suñer en sus *Memorias*. Lo que dijo Franco. Lo que después maldijo José Antonio. El primer volumen de *Materiales para una iconografía de Francisco Franco*, coordinado por Vicente Sánchez-Biosca, me inspiró la idea de la sonrisa de Franco que Giménez Caballero explotó con su histrionismo habitual y que Ramón Sala recoge. Las historias de vidas de los palmas de plata que transportaron el féretro de José Antonio, en el último relevo dentro de El Escorial, han sido extraídas de distintas procedencias. Una a una. Solo un ejemplo: los retazos ofrecidos sobre la vida del palma de plata Javier proceden de una entrevista a su madre publicada en la revista *Tajo* a finales de 1941 y de una entrada del blog «Historia de Manzanares» dedicada a los hermanos García-Noblejas. He querido averiguar, rey a rey, la causa de muerte de todos los monarcas de España enterrados

en la cripta real del monasterio de El Escorial para explicitar el contraste con la cruda muerte, por fusilamiento, de José Antonio Primo de Rivera. De Agustín de Foxá parte el relato de cómo surgió y se compuso el himno falangista del *Cara al sol* en aquellos primeros tiempos llenos de ilusión para José Antonio y que cierran, con tono crudo y luctuoso, la narración de un cortejo entre cuyas páginas hay préstamos poéticos: de Antonio Machado, de su hermano Manuel, de Lorca, de Raimon y hasta dos versos del último poema de Víctor Jara, escrito en el Estadio Chile antes de ser asesinado, sobre la sangre y las medallas.

Decía más arriba que en *Presentes* laten dos planos contrapuestos. Uno es el traslado, la propaganda fabricada esos días, la vida de José Antonio, sus palabras, y la memoria de la guerra y la posguerra que latía en aquellos pueblos atravesados por un cadáver a hombros. Pues bien: el otro plano —el invisible y tenebroso reverso de aquellos once días— suponía el reto más apasionante de este libro: mostrar lo que el escaparate de la propaganda se esforzaba en ocultar.

El pasaje con la vida de Eulalio Ferrer en el campo de concentración francés de Saint-Cyprien procede de la información meticulosa que él mismo dejó plasmada en su diario, compilado en su libro *Entre alambradas*. Aquel 20 de noviembre escribía Eulalio las palabras que aquí recojo. Pero la lectura del libro entero reúne sus vivencias en aquel inhóspito lugar y las esperanzas que le infundía un amor idealizado por correspondencia.

La épica del Stanbrook, barco ligado para siempre a la derrota republicana y el exilio, tuvo un epílogo poco conocido. Su capitán y toda la tripulación fueron hundidos en noviembre del 39 por un torpedo alemán. Las circunstancias que rodearon ese ataque, así como el perfil de sus ocupantes, proceden de fuentes diversas. El breve ensayo *Outwitting Franco. The Welsh Maritime Heroes of the Spanish Civil War*, de Graham Davies, ahonda en la vida del capitán de Cardiff Archibald Dickson. Para seguir los avatares previos y el oficio de cada tripulante, la web dedicada a los naufragios Wrecksite ha sido crucial: ahí están todos los nombres, edades, orígenes y desempeños. Me he servido de la carta que mandó Dickson al periódico británico *Sunday Dispatch*, en abril del 39 desde Orán, para relatar la peripecia de aquel viaje. La web Uboat provee la información del oficial nazi al mando del submarino U-57 que hundió el Stanbrook, así como las batallas en las que había participado. La lista de los pasajeros del Stanbrook que partió de Alicante permite recuperar a ese Primitivo de setenta y ocho años, el más mayor. Quan dic no, a què dic sí es un aforismo de Joan Fuster que complementa a l'homme révolté de Albert Camus.

El fragmento dedicado al 127 Batallón de Trabajadores, con las mulas humanas sufriendo en Vidángoz, arranca con la tesis doctoral

«Espacios de castigo y trabajo forzado del sistema concentracionario franquista», de Juan Carlos García-Funes, y de su libro *Desafectos. Batallones de trabajo forzado en el franquismo*. Su autor tuvo la amabilidad de darme otra pista: el libro *Esclavos del franquismo en el Pirineo*, escrito por Fernando Mendiola y Edurne Beaumont. En sus páginas se siente cómo malvivían aquellos prisioneros de una forma vívida, todo un ejemplo. Hay también un vídeo sobre los Lugares de Memoria de Navarra que permite las descripciones del barracón que habitaban los penados obligados a construir la carretera. Algunas webs del valle del Roncal han aportado historias, descripciones y detalles de la zona. Aquella realidad la sufrió en sus carnes Antonio Martínez Beitia, cuyos poemas recopilados en el libro *Vivencias en rimas de un prisionero en cautiverio en campos de concentración y Batallones de Trabajadores* empapan algunas frases del fragmento. Para rescatar el origen difuso de José Martín Ramón, de Beniopa, muerto por salir a mear o para escaparse, ha sido crucial oír una emocionante entrevista de media hora grabada a su hermana Rosa con noventa y nueve años y que me ha facilitado Josep Màrius Climent Prats, que habló con ella para escribir su tesis doctoral *Batallons de Treballadors a la Província de València, 1936-1948. Treball forçat i control social*. La madre de Pepe se pasó toda la vida llorando con una pregunta: On estarà el meu xiquet, que no li puc portar ni una floreta. Nunca supo qué le había sucedido ni dónde lo habían enterrado. Gracias a la investigación de Ricardo Urrizola en el Archivo de la Comandancia Militar de Pamplona, que ahora custodia el Fondo Documental de la Memoria Histórica en Navarra, averigüé la edad del cabo que disparó a Pepe. Para perfilar la vida de Juan Oller, uno de los trabajadores forzados, ha servido el artículo «La Guerra Civil en Albox», donde María del Pilar Fernández Gallego consigna los cambios de callejero. El propósito moral del trabajo forzado se despliega con todo su delirio en el *Reglamento provisional para el régimen interior de los Batallones de Trabajadores*. También hay dos frases de Josef K. en *El proceso* de Kafka y un homenaje a Alfons Cervera con su célebre arranque de *Maquis*: Yo sé mucho del miedo. Soy un maestro del miedo.

No sé por qué un día me pregunté qué habría sido de Miguel de Molina en aquellas jornadas del traslado de José Antonio. La curiosidad dio sus frutos. La hemeroteca del *Abc* me informaba, en su cartelera, de que el cantante reaparecía en los escenarios en esos mismos días de noviembre que han centrado mi atención. Lo que no contaba *Abc* es que acababa de salir de una paliza brutal. Esta historia se apoya en la propia autobiografía del artista, titulada *Botín de guerra*. Hay datos tomados del trabajo universitario de Elsa Calero Carramolino sobre «La copla y el exilio de Miguel de Molina (1942-1960)». Para ambientar el teatro Pavón ha sido muy útil lo que

contó la prensa en su inauguración, así como los datos y las imágenes que aporta el blog «Café Pavón». En la narración de estas líneas hay préstamos de Lorca, con sus empavonados bucles, letras de coplas y cuplés —especialmente *La bien pagá*— y una descarada réplica en juego de espejo inverso del arranque de *Juan Belmonte, matador de toros*, del maestro Chaves Nogales.

Los contornos más íntimos del exilio perviven en la correspondencia de la escritora Elena Fortún, nombre literario de Encarnación Aragoneses. Su *Epistolario familiar. Cartas de 1939*, editado por Inmaculada García Carretero y cuyos originales se conservan en la Biblioteca de la Real Academia Española, ha sido una joya para escribir el fragmento de Encarna. No solo por la carta que escribe desde Buenos Aires el mismo día 22, sino para reconstruir los meses anteriores. Qué casualidad supuso descubrir que mientras Fortún iba errando en el exilio, la hija de Franco estaba comprando casi todos sus libros de Celia en una librería de Madrid en el día del desfile de la Victoria. Amargas paradojas. Su viaje transoceánico en el mítico Massilia me ha descubierto a Constantino del Esla. Su hijo Horacio García Igarza, desde Argentina, me ha ayudado con documentación a recuperar episodios de la vida de su padre. También ha sido decisivo el perfil que traza de él Jesús Cano Reyes en la comunicación «Constantino del Esla: escritura pendular entre dos patrias», con abundantes extractos de la pluma del periodista exiliado. Al saber la dirección de Elena Fortún y Eusebio de Gorbea en Buenos Aires he podido describir la fachada de su modesta pensión, así como aquel bulevar de la avenida de Mayo, con tanta historia en la memoria del exilio español.

La dimensión internacional de esta historia cobró fuerza con dos gestiones que resultaron fructuosas. Una tuvo lugar en Washington DC. La otra, entre los muros vaticanos. En primer lugar, la amabilidad del funcionario estadounidense David A. Langbart, de los National Archives, fue clave para conseguir unos documentos secretos desclasificados inéditos: los telegramas cruzados entre el secretario de Estado de Estados Unidos y el embajador norteamericano en Madrid durante los mismos días del traslado. La dimensión humana de Weddell se despliega en las cartas de amor con su prometida, que he podido consultar en la web del Museo de Historia y Cultura de Virginia gracias a un texto de Kathryn Campbell sobre aquella apasionada historia de amor. La tesis doctoral de Peter Nicholas Pross, centrada en una misión diplomática del embajador Weddell, así como un pequeño obituario que le dedicó la American Antiquarian Society, aportan algunos datos más acerca del embajador. De su joven ayudante, Murat Willis Williams, he obtenido información a partir de una larga entrevista de cuarenta y ocho páginas que le hizo Dennis J.

O'Brien en 1970 para la biblioteca presidencial de JFK. Respecto al asunto de los libros prohibidos por el franquismo, que aquellos mismos días del traslado de José Antonio denunciaba la embajada americana en cables confidenciales, dos libros de la investigadora Ana Martínez Rus han sido fundamentales: *La persecución del libro: hogueras, infiernos y buenas lecturas (1936-1951)* y *Libros al fuego y lecturas prohibidas: el bibliocausto franquista (1936-1948)*, así como su artículo «Expolios, hogueras, infiernos. La represión del libro (1936-1951)» y el prólogo del Índice de Libros Prohibidos del Santo Oficio.

En segundo lugar está Roma. Aquí los tiempos van más lentos. Cuando ya había perdido toda esperanza, un correo llegó a la bandeja de entrada. Ahí estaba, gracias a la diligencia de Marco Grilli, secretario de la prefectura del Archivo Apostólico Vaticano. Sí: existían registros relativos a aquel traslado. Archivio della Segreteria di Stato. II Sezione. Anno 1939. Numeri di Protocollo 8556. Nome: Giuseppe Antonio Primo de Rivera. Oggetto: Sepoltura del medesimo nella Chiesa de El Escorial. Siete páginas digitalizadas, con telegramas cifrados y notas manuscritas del número dos internacional del papa, donde se constatan las prisas y el insospechado apuro de un régimen entregado a la Iglesia y se comprueba, también, la mano de hierro, tan fría, del Vaticano.

Para averiguar detalles sobre el diseñador polaco Mariano Rawicz basta con leer las intensas páginas de *Confesionario de papel. Memorias de un inconformista*, escritas por él. Su pista me la reforzó, desde Santiago de Chile, Beatriz Lorenzo, incansable y atenta investigadora a la que agradezco su pertinaz ayuda. Un artículo del editor Josep Mengual Català sobre «Los primeros trabajos del tipógrafo y diseñador Mariano Rawicz en España» amplía aspectos sobre sus obras en tiempos de la República. *El último abrazo*, un cortometraje de Sergi Pitarch Garrido, ilumina la historia de Rawicz. Para profundizar en los toreros que podía ver aquel carcelero a quien el preso polaco ayudó a falsificar el carnet, he acudido a carteles taurinos de época, como el de la corrida de la Victoria de mayo del 39, y luego, para destacar los rasgos de cada uno de esos toreros he consultado ejemplares antiguos del semanario taurino *La Fiesta Brava*. Para ejemplificar qué películas podía ver gratis el carcelero he repasado la cartelera de finales del 39; así he podido describir la escena de *Suspiros de España* en la que Estrellita Castro canta el ay de mí, pena mortal.

Las casualidades explican los libros. Un día fui a Madrid. Tenía una hora libre y entré a ver una exposición del Instituto Cervantes sobre Pilar de Valderrama. Mi ignorancia lo desconocía todo sobre esta mujer escondida tras el nombre literario de Guiomar. Me entusiasmó su historia. Quise conocer más. Me pregunté dónde estaría Pilar a

finales de noviembre del 39. Y así tiré de todos los hilos que pude. Su nieta, Alicia Viladomat, me dio información y me invitó a leer el interesante libro que le ha dedicado a su abuela: *Pilar de Valderrama: memorias de un gran secreto*. El volumen incluye la obra *Sí, soy Guiomar*, donde refulgen amor y dolor a partes iguales. Una persona indispensable para escribir este fragmento ha sido Alicia Chamorro García. Ella, tan generosa, ha guiado mis pasos. Gracias a ella he leído una antología poética de Pilar de Valderrama, pequeños poemas de Rafaelito, pasajes del ensayo *Guiomar, el recate de la diosa*, de José María Luque y María Dolores Ramírez, y he podido consultar el catálogo *En torno a Guiomar. Pincel y pluma por tierras castellanas*, de la Diputación de Palencia. Todo ese preludio ha hecho aún más emocionante leer las tres «Canciones a Guiomar» que compuso Antonio Machado, así como sus cartas a Pilar. Algunas referencias de la relación entre Pilar y el poeta las debo a tres artículos especializados: «Los amores extremos de Antonio Machado, entre Leonor y Guiomar», de Juan Carlos León Brázquez; «Guiomar, el amor tardío de Antonio Machado», de la filóloga María Jesús Pérez Ortiz; y «Las cartas de Antonio Machado a Pilar de Valderrama», de Francisco Morales Lomas. Las páginas sobre Pilar incorporan versos del *Ya hemos pasao*, el chotis victorioso de Celia Gámez, dos versos de Brines y Lorca sobre la casa, y aquella frase de Stig Dagerman: Nuestra necesidad de consuelo es insaciable.

Mientras la España exultante de victoria trasladaba a hombros a José Antonio Primo de Rivera por tierras de La Mancha, aquel 24 de noviembre se ordenaba el traslado de cárcel del poeta Miguel Hernández. Todo queda plasmado en la asepsia fría de su expediente administrativo, disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. En el fragmento correspondiente al poeta de Orihuela hay tres voces cruzadas. Las voces de sus poemas siguen latiendo en su obra. Las voces de sus cartas quedan en el libro *Cartas a Josefina* y en el volumen *Epistolario general: vivir de amor*. También ha iluminado esos duros momentos el libro *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, que firma la propia Josefina Manresa, y el vívido ensayo *Miguel Hernández: pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, de José Luis Ferris. Las voces represivas, con una apariencia tan fría con el propósito de simular objetividad, dormitan para siempre en los expedientes y sumarios judiciales de Miguel Hernández Gilabert. Con los nombres que siempre se podrán decir.

Hay nombres, en cambio, que no se deben decir. Aunque hayan pasado casi cien años. Eso lo he aprendido gracias a Stephanie Wright. Esta investigación me llevó a un valioso artículo suyo titulado «“Caballeros mutilados” y “mujeres deshonradas”: cuerpo, género y privilegio en la posguerra española». Ahí había dos temas. Empecemos

por el primero, que da pie al fragmento sobre la Muchacha. Conseguí el expediente de aquella joven violada a través del archivo del Ejército del Aire. Son sesenta y siete páginas llenas de nombres. Pero seguí el consejo de Stephanie Wright. Ella me escribió: Yo mantengo el anonimato en mis publicaciones, y te pido que hagas lo mismo si decides incluir estos ejemplos en tu texto. Hay una cuestión ética, sobre todo para víctimas de violencia sexual que nunca consintieron que habláramos públicamente de estos detalles dolorosos de sus vidas más íntimas. Así lo hice. Toda la historia de la Muchacha, con los nombres omitidos, figura en el expediente y en otro sitio sorprendente que prefiero callar. El artículo académico «"Pelonas" y rapadas: imágenes-trofeo e imágenes-denuncia de la represión de género ejercida durante la Guerra Civil española», de Laia Quílez Esteve, ayuda a enmarcar el maltrato a la mujer al inicio del capítulo. Hay detalles de aquel aeródromo de Jerez que beben del perfil social que tiene en Facebook «Ejército del Aire español: emblemas a lo largo de su Historia». Dos versos de *El alcalde de Zalamea* conectan el abuso de ayer con el de anteayer: constante histórica.

La otra historia a la que me encaminó el artículo de Stephanie Wright fue la de los caballeros mutilados, un tema apasionante. También de la profesora Wright es el artículo «Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista». Pero el alma que yo buscaba anidaba en trece líneas de ese documento. Era la historia de Andrés, el falangista mutilado con la mandíbula destrozada. Conseguí su documentación gracias a Stephanie Wright. El *Reglamento provisional del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria*, incluido en un BOE de 1938, proporciona la puntuación de cada lesión de guerra. Los partes de guerra de aquel día en que estalló el explosivo en Brunete y dejó herido a Andrés proceden de la web Guerra Civil al Día. Este fragmento incluye también versos de los himnos legionarios, documentación de Millán-Astray y una retahíla de adjetivos gloriosos que usaba el régimen: todos están extraídos de la tesis doctoral de la profesora Zira Box.

Las memorias de *Jesús Martínez Guerricabeitia: coleccionista y mecenas* permiten reconstruir los avatares de aquel maestro nacional de la República, Felipe Guerricabeitia Orero, antes de ser apuntado frente al paredón de Paterna. Su expediente, incluido en la causa general, proporciona datos sobre su vida y también sobre la guerra en su pueblo. Han sido completados con el contenido de aquel diario secreto que escribieron Vicente López Llatas y el cronista Vicente Llatas Burgos en el pueblo de Villar del Arzobispo y que incluye la publicación local *Crónica de la Guerra Civil en El Villar*, de César Salvo. El listado de los 47 fusilados en Paterna aquel 25 de noviembre —

nombres, oficios, edades— ha sido completado con detalles del gran experto sobre aquel paredón, Vicent Gabarda y su obra canónica *Els afusellaments al País Valencià (1938-1956)*, y con algún dato conseguido en el estudio de Cristian Ibáñez Alessio «Los fusilados de la FAI». La historia familiar de mi bisabuelo Francisco Arroyo Rubio, fusilado en las tapias de ese mismo cementerio de Paterna en mayo de 1943, me la ha contado —menos veces de las que yo desearía; muchas más de las que él querría— mi abuelo Pepe, que este otoño cumple noventa y nueve años. Hay unos versos en valenciano de Vicent Andrés Estellés en aquel poema en torno a la represión en Paterna que comienzan así: Vora el barranc del Carraixet.

La muerte del requeté Francisco Pérez Barrachina la conocí por una esquela en la hemeroteca. Nombre, apellidos, poco más. Gracias a la ayuda de Juan José Crespo pude tirar del hilo. Accedí a su expediente personal, elaborado por la Jefatura de Milicias de Falange de Toledo. El BOE del 14 de enero de 1939 indica cómo ganó la Cruz Laureada de San Fernando en aquella batalla en la Casa de Campo. La ideología carlista que impregna este capítulo sale del *Breviario del requeté* y del librito de la *Ordenanza del requeté*, dos textos mesiánicos que definen la época. Para tratar de universalizar este caso minúsculo he utilizado el artículo «El mito del Soldado Desconocido en la literatura hispanoamericana», de Bernat Castany Prado, donde aparecía la referencia al poemario *El soldado desconocido*, de Salomón de la Selva. De ahí acudí a leer su libro, todo un hallazgo poético. Completó esa lectura un artículo de Tatiana Suárez Turriza sobre la mirada bélica de este poeta nicaragüense que yo desconocía. El fragmento incorpora un par de frases del *Viaje al fin de la noche* de Céline en ese tránsito al fin de la vida de Francisco, el pobre alférez requeté.

Una extraña sensación de impudor me invadió al leer todas las cartas que el campesino aragonés Marcelino Sanz le dirigía a su esposa Benigna mientras él pasaba el frío y el cansancio como voluntario en la Undécima Compañía de Trabajadores Extranjeros, en los Alpes franceses, y ella seguía separada de él en el duro exilio. Qué pensaría Marcelino si me viera leer sus cartas familiares, tan bellas y poéticas, pensé. Las setenta y dos misivas, y también fotografías y dibujos de su campamento, pueden leerse en la web Cartas del Exilio, donde su familia difunde la memoria de este campesino de Alcorisa enamorado del Quijote. El libro *El Refugio. Memorias de una infancia en exilio*, de Tasio Sanz, hijo de Marcelino, permite reconstruir la vida de Benigna y de sus hijos en el exilio.

La vida de Amelia Jover, con una recién nacida entre los brazos y la imperiosa necesidad de escapar del hospital-cárcel para evitar la pena de muerte que pendía sobre ella, la he conocido gracias al único libro sobre esta libertaria. Se titula *Amèlia Jover. Una dona lliure i rebel*,

escrito por Rafael Maestre Marín, documentalista e investigador del movimiento libertario. En ese pequeño pero valioso volumen aparecen textos escritos por Amelia durante la República y la guerra. También he incluido versos de himnos libertarios entonados en la guerra. La hija de Amelia, Elodia Turki-Zaragoza, escribió un libro en francés —*La Xiqueta*— del que he podido conocer algunos extractos, así como una *Lettre a La Chiqueta* con información sobre su madre.

Era verano y llegué a Santiago de Chile. Al entrar al Centro Cultural de España, su directora Paula Palicio me dijo: Tienes que ver esto. Yo nunca había oído hablar de la revista *Luna*. Allí estaba la edición facsímil con todos sus números. El primero había sido compuesto en la noche del 26 al 27 de noviembre de 1939. De ahí proceden los textos que cito en el fragmento de Los noctámbulos. La introducción que escribe Jesucristo Riquelme a esa edición facsímil titulada *Luna: Primera revista cultural del exilio en España (1939-1940). Inédita y clandestina, secreta e insólita*, respalda el origen de la publicación y compila datos históricos sobre la embajada y los ocho noctámbulos. Debo mucho al trabajo investigador de Ana González Neira, destilado en dos artículos de gran valía: «*Luna*, la primera revista del exilio español», y «La memoria en *Luna*, la primera revista cultural del exilio». Complementario es «El exilio en la *Luna*» que publicó Inmaculada Donaire del Yerro. Para reconstruir la noche en que fuerzas franquistas intentaron entrar en la embajada tomo las versiones que Santiago Ontañón recuerda en sus memorias —*Unos pocos amigos verdaderos*— y el testimonio que deja Luis Hermosilla en el libro *La verdad (para variar): una historia distinta de nuestra guerra civil y de nuestro exilio*. También quería reconstruir esas ocho vidas, tan desconocidas, de los autores noctámbulos de *Luna*. Para ello ha sido fundamental hurgar en distintos rincones. Sin pretensión de exhaustividad, sí quiero destacar el golpe de suerte que supuso hallar, en los archivos del Registro Nacional de Extranjeros en México, la Ficha del Servicio de Migración relativa a Aurelio Romeo del Valle, con su foto y su descripción física en 1941. Un texto de Manuel Aznar sobre el «Exilio y tragedia del desarraigo en *El Retorno*, de Pablo de la Fuente» ayuda a rescatar la figura de este escritor, también perfilado en una entrada biográfica de la Fundación Pablo Iglesias. Francisco Vélez Nieto tiene un bello texto, «Recordando a un poeta: Antonio Aparicio», clave para el fragmento, igual que la entrada que le dedica la web Todos los Nombres, base de datos de víctimas del franquismo en Andalucía, Extremadura y el norte de África. Un poema suyo convertido en himno de los campesinos presta los versos injertados en este capítulo. El artículo «El exilio republicano en Chile. Antonio de Lezama, escritor periodista y masón», de Penélope Ramírez Benito, así como un estudio de Sebastián Jans, arroja luz sobre esta otra figura

tan embaucadora.

El libro *Matilde Landa. El compromiso y la tragedia (1904-1942)*, de David Ginard i Ferón, rescata la conmovedora figura de la presa comunista que organizó la oficina de penadas en la cárcel de Ventas. De ahí proceden los datos de su pasado y de su estancia en prisión, así como sus propias palabras en las cartas que mandó de joven. También han contribuido al fragmento algunos de los datos que recoge Carlos Fernández Rodríguez en su tesis doctoral «La reorganización y la oposición del PCE al franquismo (1939-1946)», el ensayo *Mujeres encarceladas: la prisión de Ventas, de la República al franquismo, 1931-1941*, de Fernando Hernández Holgado, así como la consulta a la web Cárcel de Ventas, con un apartado dedicado a Matilde, y a una entrada sobre ella publicada en el blog «Hoy hace 80 años. La Guerra Civil contada día a día». Incrustados en este capítulo hay algunos versos que le dedicó el grupo Barricada en la canción *Matilde Landa*.

El ensayo *Las armas contra las letras. Los consejos de guerra de periodistas y escritores (1939-1945)*, de Juan Antonio Ríos Carratalá, es la base para escribir acerca del periodista Manuel Navarro Ballesteros. Su autor me facilitó los documentos de su expediente. Los consulté una tarde de viernes en que su imagen se me imponía dramáticamente. Más aún al ver, en la web de Chema Menéndez, esa foto alegre y llena de vida de Manuel Navarro Ballesteros con Lorca, María Teresa León y la tanguera argentina María Luisa Carnelli. Esa imagen, y las vidas de cada uno, originan el pasaje referido a ese momento mágico de la Generación del 27. Luego acudí a la introducción que escribe Antonio Plaza a *Sangre de octubre*, libro atribuido a Manuel Navarro Ballesteros. A ese texto debo muchos datos sobre la vida de este periodista comprometido y represaliado. También han sido útiles en este fragmento, para abordar el papel de la represión policial en aquellos lúgubres calabozos, dos tesis doctorales. Una es de Pablo Alcántara Pérez y se titula «El águila gris: la policía política durante la dictadura franquista en Asturias y Madrid (1956-1976)». La otra, de Alejandro Pérez-Olivares García, está dedicada a «La victoria bajo control: ocupación, orden público y orden social del Madrid franquista (1936-1948)». Algunas palabras de Navarro Ballesteros se extraen de su artículo publicado en *El Sol* el 15 de marzo de 1938. La historia de la cárcel de Santa Rita proporciona información sobre el sitio donde sufría el encierro. *Nosotros, los asesinos*, de Eduardo de Guzmán, abunda en detalles de aquellos días de torturas. Hay ecos del tú no puedes volver atrás, de José Agustín Goytisolo, y unas letras del tango *Se va la vida*, de María Luisa Carnelli, permean el dolor por esa vida que se iba.

Una vida mínima como la del alférez provisional José Antonio Martínez Hernández, presentado aquí como joseantonio, pedía un

fragmento breve, casi fugaz, como la vida que se le escapaba. La historia la descubrí en una esquela de noviembre del 39. Después encontré una corta columna de periódico que informaba de que era el hijo del farmacéutico. Me enarcó las cejas la coincidencia de nombre con el venerado José Antonio. Aquel pobre joseantonio era un vencedor arrollado tras la Victoria. Había muy poca información en esa esquela. Pero pude acceder, con ayuda de Juan José Crespo, a su expediente militar. Concretamente, a su hoja matriz de servicios. Diez páginas. Y allí palpitaba su corta trayectoria militar.

La vida del maestro de escuela depurado por el franquismo en El Bonillo, Luis Utrilla Rey, la conocí gracias a un trabajo de Juan Peralta Juárez incluido en *Las delaciones en el proceso de depuración del magisterio en Castilla-La Mancha. 1939-1942*. El autor me ayudó hasta donde pudo. Después conseguí su expediente completo. Las declaraciones y los escritos incluidos en esa carpeta de terror mundano sustentan un capítulo que arranca con ese paralelismo con Kafka y *El proceso* de Josef K. El adoctrinamiento sistémico en las aulas del primer franquismo refulge en el libro *Así quiero ser. El niño del nuevo Estado*, de cuya primera edición he extraído fragmentos, y también en un artículo del profesor Fernando Hernández Sánchez —«El troquel de las pequeñas voluntades»— que estudia este libro escolar puesto al servicio del totalitarismo. Los versos de Ovidi Montllor a *L'Escola de Ribera* cierran esa obsesión enfermiza por extirpar el mal de la libre enseñanza que recoge el preámbulo al decreto 66 del BOE del 11 de noviembre de 1939 y que tanto recuerda al Instituto Benjamenta que Robert Walser imaginó en su novela *Jakob von Gunten*.

Una vieja edición del libro *Los topos*, publicado en 1977 por los reporteros Jesús Torbado y Manuel Leguineche, proporciona las extraordinarias vivencias de aquellos hombres que se escondieron durante años, en la guerra y en la posguerra, por temor a represalias. También he recurrido al libro *Escondido*, del periodista Ronald Fraser, acerca del caso concreto de Manuel Cortés, último alcalde republicano de Mijas, oculto detrás del cuadro de san José. La información biológica del topo ibérico da sus rasgos principales, compartidos con estos hombres escondidos.

Finalmente, hay puertas que se abren con una facilidad asombrosa. Sucedió con el caso de Ángel Martínez Ros. Su biznieto Jorge de Hoyos, profesor de Historia Contemporánea al que llegué de la mano del catedrático Manuel Aznar, respondió con celeridad y generosidad cuando lo contacté. Compartió conmigo las cartas manuscritas por su bisabuelo antes de ser fusilado en las tapias del cementerio de Ciriego, Santander. También me envió fotografías, poemas suyos y toda la documentación que conserva de su expediente judicial. Así pude

escribir ese fragmento que arranca con una frase del escritor francés Pierre Bergounioux a partir de Flaubert: No escribe uno lo que quiere, aunque aquí adquiere un sentido bien distinto. Durante el año que duró mi intercambio de correos con Jorge de Hoyos falleció su abuela, que era hija de Ángel. Ella, por desgracia, ya no verá este libro. Al menos sí pudo ver otros en los que la memoria de su padre tuvo eco y que a mí también me han ayudado: *Las fosas de Franco*, de Emilio Silva y Santiago Macías, *Guerra civil en Cantabria y pueblos de Castilla*, de Jesús Gutiérrez Flores, y *Rescatados del olvido*, del gran memorialista Antonio Ontañón. La memoria de Ángel, como la de tantos, pervive.

*

Agradezco a todas las personas que en este largo camino me han ayudado con sus textos, sus pistas, su documentación o sus recuerdos. Merece un reconocimiento especial el teniente coronel Juan José Crespo. Su excelencia investigadora y esa inmensa humanidad que ya demostró en su libro *El alma del 21* han enriquecido estas páginas. Sin su generosidad de amigo, seguramente nunca hubiera llegado a las historias de Washington y del Vaticano, ni tampoco a las vidas del requeté Francisco y el alférez provisional José Antonio.

Quedo en deuda con el profesor Gutmaro Gómez Bravo, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid y uno de los máximos expertos en la represión durante el franquismo, y con la profesora de la Universitat de València Zira Box, autora de *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo* y experta en la dimensión simbólica del fascismo. Ambos han revisado a fondo el manuscrito para sugerir mejoras y limar desviaciones. Extiendo el agradecimiento a Pasqual Cerdà, meticuloso lector y espléndido hermano.

Quiero subrayar el esfuerzo y la complicidad de mi editora, Carme Riera, una talentosa compañera de viaje cuyas finas observaciones han enriquecido este texto de manera decisiva.

Por último, doy las gracias a Puri Mascarell por sus apuntes, por sus consejos de estructura y por su apoyo entusiasta mantenido en el tiempo; en este libro y en todo lo que emprendo desde que nos conocimos —χαλεπὰ τὰ καλά— en una clase de Griego del bachiller.

Como ya indiqué en *El peón* al terminar aquel viaje por la Guerra Fría y el antifranquismo, y como después recalqué en *14 de abril* al retratar el día en que España abrazó la República, si entre toda la documentación y la información rescatada se han colado algunos errores o inexactitudes, ya sea por culpa del autor o de la fuente consultada, vayan mis disculpas.

Este libro termina en el atardecer del 30 de noviembre de 1939, sin revelar qué ocurrirá después con las vidas que habitan estas páginas, con el país que vio pasar un cadáver a hombros de noche y de día.

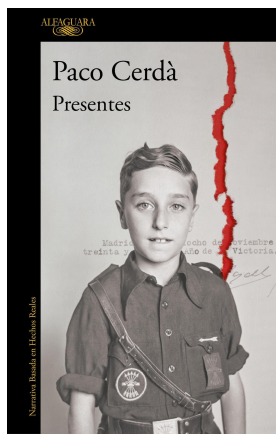
Se canta lo que se pierde, le escribió Machado a Guiomar.

Quede este canto como recuerdo de tantas vidas perdidas, de aquel país echado a perder.

Vuelve el autor de 14 de abril y El peón, Premio Cálamo y nominado al Mejor Libro Extranjero de Francia.

España, 1939. Once días y sus diez noches. Un viaje de 467 km al corazón de nuestras tinieblas.

«Cerdà es el maestro relojero de la memoria: disecciona el tiempo, lo expande». Paco Roca



«No hace falta inventar nada para levantar un mundo. En Presentes, con erudición y vehemencia, Paco Cerdà convoca una galería de fantasmas reales que habitan en la negrura de la primera postguerra». Antonio Muñoz Molina

La guerra ha terminado. España está en ruinas. En el cementerio de Alicante exhuman los restos de José Antonio Primo de Rivera. Sus camaradas falangistas van a llevarlo a hombros hasta enterrarlo en El Escorial, morada de reyes, sepulcro imperial. Durante once días y diez noches, el cortejo fantasmagórico avanzará por pueblos y ciudades entre hogueras, escarcha, brazos enhiestos y propaganda: una epopeya fascista de 467 kilómetros para demostrar quién manda en la nueva España.

Sin embargo, la guerra no ha terminado. Una memoria se está construyendo y otra memoria se quiere borrar. En esos días crudos del

otoño de 1939, miles de vidas humildes sufren la zarpa de la represión. Presos, fusilados, exiliados, trabajadores forzados, internos en campos de concentración, maestros depurados, vencedores desgraciados para siempre. El régimen trata de esconderlos. Pero ahí están: presentes.

Paco Cerdà, que trazó el rostro humano del 14 de abril, compone una vibrante sinfonía de posguerra. Con un coro de voces olvidadas por la Historia. Con el delirio megalómano de un mito —José Antonio— al servicio de su amo: Franco. Presentes es un viaje al corazón de nuestras tinieblas. El conmovedor relato de quienes soñaron unos ideales jamás enterrados.

La crítica ha dicho:
«Pocos acontecimientos en la historia contemporánea de España superan en majestuosidad al que nos cuenta este libro. Paco Cerdà es el maestro relojero de la Memoria: disecciona el tiempo, lo expande. Nos otorga el don de la ubicuidad para jalonar el más épico y siniestro de los cortejos con las voces íntimas de esa otra España condenada a sobrevivir entre las sombras».
Paco Roca

«Paco Cerdà es uno de nuestros mejores escritores. Iba a decir de no ficción, pero, ¿por qué limitarlo? Es un grandísimo escritor, sin más».
Antonio G. Maldonado

Sobre 14 de abril:
«Con el pulso del cronista, el rigor del investigador y la prosa del novelista, Paco Cerdà afronta una ambiciosa empresa: la de contar la llegada de la Segunda República a través de los ojos de quienes la deseaban y de quienes la temían. Como resultado, esta narración trepidante, apasionada».
Elvira Lindo

«Uno de los ensayos del año. Relata a modo de thriller la proclamación de la República».
Ángels Barceló, Hoy por Hoy

«Con el rigor del buen historiador y el estilo de un gran escritor de no ficción, Paco Cerdà ha revivido el 14 de abril de 1931 desde el palacio y tantas calles de España para mostrarnos el temor, el desconcierto y la esperanza encarnada de todo un país».
Jordi Amat

Sobre El peón:
«Un libro excelente, quizás uno de los mejores, más compacto y de mayor personalidad propia, entre los escritos en España en los últimos tiempos».
Manuel Hidalgo, El Cultural

«He disfrutado tanto con este libro que me parece una obligación moral recomendarlo».
Leontxo García, El País

Paco Cerdà (Genovés, 1985) es periodista y escritor. Es autor de los libros 14 de abril (Premio de No Ficción Libros del Asteroide 2022, Premio de la Crítica Valenciana y Premio de las Librerías de Navarra); El peón (Premio Cálamo al Libro del Año 2020 y finalista del Premio al Mejor Libro Extranjero de Francia y de los galardones Avignonnais, Virevolte, Ville d'Arles y Pierre-François Caillé); y Los últimos (2017). Fundó y dirigió la editorial La Caja Books. Ha trabajado diez años como reportero en Levante-EMV y ha colaborado con la Cadena Ser. Ahora escribe en el diario El País y en Cuadernos Hispanoamericanos. Imparte clases de «No Ficción» en la Universitat de València. Su obra ha sido traducida al francés, al catalán y —en breve— al portugués y al inglés.

Primera edición: septiembre de 2024

© 2024, Paco Cerdà
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: Archivo Wunderlich, IPCE, Ministerio de Cultura y Deporte / © Otto Wunderlich, con quien la editorial no ha podido contactar, pero le reconoce su titularidad de los derechos de reproducción de la imagen de cubierta.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, https://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-7911-8

Compuesto en Arca Edinet, S. L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Presentes
[Obertura]
20 de noviembre
  Alicante, km 0
  Eulalio
  Capitán Dickson
21 de noviembre
  Villena, km 59
  Pepe
  Miguelillo
22 de noviembre
  Almansa, km 93
  Encarna
  Weddell
23 de noviembre
  Albacete, km 167
  Rawicz
  Pilar
24 de noviembre
  La Roda, km 204
  La Muchacha
  Miguel
25 de noviembre
  El Provencio, km 244
  Francisco
  Los 47
26 de noviembre
  Quintanar de la Orden, km 293
  Marcelino
  Andrés
27 de noviembre
  Villatobas, km 338
  Amelia
  Los noctámbulos
28 de noviembre
  Valdemoro, km 387
  Matilde
  Manuel
29 de noviembre
  Madrid, km 417

joseantonio
Luis
30 de noviembre
El Escorial, km 467
Topos
Ángel
[Final]
Fuentes
Sobre este libro
Sobre Paco Cerdà
Créditos